# **DAVID TORRES**



ESPA

«En mi barrio vivía una sirena...». Cuando Roberto Esteban regresa al barrio donde transcurrió su infancia, los recuerdos se despiertan: los juegos callejeros, los amigos perdidos, los pollitos de colores, la leyenda urbana de la Mano Negra y los rescoldos de un viejo amor imposible: Lola. Sobre todos ellos planea el recuerdo de Gema, la sirena, una niña minusválida que murió ahogada en la piscina municipal. El misterio de su lejana muerte sale de nuevo a flote en medio de una trama criminal relacionada con la recalificación de terrenos en el Madrid olímpico y con viejos amigos y enemigos de la niñez: Romero, el Lenteja y Richi, con los que Roberto va a jugar, esta vez a vida o muerte, otra partida de policías y ladrones.

Niños de tiza recupera para la literatura un escenario cercano pero apenas utilizado: el de quienes crecieron en los años finales de la dictadura en los barrios periféricos, entre traficantes de heroína, curas rojos, madres abnegadas y bandas callejeras. Bajo el ropaje de una novela negra y la guía de Roberto Esteban, David Torres pinta por primera vez la Transición en pantalones cortos, un evocador retrato de la nostalgia, el amor y el paraíso perdido de la infancia. Divertida y conmovedora, escrita con una prosa plástica, expresiva y poderosa.



### **David Torres**

### Niños de tiza

**ePub r1.0 Maki** 10.06.14

Título original: Niños de tiza

David Torres, 2008

Editor digital: Maki

ePub base r1.1

## más libros en espaebook.com

Para Abraham García, que guarda un niño dentro.

¿Cuál es la enfermedad? ¿La memoria o la memoria recién descubierta? ÁLVARO MUÑOZ ROBLEDANO

Hay un pájaro que vuela en busca de su jaula. FRANZ KAFKA

> niños de tiza, borrándose. DAVID GONZÁLEZ

En mi barrio vivía una sirena. A veces la oíamos cantar por la mañana temprano, cuando pasábamos bajo su casa de camino al colegio. Cantaba, con una voz que no logro recordar, una de esas canciones infantiles que no se borran jamás de la memoria y que son como huellas de botas en el cemento fresco. Al pasar la barca, me dijo el barquero. El cemento tardaba toda la noche en secar pero por la mañana el dibujo de nuestras suelas quedaba allí marcado para siempre, inmortal, inmune al sol y a la lluvia, como la huella del primer hombre en la luna.

Aquella mañana, cuando fui a recoger a Tania, volví a pasar por el pasadizo que llevaba al colegio, aquel viejo túnel ennegrecido, plagado de rincones que olían a meados y en cuyas paredes aparecieron, una mañana de abril, las primeras pintadas de la Mano Negra. Sobre las escaleras que dan al pasadizo, en el tercer piso, estaba el balcón donde se asomaba ella, sus manitas agarrando los barrotes y las piernecitas colgando lacias y destartaladas como juguetes del viento. Las niñas bonitas, no pagan dinero. Oía su voz y me detenía, zarandeado por una riada de pantalones cortos, calcetines arremangados y zapatillas de deporte que colgaban de las mochilas. Agobiado por el peso de la cartera, me empeñaba en alzar la cabeza y en adjudicarle una cara que no asomaba casi nunca. Pero su voz flotaba sobre aquella estampida de críos peinados a tazón que saltaban los escalones de tres en tres, chillando y tropezando, y tenía la virtud de suspenderme en una especie de embrujo, una ensoñación momentánea de la que despertaba con el empujón de algún compañero, Pedrín o Vázquez o el Chapas. Rober, que estás alobao. Venga, macho, que llegamos tarde.

El pasadizo estaba pintado con cal y no quedaban en él trazos de pintadas

ni manchas de orina. Había, eso sí, unos cuantos dibujos a *spray*, de letras gordas y esponjosas llenas de colorines que probablemente dijesen alguna gilipollez. No lo sé, no me detuve a leerlas. Las pintadas de la Mano Negra, en cambio, eran en blanco y negro, escuetas y abstractas, como la tele de entonces, los tebeos de *Hazañas bélicas* y casi toda mi niñez. Dos calles más allá, el colegio había sido reemplazado por una tienda de ultramarinos, la cual a su vez, en los últimos años, había evolucionado hasta dar paso a un *chino*, uno de esos supermercados atiborrados de bolsas de patatas fritas, juguetes de plástico, cuberterías baratas, pinzas de la ropa, cualquier cosa. Cuando la llevaba de regreso a casa de su madre, Tania fue tirando y tirando de mi mano hasta que llegamos a la puerta, donde me sobornó con una de sus sonrisas de fiesta. Le di un euro y la vi pasar al interior, rebuscando entre los estantes de chucherías, hasta que se dirigió a la caja con las manos rebosantes de caramelos y dos tiras de regaliz que casi llegaban al suelo.

- —No creo que a tu madre le haga gracia que te atiborres de dulces justo antes de comer.
  - —Tío, tío, ¿esa niña también va al cole?

Tania había heredado de su madre una habilidad diabólica para cambiar de conversación. Probablemente, era una facultad innata entre mujeres.

—¿Qué niña?

Tania señaló a la muchacha que atendía la caja, una china gordita, más o menos de su edad, con el pelo aplastado, cara en forma de calabaza y ojos hendidos como tajos.

- -No. No creo.
- —¿Por qué? ¿Porque ya lo sabe todo?
- —No lo sabe todo. Pero casi.
- —¿Y por qué lo sabe casi todo, tío? —preguntó de nuevo, mascando regaliz a dos carrillos—. ¿Porque es china?

Otra de las facultades innatas de las mujeres en general, y de Tania en particular, era su capacidad para encadenar preguntas una detrás de otra. Y de dejarnos a los hombres, la mayor parte de las veces, sin saber qué decir.

- —Sí, porque es china. Los chinos nacen sabiéndolo casi todo.
- —¿Y por qué…?

—Porque sí —dije, tirando yo de ella—. Venga, o tu madre me va a matar.

Cuando llegamos a su casa, las dos tiras de regaliz ya casi se habían igualado en longitud con sus trenzas. Como me temía, Lola le echó una bronca desde la puerta y la mandó a lavarse las manos. Cuatro trenzas —dos rubias, una negra, otra roja— pasaron corriendo hacía el lavabo.

- —Pero primero deja las chucherías en la cocina, anda. Y ni se te ocurra tocarlas hasta que termines el postre.
  - —Lo siento —dije—. Ha sido culpa mía.

Lola se quitó un mechón de pelo de la cara y se volvió hacia mí.

- —Perdona tú, Roberto. Ni siquiera te he dado las gracias. No pude avisar antes a tu madre.
  - —No te preocupes. Me ha emocionado que me siga llamando tío.

Lola sonrió, una media sonrisa que le dejó la mitad del rostro en sombras. Le dije que hacía mucho tiempo que no veía a Tania y que había sido ella quien me había ofrecido la mano en la puerta del colegio. Era una suerte porque yo no habría reconocido a la niña: casi había duplicado su tamaño desde la última vez que la vi. Ella volvió a apartarse aquel mechón de pelo negro que caía sobre su frente y asintió con tristeza.

—Sí. Me está haciendo vieja a marchas forzadas. No para de crecer. Será porque le ha dado por la danza.

Siguió hablando de ejercicios que estiraban los huesos, de alimentación sana y otras supersticiones populares, del horario del supermercado, que la había partido en dos, de cómo mi madre le echaba una mano con la niña siempre que podía. El destello de su pelo me distrajo del movimiento de sus labios. Lola siempre había tenido una cabellera magnífica, un montón de lana negra que ardía con luz propia y que hacía juego con el resto: con los ojos, dos pozos de oscuridad, y con la piel, que brillaba con el lustre del bronce. De niños discutíamos si sería gitana o no, pero cuando crecimos se acabó la discusión: se quedó con el mote y, de paso, con el título oficial de la lía más buena del barrio. En algunos de mis sueños de infancia, Lola, la Gitana, le había quitado el puesto a muchas guapas oficiales de la tele, y después, cuando di el penúltimo estirón, el recuerdo de sus pechos redondos, sus

anchas caderas y sus faldas ajustadas me habían hecho sufrir más de una mala noche. Ahora, a sus cuarenta, seguía estando de buen ver, pero todo aquello era agua pasada y el río que se la había llevado —junto a las chapas, las peonzas, los cromos y las espadas de plástico— terminó por dejarla estancada en alguna charca de la memoria.

- —Pasa, Roberto. Quédate a comer.
- —No puedo. Mi madre me espera.

La niña se asomó al pasillo y me hizo burla. Yo le saqué la lengua. Su madre sonrió pero sin que la sonrisa llegara a nacer del todo. Se quedó a mitad de camino, en un rictus que le trazó una raya de preocupación en la frente y le plegó los labios con un vislumbre de amargura. Tania desapareció camino de la cocina, dando pasos de danza.

- —Es curioso. No se parece en nada a ti.
- —No. Ha salido a su padre.
- —Se parece un poco a Gema. ¿Te acuerdas?

Su frente se arrugó aún más, escudriñando en busca del recuerdo.

- —¿Gema? Ah, te refieres a aquella chica paralítica, la que casi nunca salía de casa. ¿En qué se parece a mí Tania?
  - —En el pelo rubio y en los ojos claros.
- —Claro —dijo ella, alzando la cabeza a la vez que giraba el cuello, como un púgil que hace rodar un puñetazo. La recobré entera en aquel gesto tan suyo, tan feroz, tan gitano—. No iba a ser en las piernas.

Claro, en las piernas no. Gema no tenía exactamente piernas, sino un par de muñones largos y atrofiados, dos esbozos de huesos frágiles y revestidos de pellejo. «Mira, dos hilos colgando», decía el cabrón del Chapas. Nunca bajaba a la calle, nunca la habíamos visto más que tras los barrotes de su cárcel doméstica. Hasta el canario que trinaba en una jaula, un piso por debajo, tenía más luz y más sol que ella. Unas veces nos reíamos, hacíamos chistes despiadados al estilo del Chapas; otras veces la compadecíamos, nos daba lástima, nos inspiraba la compasión brutal y descarnada con que los niños miden las desgracias. A mí al menos me daba pena esa chiquilla que

casi nunca bajaba a la calle y que se quedaba arriba, en un exilio de ventanas, viendo jugar a todos los críos del barrio. Me imaginaba lo que sería estar sola ahí, en la terraza, detrás de la empalizada de camisas, pantalones y sábanas tendidas, día tras día, casi siempre cantando una de esas canciones que querían ser alegres y que por eso mismo eran tan tristes. Quisiera ser tan alta como la luna.

Ay, ay.

- —Pues ponte de puntillas, no te jode —decía el Chapas, mientras repartía las cartas.
  - —Chapas, te voy a romper los dientes.
- El Chapas dejó de repartir. Pedrín y Vázquez también se quedaron helados ante mi amenaza.
- —Rober —dijo el Chapas, guiñando el ojo izquierdo—, no me dirás que te gusta la sirena.
- —Ni de coña. Si te vas a quedar sin dientes es por darme esta mierda de cartas.

Las mostré, aunque no hacía ninguna falta. La baraja se caía a pedazos. Estaba gastada, mordisqueada en los bordes, y los colores y dibujos del dorso habían ido emigrando hacia el pasado. Daba igual que escondiéramos las cartas contra el pecho: las reconocíamos nada más posarse en la acera. Al as de bastos le faltaba un cacho, el rey de copas tenía una doblez cenicienta en la esquina izquierda, la sota de oros estaba rota y pegada con celo. Los ases y figuras eran viejas amigas, viejas conocidas con sus virtudes y defectos, como tantos chavales del barrio. Como Vázquez con su ojo que parpadeaba, o como el Chapas con aquellos ganchos en los dientes.

—Y deja de babear, macho. Que eres más feo que la sirena.

Los tres se echaron a reír. Desde arriba, los trinos del canario se unieron a la canción triste de la luna, que siguió un par de versos más antes de apagarse del todo. Tan alta como la luna. Ay, ay. Como la luna. Para ver los soldados de Cataluña. Quizá Gema, ahí arriba, pensara que nos reíamos de ella, pero prefería eso a que mis amigos descubrieran en mí cualquier signo de debilidad, aunque sólo fuese lástima. No sé en otros barrios, pero en el mío no era fácil ser niño.

Desde mi ventana —empotrada en una hilera de casas blancas como un pueblecito en miniatura tallado para un imán de frigorífico— tampoco se veían los soldados de Cataluña. Ni siquiera se veía la luna. Sólo un jardín raído, con verjas destrenzadas y rosales exhaustos donde entraban a mearse los perros. Un viejo iracundo, amante de las plantas y enemigo a muerte de animales y críos, espolvoreaba de vez en cuando su trozo de jardín con azufre. El polvillo amarillento se quedaba allí, por los rincones, asfixiando a las pocas flores supervivientes, mezclándose en una pasta repugnante con la orina de los perros que no le hacían ni puto caso al azufre y que seguían alzando la pata a gusto. A veces mis amigos y yo echábamos una mano. No porque nos gustara el mal olor, sino por joder, por molestar, por divertirnos. Por la mañana, el viejo descubría el desastre y despotricaba sin tregua contra chuchos y críos.

En los paisajes destartalados de mi niñez no había más soldados que los guardias de tráfico y los que salían de vez en cuando en alguna película. En cuanto a Cataluña no era más que la sede del Barsa. Una noche estaba cenando en casa y echaban por la tele un documental sobre los campos de exterminio nazis. Un soldado americano llevaba a una niña en brazos. Fue apenas una ráfaga de espanto, en blanco y negro, pero juro que yo vi las piernas de Gema, dos jirones de hueso sin apenas carne, colgando inertes de los brazos del soldado.

—Quita esa puta mierda —dijo mi padre—. A ver si también vamos a tener que comérnosla.

Mi madre, en aquellos tiempos, también trabajaba de mando a distancia. Se levantó cansinamente y cambió al primer canal. Salió un concurso idiota, plagado de azafatas guapas con gafas redondas que se sentaban cruzando las rodillas y mostrando los muslos blancos y esponjosos.

- —¿Prefieres esto, verdad? —dijo mi madre—. Si te conoceré yo.
- —Pues sí, joder. Entre unas piernas y otras, para qué nos vamos a engañar.

Mi madre ni siquiera le regañó por usar tacos delante de mí. En la voz de mi padre farfullaban los demonios del alcohol, las mañanas y tardes exprimidas en la taberna, de coñac en coñac y de vino en vino. Tenía los ojos

enrojecidos y se frotaba las manos, impaciente, nervioso, desmigando el pan sobre el mantel. Lo ahogaba el mal humor, la frustración por no encontrar trabajo, porque mi madre tuviera que coser para traer un poco de dinero a casa y que luego, encima, también tuviese que cocinar y poner la mesa. La ayudé a llevar los platos a la cocina.

- —Mamá, esa niña, la que llevaba el soldado en brazos, ¿tenía la polio como Gema?
- —No hijo. Eso era hambre. Y Gema tampoco tiene la polio. Un médico inútil la pinchó en mal sitio al año de nacer.

No sé si fue Vázquez o el Chapas quien había dicho que lo de Gema era la polio. Pensábamos que había sido la polio o alguna otra putada por el estilo. Saber que su desgracia se debía a una negligencia médica no hizo que me sintiera mejor. Durante toda la noche no pude quitarme de la cabeza las piernas escurridas de aquella chiquilla que colgaban de los fuertes brazos del soldado como dos tiras de trapo enfundadas en zapatos. Sin embargo, aquella niña judía, con las mejillas hundidas y los ojos alucinados por el hambre, quizá se hubiera salvado después de todo. Pero Gema no, a Gema no la habían sacado de un campo de exterminio. Su enfermedad no mejoraría con suero, muchos cuidados y una buena alimentación. No, lo suyo no tenía cura: era mala suerte. En la baraja divina todas las cartas estaban marcadas, y en el reparto general a Gema le había tocado una carta rasgada y pegada con celofán: una sota de oros.

La sirena era el mote que le había puesto el Chapas la primera vez que la vimos fuera de su jaula, en la piscina cubierta de San Blas. Nos sonrió mientras su pelo rubio flotaba en largos y deshilachados sargazos. Al principio ni siquiera reconocimos aquella figura solitaria que quebraba la calma rectangular de la piscina. Gema nadaba sin ningún esfuerzo: las piernas escuálidas y los pies deformes se adaptaban al agua como aletas, como si los médicos que la habían dejado inútil hubiesen ensayado con ella un experimento para devolver a la raza humana a las aguas. Parecía una visión de otro mundo y fue el Chapas, temblando de frío a las ocho de la mañana, el

primero que abrió la boca.

—Jo, macho. Mírala. Parece una sirena.

Ni siquiera él pudo soltar a tiempo una de sus burradas. Los ganchos de metal en su boca sonaban como castañuelas. Era la hora de la primera clase de natación, estábamos medio adormilados, de pie, envueltos en nuestras toallas, esperando a la profesora. Únicamente Gema, sonriente y feliz, cruzaba de lado a lado la piscina cubierta, buceando entre las teselas azules, midiendo la profundidad de su reino. No era un reino muy grande, ni mucho menos. Bastaban diez o doce brazadas para abarcarlo y apenas llegaba a los dos metros en su parte más honda: lo suficiente para que un niño no se descalabrara cuando se tiraba de cabeza. Algún día, cuando creciéramos, pasaríamos a la sala de al lado, donde estaban los nadadores de verdad flotando sobre la calma resplandeciente de la piscina olímpica. Pero, de momento, a Gema le bastaba con ese rectángulo líquido, sutil, hecho de mosaicos y estelas celestes, donde iba y venía a sus anchas, muy lejos de la torpeza que la agobiaba en el aire. Su padre se agachó junto a la escalerilla para ayudarla a salir y entonces vimos los muñones alargados que tenía por piernas colgando del bañador, doblándose igual que una cuchara dentro de un vaso de agua, como si su armonía de movimientos fuese sólo un engaño óptico, un fenómeno de refracción como los que nos enseñaban en clase. La alzó y la estrechó entre sus fuertes brazos, envolviéndola en una gran toalla verde, pero su movimiento no logró ocultar que la cabeza, los brazos y el torso no se correspondían con la mitad inferior del cuerpo, anfibia y desmañada: una sota de oros partida en dos, otra carta rasgada. Estaba tan encandilado por el descubrimiento que no me fijé en que todos mis otros compañeros se habían lanzado ya al agua, al oír el silbato de la profesora. Únicamente yo observaba a la sirena varada al otro lado de la piscina. Fue entonces cuando sentí los ojos de su padre clavados en mí, hirviendo bajo sus cejas llameantes. Había dejado a Gema sobre una silla metálica y le frotaba las piernas con la toalla.

—¿Qué miras tú, chaval? ¿Se te ha perdido algo?

Dejó la toalla, rodeó la piscina en tres zancadas y salté al agua antes de que me alcanzase. Alargó un brazo para atraparme pero pude escabullirme hacia el centro de la piscina. Se agachó, para que pudiera entender bien la amenaza:

- —Si te veo acercarte a mi hija, te corto en rodajas, ¿estamos?
- —Oiga, señor —dijo nuestra profesora—. Deje en paz al niño, que no ha hecho nada.
  - -Métase la lengua en el culo, señora.

El padre se levantó y se palmeó los pantalones mojados. Yo me sumergí para no seguir viendo a aquel ogro ceñudo, iracundo, con tristes ojeras moradas y brazos como jamones. Era pescadero en el mercado de San Blas, un hombre corpulento, de gran barriga y musculatura grasienta y fatigada, que llevaba el olor a pescado impregnado en el alma. Cuando regresaba a casa después del trabajo, los chavales le olíamos llegar desde tres portales más abajo. Cogíamos el balón y deteníamos respetuosamente el juego mientras en sus pisadas de gigante creíamos detectar un rastro de sangre fresca, como si llevara encima aún aquel mandil a rayas verdes y negras donde iban a parar las salpicaduras a cada machetazo. Parecía eternamente cabreado, con su mujer, con sus clientes, con sus cuchillas, con el mundo entero: sólo le cambiaba la cara de vinagre cuando aparecía con su hija en brazos. Pensé, mientras buceaba hasta el fondo, que tarde o temprano tendría que acudir a su puesto, en el mercado de San Blas, y pedir un kilo de boquerones.

¿Habéis nadado alguna vez con los oídos rellenos de agua? Aquel silencio submarino me llevó hasta ese otro silencio, muchos años después, en un *ring* mexicano, cuando un puñetazo de más me rompió algo por ahí dentro, cerca del tímpano. Desde entonces, a veces, oigo las voces y los ruidos del mundo desde el interior del agua, como si hubiese penetrado al fin en el reino de Gema: un cosmos esmaltado, lentísimo, lleno de burbujas y cloro. La sordera viene y va en mi cabeza como el dial de una emisora perdida: entonces las palabras y las músicas se agolpan en una sola papilla de sonido. La gente habla, mueve los labios a través de una pecera y yo no oigo nada o casi nada, pero digo sí, vale, me encojo de hombros, respondo una frase cualquiera. Tampoco hay mucho que decir y la mitad de las cosas las adivino. Las otras no importan o hago como que no me importan.

Un día, poco después del combate, me desperté con un zumbido en la cabeza. Me levanté y vi una manchita de sangre en la almohada. Durante varias semanas viví con una caracola pegada al oído, olas y rompientes, el fragor de un mar de peluche rodeándome por todas partes. Ninguno de los especialistas a los que consulté coincidió en el diagnóstico pero yo ya sabía que mi carrera de boxeador había terminado. Fui campeón de Europa de los pesos medios y pude haber entrado en las listas a aspirante por el título mundial. Igual que Gema con tres años, cuando entró en el ambulatorio para curarse un resfriado y salió hecha un anfibio, aquella derrota en México había cortado mi vida en dos. La sordera iba y venía; algunos días, el mundo era una película muda; otros, se convertía en una versión original sin subtítulos. Tenía suerte: la mayor parte de las veces era un cine de verano, al aire libre, con ruidos de conversaciones y cartuchos de palomitas, pero con un poco de atención podía entender los diálogos.

En el boxeo, la cuenta de diez es el lapso de tiempo del que dispone un púgil para ponerse en pie después de ser derribado. No son exactamente diez segundos, ni nueve, ni once. No es una medida exacta: depende de la rapidez o de la lentitud con que cuente el árbitro, de los nervios del momento. Mientras el árbitro inicia la cuenta, el otro púgil debe retirarse a un rincón donde esperará a que su adversario se levante: jamás se golpea a un hombre caído sobre la lona. En todos mis años sobre el cuadrilátero vi muchas veces al árbitro arrodillado o agachado, levantando el brazo como el cura que imparte la bendición —pero jamás lo vi desde abajo—. Es un gesto que suspende el tiempo, lo trocea y lo hace visible de segundo en segundo para que todos puedan verlo: el público, los jueces, los entrenadores, el hombre en pie sobre la lona, el hombre caído cuando tiene los ojos abiertos para ver. Si la cuenta llega a diez, el combate ha terminado y al púgil derribado se le declara fuera de combate. Si logra recobrarse antes del final de la cuenta, generalmente aguardará hasta el ocho o el nueve para ponerse en pie, hincando una rodilla en el suelo, buscando en esos escasos segundos de tregua un margen donde afinar la cabeza, volver en sí, regresar al cuadrilátero desde el limbo de los números despedazados.

En la historia del boxeo —que es también la historia del tongo, del fraude

y de los apaños vergonzosos— ha habido cuentas rápidas y cuentas lentas, cuentas en las que el árbitro aceleraba, para terminar el combate cuanto antes, y cuentas en las que el árbitro titubeaba, volviéndose hacia un lado para ver dónde estaba el otro boxeador, buscando con los ojos a alguien, estirando los segundos para dar tiempo a recobrarse al púgil fuera de combate. Pero, salvo que el árbitro esté comprado o sospeche que el hombre caído en la lona no debería estar ahí, la cuenta suele ser seca, aséptica: hachazo a hachazo de la mano decapitando los números como Moisés las tablas de la ley.

En mi carrera de boxeador he noqueado a muchos púgiles, pero jamás recibí una cuenta de diez, jamás caí al suelo en un cuadrilátero. No sé lo que se siente cuando el tiempo se detiene y un tipo con pajarita y camisa blanca empieza a desgranar los mandamientos. En México recibí más castigo que en todos mis otros combates juntos. Más que un combate, fue un sacrificio azteca. Yo era la víctima y también la piedra de sacrificios, el pedernal donde chocaban los puñetazos de obsidiana de Chamaco. A partir del tercer asalto, cuando me cortó una ceja en un forcejeo, no vi más que mi sangre. A partir del quinto, estaba muerto en pie. Pero me dije a mí mismo que no podía caer y no caí. Absorbí todos los puñetazos, los ganchos al hígado, los directos a la cabeza, como si en eso consistiera precisamente el juego. Aguanté cada asalto como si contase entre dientes un segundo interminable, infinito, un escalón de una larga escalinata que llevaba hasta el diez pero que no acababa nunca, porque cada segundo se escindía, se dividía y se ramificaba en túneles de tiempo, en madrigueras oscuras por donde iban y venían despedidas y besos, amores y odios, amigos y enemigos.

Dentro del agua el tiempo también viene y va, avanza y retrocede en olas de juguete rompiendo contra la escalerilla. Aquella mañana, después de que la profesora se marchara y aprovechando que era la última clase del verano, unos cuantos chavales salimos de las duchas y volvimos a la piscina cubierta. Jugamos hasta que las yemas de los dedos se nos convirtieron en uvas pasas. Estaba tan embebido en la pura delicia del agua, que, cuando mis compañeros se marcharon, me quedé un rato más, solo bajo el alto techo del polideportivo, inmerso en el ritmo de mi propio aliento, cruzando el rectángulo azul de lado a lado. Regresé hasta donde hacía pie sin siquiera

asomar la cabeza. No vi la figura que me esperaba al pie de la escalerilla: sólo sentí un manotazo que casi me arrancó la cara.

—Le vas a llamar sirena a tu puta madre.

Perdí pie, sentí el golpe contra el peldaño metálico, un rasponazo de fuego que me incendió todo el tobillo. Aunque sólo me había alcanzado de refilón, la mejilla también ardía bajo el frío abrazo de las aguas. El padre de Gema vociferaba desde el borde de la piscina.

—Vamos a ver ahora lo valiente que eres. Vamos a verlo, hombre.

Chapoteando hacia lo hondo, le dije que yo nunca había insultado a su hija. Ni siquiera me oyó: estaba furioso, completamente desquiciado, mirando a su alrededor como si hubiese perdido algo.

—Te voy a enseñar a abusar de los débiles —masculló, cogiendo una de las sillas de los instructores y arrojándomela a la cabeza.

Pude sumergirme a tiempo, pero aun así sentí el c hoque de algo metálico contra mi espalda. La silla se balanceó, girando lentamente, hasta quedarse posada en las losetas del fondo, como si aguardara a un buceador impaciente. Subí a tomar aire y me encontré con el gancho de limpiar a un palmo de mis ojos. Forcejeé como una mariposa que lucha por no entrar en la red.

—Sal, chaval, o va a ser peor.

Lo esquivé como pude mientras él iba y venía por el borde, buscando el mejor sitio donde pescarme. Le pedí por favor que me dejara en paz, que estaba muy cansado, que nunca le había hecho daño a Gema. Era verdad: yo era el único chaval del barrio que intentaba protegerla (de bromas, de motes, de chistes), pero al oír el nombre de su hija una nueva oleada de ira pareció desencadenarse en su interior. Soltó el gancho y cogió otra de las sillas. No esperé para verla caer: volví a sumergirme hasta tocar fondo. Entre las ondulaciones azules, recordé otra canción que ella cantaba desde la terraza: dónde están las llaves, matarile, rile, rile. El Chapas dijo una vez que tenía gracia que un pescadero hubiese tenido una hija que casi era un pez. Quizá algún día acabara cortándola en rodajas. Pero, la verdad, no tenía gracia. La nostalgia del aire en los pulmones me llevó de nuevo arriba. Con los ojos teñidos de cloro vi al pescadero que corría hacia el otro extremo de la piscina, agarrando su gancho de pescar. Busqué desesperadamente el fondo, el fondo

del mar donde se escondían las llaves para salir de aquellas tinieblas azules. Pero la escalerilla estaba tan alta como la luna, tan lejos de mis brazos como el cinturón del campeón del mundo. Dentro del agua, el tiempo viene y va, avanza, retrocede. En el fondo del mar, junto a dos sillas sumergidas, estaban todos los puñetazos de Chamaco, todas las canciones de Gema, todas las cartas marcadas. Al pasar la barca, me dijo el barquero. En las breves bocanadas en que lograba aspirarlo, el aire sabía igual que el agua: comprendí a los peces en la red. Ya no hacía pie, sólo era un niño y nunca había tenido tanto miedo. Lloré, chillé, pedí perdón. No sirvió de nada: él siguió yendo y viniendo por el borde de la piscina, golpeando el agua con el gancho. En aquel sube y baja frenético en busca de aire también vi el baile de Chamaco de puntillas, una pintada de la Mano Negra sobre las teselas azules, unos gitanos aguardándome a la salida del colegio. El pescadero chilla armado de su arpón, alguien grita desde mi esquina: cúbrete, Roberto, cúbrete. Sal, chaval, que va a ser peor. Me juré que, si salía vivo de allí, nadie volvería a ponerme la mano encima. Nadie. Nunca volvería a llorar ni a pedir perdón. Pero en mi rincón sólo había silencio, un silencio unánime y la quilla de una barca que pasaba despacio sobre mi tumba. Juré que aguantaría en pie. Me hundí de nuevo, sin fuerzas ya, los brazos muertos, la boca llena de agua, desfigurada por los golpes, hinchada por el protector. Las canciones mentían: el barquero no dijo nada, las llaves no estaban, pero allá al fondo había una huella en el cemento fresco, junto a mi primer día de colegio, mi primera derrota, la muerte de mi padre.

Toqué fondo. Conté hasta diez.

### Uno

Una mañana apareció el cuerpo de gema flotando boca abajo, en la misma piscina del polideportivo de San Blas donde su padre había intentado ahogarme. Tenía los brazos abiertos, las piernas de pelele rematadas en un par de zapatos ortopédicos que tiraban de ella hacia el fondo, los largos y finos cabellos esparcidos en torno a ella como algas rubias. La descubrió una empleada de la limpieza que, en un primer momento, no se fijó ni en la camisa blanca ni en la falda a cuadros, ni siquiera en la silla de ruedas volcada al borde de la piscina. Su primera impresión —dijo a la policía, cuando pudo calmarse— fue la de una niña jugando a hacerse el muerto en el agua. Después vio las manchas rojas, los hilos de sangre entreverados a la melena, volcó el cubo con la fregona y se puso a gritar. Uno de los profesores de natación sacó el cuerpo de Gema, que chorreó sobre las losetas azules, entre el agua sucia y jabonosa de la fregona. Le dio la vuelta y le buscó los labios para hacerle la respiración artificial, pero se separó de ella en cuanto sintió la piel fría, los labios rígidos y abiertos como la boca de un pez.

Llevaba muerta poco más de una hora. La policía estableció desde un primer momento la hipótesis de un accidente: la niña había resbalado en uno de los charcos cuando intentaba bajar de la silla de ruedas. La silla de ruedas volcó y Gema se golpeó contra el borde de la piscina antes de caer al agua. Según diagnosticó el forense, la contusión en la cabeza no fue gran cosa pero bastó para aturdiría: el peso de los zapatos y de la ropa mojada hicieron el resto. El padre chilló, histérico, que su hija no podía haber entrado sola a la piscina, que él siempre estaba a su lado, pero su testimonio estaba lastrado por el dolor y la culpa: había dejado sola un momento a Gema a la entrada

del mercado y cuando regresó a por ella, ya no estaba. Fue preguntando de puesto en puesto, cada vez más inquieto, hasta que oyó la ambulancia que bramaba calle abajo.

Aquella mañana, cuando emergí del metro de San Blas, el azar puso en mi camino un coche de policía que pasaba aullando y el sonido se fundió en mi cabeza con el fragor de aquella muerte a la que no asistí y que venía envuelta en destellos. La luz giraba enloquecida, hacía mucho tiempo que no pensaba en Gema, y el maullido del coche se mezclaba en la hormigonera de mis oídos con las canciones que ella cantaba desde la terraza. Me detuve herido por la reminiscencia, la coincidencia absurda del lugar y la hora: eran las nueve de la mañana y desde la boca del metro aún se seguía viendo, disimulada por setos y parterres, la entrada al polideportivo municipal, donde tantas veces había jugado con ella. Por pura casualidad, el polideportivo, el mercado y la comisaría de San Blas se encuentran en la misma manzana, apenas a un tiro de piedra, coronando un descampado que el tiempo ha ido rellenando desganadamente, aquí y allá, como uno de esos pasatiempos del periódico que se abandonan siempre antes de terminarlos, no porque sean demasiado difíciles sino porque no merecen la pena: un parque de bomberos, una sucursal bancaria, una oficina de hacienda, unas escaleras de piedra, una cafetería sin alma. En una de las casillas sin rellenar estaba yo, veintitantos años más viejo.

Mientras echaba a andar, con la bolsa de deporte al hombro, el vaho de la mañana brotaba de mis labios en lentas y tercas volutas, como los pensamientos que no me atrevía a expresar, como la lenta ficción de un cigarrillo. De niños aprovechábamos el frío para jugar al tabaco, recogíamos colillas aplastadas del suelo y nos las llevábamos a la boca: el invierno nos prestaba después un humo falso. Queríamos crecer deprisa, parecer mayores pronto, nos afeitábamos el vello de la cara varias veces al día para fabricarnos cuanto antes una barba, hacíamos resonar los tacones de los zapatos nuevos sobre el mármol barato de un portal para imitar el sonido de los pies adultos en las películas. Después, cuando llegó la hora, lo abandoné todo a medias: casi siempre uso botas o zapatillas de deporte; fumé dos o tres cajetillas y no llegué a acostumbrarme al sabor, a esa áspera quemadura en la boca; nunca

me dejé barba.

En San Blas, en aquel tiempo, parecer adulto era una necesidad, un requisito para continuar vivo. Algunos de los críos del colegio —Moñiguín, por ejemplo— nunca pudieron escapar de su aspecto infantil. Un día lo encontré conduciendo un autobús y, aparte del uniforme, era como si sólo hubiera cambiado de asiento. También Gema se esforzó en crecer mientras pudo, pero la mitad de su cuerpo la seguía a duras penas, arrastrándose, un pobre garabato que siempre llevaba oculto bajo una manta, como si su desgracia no fuese más que una obscenidad que había que mantener apartada de la vista de todos. Entre el alivio y la pena, la risa y la lástima, los otros nadadores mirábamos las piernas atrofiadas de Gema atravesando la piscina de lado a lado, y no veíamos más que otra víctima propiciatoria.

Cerca del mercado, en otra de las casillas sin rellenar, se levantaba un muro blanco que en tiempos fue una discoteca de barrio, nada más que un muro y una pequeña puerta, sin adornos ni luces, algo feo y grande como un cine donde se aglomeraban las colas de jóvenes las noches de los sábados. Argentina, creo que se llamaba y le iba bien el nombre porque para nosotros estaba tan lejos como el sueño de un emigrante. Los chavales del barrio hacíamos de todo (falsificar la fecha en el carné, coger prestada ropa a nuestros padres, colocarnos alzas en los zapatos, amaestrar pacientemente un bigote de pelos lacios), cualquier cosa con tal de traspasar esa puerta donde empezaba la mayoría de edad. Cuando lo logré, al fin, aprovechando un carné robado cuya foto se me parecía, me encontré en un antro enorme y caótico, sembrado de luces al azar y con un ruido atronador cuyas vibraciones golpeaban dentro del pecho. Y cuando salí, los ojos enrojecidos y la garganta lijada, exaltado y feliz, ni siquiera me di cuenta de que llevaba los oídos taponados igual que si hubiera estado combatiendo diez asaltos contra un demonio en México. Tardé todavía algún tiempo en darme cuenta de que la discoteca era muy semejante al colegio: otro zoológico donde mantenernos apartados, una reserva natural hecha de cemento, alcohol y música, separada del mundo por un portero, unos muros y un estruendo infernal, pero que apenas se diferenciaba de la calle, de las farolas y semáforos, de los guiños y las luces del tráfico, salvo en que, en la discoteca, la luna y las estrellas iban

con interruptor.

Crucé junto a aquellas verjas de tijera herrumbradas desde hacía décadas, el clausurado y mugriento paraíso de mis dieciséis años, mirando con recelo a derecha y a izquierda, sin la menor gana de tropezar con algún compañero de pupitre, esos rostros que iban emergiendo en mi memoria a medida que mis pies reconocían las calles. Alguna vez me había chocado con ellos, pero casi siempre fuera del barrio: conduciendo un autobús, sirviendo copas tras una barra, repartiendo propaganda de academias de idiomas. Una vez, en Fuencarral, un tipo alargó el brazo, ofreciéndome el folleto de un restaurante chino. Cruzamos la mirada y descubrí a un treintañero gordo, avejentado, al que le raleaba el pelo: una pésima recreación de Ferrer, el niño gordo que siempre iba detrás de mí en la lista de apellidos, en segundo, en tercero, en el infierno, por los siglos de los siglos. El tiempo se le había echado encima con sus torpes manos de alfarero aficionado, moldeando lorzas y michelines, prestándole ropa de una adolescencia inconclusa que le venía todavía más estrecha: botas militares, vaqueros raídos, una camiseta negra medio borrada donde se anudaban dragones lisérgicos.

- —¿Qué miras tanto, tío? Yo no soy el cocinero.
- —Pues lo pareces.

El restaurante tenía un nombre chino muy corto y muy tonto, un barullo de anagramas, un par de serpientes enroscadas en tinta roja. Doblé la hoja y la tiré en la primera papelera a mano. Sabía que Ferrer también me había reconocido, pero mejor no darle una oportunidad a la nostalgia, esos feos cruces de golpes bajos: qué hay chaval, qué fue de, te acuerdas.

Normalmente sabía cómo guardar la distancia, mantener alejados los fantasmas, pero aquella mañana algo removió en mi interior los recuerdos, como una repentina tormenta de nieve en una bola de cristal. Probablemente fue el olor de las calderas, la neblina, el frío invernal, el espíritu del aceite caliente de los churros flotando en la esquina del mercado. La grasa empapaba el papel marrón igual que la memoria el tiempo. Pero allí ya nadie vendía churros, nadie esperaba al carbonero junto a la trampilla metálica del sótano, era verano. Lo que había a mi alrededor no eran más que los restos del naufragio, una discoteca cerrada, comercios que habían cambiado de cara,

árboles con iniciales grabadas a navaja. Mi madre peinaba canas y pronto iba a descubrir que a Lola le habían brotado estrellas en la raíz de los ojos. Únicamente Gema permanecía incólume, preservada del torno inútil del tiempo, perfecta en su urna de cristal congelado: el ejemplar disecado de una especie que no existió jamás en un mundo que ya no existía.

La bolsa de deporte contenía tres o cuatro mudas, unos zapatos, un cepillo de dientes, la ropa que pensaba iba a necesitar mientras cuidaba de mi madre después de su operación de varices. Pero nada más llegar me hizo ver que si alguien iba a cuidar de alguien, era ella de mí. Bufó despectivamente mientras deshacía mi equipaje y se puso trabajosamente en pie para demostrarme que podía haberme ahorrado todo eso: aún guardaba calzoncillos y camisetas de la época en que vivía con ella, antes de que ganara el campeonato europeo de los medios. Cojeaba, gruñendo, apoyándose a medias en los muebles, a medias en la muleta que le había prestado una vecina. Tras la cirugía, los médicos le habían recetado una semana de reposo absoluto, pero es que los médicos no la conocían bien.

- —Mamá, estate quieta, hazme el favor. Que se te van abrir los puntos.
- —Calla ya. Mira que pensar que yo no tengo ropa para mi hijo.

Abrió un armario y me enseñó jerséis y camisetas de mi época de estudiante. No le sirvió de nada que me echara mano a la tripa, para enseñarle cuánto había engordado desde entonces. De uno de los cajones del fondo sacó unas zapatillas de correr, medio descuajeringadas, y un par de viejos guantes de boxeo. Me extrañó que los conservara porque a mi madre nunca le había gustado que subiera al cuadrilátero. Sin embargo, alguna vez también había tropezado, en algún cajón de su cómoda, con algunos recortes de prensa con mis fotos: restos desollados de mi pasado.

- —Creí que habrías tirado todo esto.
- —¿Por qué iba a tirarlo? Mira, están nuevecitas.

Dobló una de las zapatillas para mostrarme lo flexibles que eran. El dibujo de las suelas estaba desgastado, erosionado, como los rasgos de una cara olvidada a medias.

—No sé, mamá. Podías haberlas regalado a la parroquia.

Refunfuñó algo sobre los tiempos antiguos y los nuevos, un lamento por

los trabajos manuales que incluyó bordados, dobladillos, fruta, mujeres, tostadoras y neveras. Las nuevas no duraban nada, dijo, y no especificó si se refería a las neveras o a las mujeres. Después de todo, nunca había sido muy bueno con los trabajos manuales: un cenicero de arcilla esculpido por mí parecía arte moderno. Tampoco me distinguía en matemáticas ni en ninguna otra asignatura, aunque, la verdad, siempre tuve un talento natural para dar hostias. Lo descubrí en el colegio, durante los recreos, en las peleas improvisadas en el patio. Quizá por eso, cuando aprobé séptimo, mi padre me regaló aquellos guantes que, por aquel entonces, me venían grandes. Metí la mano izquierda en aquella cálida guarida de infancia y comprobé que ahora me venía estrecha. Desde entonces mis manos no han crecido mucho, pero, como otras partes del cuerpo humano, el tamaño no indica nada respecto al rendimiento. Sentí la palpitación de la forma envolviendo mi puño, el calor sudado de aquel recipiente concebido para golpear, para hacer daño. Eran unos guantes no profesionales, como de juguete, los primeros que usé. La piel estaba un poco cuarteada en los extremos y necesitaban unos cordones nuevos, pero por lo demás habían aguantado bien todos los años del exilio.

#### —¿Ves? Todavía te sirven.

Mi madre jamás tiraba nada. Pertenece a esa generación de españoles que estuvieron toda la vida ocupados en sobrevivir a la posguerra. La ropa se reciclaba de padres a hijos, de hermanos a hermanos, y la radio, casi siempre encendida, seguía siendo el parte. Yo no tenía hermanos y hacía mucho que la guerra había terminado, pero ella vivía siempre al borde de otra catástrofe. Jamás llegué a pasar hambre de pequeño, pero aun así había que rebañar los platos hasta la última cucharada, no fuese a pasar que mañana no hubiese nada en la mesa. Creí que, tras la muerte de mi padre, el boxeo nos sacaría de pobres pero, visto el resultado, tal vez debería haberme dedicado a los ceniceros de arcilla. Hubiese ganado más pasta como escultor moderno.

Logré sentarla en la cocina mientras me preparaba un café, pero siguió perorando sobre economía doméstica con ese tono monocorde que hacía que mi padre perdiera los nervios. Cuando asistía a una de aquellas discusiones de frontón, con mi padre callado y mi madre hablando y hablando, siempre me fijaba en el modo en que las venas de las sienes le empezaban a latir y la

cabeza entera bullía de rabia. Podía sentir la ira, las ideas homicidas asomando a la calva de mi padre del mismo modo que la nata hirviendo en el cazo de leche al fuego. Decidí seguir una táctica femenina: cambiar de conversación.

—Mamá, ¿cómo se llamaba el padre de Gema?

Mi madre titubeó, buscando el nombre entre consejos para ahorrar y remiendos de pantalones.

- —¿El pescadero? Antonio.
- —¿Sigue en la pescadería de San Blas?
- —No lo sé. Ya no voy por allí. Sólo sé que se separó de su mujer después de la muerte de Gema.

Aparté la leche cuando ya trepaba cacerola arriba, como una de las pataletas de mi padre. Serví dos tazas, una con leche templada para mí. Sabía muy bien que a mi madre le gustaba el café hirviendo.

- —Pobrecillo —dijo mi madre, soplando el café—. Nunca creyó que lo de su hija fuese un accidente.
  - —Bueno, fue una muerte bastante rara.
- —Todo en esa niña era muy raro. Tuvo mala suerte desde el momento en que nació —acunaba la taza con las manos, bebiendo a pequeños sorbos—. Yo creo que Antonio sigue pensando que fue culpa suya.
  - —¿Culpa suya? ¿El qué?
- —Todo. El que Gema naciera tan débil, que siempre estuviera enferma, que los médicos la desgraciaran para siempre. Y sobre todo, aquel día, cuando la dejó sola en el mercado. Eso es muy difícil que se lo perdone nunca.

De pie, mirando por la ventana de la cocina, bebí mi café. Al igual que su padre, yo nunca creí que Gema se ahogara sola. Había atravesado la entrada del polideportivo y nadie la había visto; había cruzado delante de los vestuarios cuando ninguno de los encargados estaba aún en su puesto. Y llegó hasta la piscina únicamente para intentar algo que nunca había intentado antes: bajarse de la silla de ruedas ella sola.

El polideportivo estuvo cerrado un día entero. A la mañana siguiente los chavales entramos a clase de natación con la reverencia que la muerte

imprime en ciertos lugares: cementerios, catedrales góticas, catacumbas. No sé qué esperábamos encontrar pero la verdad es que no quedaba ni rastro de la muerte de la pequeña sirena, ni un largo cabello rubio, ni una gota de sangre, nada. Cuando regresamos a cambiarnos, el Chapas me dio un codazo y me llevó hasta los vestuarios de las chicas. Faltaba media hora para que empezara la otra clase: no sería la primera vez que alguno de nosotros se quedaba emboscado en un retrete para vislumbrar unos muslos o unos pechos incipientes. El Chapas abrió la puerta de uno de los servicios mientras se llevaba un dedo a los labios. En la puerta del retrete, a un metro del suelo, como si hubiera salido arrastrándose de la taza, había cinco manchas deformes y desiguales: la marca de la Mano Negra.

La Mano Negra había nacido años atrás, cuando yo estaba en quinto o en sexto de EGB, en los muros de los colegios, en los bancos del parque: una fantasmagoría infantil que aterrorizó las aulas y no nos dejaba dormir por las noches. Algunas madres despiadadas la utilizaban para que sus hijos se portaran bien, se comieran todo y se fueran pronto a la cama: «Mira que si no te duermes, va a venir la Mano Negra». Había chavales que no pegaban ojo en toda la noche: era difícil conciliar el sueño sabiendo que una garra maléfica, surgida del infierno, podía salir del armario o de debajo de la cama, estrangularte y arrastrarte a las profundidades.

Todos los críos nos echamos a temblar cuando el inconfundible archipiélago de dedos negros apareció festoneando el pasadizo de camino a la escuela. Los cuchicheos pasaron de boca en boca, de clase en clase, de matemáticas a lengua, del recreo hasta gimnasia. Ninguno de los pequeños nos atrevíamos a ir solos a los servicios, porque alguien había advertido que la Mano Negra acechaba dentro de los retretes, aguardando a los niños miedosos, a los descreídos, a los audaces que se atrevieran a llamarla mientras miraban fijamente al espejo. Nadie sabía a ciencia cierta cómo, dónde ni por qué había empezado aquella historia, pero circulaba la leyenda de un hijo que pegaba a su madre, un hijo desobediente y malvado que murió con la mano rígida, encorvada como una garra. No hubo manera de meterla

dentro del ataúd y tuvieron que enterrar al niño con el brazo colgando. Bajo la tierra la mano se fue poniendo negra y negra hasta que se pudrió, se separó del cadáver y salió del cementerio para cumplir su destino de monstruo.

- —Mentira —decía Pedrín.
- —Vale. ¿A que no tienes huevos a ir a mear solo?

Nadie los tenía. Nos aguantábamos las ganas hasta que no podíamos más, o bien acudíamos a los servicios en manada, gastando bromas y lanzando gritos espeluznantes para horrorizar a los más pequeños. Más de uno salió por los pasillos haciendo el pingüino, los calzoncillos y los pantalones subidos a medias. Y los profesores no reaccionaron hasta que hubo que hospitalizar a un crío de tercero: se llevó un susto de muerte cuando se encontró de veras con la Mano Negra posada sobre su hombro al ir a sentarse sobre la taza. Uno de los alumnos de octavo había cogido un guante de goma, lo pintó de negro, lo rellenó de agua y lo dejó atado a la cadena del retrete.

Poco a poco la leyenda se fue desvaneciendo, olvidando, dejó de dar miedo para convertirse en otro fósil del museo de la infancia, al lado del Coco, el Tren de la Bruja y el Ratoncito Pérez. Algunos de los mayores se apropiaron de la patente y solían estamparla tras cualquiera de sus fechorías: el robo de un examen o la rotura de un escaparate. Le pregunté a Lola por la Mano Negra, mientras la ayudaba a poner la mesa. Por supuesto, resistirse a su invitación había sido inútil.

- —¿La Mano Negra? ¿Cómo es que sacas eso ahora?
- —Me acordé mientras cruzaba el pasadizo para recoger a Tania.
- —Primero esa pobre inválida y ahora la Mano Negra. Te veo muy nostálgico, Roberto.

No podía contarle a Lola lo que sólo sabíamos el Chapas y yo: que la Mano Negra hizo su aparición en el váter de un vestuario de chicas, tal y como certificaba la leyenda, sólo para testimoniar su paso por el mundo antes de matar a Gema. Tania trepó a su silla masticando el último trozo de regaliz.

- —¿Qué es la Mano Negra, mamá?
- —La mano de una niña que no se lavaba antes de comer. ¿Tú te has lavado las manos?

Tania enseñó sus manitas mientras desplegaba una sonrisa enmarcada en

dos trenzas rubias que, en cuestión de pocos años, arrancaría aullidos a los chicos del barrio. Aún no lograba comprender cómo es que no había heredado la espléndida cabellera negra de su madre. Tal vez el rubio le venía de la rama paterna, pero me extrañó no ver ningún retrato del padre en la casa. No tenía confianza suficiente para hacer preguntas.

Mientras comíamos, recordé las veces que me había ido tropezando a Lola por los peldaños del tiempo, en encuentros casuales cuando iba a visitar a mi madre. Al igual que otras mujeres hermosas, Lola sabía que el centro de gravedad de su belleza estaba en su pelo y, al igual que otras mujeres que no se encuentran a gusto consigo mismas, visitaba la peluquería con más frecuencia de la necesaria. Había probado infinidad de peinados, como si su cabeza fuese la pieza del puzle que no terminaba de encajar, aun a sabiendas de que ni la media melena, ni el corte egipcio, ni las mechas rubias iban a añadir un leño a la hoguera esplendorosa de sus rizos negros.

En todos aquellos encuentros apenas cruzamos más de cuatro palabras. Los dos llevábamos demasiada prisa. Ya fuese arreglada para salir de fiesta o cargando con las bolsas de la compra, siempre me saludaba alzando la cara orgullosamente, con aquel estilo flamenco y bravío que desconcertaba a los profesores. Y siempre la veía distinta, no ya por las mutaciones que imponían las modas —las minifaldas horteras y las medias de colores de los ochenta, el traje chaqueta y los tacones altos en los noventa— sino obedeciendo las leyes de su propia metamorfosis, como las fases de una mariposa, sólo que en sentido inverso. En cierto modo, Lola había reculado, se había ido encogiendo en busca de la oruga y la crisálida. No en un sentido físico, claro, porque las caderas se habían ensanchado y el volumen de sus pechos se había acentuado desde que fue madre. No se molestaba en ocultarlo, pero ya no giraba tan a menudo el cuello en aquel gesto tan suyo, tan desafiante, como una estatua que buscara despegarse del mármol. Había inclinado la cerviz, había aceptado la derrota, en su cabeza empezaba a clarear la ceniza. Al fin aquella negra hoguera se estaba apagando, chisporroteando en unas cuantas hebras que le caían en flecos cansados por la nuca y la frente, con filamentos de canas prematuras que, entre tanta loción y tanta bolsita de tinte, apenas evocaban ya su magnífico color de ala de cuervo. El moreno de su piel, que

resplandecía en las piscinas de verano volviendo locos a los socorristas, ahora tenía el brillo apagado de una peseta vieja, una de esas monedas caducadas que encontramos al fondo de los cajones.

—¿Qué miras tanto, tú?

Lo dijo con un acorde de chulería antigua, una de esas acometidas feroces que desmantelaban de arriba abajo la posibilidad de cualquier flirteo. Lola me llevaba dos años, un intervalo que apenas contaba ahora, pero que durante mucho tiempo fue un abismo infranqueable. Cuando yo estaba en sexto, peleándome con los quebrados, ella ya resolvía ecuaciones de segundo grado. Cuando yo llegué a octavo, ella ya tonteaba con novios de veinte años, ya estaba estudiando la matemática del sexo, la forma de pintarse las uñas y de caminar con tacones, imprimiendo ese sutil balanceo que emborrachaba a cualquiera con sangre en las venas. Tenía fama de ser la tía más puta del barrio pero jamás le importaron un bledo aquellas habladurías y chismes de vieja que no destilaban más que envidia pura. No tenía miedo a nada: se subía a la moto del novio de turno mostrando una pantorrilla interminable, o bien se paseaba con la barbilla erguida, sorda a los piropos y a los silbidos de los muchachos del cole, como un mascarón de proa que fuese cortando una a una las olas turbias del deseo.

- —Te miro a ti.
- —¿Y qué ves?
- —Ya sabes lo que veo. No necesitas que te regale el oído.
- —Hijo, qué poco sabes de mujeres.

Como en los combates largos, la pelea había ido cambiando en los últimos asaltos, cuando el cansancio se echa encima de uno de los combatientes, los brazos se lastran, los pies se atornillan al suelo y el aire en los pulmones se transforma en plomo. Pasada la mitad del combate, después de encontrar el segundo aliento, ahora era yo quien llevaba ventaja. Lola arrastraba un divorcio, una hija y la secreta desesperación que empieza a socavar a ciertas mujeres cuando se acercan a los cuarenta. Aunque su belleza no se había diluido, ni mucho menos, ya había recibido las primeras facturas de embargo. También yo, cuando me retiré del boxeo, sentí el acoso de los acreedores, el vencimiento de las letras de aquella juventud con la que nos

habían engatusado a todos. ¿Juventud? Ni de coña: la juventud no era más que acné en el alma, estupidez, inexperiencia, un rollo publicitario para vender perfumes y coches caros.

- —Mamá, ¿puedo ir a jugar un rato?
- —Un rato sólo, que luego tienes que hacer los deberes.

Antes de irse, Tania afirmó con la cabeza, en un gesto esbozado con tan poca fe que hasta yo descubrí la estafa.

- —Tania suena a marca de refrescos. ¿De dónde sacaste el nombre?
- —Mi difunto se empeñó. Me habría gustado llamarla Clara, como mi hermana.
  - —No sabía que tu marido estuviese muerto.
  - —Para mí como si lo estuviera.

Se levantó y empezó a recoger los platos. Le eché una mano aunque se empeñó en que no la ayudara. Nos quedamos en la cocina, compartiendo un silencio punteado por el entrechocar de los platos en el lavavajillas. Cuando apretó la rosca de la vieja cafetera, la rabia, al fin, le salió de la boca.

—Sólo espero que ese hijo de puta me siga pasando la pensión para poder olvidarme de él del todo. Y que la niña cumpla la edad suficiente para enseñarle cómo se usa un condón.

No había mucho que decir a eso y no lo dije. La cafetera empezó a bailar bajo el fuego. Lola apartó un mechón de pelo de su cara y me miró a los ojos.

- —Roberto, entiéndeme: Tania es lo único bueno que me ha pasado en la vida. No quisiera que cometiera mis mismos errores. ¿Te gusta con leche?
  - —Sí.
  - —No hablas mucho, ¿eh? Así no es fácil mantener una conversación.
  - —Es que nunca he sido muy buen consejero matrimonial.
  - —¿Tú no te casaste?
  - —¿Yo? ¿Estás de broma?
  - —Lo dices como si fuera una enfermedad.
- —Para ver hostiarse a dos, prefiero el boxeo. El boxeo al menos tiene reglas. Los pocos amigos míos que se casaron, acabaron contra las cuerdas.
  - —Les sacaron los hígados, quieres decir.
  - —Los hígados y a algunos algo peor.

Pensaba en Sebas, el camarero del Oso Panda. Cuando su esposa lo abandonó, no le dejó a cero la cuenta corriente, ni se llevó la casa, el coche, ni los hijos que nunca tuvieron. Sencillamente, le arrancó el corazón.

- —Vaya —comentó Lola, cruzando los brazos y recostándose contra el fregadero—. Eso es lo que me dicen todas mis amigas. Que en España es muy fácil desplumar a un marido y luego vivir de las sobras del divorcio. Debo de ser la única gilipollas del reino.
  - —Gilipollas es tu marido. Por divorciarse de ti.

El pitido de la cafetera sonó como la campana en el *ring*. Mejor no seguir por ese camino y menos aún con una niña pequeña jugando en otra habitación. No soy muy culto, pero no me hacía falta estudiar Física para notar las señales que despedía su cuerpo desde que había entrado en su casa: las mismas que seguía haciendo mientras servía el café. Por mi experiencia en el cuadrilátero, en puertas de discoteca, en peleas callejeras, había aprendido a descifrar la más leve pulsación en un hombro, el brillo de una mirada, la vena que late agazapada en la sien. Era toda una autoridad en relaciones corporales. Antes de que la mano despegara del codo, ya adivinaba cuando una hostia iba a venir por mí.

- —¿Quieres invitarme a cenar? —preguntó, con cierto recochineo en los ojos.
  - —Cualquier día de éstos, si te dejas. Por qué no.
  - —¿Y qué hacemos con Tania?
  - —Se la encasquetamos a mi madre.
  - —A tu madre no le caigo muy bien, Roberto.

Me rozó la mano al entregarme la taza, un roce que preferí creer casual. Era más elocuente la pequeña taza de porcelana con el asa rajada, la hija menor de un juego de té, el típico regalo de bodas que al principio sólo se saca en las grandes ocasiones y que después va perdiendo lustre en el desgaste del matrimonio, hasta acabar de objeto arrojadizo en una bronca.

—A mí sí.

Se sirvió el café separándose de mí casi imperceptiblemente, en un delicado reflujo de cortejo. Su cadera volvió a chocar con el borde del fregadero, esponjándose como los neumáticos del barco atracado demasiado

cerca del muelle, tensando y destensando las maromas.

- —¿Por qué sonries? —preguntó, llevándose la taza a la boca.
- —Nada. Una tontería.
- —Cuéntala.
- —Me estaba acordando de cuando te veíamos a la salida del colegio. Aún vestida con el uniforme, la faldita plisada, la camisa, las coletas...
  - —Qué.
  - —Parecías más mujer que todas tus profesoras juntas.

Paladeó aquel piropo en retrospectiva, junto al primer sorbo de café.

- —Sí, eso lo pensaba todo el mundo. Algunos llegaron a decirlo. ¿Sabes que llegué a salir con mi profesor de gimnasia?
  - —No me extraña.
- —Él tenía treinta años y yo trece. Estaba casado y con dos hijos. Le podía haber hundido la carrera.
  - —Tía, tú podías haber hundido el *Titanic*.

Soltó la taza, me ofreció la boca. Fue un beso con veinte años de retraso, acariciado y aplazado, diferido y soñado en las largas noches de la adolescencia, en las fantasías imposibles, con el súcubo de un cuerpo que se demoraba en mi lecho mientras su dueña escapaba hacia otro mundo, sentada en el asiento trasero de una moto, bailando en una fiesta. Su boca sabía a café, a tabaco, a pasadizos oscuros. La apreté entre mis brazos, comprobando su sustancia, su peso, mientras nuestros labios se despegaban acuciados por la urgencia de la realidad y por su hija, que podía aparecer en cualquier momento. Fue un morreo más que un beso, un magreo de discoteca, prohibido, furtivo y proletario.

- —Todavía puedes —jadeé.
- —Roberto —me dijo al oído, y su voz era exacta a la del fantasma que me visitaba en mi cama adolescente.
- —Sabes —susurré, acariciándola—, en el colegio todos los chavales nos preguntábamos si serías gitana o no.

La sentí envararse bajo mis dedos, una veta de nervios le recorrió la espalda de arriba abajo. Se apartó de mí, con un rencor extraño brillándole en los ojos.

- —¿Por qué dices eso?
- —Porque es la verdad, Lola. Parecías una gitana joven de San Blas, tan guapa, tan morena y tan mujer como ellas.
  - —¿Sigues con los piropos o es que eres gilipollas?

Cogió las tazas y las vació en el fregadero. Por un instante todo su pelo ardió, avivado por el sol que estallaba en la ventana.

- —¿Te parezco una gitana? —preguntó con los brazos en jarras, una pose donde sólo faltaba un clavel en el pelo—. ¿Tú has visto a una gitana a los veinte, con tres churumbeles detrás y una tonelada de ropa encima?
  - —Lola, lo siento. No sabía que tuvieras algo contra los gitanos.
- —Mira, que me llame Lola fue sólo un capricho de mi padre. Los hombres sois todos genios poniendo nombres.

Dio media vuelta y se puso a fregar los platos. Alargué la mano para reanudar el contacto, pero comprendí que estaba ya muy lejos. Simplemente le apreté el brazo, le dije que me iba, que tenía cosas que hacer. No sé si respondió o no. Quizá habló, pero no lo bastante alto. Aún no he aprendido a leer los labios a través del cogote.

En uno de mis primeros combates como profesional, un argelino me metió un puñetazo en frío que me hizo doblar las rodillas. Y una vez, en quinto o en sexto curso, don Joaquín me zumbó una bofetada a traición que me dejó la cara ardiendo. Algunos curas de los salesianos no se cortaban ni un pelo; debían de tener una edición especial de la Biblia, con el lema aquel de «la letra con sangre entra» escrito en la primera página, dos párrafos por delante de la historia de Adán y Eva. Con su baja estatura, su mala leche, y su rostro moreno y enjuto, don Joaquín, más que un cura, parecía un cabo rebotado de la Legión. Quizá había leído las Escrituras pero las entendía a su modo: donde Cristo repartía panes y peces, él repartía hostias.

Ninguno de aquellos dos golpes me sorprendió tanto como la salida de tono de Lola. No entendía por qué se había molestado tanto si, al fin y al cabo, en aquellos tiempos se pasaba la vida entre gitanos. Muchas veces iba por la calle con unas pintas que parecía la propaganda de un tablao. Con sus

ojos negros, su talante colérico y su melena larga y rizada, bien podía haber salido dando palmas en cualquier disco de Los Chunguitos.

Gitanos, en mi barrio, los había de todos los colores, de todos los pelajes y oficios. Había gitanos buenos y gitanos malos, *gichos* que vendían ramos de rosas y *gichos* que tiraban de navaja en las esquinas; *gichos* que se dedicaban a la chatarra y *gichos* que vendían fruta en la trasera de una furgoneta. Los veíamos pesando limones en una balanza romana mientras intentaban engatusar a la abuela de turno. O bien, la mañana siguiente del Día de los Muertos, saqueando el cementerio de la Almudena, rescatando los mismos ramos que habían vendido el día anterior a la entrada del cementerio para volverlos a utilizar y venderlos a mitad de precio. Flores de ultratumba las llamábamos.

Los más indómitos vivían en una barriada de chabolas, al lado del parque de San Blas, en una mezcla insólita de miseria y lujo, sin luz ni agua corriente, sin escuelas ni horario fijo. La electricidad la cogían de cualquier parte —de la primera farola que encontrasen, sin ir más lejos— y el agua brotaba al compás de una palanca asmática, goteando de una vetusta bomba donde se agolpaban tres o cuatro perros famélicos. Un buen día, a alguna lumbrera del Ayuntamiento se le ocurrió la feliz idea de regalarles unos cuantos pisos de protección oficial, otra barriada para ellos solos, y uno de mis amigos tuvo la suerte de que su padre, por algún tipo de enchufe municipal, consiguiera uno de aquellos pisos. Nos contó que en su casa no funcionaba el agua ni la calefacción, que lo primero que hicieron los gitanos fue quitar todas las tuberías y los grifos del edificio y venderlos luego a una chatarrería. Por lo visto, arrancaban las puertas y los marcos de las ventanas para encender fuego por las noches. Los bomberos del vecino parque de San Blas acudieron un par de veces ante las llamadas de pánico de los vecinos y lo único que encontraron fue una juerga flamenca multitudinaria y los techos ennegrecidos. Allí no dormía ni Dios: en lugar de puertas, en la entrada de los pisos había cortinas, y mi amiguete se había tropezado más de una vez con una pareja follando en las escaleras o con una mujer orinando en el portal, brotando como una col entre un laberinto de refajos. Pensábamos que exageraba, pero un día que fuimos a hacerle una visita nos encontramos con una pintada de dimensiones colosales en el exterior del edificio: NOS JEMOS JÍO AR TOMATE. Cuando se abrió la puerta del ascensor, del interior salieron un burro y media docena de gallinas.

Algunas familias prefirieron quedarse en sus chabolas de toda la vida, ese barrizal de fango y mierda donde los chuchos campaban a sus anchas y las antenas brotaban entre cartones. Recuerdo haber entrado un día en una de aquellas chozas confeccionadas con retales de obra, contrachapados y trozos de uralita, sin más tabiques que un par de sábanas colgadas, y haber visto una cama montañosa al lado de una estufa negruzca que parecía montada con piezas desguazadas de una armadura. La pelota que buscaba había rodado bajo la cama y, cuando me agaché a recogerla, descubrí un orinal descascarillado y muelles retorcidos brotando bajo las tripas de hierro. Al salir, una vieja, que al principio había confundido con otro trasto más y que estaba agazapada en una mecedora, esperando la muerte, me lanzó una mirada tan honda y tan abstrusa como una maldición gitana.

Sin embargo, fue allí, en la chabola de los Romero, donde fulguró la primera tele a color del barrio, y algún tiempo después los chavales nos acostumbramos al gran Mercedes negro aparcado a la entrada, junto a la roñosa furgoneta con las ventanillas decoradas con cortinas. Durante dos o tres meses, el hijo pequeño de la familia llegó a ir a la escuela, hasta el día en que lo echaron de clase de parvulitos porque descubrió a qué negocio se dedicaba su familia. Una de las profesoras enseñaba a los críos cómo distinguir una fruta por sus colores: «¿Qué es blanco por dentro y verde por fuera?». «La pera», respondían a coro los niños. «¿Qué es blanco por dentro y amarillo por fuera?». «La manzana». Los alumnos fueron ensayando variaciones y el pequeño de los Romero levantó una mano: «¿Qué es blanco por dentro y marrón por fuera?». Nadie supo responder, hasta que la profesora, sonriendo, dijo: «El coco». «Qué va a ser el coco, paya. Es la heroína».

El mayor de los Romero era alto, muy flaco, tirando a rubio, con los ojos redondos, límpidos y azules, como dos canicas de jugar al guá. Que yo supiera, no tenía nombre: lo llamábamos simplemente Romero, o el Romero, o, más habitualmente, el puto gitano de mierda. Más que nada, para

distinguirlo de los demás gitanos, porque Romero era peligroso de verdad. Sólo el contraste entre su piel oscura y el claro de los ojos ya daba miedo.

Antes de cumplir los quince, Romero ya era una leyenda. Robaba coches, desvalijaba pisos, atracaba bares y comercios, entraba en las panaderías y en las bodegas del barrio, y se llevaba lo que le daba la gana, mirando directamente al dueño a los ojos mientras se llenaba los bolsillos, como si tuviera cuenta abierta. Una vez Eladio, el de la tienda de ultramarinos, lo denunció a la policía y Romero acabó en un correccional para menores. Estuvo allí un par de semanas y luego se escapó. A los dos días de verlo otra vez luciendo el palmito por las calles, la tienda de Eladio ardió de arriba abajo.

Me llevaba cuatro o cinco años y en el barrio eso era mucha diferencia. La primera vez que lo vi, estaba jugando a los coches con mis amigos, transportando arena en camiones de juguete y apilándola luego con volquetes. Comprendí que algo sucedía cuando Pedrín escondió su camión detrás de la espalda. Me di la vuelta y vi tres pares de zapatos cubiertos por pantalones de campana y, más arriba, unas hebillas de metal, y al final del todo, tres rostros coronados por largas melenas. El de en medio pertenecía a un tío alto y chulo, de ojos afilados, que sonreía enseñando los dientes.

—No tengas miedo, nene. No me dedico a los juguetes.

Todos mis amigos agacharon la cabeza, pero yo no. Romero me clavó aquel par de canicas azules que traía puesto en la cara y supe entonces, con más de una década de antelación, el odio impersonal que puede chisporrotear en una mirada durante los preliminares de un combate. Antes de la pelea, mientras el árbitro enumera las reglas básicas, los dos púgiles se observan durante unos segundos, acumulando acero en los ojos, intentando traspasarse el uno al otro, como si el cuerpo que se alza enfrente no fuese sólo carne y sangre y huesos, sino un obstáculo mental, una pared de pensamientos levantada contra la absoluta determinación de vencer. En el boxeo, como en la vida, uno siempre pelea contra sí mismo: lo demás son fantasmas que van asomando en el camino para enseñarnos que el camino está ahí.

—¿Y tú qué miras? —preguntó.

En la voz le brillaba un acento extraño, rebuscado, como un arma oculta

entre la ropa. Sonaba andaluz pero no de una manera natural: más bien como si quisiera imitar la forma de hablar de los andaluces, una maniobra para despistar, para confundir rastros. Repitió la pregunta y yo tampoco desvié los ojos. No por chulería o por un insensato exceso de coraje, sino porque me encontraba fascinado ante su presencia. No asustado, sino literalmente aturdido por el aura de violencia que destilaba todo él, desde el rictus desdeñoso de los labios hasta la puntera de la bota carcomida y amparada por los vaqueros.

Romero levantó el pie y aplastó mi camión de juguete. Sonó un crujido espantoso y los trozos de plástico saltaron bajo el tacón. Cuando volví a mirarle la cara, no había cambiado un ápice su expresión de hijoputa. Desbarató la carretera que estábamos haciendo de una patada, dio media vuelta y se marchó con sus colegas.

—Eres ya muy mayorcito para jugar con estas cosas.

Nuestros caminos se cruzaron unas cuantas veces después de aquello, pero nunca pude devolverle el favor. Sabía que al cinto llevaba una navaja, como poco, y además siempre lo rodeaba una cohorte de guardianes y admiradores deseosos de aprender. En el barrio se formaron dos o tres bandas, pero la de Romero era la peor, tal vez porque no funcionaba exactamente como una banda —con sus códigos, sus insignias y sus ropajes estrafalarios— sino como una emanación del propio Romero, un tumor letal hecho de melenas y pantalones ceñidos y palmadas flamencas, de esbirros y lameculos que imitaban todos los gestos y poses de su ídolo. Ni siquiera había tenido que pelear para convertirse en jefe: estaba revestido de una autoridad animal que atraía tanto a hombres como a mujeres. Era algo que se percibía al primer golpe de vista, un hielo negro en el centro de sus ojos azules, una vibración que decía a las claras que no vacilaría un segundo a la hora de matar y que no le importaban una mierda las consecuencias, el castigo, la ley.

Fue esa frialdad bestial la que me envolvió, hechizándome, antes de que me pisoteara el camión. Allí, plantado ante unos críos, envuelto en ese uno noventa de maldad con el que parecía haber nacido, en esa aristocrática y elástica calma que enloquecía a las hembras, ya fuesen gitanas o payas. No

era sólo la belleza, el coraje, la raza, ni siquiera el halo del peligro, sino la certeza de que nada iba a poder con él. Lo mismo le daba liarse a navajazos, incendiar unos ultramarinos o molestar a unos chiquillos. A veces me lo tropezaba en el barrio, de lejos, sus jactanciosos ojos claros sobrevolando la chusma que le guardaba las espaldas, del mismo modo que podía tropezar con el nombre de un púgil temible en los carteles, un boxeador al que nunca me había enfrentado y con el que tarde o temprano tendría que subir al *ring*.

Cuando dijo que no se dedicaba a los juguetes, mentía, como siempre. De hecho, sólo se dedicaba a los juguetes: navajas, palancas, ganzúas, relojes robados, destornilladores... Y años después, cuando el jaco se puso de moda, aumentó el catálogo con jeringuillas, mecheros, polvo blanco, cuchillas de afeitar con las que cortar aquellos paquetes que entraban en la chabola, los mismos con los que su hermano pequeño también se entretenía a veces.

El hermano se llamaba Carlos. Nos enteramos del nombre por los periódicos, un día que apareció escrito en la página de sucesos después de que la policía aparcara frente a la chabola familiar con tíos coches patrulla y una orden judicial. Romero se resistió, hubo un tiroteo y el pequeño salió corriendo bajo el fuego cruzado. Un balazo le alcanzó en la cabeza: ya estaba muerto antes de caer al suelo. Puede que el nombre de pila de Romero apareciera también, no lo sé. Sólo me fijé en la foto, que retrataba a un chorizo de tres al cuarto, un joven delincuente con las manos esposadas a la espalda y los ojos de un animal acorralado que no se parecía en nada al príncipe de los gitanos que había aterrorizado y embrujado al barrio. El tronío, el orgullo y el coraje se habían ido por el retrete: en los papeles no quedaba más que un pobre chaval acojonado, que ya se encogía sobre sus hombros, no tanto para pasar al interior del coche patrulla —donde le empujaba un brazo casi fuera del cuadro— como para soportar la carga de su hermano muerto.

Romero pasó diez años en la cárcel. Le endosaron todo el lote: robos, violencia callejera, tenencia ilícita de armas, tráfico de drogas y homicidio involuntario. La prueba pericial demostró que la bala que acabó con la vida de su hermano había salido no de las armas reglamentarias de los maderos, sino de su revólver. No había vuelto a verlo desde aquella foto, pero no creo

que la cárcel le hubiese cambiado mucho. El padre Osorio —el cura que me anudó mis primeros guantes de boxeo, el que me enseñó a saltar la comba y a golpear el saco— solía decir que en la cárcel un hombre no puede aprender nada. Se equivocaba: en la cárcel se pueden aprender muchas cosas. Para la gente como Romero, de hecho, era algo así como una carrera universitaria, una llamada a filas. En la cárcel intercambiaban direcciones, teléfonos, técnicas de extorsión, triquiñuelas legales. Y lo peor es que, una vez dentro, se acostumbraban a ella. Quiero decir, que ya no podías asustarles con nada peor, no al menos con la ley en la mano. Para algunos de ellos, volver allí otra vez sería como unas vacaciones pagadas.

## Dos

Fue extraño dormir de nuevo en mi cuarto. Por primera vez en muchos años regresaba a aquellas sábanas en las que había pasado casi un tercio de vida. Mi madre las había guardado al fondo del armario, pero, a pesar de todo, por debajo del detergente y la naftalina, seguían conservando el mismo tacto, el mismo olor a niñez y a ropa limpia. La cama ya me quedaba corta cuando pegué el último estirón: meterme otra vez en ella fue igual que calzarme un zapato demasiado estrecho para un solo día de fiesta. Tuve que doblar las piernas y en aquella postura fetal, encogido bajo la colcha y la pesada manta, recorrí la oscuridad intentando descifrar el contorno de los objetos, la ropa echada encima de una silla, el laberinto de líneas entre el armario y la mesilla de noche. En la rendija de la puerta, desde donde asomaba el resplandor de la tele en la salita y los retazos de las voces de mis padres, ahora sólo latía una veta de sombras. Tardé en dormirme y me desperté fatigado, confuso, de mal humor, la espalda dolorida, como un minero que regresa del pozo sin traer siquiera unos trozos de sueño.

Me levanté temprano, antes de que mi madre se empeñara en hacerme el desayuno, y salí a dar una vuelta. En el parque de San Blas me reencontré con viejos árboles que habían servido de diana para dardos y de poste en copiosos partidos de fútbol. Con los años, unos habían echado tripa, otros habían crecido a lo alto. En los tobillos acumulaban incisiones, patadas y balonazos y, algo más arriba, entre las cortezas descascarilladas, símbolos y letras escritas a navaja. Había toda una biblioteca oculta de mayúsculas, cruces gamadas, puntos de mira, lemas contra el poder, «aes» santificadas y otros símbolos anarquistas: todo un rosario de estratos geológicos que

testimoniaban los ritos de paso a la edad adulta. Nada de flechas, corazones y cursilerías por el estilo: los árboles del parque de San Blas no pueden permitirse ciertas cosas, son tipos duros, enfundados en gabardinas verdes, y no se quejan cuando les operan de varices.

De camino a los columpios, me acerqué a un plátano que brotaba entre un césped ralo, y descubrí la P, la R y la otra R (Pedrín, Roberto, Richi) circundando un nudo de la madera. Acaricié las pequeñas letras (las dos «erres» encabalgadas, como la caligrafía de un Rolls Royce) y el tacto me devolvió la vibración de un golpe, el recuerdo de aquella tarde en que el Chapas sacó un destornillador de la cartera y cada uno de nosotros grabó la inicial de su nombre. Después, con la cuchilla de un sacapuntas, nos hicimos un corte en el pulgar e intercambiamos nuestras sangres, repitiendo una especie de juramento solemne que habíamos visto en una película de indios. Al fin y al cabo, el SIDA aún no estaba de moda, las flechas no llevaban veneno, los condones sólo eran un sueño para los polvos que no echábamos. Creíamos que la amistad duraba siempre.

Pedrín es el amigo más antiguo del que guardo memoria. Fuimos juntos hasta séptimo de EGB, cuando su familia se cambió de barrio, y los dos vivimos esa separación como si fuese una agonía, una auténtica catástrofe. No he tenido, y probablemente no vuelva a tener jamás, una relación más íntima con nadie. Cuando no había colegio, quedábamos a las nueve en la calle y pasábamos juntos todo el santo día, jugando a las chapas, las canicas, la peonza o el bote, según tocase, y sólo nos interrumpía el bramido de nuestras madres a la hora de la comida, la merienda y la cena. Por lo general nos llevábamos una buena tunda de palos al volver a casa al anochecer, rendidos y felices, como amantes que no pueden ocultar su pasión: la ropa sucia, las manos desolladas, las uñas festoneadas de tierra, las rodillas cuajadas de costras y arañazos. Cuando uno de los dos tenía que ir al retrete, se aguantaba hasta que no podía más y entonces decía, apretando las piernas: «Voy a cagar, macho». Y el otro decía: «Vale, yo también». No podíamos perder ni un segundo de estar juntos.

Al lado de esa camaradería total y fastuosa, las demás relaciones de la vida —novias, amigos, esposas, familiares— resultan meras formalidades, trámites con los que pasar el rato. En la niñez el tiempo no existía: las mañanas eran infinitas y el sol rodaba por las tardes con la cadencia de una pelota. Quién iba a imaginar que, cuando nuestros caminos se separasen por culpa del puto empleo de su padre, no volveríamos a vernos hasta muchos años después, en una cola del paro, y ni siquiera acertáramos a saludarnos. Tal vez no tuvimos cojones o tal vez ambos sabíamos que todo lo vivido juntos no podía resarcirse con dos frases de compromiso y una palmada en la espalda.

Una tarde Pedrín logró convencer a su madre para que le comprara un pollito de colores. Los habíamos visto un día dentro de una caja de cartón, amontonados unos encima de otros, pintados de verde, rosa y azul, y ya no quisimos otra cosa. Mi madre me dijo que ni hablar, que aquello era una crueldad, que los sumergían en colorante nada más salir del cascarón y muchos morían o se quedaban ciegos. Después del primer remojón, la supervivencia del pollito dependía de su habilidad para alzarse sobre las cabezas de sus congéneres, chillando entre estrujones y apretones, hasta que el capricho de algún niño los rescataba del martirio. El vejete que los vendía —abrigo gris raído, bufanda anaranjada, boina— permanecía horas de pie en la acera, vigilando la caja de cartón, soplándose de vez en cuando las manos heladas y sumergiéndolas en el vocinglero y bullente plumaje, buscando el calor de los recién nacidos entre las manchas de mierda. Muchos pollos morían dentro de la caja, de hambre, de frío, picoteados o aplastados por las patas de sus compañeros, y más de una vez, ante el estupor del crío que apretaba un duro entre sus dedos, el viejo sacaba un cadáver rígido en lugar de una bola viva de plumas.

—Éste se ha dormido —decía, guardándose el despojo en el bolsillo del abrigo—. Espera, que te doy otro.

Pedrín eligió un pollito rosa que no paraba de temblar y que entrecerraba los ojos como si también fuera a dormirse para siempre. Lo alimentó con pan mojado en leche y lo guardó en una caja de zapatos que colocó al lado de la estufa. Tuvimos suerte y el bicho logró salir adelante; la mayoría de los

pollitos apenas duraban unos días, casi todos acababan asfixiados por alguna reacción alérgica a la puñetera pintura.

- —Habrá que buscarle un nombre —dije yo, mirando al pollo rosa que iba y venía, piando y cagándose por los cuatro rincones.
  - —Ya lo tiene —dijo Pedrín—. Se llama Pollo.

Poco antes de Navidades, Pollo perdió su plumón y cambió su bonito colorido rosa por una envoltura amarilla común y corriente. Pensábamos que alguien nos había dado el cambiazo y andábamos por ahí con un mosqueo tremendo. No sirvió de nada que mi padre nos explicara el proceso: los niños no pueden admitir que se esfume un arco iris. Después, cuando creció, Pollo fue perdiendo la poca gracia que le quedaba hasta transformarse en un vulgar proyecto de gallina doméstica. Lo que antaño había sido un pequeño milagro ahora apenas cabía en la caja de zapatos, se hacía difícil llevarlo de un lado a otro y ninguno de los dos quería limpiar las cagadas que iba depositando a su paso. El día en que dejamos de llamarlo por su nombre, pasó a engrosar las filas de los pollos anónimos, los pollos con minúscula que atiborran las granjas y aguardan desplumados tras un mostrador de cristal. Su familia estaba hasta los cojones. El pollo iba y venía por la casa con sus andares de cine mudo, siempre detrás de Pedrín, pero ya no le hacíamos ningún caso. Era sólo un estorbo, un juguete pasado de moda. Un día su madre le retorció el pescuezo y lo sirvió en pepitoria sin decirle nada a su hijo.

- —Qué bueno está esto, mamá —comentó mi amigo, mojando pan en la salsa.
  - —¿Te gusta? —preguntó el bestia de su padre—. ¡Pues es tu puto pollo!

La madre le dio un codazo al padre, que se reía a carcajadas. Pedrín se echó a llorar y durante unos segundos estuvo a punto de vomitar la comida, pero luego me confesó que se acabó todo el plato.

—Qué bueno estaba, macho.

Básicamente, la infancia es un pollito de colores. El chavalín rollizo y gracioso que desemboca en un adolescente gordinflas y un par de gafas de culo de vaso; la guapa nena con trenzas que se resuelve en una niñata

histérica con la cara picoteada de granos. El timo del pollito se va repitiendo a todo lo largo de la vida. Más tarde o más temprano uno termina por comprender que la existencia puede resumirse en una larga y enrevesada sucesión de estafas, que no ha hecho otra cosa más que acumular pollitos de colores: un matrimonio fallido; una novia muy guapa que resulta un pendón; un trabajo cojonudo que a los tres meses se convierte en una condena a galeras; un cinturón de campeón de Europa de los medios que acaba colgado en una pared del salón, junto a aquel diploma de tercero con el que mi padre daba el coñazo a las visitas. Al final lo único que queda de cualquier milagro es un jodido pollo amarillento que se va cagando por todas las habitaciones, un pajarraco ridículo que ni siquiera sabe volar y que sólo sirve para la cazuela.

Donde antes se alzaban los columpios del parque ahora había unas porterías de balonmano y unas canchas de baloncesto sobre cuyo cemento descascarillado ya se desdibujaban las líneas de juego. En nuestro antiguo colegio no había instalaciones deportivas: en lugar de gimnasio contábamos con unos pocos columpios medio desvencijados, un trozo de césped mordisqueado y unos bancos historiados a navaja que teníamos que compartir con yonquis perezosos y ancianos iracundos. En el recreo nos apañábamos con porterías dibujadas con tiza sobre los muros de ladrillo o con tercos árboles en lugar de postes, y las dimensiones del campo dependían de la habilidad o la desgana del jardinero. También jugábamos al tenis sin rayas y sin red, estableciendo un campo imaginario sobre el que botaba la pelota, lo que daba lugar a discusiones interminables. Los fines de semana soñábamos despiertos, reconstruyendo la película que acababan de echar por la tele, aparejando un cristalino navío de remos o trepando por los peldaños de un castillo imaginario. Un palo hacía las veces de escopeta, de espada, de bate de héisbol.

La neblina de la mañana había dado paso a un sol pomposo, de pega, que desprendía luz pero no calor. Me detuve frente al paso de cebra donde empezaba nuestra clase de Educación Física. Las rayas eran blancas y antes fueron amarillas y todo lo demás parecía seguir formando parte de otro decorado. El asfalto seguía agrietado, una señora arrastraba su carrito de la

compra camino del mercado de San Blas como si regresara a casa con tres décadas de retraso. De repente el tiempo parecía detenido, congelado, con el mismo aspecto insano y glacial de los alimentos precocinados, de esas lasañas que se venden en cajas como si fuesen trozos de cadáveres.

Para llegar a mi antiguo colegio, al San Hilario, había que cruzar un buen trecho de parque. Lo llamábamos colegio pero en realidad era un establecimiento penitenciario en prácticas, un proyecto de cárcel infantil donde cumplíamos condena por haber nacido pobres. Ocupaba la planta baja y los sótanos de uno de esos bloques obreros donde el cemento servía de alma: en tiempos había sido una vivienda y ahora, en el mismo espacio, se alzaba un supermercado del día. En aquel intermedio que duró dos décadas había sufrido una sorda invasión de pizarras, chirriantes meñiques de tiza, bolígrafos de colores, lapiceros, cuadernos, pupitres ilustrados y crucifijos de madera donde Cristo hacía gimnasia. Sólo había cuatro aulas y los alumnos nos aglomerábamos en ellas para ganar espacio: séptimo y octavo, quinto y sexto, tercero y cuarto, estaban juntos. Una monja, a la que seguramente echarían por fea de algún convento, se ocupaba del revoltijo ensordecedor de segundo, primero y párvulos. Dos profesores, uno de ciencias y otro de letras, se turnaban en los cuatro cursos superiores: uno la mañana y otro la tarde. Su sabiduría lo abarcaba todo: lo mismo enseñaban análisis sintáctico o raíces cúbicas que Historia Sagrada.

Una vez don Fernando, el profesor de ciencias, me preguntó si pensaba que yo era más inteligente que una calculadora. Dije que sí y entonces me hizo salir a la pizarra y escribir una multiplicación de catorce cifras. Apenas había dibujado la raya cuando el hombre anunció, con un número muy largo, la victoria aplastante de la máquina.

—Anda, anda. Siéntate, alma de cántaro.

Después del cierre del colegio, una tienda de ultramarinos rellenó de berenjenas, escabeches y arenques aquel templo del saber. Nadie lo lamentó salvo, tal vez, los arenques. Cuando íbamos allí a comprar las litronas que nos bebíamos a morro en el parque, todavía podía ver, junto a un calendario de polvorones La Estepa, la sombra del crucifijo estampada en una de las paredes. A aquel crucifijo le rezábamos todas las mañanas una oración en

inglés (un trabalenguas que no aprendí jamás y que bisbiseábamos a coro como si fuese una adivinanza) y otro en español por las tardes, por si Cristo tampoco sabía idiomas. Al fin y al cabo, nos habían prometido el paraíso. Si éramos buenos, si rezábamos todas las noches, si no escribíamos torcido en los renglones del cuaderno. Murmurábamos el padrenuestro dos veces al día, pero era lo mismo que recitar la tabla de multiplicar o la lista de los reyes godos. Salvo los pringaos o los tontos del culo, ninguno ponía en ello ni una chispa de fe, ni siquiera el profesor que iniciaba los rezos como el que cuenta ovejas para dormirse. No es que fuéramos ya, tan renacuajos, una pandilla de descreídos y ateos precoces: es que el paraíso no tenía realidad alguna, no aparecía en los atlas ni en los libros, tampoco lo señalaba el puntero del hombre del tiempo en la tele. No estaba en ningún mapa.

Del infierno, en cambio, sí podíamos hacernos una idea. Según los libros de texto, en la entrada había un perro guardián de tres cabezas. En mi barrio no había tanto presupuesto y teníamos que conformarnos, en el mejor de los casos, con vulgares chuchos de dos cabezas. Una vez vimos uno en los jardines que había enfrente de mi casa. Vázquez y yo jugábamos al fútbol cuando de repente aparecieron dos perros callejeros unidos por el culo, tirando cada uno para un lado, ladrando y gimiendo.

—Mira, mira —dijo Vázquez—. Están follando.

Era la primera escena de sexo explícito que veíamos y, la verdad, no parecía algo muy agradable. Dolor, espasmos, dentera, nudos de entrañas. Vázquez les tiró un balonazo pero ni aun así logró separarlos. Una señora que pasaba se santiguó y murmuró: «Qué vergüenza, qué vergüenza». El repartidor de leche paró la furgoneta y se asomó por la ventanilla para soltar una guarrada. Un par de borrachos salieron de un bar cercano, con sendas jarras de cerveza, y se acercaron para animar y dar instrucciones. Al final, el viejo del azufre emergió de su puerta y les tiró encima a los perros un cubo de agua.

Cuando alguna vez, en clase de religión, le preguntábamos cómo era el paraíso, don Joaquín carraspeaba, cambiaba de tema o balbuceaba las mismas tonterías que el sacerdote en misa: una bucólica descripción de nubes blancas y coros celestiales, un aburrido algodonal de buenas intenciones, liras y

plumas de ángeles, todo ello presidido por un anciano bondadoso y severo a un tiempo, una versión magnificada de Papá Noel con una corona de rayos en lugar de barba blanca. En la entrada trabajaba San Pedro, una especie de conserje jubilado que guardaba las llaves del cielo y un enorme libraco donde constaba el nombre de todos nosotros, pecadores, junto a la lista interminable de nuestros pecados.

No, preferíamos imaginar el paraíso a nuestro modo: un parque de atracciones, unas vacaciones de verano que se prolongaban meses, una eterna fiesta de cumpleaños, con globos y patatas fritas, donde jugar con los amigos para siempre. Pero el verano daba paso al otoño; las patatas fritas se acababan, dejando un rastro de migas crujientes al fondo; por muy grande que fuese el parque de atracciones, terminaba por desaguar en un descampado lúgubre, igual que las chabolas gitanas al final de San Blas. No había forma de imaginar la palabra *siempre*: ése era el problema. Por eso empezamos a manejar conceptos paradisíacos más modestos.

—El cielo está hecho de esponjitas —decía Morcillo, el tío más gordo de cuarto, al que le chiflaban los dulces—. El suelo de esponjitas rosas, los muebles de regaliz, y el techo de pastillas de leche de burra.

Andresito el Moco discrepaba: más que un montón de chucherías, el paraíso consistía en una partida de petaco con bolas infinitas y un marcador tan amplio que admitía números elevados a la enésima potencia. Sin embargo, aquellas entelequias matemáticas tampoco servían de mucho: el paraíso no se podía alcanzar ni tocar ni comprar, no era como los juguetes que esperaban en el balcón o bajo la cama el seis de enero. En el colegio, hasta los Reyes Magos tenían más predicamento que aquella patraña.

Con un poco de esfuerzo, uno podía llegar a admitir que en el paraíso hubiese máquinas de petaco e incluso chucherías de kiosco, pero lo que no estaba dispuesto a tolerar de ningún modo es que dejaran pasar a Andresito el Moco. Faltaría más: Andresito, el hijo de Eladio, jugando al petaco entre las nubes, con ese velo verde que le asomaba por uno de los agujeros de la nariz a todas horas, de día y de noche. Nadie se atrevía a comer el jamón york y la mortadela de la tienda de Eladio. Uno de los nuevos alzó la mano en la primera clase de religión para despejar aquella duda metafísica:

- —Padre, ¿es cierto que en el paraíso resucitaremos en cuerpo y alma?
- —Así es, Ricardo.
- —Entonces, ¿eso quiere decir que en el cielo estaremos con nuestras manos y nuestras uñas y los padrastros de las uñas y todo lo demás?
  - —Exactamente.
  - —¿Y Andresito, padre?
  - —¿Qué pasa con Andresito?
  - —¿Le dejarán entrar en el cielo con el moco colgando?

Así hizo su aparición Ricardo, el Chapas. En el ecosistema de la clase — regido por leyes tan férreas como las que ordenan una pirámide alimenticia —, el Chapas ocupaba un escalón intermedio desde el que podía mofarse impunemente de los herbívoros como Andresito, pero tenía que andarse con mucho ojo con los depredadores de mayor rango, como yo, por ejemplo. En ese escalón intermedio, las cotas de supervivencia no dependían tanto de la mala leche o de la fuerza física, sino de ciertas habilidades sociales para caer en gracia a los matones y evitar así una lluvia diaria de hostias. El Chapas lo consiguió explotando el arte del ridículo al extremo: era un payaso nato, un berzas al que no le importaba que le expulsaran una semana del colegio si la gracia valía la pena.

Pero no todos tenían un sentido del humor tan avanzado como para atreverse a colocar los párpados del revés en mitad de la clase de Geografía o a sacarse la polla y cascarse una paja en la cajonera. Así que algunos moradores de la franja intermedia tenían que recurrir a otras destrezas. Musgo, por ejemplo, practicaba el arte de oler mal y además le sudaban las manos. Era uno de esos tipos asquerosos que no sólo no se duchaban sino al que, encima, la genética había jugado una mala pasada. Para empezar, había heredado el vello de su padre, un camionero gordo que tenía que afeitarse dos veces al día por lo menos, si no quería que lo confundieran con un oso.

—Macho, si miras despacio al padre de Musgo a la cara —dijo una vez el Chapas—, puedes ver cómo le crece la barba.

Musgo no tenía barba todavía, sino una especie de pelusa donde se quedaba prendida la leche, pero el pelo ya le rondaba por los hombros. Cuando alguien que no lo conocía, cometía el error de estrecharle la mano sudada, experimentaba la misma sensación que al trepar por un muro cubierto de verdín. Ése era el mecanismo de defensa de Musgo: el asco, el sudor, y era tan efectivo como la tinta del calamar o el veneno de una serpiente. En el océano primitivo del colegio, el Chapas era una rémora, uno de esos pececillos que limpian los dientes a tiburones y barracudas, mientras que Musgo era un pez chungo y llorica, quizá venenoso, cuya digestión te podía costar un disgusto. Prácticamente, ningún matón se dedicaba a buscarle las cosquillas a Musgo si no tenía bien claro dónde iba a limpiarse luego las manos.

Por último, debajo de todo, en el último peldaño de la escala biológica, estaba el plancton, el forraje: los empollones, los gordos, los gafotas, la gente que cobraba todos los días porque sí, porque tocaba; los pringaos a los que robaban los rotuladores y les tiraban el bocata a una papelera. Moñiguín, por ejemplo, aquel tipo desangelado, delgaducho y feo al que vi muchos años después conduciendo el mismo autobús en el que regresaba a casa: un cagapoquito de nariz ganchuda y ojos tristes que parecía ir por ahí mendigando una hostia. Todos los jueves por la tarde, al entrar en clase de dibujo, Barroso, uno de los depredadores, se acercaba al pupitre de Moñiguín, le metía una colleja y luego cogía la regla mientras canturreaba: «¿Regla nueva, eh, Moñiguín?». Acto seguido, la arqueaba como si estuviera comprobando su flexibilidad hasta que la partía delante de sus narices. Barroso volvía a su pupitre al tiempo que entraba don Joaquín, aquel legionario renegado, quisquilloso y maniático que solía pasar revista a lápices, tiralíneas y compases antes de empezar la clase. Al tropezar con la regla rota, siempre se le descomponía la cara.

—Hijo, no sé cuántas veces te he dicho que te compres una regla nueva.

Lo amonestaba con su voz sacerdotal, y Moñiguín se iba hundiendo más y más en su miseria, encorvándose como una quisquilla en el fondo marino, un animalito indefenso en busca de concha. Probablemente, en anteriores reencarnaciones, Moñiguín siempre había tenido la misma pinta de víctima propiciatoria: aunque jamás hubiera hecho la señal de la cruz, habría acabado de cristiano en la arena del circo; de sacrificio azteca, sólo porque pasaba por allí; de hereje quemado por error en un auto de fe; y también de judío en una

cámara de gas un día que se olvidó los papeles en casa.

Como número cómico, la humillación reiterada de Moñiguín dejaba bastante que desear y daba más pena que otra cosa, pero la verdad es que siempre nos reíamos. Así eran las cosas, el espectáculo tenía que continuar y Barroso se debía a su público. Todo estaba ensayado y cronometrado al milímetro, igual que una coreografía: colleja, regla rota, profesor, bronca. Ni siquiera cuando don Joaquín se retrasaba un poco, acertaba Moñiguín a guardar la regla rota en la cajonera. Se quedaba ahí, mirando los dos trozos de plástico en las manos, como un actor malo aguardando que le den la entrada en el diálogo.

Cuando el Chapas soltó su primera parida pública sobre Andresito el Moco, todavía estaba al fondo de la pirámide alimenticia, nadie celebraba sus chistes con aplausos y cobraba casi todos los días. Había entrado nuevo en el colegio aquel año y además llevaba aparato dental. La primera provocación ya era grave, pero la segunda era imperdonable. Una mañana lo descubrí haciendo amigos en los servicios. Un grandullón de sexto al que llamaban el Jeringas le tenía aprisionado del cuello, mientras otro, un retaco de piel cetrina con un lunar infame en la cara, le iba dando patadas en el culo. El Jeringas me vio parado en la puerta y dijo una frase que bien podía esculpirse de lema en la entrada del colegio:

—¿Tú qué miras, macho?

Tenía razón, aquello no era asunto mío. Entré y meé en uno de los urinarios mientras la paliza proseguía. A pesar de que no dejaba de recibir puñetazos y patadas, y de que tenía la cara como un tomate, aquel chaval novato con la boca forrada de metal parecía estar pasándoselo en grande. No paraba de revolverse y de mofarse de sus captores, que a duras penas lograban doblegarlo.

Aquella tarde, mientras esperaba a Vázquez en el portal de su casa, vi al nuevo que bajaba por la escalera saltando de dos en dos los escalones. Iba botando una pelota y me saludó con su sonrisa forjada en hierro antes de salir a jugar a la calle. Le pregunté a Vázquez si era amigo suyo.

- —Vive en el tercero —dijo—. Su familia se cambió la semana pasada.
- —¿Lo conoces?
- —Bueno —Vázquez afirmó con su párpado—. Su padre es policía. Un día su madre vino a casa y estuvo hablando con la mía. Él venía con ella y me dijo que se llamaba Ricardo, pero que lo llamaban el Chapas.

A la semana siguiente volví a encontrarlo haciendo relaciones públicas. Esta vez habían logrado arrinconarlo contra uno de los retretes e intentaban meterle la cabeza en la taza. El nuevo seguía riéndose pero esta vez me pareció que sus chuflas sonaban menos ardientes, menos airosas. El miedo le había agrietado la voz: era como si él mismo intentara darse ánimos. El retaco le estaba golpeando los costados con rabia, furioso porque, nada más aterrizar en el colegio, el nuevo ya lo había bautizado. Lo llamó *Lenteja* y el mote arraigó de inmediato, prosperando a lo largo y lo ancho de las aulas. Hasta el Jeringas, su compañero de palizas, lo había adoptado:

—Dale fuerte, Lenteja.

¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Lenteja era un apodo perfecto para aquel renacuajo moreno como un gitano que gastaba un lunar del tamaño de una sartén en la mejilla. Había que admitir que el nuevo tenía un verdadero talento para buscar motes, pero aquella mañana, con la cara a un palmo de la taza del váter, no parecía encontrarse en su mejor momento. Me estaba lavando las manos, echando un vistazo por el espejo del lavabo, cuando el Jeringas volvió a advertirme que me metiera en mis asuntos. La verdad es que la cosa empezaba a ponerse pesada. Uno no podía orinar a gusto con todo aquel jaleo, no podía concentrarse. Cerré la cremallera, aparté al Lenteja de un manotazo y le estrellé al Jeringas la jeta contra la pared. Dos patadas bien dadas me bastaron para ponerlos en fuga. Me amenazaron de lejos mientras ayudaba al Chapas a levantarse.

- —Gracias, macho —dijo, resollando—. Aunque ya casi los tenía dominados.
  - —Sí, ya me he dado cuenta.

Fue a darme la mano, pero se excusó porque la tenía manchada de orina. Mientras se lavaba, vi su sonrisa metálica reflejada en el espejo del lavabo.

—Me llamo Ricardo, pero todo el mundo me llama Chapas.

—Yo soy Roberto. Puedes llamarme Rober, pero si algún día vas a ponerme un mote, piénsatelo bien antes porque te comes el váter.

Vázquez y yo fuimos de los pocos alumnos de San Hilario que nos libramos de ser bautizados. Sabía que el Jeringas y el Lenteja jamás me perdonarían aquello, pero no me asustaban: no tenían cojones para venir a por mí, ni de uno en uno, ni bailando en pareja. Dos cobardes de ese calibre sólo podían acabar en un sitio, y ahí es donde los descubriría con el tiempo: formando parte del cortejo de Romero, siguiendo el rastro de sus botas camperas, su cabellera rubia y sus ojos claros.

Cuando regresé a casa, después del paseo, encontré a mi madre en la cocina, apoyada en la muleta, cortando rodajas de tomate. Sólo eran las once de la mañana pero ya había barrido y fregado la casa, hecho las camas y puesto al fuego una olla que bullía al compás de la radio.

- —Mamá, sabes que no puedes estar de pie. Se supone que he venido para cuidarte.
- —Quita, quita. Los hombres sólo servís para tirar la basura por la noche. Y algunos ni eso.

Abrí el frigorífico, saqué una manzana, la limpié con un trapo hasta sacarle brillo. La fruta estalló radiante en mi boca.

- —No comas nada, que luego dices que no tienes hambre.
- —Sí, mamá.
- —Ayer no comiste en casa.
- —No, mamá.
- —Ni siquiera me avisaste.
- —Se me olvidó, mamá.
- —¿Con quién comiste?
- —Con Lola y con su hija.

Me preguntaba con su típico tono de reproche, cansino, como un disco rayado. Ni siquiera me hacía falta entender qué decía. Delante de una madre, da igual la edad que tengas porque siempre mides medio metro. Pero al nombrar a Lola, dio un respingo y el cuchillo se detuvo sobre la tabla.

- —¿Has comido con Lola, dices? ¿Cómo se te ocurre?
- —¿Está divorciada, no? —pregunté con la boca llena.

Rumió algo que no entendí mientras seguía cortando tomates. Fui al baño y, cuando regresé, aún seguía ramoneando una cantinela de recriminaciones que se unió en contrapunto al murmullo de la radio y al burbujeo de la sopa en ebullición. Busqué, en el mantel de plástico de la cocina, los pliegues imperecederos, las florecillas descoloridas y las quemaduras de los cigarrillos de mi padre. Había una donde, de pequeño, me cabía de sobra un dedo. Yo la recordaba enorme pero tuve que resignarme a comprobar que ahora apenas asomaba la punta del meñique por el agujero, como la cabeza de una marioneta. Mi madre siempre le regañaba cuando se sentaba fumando a la mesa, la larga pava de ceniza colgando del cigarrillo. La memoria suele agigantar las cosas. Yo tuve una vez un pez luchador tailandés que daba vueltas en una pecera, enloquecido por las ganas de currarse con un colega. Al trasluz del cristal, el Señor Rodríguez parecía una cría de dragón, pero desde la boca de la pecera sólo era un chanquete rojo con muy mala hostia. La memoria funciona igual: después no se pueden calzar los recuerdos en unos agujeros del mantel o en unos viejos guantes de boxeo.

—Por cierto —dijo mi madre, rebuscando en un cajón—, tendrás que ir a la farmacia para comprarle esto a tu tía.

Me tendió un taco de recetas. Lo cual quería decir que mi tía Angustias había sufrido otra recaída, quiero decir, uno de esos repentinos ataques de hipocondría que colapsaban las salas de consulta de los ambulatorios y vaciaban las despensas de todas las farmacias del barrio. Mi tía cambiaba de médico de cabecera como yo de novia, y el bata blanca novato tardaba varias visitas en comprender que mi tía no sólo estaba como un cencerro, sino que el racimo de síntomas exactos e incompatibles que le describía los había sacado de la lectura minuciosa de los suplementos de salud en las revistas de moda.

- —¿De qué se está muriendo esta vez? —pregunté, repasando aquel rosario de nombres ilegibles—. ¿Colesterol, cáncer, hipertensión? ¿Todo junto?
  - —No te burles, que algún día tendrás su edad.
  - —Mamá, nadie tendrá su edad. La tía Angustias es inmortal.

Al menos lo parecía, tenía exactamente la pinta de un vampiro en una película de bajo presupuesto, un chupasangre que se mantuviera relativamente joven aún (doscientos años en lugar de quinientos) y que intentara aclimatarse a la época actual mediante pelucas, maquillajes caseros y ropajes estrafalarios. No conseguía dar el pego. Ni de coña.

- —Por cierto, después de comer también podrías acercarle esto —dijo mi madre, dándome una bolsa de plástico con la cruz verde de la farmacia. Eché un vistazo: estaba llena de medicinas hasta los topes. Mi tía Angustias era capaz, ella sola, de desequilibrar el presupuesto de la Seguridad Social para varios años.
- —Ya, ya sé que no te gusta verla, pero hace muchos años que no la visitas.
  - —No es que no me guste. Me da asco.
  - —No digas eso. Es toda la familia que nos queda.

Lo malo es que tenía razón, aunque mi tía hacía todo lo posible por disimularlo. Nunca nos había querido. Era la única de los Esteban que tenía algún dinero, pero jamás vimos un duro suyo, ni siquiera cuando yo, su único sobrino, era un crío. Tenía en alquiler varios pisos en Vallecas y Moratalaz, pero ella vivía en un caserón destartalado, al otro lado del parque, cerca de Canillejas, en un palacete venido a menos, plagado de hierbajos y custodiado por una horda de gatos hambrientos y roñosos, tan miserables y ariscos como ella.

Su marido había comprado aquella casa por una miseria, en los tiempos en que el jaco se adueñó de San Blas, cuando las bandas de yonquis campaban a sus anchas por el césped y los niños esquivábamos las jeringuillas vacías entre los columpios del parque. Años después, el tenderete de los sueños se cambió de barrio y el caballo encontró otros pastos donde galopar, pero bastó que se anunciase la posibilidad de que Madrid fuese sede olímpica para que todo aquel terreno se revalorizara como si hasta las cagarrutas de perro escondiesen pepitas de oro. Todos los vecinos vendieron sus parcelas a un precio que hacía pensar que a lo largo y ancho de la calle iban a levantar un estadio de atletismo, un hipódromo, un restaurante macrobiótico y un lupanar de lujo para delegados deportivos. Únicamente mi

tía no había cedido a las presiones de los concejales ni de los constructores, y nadie podía entender por qué: al fin y al cabo podía vender la finca por una millonada y trasladarse a cualquiera de sus otras propiedades. Pero, ya fuese por maldad, por pura cabezonería, o porque quería elevar la oferta hasta límites estratosféricos, había decidido resistir ella sola un cerco de excavadoras, camiones y grúas.

Aunque oficialmente no contaba con todos los permisos, la empresa constructora ya había empezado las obras. En realidad, no lo habían hecho para adelantar trabajo, sino para fastidiarla, para que se hartara, aceptara el dinero que le ofrecían y se largara de una vez. Casi me daban lástima: había que ser idiota para pensar que mi tía iba a dar su brazo a torcer sólo por un montón de ruido y de polvo. A veces pensaba que, por mucho que me jodiera, era de ella de quien había heredado el coraje, la terquedad, el cemento que lastró mis rodillas y el hierro que atornilló mis pies al suelo en aquel combate contra Chamaco.

Fui a la farmacia a llenar el cesto y me divertí un buen rato con la cara de asombro de la chica que me atendió tras el mostrador.

- —¿Todo esto es para usted?
- —Sí. ¿A que no parece que me esté muriendo?

Torció la cara y se puso a recopilar cajitas. Comentó algo en voz alta mientras rebuscaba en uno de los anaqueles de la trastienda.

- —Perdone, ¿decía algo?
- —Que parece un pedido para el Ejército.

Me fijé en lo guapa que era mientras recortaba los códigos de barras de los medicamentos. Siempre he pensado que la destreza de un farmacéutico manejando el cúter suele ocultar un cirujano frustrado.

- —Es algo parecido —confesé, sacando la cartera—. No puedo ocultárselo. En realidad son para venderlas en una discoteca.
- —¿También el Hibitane y la Lizipaína? —preguntó con cara de cachondeo—. Mire que son pastillas para la garganta.
  - —Sí. Es que con el volumen tan alto se quedan todos afónicos.
  - —¿No quiere también tapones para los oídos?
  - —No me hacen falta, gracias.

Pagué y regresé a casa. La farmacia y el estanco eran de las pocas cosas que seguían estando en su sitio: los demás negocios habían cambiado de rótulos, dueños y oficios como las fichas en el juego del Monopoly.

Mi madre ya había puesto la mesa y se entretenía pasando el plumero por los muebles. Dejé la bolsa de medicinas sobre la mesa.

- —Mamá, ¿quieres sentarte de una puñetera vez?
- —Siéntate tú a comer, que tienes que llevarle esto a tu tía.
- —¿Comer? Si son las doce de la mañana.
- —Eso, y ni siquiera has desayunado. Se te ha quedado fría —dijo mi madre mientras acunaba la cacerola con las manos.

Logré convencerla para que se sentara. Cuando alcé la tapa de la olla, una nube de vapor nubló por unos instantes el hábitat de la cocina. Esa era la idea que tenía mi madre de la temperatura a la que debía servirse la comida: ideal para fundir plomo. Cuántas veces, de niño, me había quemado la lengua y después vivía días enteros con un zapato en el interior de la boca. Mi madre se levantó otra vez, cogió el cucharón y empezó a servirme. Le pedí que parase, como siempre, cuando ya el nivel del líquido desbordaba el plato. Removí con la cuchara, despacio, sintiendo cómo el calor corría a través del metal hasta mis dedos.

- —Come, hijo. Que se enfría.
- —Joder, mamá. ¿Quieres que me abrase?
- —He tenido que volver a calentarla. Como no venías...

Empecé a marear la sopa con la cuchara, dejando que el vapor me hiciese una limpieza de cutis. Había olvidado que dialogar con mi madre es como golpear un saco: simplemente absorbe los golpes y gira para ofrecer otro flanco. Puede tirarse horas discutiendo. Mientras comía, escogió otro tema de conversación, una táctica muy femenina que me pilló con la guardia baja.

- —¿Cómo has visto a Lola?
- —Muy guapa, como siempre.
- —Mejor que no te vean mucho con ella.
- —Ya van dos veces que me lo dices. ¿Por qué?
- —Tú haz caso a tu madre.

Dejé la cuchara en el plato y sentí una vena palpitando en mi sien: un

trasvase de temperatura, directamente del plato a mi cabeza. Una herencia paterna.

- —Si no querías que viera a Lola, no tendrías que haberme pedido que fuese a recoger a su hija al colegio.
  - —Pobrecita esa niña. Qué maja es.

No dijo nada más. Se sentó junto a la ventana y empezó a tejer uno de sus jerséis interminables. «Es para Tania», comentó sin alzar la vista de la labor. La vena de mi padre latía en mi sien. Terminé de comer, me limpié la boca con la servilleta, cogí la bolsa de medicinas y salí a la calle.

SAMPERE CONSTRUCCIONES, rezaban dos grandes cartelones que franqueaban la entrada a la obra. En uno de ellos, debajo de las grandes mayúsculas inclinadas, una mano había escrito a bolígrafo: Me tocas los cojones.

Tuve que apartar una de las vallas para pasar. Eran las cuatro de la tarde y los obreros debían de haber salido a comer, dejando las máquinas y vehículos detenidos, sumidos en una ilusión de movimiento. Los volquetes y las grúas conformaban el elenco de una fauna extinguida: el brazo de la pala mecánica sugería la pata de un insecto antediluviano y la puerta abierta de un camión exhalaba un aire de agonía. Los socavones, las pilas de ladrillos, los montones de tierra parecían extraídos de un paisaje lunar, una estación abandonada tiempo atrás, entre matojos radiactivos. Apenas pude reconocer en toda aquella parafernalia de desolación el viejo decorado de mi niñez, como si las excavadoras y las perforadoras hubiesen luchado por arrancarlo de cuajo no sólo del espacio sino también del tiempo.

Cuando empujé la cancela de la entrada, un gato soltó un maullido lúgubre, a juego con el chirrido desconsolado de la bisagra, y corrió a esconderse detrás de la casa. Hacía años que nadie le metía mano al jardín y hasta un tipo medio sordo como yo podía oír la ubicua carpintería de las chicharras como una especie de obra en miniatura. Avancé entre los lametones de la maleza amarilla y sedienta. Algunas flores despuntaban entre las malas hierbas, un trozo de manguera, recalentado por el sol, agrietado y

desollado, aparentaba una vieja serpiente. La reverberación del calor revestía el caserón de un aura de encantamiento, un pasaje sacado de un cuento infantil, con ojos que se movían detrás de los batientes de las ventanas, entre las cortinas echadas. Al fin y al cabo, ahí dentro vivía una bruja mucho peor que las brujas de los cuentos, más malvada y codiciosa.

Yo la conocía bien, había sufrido a lo largo de los años sus caprichos histéricos y su avaricia legendaria. Ni siquiera su hermano (es decir, mi padre) la soportaba: la aborreció toda la vida, prácticamente desde el día en que nació. «Debí ahogarla en la cuna», solía decir. Entonces mi madre se santiguaba: «Qué borrico eres. Si sólo eras un niño». «Ya. Sería niño pero no gilipollas. Hasta recién nacida se veía venir lo mal bicho que era». Aseguraba que había enterrado a mis abuelos a disgustos y que luego había hecho lo propio con su marido, aquel pobre panoli esmirriado y cadavérico, que siempre vestía de negro, como si tuviera prisa por asistir a su propio funeral. De él fue de quien Angustias heredó su fortuna, media docena de pisos cuya renta se gastaba en tiendas de ropa y comida para gatos.

Reconocí su olor en cuanto abrí la puerta, un hedor grotesco y mendaz, a vejez marchita, cosméticos pasados de fecha y orina de mininos. Las persianas echadas listaban la penumbra, componiendo minúsculas órbitas de polvo. Una diáspora felina se diseminó bajo los muebles y se perdió escaleras arriba, en busca del dormitorio. En el recibidor, entre palmatorias mustias y estampas de santos, había un altar al marido, presidido por una foto de color sepia donde aparecía ya prematuramente difunto. Al lado, unos cuantos retratos de mi tía en su juventud, antes de que le diera su ventolera por la moda. Cuando cumplió cincuenta, poco después de quedarse viuda, empezó a vestir como una muchachita de veinte, incluyendo calentadores, vaqueros ajustados y medias rotas. Jamás daba su brazo a torcer, no le importaba una mierda lo gorda que estaba ni los murmullos que levantaba a su paso: había proclamado una guerra contra el tiempo y pensaba ganarla costase lo que costase, incluido el ridículo. Los chavales del barrio la llamaban de todo, desde «foca» a «cachalote», pasando por toda la gama de mamíferos marinos,

pero ella simplemente los ignoraba y continuaba avanzando con sus zapatitos inverosímiles, sorda a los insultos y las risas, como un buque de gran tonelaje, poderoso, indestructible, indiferente a salpicaduras y marejadas. Nadie entendía cómo podía meter la humanidad de sus pies dentro de unas botitas y luego echar a andar mientras sostenía toda su masa en equilibrio sobre los tacones. Mi tía era capaz de joderle el plan a la Cenicienta: se habría quedado con el Príncipe y luego habría arrendado el castillo. Y algunos años después, cuando volvió la moda de la minifalda, todo el barrio pudo comprobar que los tobillos sólo eran una simple extensión de los muslos y las rodillas una conjetura entre varios pliegues de carne. Visto con la suficiente perspectiva, quizá nos equivocamos al juzgarla porque en realidad mi tía no pertenecía al orden de los cetáceos sino al de las cosas inanimadas o, en el mejor de los casos, al de los reptiles. Tenía un conjunto verde, con hebillas y correajes, que le daba una apariencia de dinosaurio, y una falda larga que la convertía en una mesa camilla. Después, cuando envejeció, fue colocándose nuevos accesorios, perfeccionando su fealdad a medida que la gente se iba acostumbrando a ella. Se perforó dos agujeros más en las orejas para colgarse unos pendientes de aro donde cabía un periquito, y también se implantó silicona en los labios. La operación no salió del todo bien (seguramente buscó el cirujano más barato que pudo encontrar) y fue entonces cuando empezó a limitar sus salidas a la calle. Sólo iba al banco, a comprobar el estado de sus cuentas y alquileres, al ambulatorio y al mercado, a hacer la compra de la semana tambaleándose precariamente como un rompehielos sobre una banquisa de cemento. Los vecinos la oían, la tele con el volumen al máximo hasta las tantas de la madrugada, discutiendo a voces con sus gatos.

—Hijaputa —saludé en voz alta.

Un tosco caballete de pintura presidía el salón en penumbra. Sobre el bastidor había una especie de cartón abarquillado con el boceto de un payaso. En las paredes colgaban varios cuadros cursis y chapuceros, burdas variaciones del mismo maquillaje blanquecino, la narizota roja, los zapatones, la ropa fláccida, las pelucas estrafalarias: todo dibujado sin guardar el menor respeto a las proporciones y embadurnado con horribles colores. Mi madre me había comentado que, gracias a una academia gratuita para la tercera

edad, mi tía había descubierto en su vejez una repentina afición a la pintura. Por lo que pude ver, para ella no había mucha diferencia entre manejar el pincel y aplicar rímel a las pestañas, entre estrujar tubos de óleo y aplastar colorete sobre sus mejillas. Ninguno de aquellos zafios retratos de bufones circenses estaba terminado. En una de las esquinas siempre faltaba alguna pincelada, algún toque de color. Mi tía nunca acababa nada. Ni siquiera acababa de morirse la muy cerda.

Supongo que, como todo el mundo, mi tía Angustias empezó con los floreros, pero en seguida descubrió que su especialidad, su verdadera vocación, eran los payasos. Los pintaba a docenas, a cual más feo y malvado, siempre rematados con grandes sombreros y sádicas sonrisas. ¿A quién coño le hace gracia un payaso? A mí me daban mal fario desde niño: la idea de una máscara que oculta cualquier expresión facial, la sonrisa forzada, el aire entre patético y grotesco de los ropajes. Una vez leí en el periódico que en los Estados Unidos hubo un célebre asesino de niños que se disfrazaba de payaso en las fiestas de cumpleaños de sus pequeñas víctimas. Antes de que se lo cepillaran en la silla eléctrica, también se dedicó a pintar horrendos retratos de payasos y creo que hoy en día alcanzan cifras astronómicas en las subastas. Pero dudo mucho de que los fantoches de aquel psicópata pudiesen competir con los que pintaba mi tía: esas nubes espontáneamente malignas envolviendo la carpa del circo, esos lagrimones como perlas rodando exactamente hacia una obscena carcajada. Había uno que sujetaba en sus manos enguantadas —parecía que se hubiera puesto aquellos guantes blancos para borrar las huellas del crimen— dos o tres globos tristes y medio desinflados que más bien parecían las almas de los niños que había violado y matado. Los payasos de mi tía no venían del circo sino del infierno.

En la pared del comedor, como si también hubiera salido del infierno, estaba la foto de mi padre. Reconocí los ojos afilados, el bigote punteado sobre los labios, la sonrisa tan tensa que estaba a punto de ser otra cosa. Un rostro que había desaparecido de mi vida antes de que tuviera tiempo de acostumbrarme a él, de odiarlo en las rebeliones inútiles de la adolescencia, de quererlo con algo más que la inercia irresponsable y feliz de los hijos. Contra todo pronóstico, mi tía Angustias acudió a su entierro. Digo contra

todo pronóstico porque llevaban años sin hablarse y porque, aunque forrada de millones, ni siquiera tuvo el detalle de ayudarnos con los gastos del funeral. Se presentó allí, en el tanatorio, enlutada de la cabeza a los pies, con un cardado de película de terror, unas gafas negras en forma de murciélago y los morros espachurrados en un mohín que casi atravesaba el velo. En seguida supimos que no sólo era la silicona desperdigada, que también era miedo lo que habitaba esa cara trémula, bañada de polvos de arroz y embadurnada de colorete en el que el vértigo del peinado producía la ilusión de que estuviera cayendo por el hueco de un ascensor. La muerte de su marido no la había afectado lo más mínimo: por eso era tan extraño que se atreviera a salir con aquella pinta sólo para dar el pésame a una familia con la que no trataba desde hacía años.

La cirrosis había derribado a mi padre de un derechazo al hígado. Un golpe fulminante: ni siquiera hizo falta la cuenta de diez. Apenas logro recordar la conmoción de las visitas al hospital; su cuerpo consumido por el dolor, envuelto en una sábana que prefiguraba el sudario; la cara de papiro amarillento desde donde él intentaba sonreírnos, juntar algo parecido a una sonrisa, un gesto que se le escapaba en seguida de la boca, un dibujo en un papel ardiendo. Un día llegué al hospital y había otro enfermo en su cama. La muerte llegó disfrazada con una mascarilla de oxígeno sobre la que parpadeaban otros ojos.

Estrené la orfandad a la vez que el luto, los pantalones largos, la corbata que me apretaba el cuello. En la sala del tanatorio, la gente hablaba y hablaba pero yo sólo oía el llanto de mi madre, sus lágrimas hirvientes corriendo por mis dedos. Entonces mi tía hizo su aparición, se acercó para darnos el pésame, me acarició la cabeza. Cuando mi madre le dio las gracias, ella interrumpió el duelo para preguntarle cómo habían empezado los síntomas.

- —¿Qué? —preguntó mi madre detrás del pañuelo que le tapaba la cara.
- —¿Le dolía aquí? —preguntó, llevándose la mano a la altura del riñón—. Desde hace unos días tengo una molestia después de las comidas...

Mi tía parece un ser humano, sí, pero sólo es una cerda avarienta, un saco lleno de pedos. Justo el mismo día en que enterraban a su hermano se le desencadenó uno de sus célebres ataques hipocondríacos. Sus ridículos

síntomas, sus putos gases eran más importantes que el luto recién estrenado, el desamparo de una viuda y un niño pequeño, la pensión de chiste que nos quedaba para los dos solos. Mi madre sólo le pidió ayuda una vez y prefirió no repetir, siguió matándose a trabajar limpiando escaleras, arreglando ropa para señoronas. Lo que nunca entendí es por qué no la mandó a la mierda sin billete de vuelta. Ella sabía tan bien como yo que mi tía acabaría dejándole el caserón, los pisos en alquiler y sus cuentas en el banco a su pandilla de gatos piojosos, si es que antes no daba con la manera de enterrarse con todos los ladrillos.

Dejé el retrato de mi padre donde estaba. Aparte de las fotos, los cuadros y los gatos, no había ningún recuerdo sentimental que la atase a aquella casa: por eso mismo era inexplicable que se negara a venderla. Los leguleyos que envió la constructora para transmitir la oferta (le prometieron casi el doble que a los demás vecinos) salieron desalentados, renegando, masticando insultos. Llegaron a llamar a mi madre, intentando convencerla de que, como familiar más cercano, la internara en un psiquiátrico alegando demencia senil, alzheimer, lo que fuera. Pero mi madre, la muy inocente, respondió que no, que mi tía es que era así.

Cuando fui a llevarle aquel cargamento de medicinas llevaba ya décadas muriéndose de los mismos misteriosos pinchazos en el abdomen que unas veces confundía con ataques cardíacos y otras con prefiguraciones de tumores malignos. No eran más que pedos en lista de espera, ventosidades que mi tía retenía como si fuesen calderilla en el monedero. Cualquier médico con dos dedos de frente le hubiese dicho que se pusiera a dieta y que dejara de beber Coca-Cola en las comidas, bebida que, según había leído en alguna de sus revistas de moda, tenía virtudes milagrosas. En los últimos tiempos arreciaron las discusiones con sus gatos y la tele al máximo volumen competía con el estruendo de las taladradoras. No había criada que la soportara más de un mes, así que de vez en cuando llamaba a mi madre para quejarse de los médicos, para que le hiciera la compra y, de paso, cocinara un poco y le llevara la comida a la cama. Revisaba las cuentas al milímetro y más de una vez la había acusado de quedarse con las vueltas. Mi madre salía echando pestes, prometiendo que no iba a volver jamás, pero su buen corazón

siempre la traicionaba. Al fin y al cabo, mi tía ya no salía a la calle más que para ir al banco y al ambulatorio, como si los espejos hubiesen agotado su magia y decidido contarle la verdad. Y la verdad era que, a pesar de las fortunas gastadas en peluquerías y tiendas de moda (por no hablar de las operaciones de cirugía estética), el alma había acabado por hacerse presente al trasluz de la carne, revelando, debajo del maquillaje, a la bruja infame de los cuentos de hadas.

La única vez que mi madre se atrevió a pedirle algo a mi tía fue poco después de la muerte de mi padre. Me utilizó de mensajero: penosamente, mordiéndose la lengua, garrapateó una nota y la metió dentro de un sobre. Me pidió que se lo entregara en mano sin abrirlo ni leerlo. Mi tía me hizo pasar a aquel salón que era más grande que toda mi casa, cogió el sobre, lo rasgó y leyó la nota entre dientes. Nunca olvidaré su respuesta:

—¿Os habéis pensado que esto es un supermercado, sobrino?

Dejó el papel sobre una cómoda plagada de figuritas de porcelana, dio media vuelta y se dirigió a la cocina. No me atreví a moverme, así que, sin perder la posición de firmes, ladeé la cabeza e intenté leer el papel doblado al lado de una elástica y sofisticada belleza que sacaba a pasear a un par de galgos presuntuosos. El tejido de la falda se abría a un lado, dejando vislumbrar fugazmente el mármol de una pierna fina como un sueño, cuyo talón se fundía con el pelaje de uno de los perros. Parecían tres siameses unidos en el mismo bloque, esmaltados en la misma despreocupada elegancia. Aquella chica de hermosos cabellos nunca tendría que ir, acuciada por la necesidad, a pedirle las sobras a un pariente; aquel par de galgos abstractos jamás husmearían en un basurero. Apenas pude descifrar el encabezamiento («Por fabor») y una o dos palabras de la lista que venía a continuación, antes de que regresara mi tía. No sé qué me avergonzó más: las faltas de ortografía o la mala letra.

—Vuelve la semana que viene, tengo la nevera vacía. Y dile a tu madre que «huevos» se escribe con hache.

No le dije nada a mi madre, no volví allí en décadas. Hubiésemos

preferido morir de hambre. Conseguimos que nos fiaran una docena de huevos en una pollería, pedimos prestado a los vecinos. Una tarde, de vuelta del colegio, distraje una botella de aceite de las estanterías de Eladio y la metí en la cartera. Mi madre no se atrevió a regañarme por aquel pequeño hurto, no dijo nada cuando la botella de aceite apareció en la cocina como si hubiera brotado de la encimera.

La vergüenza, la humillación de aquella visita remota me golpeó de nuevo al contemplar los muebles polvorientos, el asmático tigre de luz que salía de las persianas echadas y que husmeaba el salón en penumbra. Allí seguía la belleza inmortal y sus dos galgos anoréxicos, de paseo por su mundo pequeño y perfecto, siempre de camino hacia otras porcelanas. Una mierda inmortal: la hice añicos contra el suelo.

Subí la escalera que llevaba arriba, hasta uno de los dormitorios donde zumbaba la cantinela idiota de la tele.

Abrí la puerta y vi a mi tía roncando boca arriba, tumbada sobre un caos de almohadones. Trasplantados en un vaso de agua, los dientes me saludaron mientras el resto de la boca seguía a lo suyo. Los párpados buceaban bajo dos pegotes de rímel azul y el pelo estaba electrocutado en rizos de escarola. Los había de todos los colores, desde el blanco hasta el rosa, como si lo hubiera teñido con una docena de tintes a la vez. El resultado se asemejaba a un montón de algodón de feria, pero aposté lo que fuera a que no tenía sabor a caramelo. Lo que no había manera de saber era cómo había logrado la amalgama de arrugas, belfos y maquillaje en que consistía su cara. Hacía mucho tiempo que no la veía y descubrí de golpe de dónde había sacado el modelo para sus payasos.

A su lado, en la cama, frente a las ráfagas submarinas del televisor, dormitaba un gato gordo y estúpido. Porque había que ser estúpido para, con el olfato de un felino, aguantar el tufo a repollo que exhalaba mi tía. Al parecer, a todo se acostumbra uno. Al sentir mi presencia, el gato abrió un ojo y maulló con cursilería. Por toda réplica, mi tía masculló unas palabras en sueños, basculó hacia un lado y soltó una tanda de pedos. El último fue memorable, un redoble de tambor tan prolongado que se sobrepuso al sonido de la tele y la despertó. Hasta yo pude distinguir perfectamente ciertos

matices sinfónicos.

## —¿Quién anda ahí?

No respondí en seguida, quise disfrutar un instante de su perplejidad mientras tanteaba la mesilla de noche hasta topar con sus gafas de murciélago. A punto estuvo de volcar el vaso con el agua y los piños, pero lo recogió con inesperada pericia, extrajo con dos dedos la dentadura postiza y se la colocó con una sola dentellada voraz, después de secarla con una enérgica sacudida. Salpicado, el gato se enfurruñó y saltó de la cama a la alfombra.

## —¿Eres tú, Nati?

Mientras seguía explorando la mesilla de noche, mi tía escudriñó la penumbra con los ojos pegoteados de miopía, rímel y sueño. Manoteó uno de sus brazos, desde la muñeca hasta el codo, hasta encontrar una pulsera barata que llevaba una llavecita atada en un extremo. Acarició la llavecita y pareció tranquilizarse de golpe. Si había pensado que iba a asustarla con mi silencio, iba listo. Pensé que quizá lo lograría si sacaba una voz de ultratumba.

- —No. No soy la Nati.
- —Yo conozco esa voz —dijo, y se acomodó las muelas en la boca. Las siguientes frases se le fueron cayendo una a una, sin ningún significado especial, como si jugara a las adivinanzas—. Es una voz que no oigo hace mucho tiempo. La voz de alguien que lleva mucho tiempo muerto. Mi hermano. ¿Eres tú, Juan? ¿Eres el fantasma de mi hermano?

Lo preguntó como si todavía le debiera dinero. Al fin encontró las gafas y se las colocó sobre la nariz. Pareció decepcionada cuando identificó al fantasma a los pies de la cama.

- —Ah. Sólo es el hijoputa de mi sobrino. Acércate que te vea.
- —Alguien tenía que salir a ti, tiita.
- —No me llames tiita, gilipollas, que no tienes seis años. ¿Cuántos tienes ahora?
  - —Adivínalo.
  - —Sean los que sean, estás hecho una mierda.
  - —Yo, en cambio, te veo muy bien, tiita.
  - —Deja de reírte de una pobre viuda. ¿Qué te trae por aquí?

- —Lo de viuda puede que sea verdad. Lo de pobre, vamos a dejarlo dije, examinando un retrato del difunto: un hombrecillo enfundado en un traje que ya estaba pasado de moda cuando le hicieron la foto y que me miraba asustado, desde una eternidad también pasada de moda—. Lo envenenaste, ¿a que sí?
  - —¿Qué?
- —¿Le echaste matarratas en el café o simplemente le diste la tabarra hasta que el pobrecillo decidió extinguirse por sí solo?

Mi tía se irguió en la cama y me quitó el retrato de las manos.

- —Trae acá. Mi Julián era un santo.
- —Un santo por aguantarte, tiita. Un mártir del matrimonio.
- —Dios lo tenga en su seno.
- —Que tenga cuidado Dios, no vaya a sacarle un ojo con los cuernos.
- —¿Pero qué dices, mamarracho?
- —Le pusiste los cuernos con medio barrio, tiita. Lo sabe todo el mundo.
- —Qué tonterías dices, sobrino.

Se ruborizó como si acabara de echarle un piropo. Ni siquiera parpadeó cuando recité los nombres de algunos de sus amantes: Eladio, el tendero; Paco, el farmacéutico; Manuel, el frutero. Encajó el golpe con toda naturalidad, haciéndolo rodar mientras se atusaba sus rizos. Todavía estaba enumerando la lista cuando escapó con la destreza de un púgil que sale bailando de las cuerdas:

- —¿No has oído eso?
- —¿El qué?
- —¿Estás sordo o qué? Abajo, en la cocina.

Primero Tania, luego mi madre, luego mi tía. Mientras bajaba las escaleras pensé si las mujeres no dispondrían de un mecanismo genético innato para cambiar de conversación. En cualquier caso, aprovechando su excusa, podría dejarle las medicinas en la cocina y así librarme de ver su fea jeta durante otros diez años. Sí, con un poco de suerte puede que no volviera a verla hasta que embarrancara en una caja de pino. Con ese reconfortante pensamiento, bajé la escalera y entré en la cocina. La puerta del frigorífico estaba abierta y, envuelto en el tenue resplandor que iluminaba la penumbra,

vi a un niño arrodillado revolviendo en el cajón de la fruta. Volvió la cabeza al oírme entrar, asustado, pero ni siquiera entonces dejó de masticar. Llevaba una manzana en la mano, el hambre y el miedo palpitaban en las aletas de la nariz y en los enormes ojos negros que giraban, buscando una salida. Estaba sucio y desnutrido, como un animal acorralado, un gato callejero escarmentado a pedradas.

—No tengas miedo, chaval. Coge lo que quieras.

Quizá no me entendió, quizá mi tono fue excesivamente brusco. Cogió un par de mandarinas de la nevera y, sin dejar de masticar, saltó bruscamente al fregadero, empujó la ventana abierta y se coló a través de la reja. Era lo bastante flaco y lo bastante ágil para pasar a través de los barrotes, pero aun así se arañó el codo con el filo de aluminio. Unas gotas de sangre salpicaron los agonizantes parterres, pintando pétalos falsos en las ramas secas. El chico cayó de mala manera y rodó entre las reliquias del jardín. Después recogió la fruta que se le había escapado de las manos, miró de reojo a la ventana para comprobar que yo seguía allí, agarrado a la reja, y echó a andar, cojeando un poco, mientras mordisqueaba ansiosamente la manzana.

Dejé la bolsa con las medicinas en el frigorífico abierto. En la balda de abajo había tres botellas de Coca-Cola; en la de arriba, dos botes de kétchup y uno de mostaza. Media docena de huevos, yogures, un trozo de queso y una cacerola con un resto de puchero cocinado por mi madre. Me giré y descubrí a mi tía en la entrada de la cocina, apoyada en un bastón.

—Lástima que no se haya llevado también el puchero —dijo—. Tu madre cada día cocina peor.

Se había puesto una bata raída en la que sobrevivían algunas flores estampadas, y unas pantuflas a juego. El bastón en la mano era más bien un elemento decorativo. Si no, no había manera de saber cómo había bajado tan deprisa. En la otra mano sostenía un trozo de porcelana.

- —Sobrino, algún día trincaré a ese hijo de puta. Te aseguro que se le van a quitar las ganas de venir.
  - —¿Te ha robado otras veces?
- —Unas cuantas. Este barrio siempre ha sido un nido de chorizos. Ahora tenemos que aguantar a los moros además de a los gitanos.

—Tú siempre tan comprensiva.

Mi tía gruñó y apoyó todo su peso en uno de sus tobillos de elefante. No sé para qué llevaba el bastón: no podía caerse ni adrede.

—Y tú siempre tan gilipollas. El amigo de los gitanos. ¿Qué coño se te ha perdido por aquí?

Cogí la mandarina que quedaba, me levanté y, antes de cerrar el frigorífico, le señalé la bolsa con las medicinas.

- —Si lo fuera, les habría pasado el cargamento. Hay drogas para cerrar una discoteca.
- —Tú sabes mucho de discotecas, ¿eh, sobrino? —dijo, apoyándose otra vez en el bastón—. Así es como te ganabas la vida, ¿no? Dando hostias en discotecas.

No respondí porque siempre me ha parecido de mala educación hablar con la boca llena. Seguí pelando la mandarina y dejando las cáscaras junto al fregadero.

- —Me debes noventa y siete euros, tiita.
- —¿Yo? ¿De qué?
- —De la puta farmacia.
- —No cambies de tema ahora. Desde que naciste no has hecho más que darle mala vida a tu madre. Así fue como enterraste a tu padre: a disgustos. Eres la vergüenza de la familia.

Mi madre tenía razón: la fruta ya no es lo que era. Me tragué un gajo que sólo sabía a plástico. Pero había que reconocer que la tía Angustias sabía cómo hacer daño. Seguramente era de ella de quién había heredado la mala hostia, la lengua fácil y el don del insulto.

—No, tía. Muchas gracias, pero no me puedo comparar contigo. La vergüenza de la familia siempre fuiste tú.

Levantó el bastón para atizarme con él, pero lo enganché al vuelo. Me acerqué lo que pude hasta ese proyecto de trabajos manuales debajo del cual palpitaba su cara.

—Ni se te ocurra alzarme la mano, puerca. Y entérate de una vez: si pudimos enterrar a mi padre no fue gracias a ti. Ni siquiera fuiste a visitarlo al hospital.

Solté el bastón de golpe. La vieja se tambaleó dramáticamente pero yo había calculado bien: para caerse, habría necesitado un terremoto. Soltó un par de hipos compungidos, histriónicos, y luego me ofreció el cuello para que se lo cortara.

—Eso, pégame. Maltrata a una pobre anciana. ¿Es así como te ganas la vida, no?

Me quedé helado. Mi tía aprovechó mi desconcierto para pasar a mi lado, arrastrando las pantuflas, exagerando el calvario del bastón. Recogió las cáscaras de mandarina y las arrojó al cubo de la basura junto con los restos de la porcelana rota.

—Golpeando a gente indefensa —dijo sin mirarme—. Rompiendo huesos por dinero. Qué asco.

Era demasiada suerte embocar la misma bola tres veces. Porque mi tía llevaba razón: desde que abandoné el boxeo, así era exactamente como me ganaba la vida. Dando hostias en discotecas, primero, y rompiendo huesos, después. No era un secreto de estado, desde luego, pero tampoco había mucha gente que lo supiera. Mi número no aparecía en las Páginas Amarillas, ni en la J de «joder» ni en la H de «hostias». Mis clientes solían contactar conmigo a través del Oso Panda, el bar de mi amigo Sebas, y había un expediente y unas cuantas fichas policiales al respecto.

- —¿Quién te ha contado eso?
- —Poco importa quién me lo contara. Lo sabe todo el mundo.

Todo el mundo era mucho decir. Mi tía no leía periódicos y mi nombre sólo había aparecido en los periódicos muchos años atrás, en alguna página de deportes. En cuanto a mis fechorías, nunca dieron para un mísero recuadro de sucesos. Pude haber sido aspirante mundial del peso medio pero me quedé en matón de barrio, en justiciero por encargo que recogía la basura que nadie—ni la policía, ni los abogados, ni nadie— quería recoger. Nadie sabía a qué me dedicaba, excepto Sebas, aquel camarero flacucho que era como el hermano que nunca tuve, mis ocasionales clientes y los desgraciados que se iban cruzando en mi camino: el músico idiota que ensaya a altas horas de la madrugada, el cabrón que no paga sus facturas, el cobarde que continúa acosando a una antigua novia. Por unos cuantos billetes el celoso nostálgico

olvidaba de golpe ciertas calles, el moroso encontraba su cartera, el vecino ruidoso aprendía a usar el volumen del aparato, aunque fuese con los dedos rotos. Lo mío no era la política ni las altas finanzas, sino la fontanería de bajos fondos, las chapuzas. Me guiaba el afán de pasta, sí, pero también un sentido de justicia elemental que no comprendería ningún juez y que me permitía dormir de un tirón por las noches. Sólo una vez acepté un encargo sin hacer caso de mis tripas: Laura, una bailarina a la que me ordenaron proteger y a la que me arrimé demasiado. Ella creía que yo era guardaespaldas profesional, lo cual es tanto como creer que Dios se dedica a la jardinería. Otorrinos aparte, era la única persona que descubrió que yo estaba sordo. Quizá por eso nunca respondí a sus llamadas.

Terminé la mandarina y me limpié las manos en un trapo. Miré por la ventana: los obreros habían terminado el descanso. Un volquete se desperezó y echó una carga de tierra al suelo. Una nube de polvo se extendió por la escombrera lunar de la calle. El conductor abrió la puerta de la cabina, saltó a tierra y se alejó unos pasos para fumar un cigarrillo. Era un tío enorme: a su lado, el camión parecía de juguete. Cuando el polvo terminó de asentarse, una pala mecánica lo recogió y empezó a cargarla de nuevo en el volquete para empezar de nuevo. En cierto modo, eran como niños jugando.

- —¿Quieres contratarme? —pregunté.
- —¿Contratarte? ¿Para qué?

El desprecio le latía en la voz: no hacía falta mucho oído para notarlo. Sin dejar de apoyarse en el bastón, abrió la puerta del frigorífico y se sirvió un vaso de Coca-Cola. Le señalé el espectáculo de las excavadoras, el estruendo y el polvo que prosperaban a una docena de pasos de la verja.

—Para que te quite de encima a esos parásitos.

Mi tía, que estaba bebiendo un trago, casi se atragantó. Lanzó una carcajada aparatosa que bañó la puerta del frigorífico y parte de la cocina.

—¿Crees que te necesito para eso? Qué iluso eres, sobrino. Ni siquiera me molestan.

Un gato esquelético de color ceniza brotó bajo el mueble del horno y se puso a lamer las gotas de refresco que habían caído sobre los baldosines. Se entrometió entre los pies de mi tía y ella se lo quitó de encima de un bastonazo en el lomo. El gato maulló, lastimero, y salió contoneándose hacia el salón. Ni siquiera corrió, debía de estar acostumbrado a esas caricias. Mi tía basculó el peso hacia su otra pierna, con la gracia de un travestí con elefantiasis, y me apuntó con el bastón.

- —A tu madre no le hará mucha gracia enterarse del negocio al que te dedicas. La próxima vez que venga…
- —La próxima vez que venga, te meterás la lengua en el culo, hija de puta —me acerqué a ella hasta que la contera de goma me tocó la camisa—. Porque si se lo cuentas, te arranco la cabeza, ¿estamos?
- —¿Quién, tú? Tú no tienes cojones, sobrino. No los tenías cuando boxeabas y no te van a crecer ahora.

La sangre me subió a los ojos. Es difícil que yo pierda los nervios, pero reconozco que mi tía me saca de quicio. Con ella debe de funcionar algún tipo de química familiar, quizá la herencia inconclusa de mi padre, que se fue de este mundo sin haberle podido cortar el cuello. Siguió cloqueando sin parar, diciendo que yo era un fracasado, contándome la pena que le había dado a mi madre cuando decidí dedicarme al boxeo, el orgullo con el que se había vivido en el barrio mi título de campeón de Europa, la ilusión que brillaba en los ojos de los chavales, la emoción con la que se reunían todos, grandes y pequeños, niños y ancianos, bajo el televisor del bar de Paquito las noches en que yo combatía.

—Yo siempre les dije la verdad: que ibas a perder, que eras un mierda, lo llevas escrito en la cara. Para qué hacerse ilusiones contigo. El día en que mi sobrino se enfrentase a un hombre de verdad, se acabó, les dije. Y así fue. Tenías que haber visto a esos pobrecillos a la mañana siguiente de la gran pelea, cabizbajos, llorosos, todos aquellos imbéciles que confiaron ciegamente en ti, igual que tu madre —mi tía se rió, movió la cabeza y vació el vaso en el fregadero—. Parecían que se habían llevado ellos la paliza. Pero yo ya se lo había advertido. Les dije que tú sólo sabías pelear a traición, por la espalda, en la calle. Es tu profesión, ¿no, sobrino?

Aparté el bastón de mi pecho y le estrujé la cara como si fuese la ubre de una cerda. Para el caso, lo era: ordeñaba mala leche a chorros. Una pringue de maquillaje se me escurrió entre los dedos mientras mi tía chillaba y gruñía.

—Escucha, te lo voy a decir sólo una vez. Puedes contar lo que te salga del coño, a quien quieras, donde quieras. Pero si mi madre se entera, vuelvo aquí y te mato. Por el alma de mi padre que te mato.

La solté, cerré la mano y le pegué una hostia al frigorífico que por poco lo doblo. Un abollón quedó inscrito en la chapa blanca de la puerta, una firma de mi amenaza.

—Tu hermano, hija de puta. Tu hermano.

Mi tía lloriqueaba como si tuviera público. Me volví hacia la ventana de la cocina. Lo tenía: el conductor del camión estaba asomado a la reja. Dijo alguna cosa y las palabras brotaron envueltas en el humo del cigarrillo. No era más que humo y ruido, otra extensión del volquete.

- —Es una discusión familiar. Váyase a tomar por culo.
- —Ya veo —dijo quitándose el cigarrillo de la boca. Tenía cara de calabaza y aquel casco amarillo sólo aumentaba el parecido. Expulsó otra bocanada de humo hacia el interior de la cocina.
  - —Va a ser mejor que se largue —dije.
  - —¿Me vas a echar tú? Mira que yo no soy una abuela.

Sacudió la ceniza en el fregadero. Después, con la punta del cigarrillo, quemó una de las cortinas, meticulosamente, casi como si estuviera remendando el agujero. Sopló un poco para agrandarlo. Quizá había sido demasiado educado. Le quité a mi tía el vaso de la mano y lo arrojé contra la reja: el vaso reventó y se deshizo en una galaxia de cristales. El gigantón se cubrió la cara con las manos, chillando, y se apartó de la ventana.

Cuando salí al exterior, lo encontré arrodillado junto al muro. Un hilo de sangre le corría entre los dedos. Tenía miedo de apartarlos y descubrir dónde se le habían hincado las esquirlas. Berreaba con una vocecita aguda, en franca contradicción con su tamaño y sus zarpas de oso.

- —Maricón, me has dejado ciego.
- —Será el tabaco, que es muy malo, hombre. ¿Nadie te lo ha explicado?

Todo sucedió igual que una pelea de críos. La cuadrilla acudió a los gritos de su compañero herido; detuvieron las hormigoneras, las excavadoras y el resto de juguetes, y me rodearon. Algunos iban armados con picos y ladrillos, un ecuatoriano bajito asía una pala como si fuese un garrote. Eran media

docena, y cinco de ellos llevaban el mismo mono azul sucio y desteñido, la cremallera abierta hasta el pecho, las letras de la empresa constructora en el ángulo superior izquierdo, como condecoraciones proletarias impresas en un blanco casi imaginario después de tantos lavados. La familia Sampere casi al completo, la rama pobre, las ovejas negras. Pero el sexto no pertenecía a la familia. Era alto, muy alto; no llevaba mono ni casco, ni arma alguna a la vista: por eso mismo me fijé en sus manos. Las guardaba en los bolsillos de los pantalones, bajo la camisa blanca y suelta, como si estuviera dando un paseo. Tenía una cabellera larga, ondulada, del color del oro viejo; las mejillas hundidas en una especie de aristocrática delgadez, curtida en el cuero oscuro de la piel. Los ojos también destilaban una elegancia feroz, quizá porque no parpadeaban, y las pupilas, planas como tachuelas, destellaban con el azul insolente de una loción para después del afeitado. De hecho, eran cuchillas de afeitar y, más que mirar, cortaban.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí.

Tenía que haberlo reconocido en el cloro letal de los ojos, pero fueron las botas camperas las que me lo devolvieron intacto: el mismo modelo de botas puntiagudas y horteras que habían destrozado mi camión de juguete.

- —Romero —dije—. Casi no te conozco. Como te has cortado las patillas.
- —Ya ves.

No tenía muchas oportunidades contra aquel sexteto y menos aún desarmado. Mi mano izquierda (la misma que había marcado a fuego la nevera) irradiaba un calor tenue mientras iba quedándose dormida. Recogí el casco caído entre los parterres y lo hice girar entre los dedos.

- —Cuando retransmitieron aquel combate tuyo por la tele no me lo podía creer.
  - —¿Dónde lo viste? ¿En la cárcel?
  - —¿Tú qué crees?

Vi el brillo del oro a través de los labios entreabiertos, la típica dentadura de traficante cíngaro. Lo peor de todo es que seguía sin enseñar las manos. Uno de los obreros se acercó al hombre caído y le apartó los dedos de la cara. El ojo izquierdo estaba encharcado de sangre. Romero observó la herida mientras sus compañeros cerraban el círculo.

- —No —canturreó—. No tiene buena pinta, ¿sabes?
- El hombretón gimió. Romero se volvió hacia mí y me atravesó con sus tachuelas azules.
  - —Dime qué hacemos ahora.
  - —De momento, ir a fumar a vuestra puta casa.
  - —Ah, es tuya la casa. Creí que era de esa vieja de mierda.
  - —La vieja de mierda es mi tía.
- —No me acordaba. Tenéis un aire de familia ahora que lo dices. ¿Me devuelves el casco?
  - —Cuando vayas a comprar gaseosa.

El ecuatoriano de la pala fue a adelantarse, pero Romero lo detuvo con un giro seco de la barbilla y una mano metida aún en el bolsillo: el ademán de un torero a un subalterno.

- —Ponte al día, hombre. Las gaseosas ya no se venden con casco.
- —¿Ah no?
- —Hazme un favor, Roberto. No me toques los huevos.
- —No pensaba.
- —No quiero líos. Así que haz el favor de devolverme el casco.

Sí que había cambiado Romero en la cárcel: primero se había recortado las patillas y luego los modales. En sus buenos tiempos jamás hubiera pedido nada por favor y si había algún lío, podías apostar lo que fuera a que él andaba en medio. Siempre le había gustado jugar sucio, de modo que no acababa de entender cómo es que no aprovechaba una ventaja de seis a uno.

- —De acuerdo —dije. Lo tiré a un lado. Uno de los hombres se agachó a recogerlo, vigilándome de reojo—. Pero no veo para qué os hacen falta los cascos. De momento, aquí no tenéis permiso ni para colocar una baldosa.
  - —Ya. Todo a su tiempo. Nos vemos, Roberto.

Dio media vuelta y echó a andar, silbando una gitanada entre dientes. Uno de los obreros se agachó para levantar a su compañero herido y le ayudó a caminar, pasando el brazo sobre un hombro. Otro ladró una amenaza y escupió al suelo. Al jardín de mi tía no le venía mal algo de lluvia.

Cuando se alejaban, sentí algo que se rompía en mi interior, un dique agrietándose, filtrando una sensación casi olvidada en mis entrañas. Era

miedo, pero no el miedo limpio y puro que precede a un combate, el sudor que brota a chorros en los vestuarios, sino el miedo tenebroso e impío de la niñez: el miedo al castigo, el temor a llegar tarde al colegio. Como niños al final del recreo, los obreros se subieron a las máquinas, pusieron en marcha los motores, empezaron de nuevo a apilar tierra como si fuesen a fabricar un castillo de arena, a diseñar una pista para jugar a las chapas. No, no era el temor a que me golpearan, al fin y al cabo no sería la primera vez que me daban una paliza soberana, sino la angustia de no poder defenderme, la sensación de estar fuera de juego, de ser demasiado pequeño: un niño indefenso en una piscina solitaria, un crío en el primer día en clase.

## **TRES**

Había hecho bien mi madre en no tirar aquellas zapatillas de deporte medio rotas. Al día siguiente, muy temprano, me las calcé, me puse un pantalón de chándal y una camiseta, y eché a correr por el parque de San Blas, en busca de un espectro perdido de dieciocho años. Por aquel entonces ya era un fanático del boxeo, un devoto ardiente y confundido que pensaba que el mundo empezaba y terminaba entre las doce cuerdas. Puede que tuviera razón, pero en cualquier caso, tarde o temprano, alguien te baja del cuadrilátero. Era como en aquel juego imbécil, el Rey de la Montaña, donde un niño se sube a lo alto de un montón de arena e intenta empujar a todos los que quieren arrebatarle el trono. El boxeo es igual: sobre la lona los púgiles llevan pantalón corto, quizá para que todo el mundo sepa que lo que sucede ahí arriba no es más que una pelea de críos, fuera del ring, peinados y vestidos, todos los grandes boxeadores —de Marciano a Durán, de Jack Johnson a Foreman— tienen la misma pinta de pingüinos fuera del agua, de descargador de muelles embutido a la fuerza en una fiesta de altos vuelos. Nada le sienta peor a un campeón que una corbata.

No me encontré por más que recorrí de arriba abajo todos los senderos del parque. Tampoco estaba muy en forma, así que la desteñida camiseta roja que mi madre había guardado durante tanto tiempo pronto adquirió un fulgor de sangre gracias al círculo de sudor que iba creciendo en mi pecho. Me detuve cerca de la avenida de Guadalajara, fuera ya del parque, muy cerca del lugar donde antaño se levantaban las chabolas gitanas. Jadeé un rato frente a la puerta del polideportivo de San Blas, antes de darme cuenta de que estaba esperando que reapareciera una niña en una silla de ruedas. Eché a trotar de

nuevo, huyendo de los viejos fantasmas.

Más allá, entre el estercolero de chalés desguazados donde vive mi tía y mi barrio, se alza el parque de San Blas, pero antes del parque, cerca del antiguo edificio de Pikolín, se levantaba una especie de tierra de nadie: descampados cubiertos de hierbajos, fábricas abandonadas décadas atrás, altos muros grises revestidos de ventanales tuertos. De niño había tirado muchas tardes junto a mis compañeros en aquel erial que nos servía de lugar de reunión y de campo de entrenamiento. Tenía gracia que ahora, tantos años después, quisieran construir ahí al lado un estadio olímpico. Cuando apenas levantábamos un metro del suelo ya nos dedicábamos a lanzar piedras contra los cristales de las factorías desahuciadas y a pegar balonazos contra porterías dibujadas con tiza. En verano cazábamos bichos que se escondían en el tuétano de los ladrillos rotos y en invierno nos colábamos dentro de un almacén desvencijado, lleno de recovecos y escaleras, un gran antro vacío donde rebotaban nuestras voces. Una tarde de julio una tormenta nos sorprendió a la intemperie y corrimos a refugiarnos en las entrañas del almacén. El cielo entero se fue desmoronando y durante largo rato, sentados en los peldaños de metal, Pedrín, el Chapas y yo escuchamos el concierto del granizo contra la uralita, una larga pedrea que repiqueteaba sobre nuestras cabezas. Al fin nos asomamos a la entrada del almacén sólo para ver el los relámpagos mordiendo la oscuridad, fastuoso espectáculo de resquebrajando el cielo oxidado, como si Dios nos estuviera sacando unas fotos.

Fue la última vez que estuvimos los tres juntos: al día siguiente Pedrín abandonaba el barrio para siempre. Ahora las excavadoras habían devorado todo eso: los edificios desolados, el tejado gris de olas congeladas, el granizo, las risas, las nubes de verano. Aquella tarde perdida, traspapelada entre recuerdos, se presentó de nuevo con un montón de detalles irrecuperables: el olor del ozono, el miedo de los pájaros en sus nidos, la granizada unánime agazapada al fondo del oído como una chapucera reproducción de la lluvia. Y junto a ella, los sabores de otras tantas tardes: los caramelos de cuba-libre; los polos baratos enfundados en un plástico, cuyo color desaparecía a la primera y ansiosa chupada, dejando únicamente un insípido espárrago de hielo; los

gritos de Pedrín cuando se cortó el pulgar con una lata oxidada y hubo que ponerle la vacuna del tétanos. Aparte del susto y la inyección, se llevó una buena mano de hostias a cargo de su padre, al estilo de la pedagogía clásica. Así tenías más cuidado al caerte o al hacerte daño, porque si no, cobrabas dos veces. Teníamos prohibido jugar en el descampado desde el día en que Pedrín casi se rebana el dedo con una lata abandonada entre las basuras, pero no tardamos mucho en desobedecer la orden. No había otro coto de caza igual para lagartijas y ciempiés, ni mejor blanco para afinar la puntería que aquellas ventanas rotas. Era un sitio tan bueno que poco tiempo después hubo que disputárselo a los gitanos —a pedradas, a palos, a lo que fuera— y adquirió la categoría de campo de batalla.

De aquellas guerras sólo quedaban sombras. Los colchones Pikolín habían cambiado su sede y ya no había lienzos de muros ni restos de fábricas. Una vez, en una pelea a pedradas, casi me saltaron un ojo y llevé más de un mes un bulto en la frente que parecía la premonición de una cornamenta. Las peleas durante el recreo, los puñetazos, los patadones en las costillas sólo eran una extensión de las clases, horas extraordinarias, una asignatura más, a mitad de camino entre la gimnasia y las matemáticas.

Llevaba más de una hora corriendo y estaba empapado en sudor. Vi a un abuelete gordo sentado en uno de los bancos del parque. Le colgaban los pies y estaba tan quieto que parecía esculpido en arcilla, pero no creía que los alumnos de trabajos manuales hubieran avanzado tanto en un par de décadas. No tenía mucho qué hacer hasta que llegara la hora de recoger a Tania del colegio, así que le pregunté si por curiosidad no había visto pasar a un niño muy flaco que andaba cojeando.

- —No. Hoy no.
- —¿Y ayer?
- —Ayer no me acuerdo. ¿Era moro?
- —Puede que fuera moro, sí.
- —¿Qué pasa? ¿Le ha robado algo?
- —No, que yo sepa.

Quizá para desmentir su semejanza con uno de mis ceniceros posmodernos, el abuelete se rascó la entrepierna. Llevaba uno de esos

pantalones grises de posguerra, con la bragueta medio descosida y una barriga esférica que entroncaba las rodillas con los sobacos.

- —¿Sabe?, yo me fui a Alemania en el 62. Trabajé en los muelles de Hamburgo. Tres años.
  - —Hamburgo, qué bonito.
- —Y no aprendí alemán —prosiguió, sin hacerme ningún caso—. Ni puñetera falta que me hizo. Pero nadie me miró mal porque no fuese rubio.

Me senté junto a él. El abuelete entrecerraba los ojos, entregado a la simple delicia de tomar el sol. Ya no era rubio ni moreno: era calvo.

- —También mi padre quiso irse a trabajar al extranjero —comenté—. A Australia. Pero no lo dejaron.
  - —¿Quién? ¿Franco?
  - —No. Mi madre.
  - —Eso son palabras mayores.

El sol no calentaba un carajo y las nubes se iban acumulando en el cielo como algodones sucios en una papelera. El vejete estiró los dedos al estilo de una lagartija antes de emprender la fuga.

- —¿Eres del barrio?
- —Desde que nací.
- —¿Cómo se llama aquel árbol?

Señalaba un sauce llorón que se alzaba cerca de los columpios, junto al pequeño lago habitualmente enfangado de hojas secas. Pero ya no quedaban ni las hojas, ni siquiera un rastro del agua: parecía sólo una bañera sucia. Cualquiera que hubiera vivido en San Blas el tiempo suficiente conocía la historia de aquel sauce.

—El árbol del ahorcado —dije.

El viejo me miró con curiosidad, después se pasó la mano por la raya de los pantalones intentado enmendar el trabajo de la plancha.

- —¿Para qué quiere a ese chico? ¿Va a ofrecerle trabajo?
- -No.
- —Entonces búsquese la vida. Nunca he sido chivato y no voy a empezar ahora.

Después de todo, aún queda gente buena en el barrio. No esperaba que me

diese una dirección, pero ya sabía que lo había visto merodear por el parque. Con eso me bastaba. Eché a andar mientras el abuelete volvía a hundirse en su inmortalidad a corto plazo.

De regreso a casa recordé aquel día en que Moñiguín llegó al colegio pálido de miedo. Dijo que, mientras cruzaba el parque, había visto a un vagabundo ahorcado. Faltaban menos de tres minutos para que empezaran las clases pero no nos lo pensamos dos veces: todos corrimos para verlo de primera mano. Era una mañana de invierno fría y desangelada, el vaho brotaba de nuestras bocas y los árboles parecían esquemas de sí mismos. Desnudo, deshojado, el pobre sauce parecía una ilustración de un libro de anatomía: las ramas se abrían como venas en busca de aire. Sobre el lago de juguete brillaba la caspa de la escarcha. En una de las ramas, combada por el peso del cuerpo, estaba ahorcado el vagabundo: un anciano barbudo, canoso, con pinta de alcohólico, la cabeza hundida entre los hombros. Tan sólo parecía dormido. Llevaba ropa usada, los pantalones atados con una cuerda y un par de botas viejas. Desde abajo vimos las suelas desgastadas; una de ellas tenía un agujero en el talón y estaba despegada por la puntera, formando una burla de cuero. Rompiendo el círculo de respetuoso temor que nos atenazaba, el Chapas tomó impulso, dio un salto y pegó con la mano en una de las botas. El ahorcado se balanceó con tranquila calma, como un durmiente buscando otra postura, acomodándose para el sueño eterno. Competimos un rato para ver quién era capaz de sacudirlo más fuerte hasta que oímos la sirena de la policía.

—Mierda de críos —dijo un poli gordo nada más bajar del coche—. ¿Quién lo ha visto primero?

Todos señalamos a Moñiguín, que pretendía emboscarse en el anonimato. Le preguntaron cuánto hacía que lo había visto y por qué no les había avisado. Moñiguín se fue encogiendo sobre sí mismo, intentando que la tierra lo tragara. No lo consiguió y mientras respondía, tragando saliva, parecía como si lamentara no tener a mano su regla nueva para dársela al policía y que se la rompiera en dos trozos.

Nadie supo nunca cómo se llamaba aquel pobre hombre ni por qué lo

habían matado. La cuerda estaba atada a uno de los columpios y no había manera de explicarse cómo había subido solo hasta allí arriba. Probablemente los camellos del parque lo encontraron durmiendo borracho en uno de los bancos y lo ahorcaron sólo por divertirse, por pasar el rato, igual que hacían con los perros y los gatos perdidos a los que lograban echar el guante. Probablemente los polis les hicieron unas cuantas preguntas y luego los dejaron en paz. Por aquel entonces, la heroína era un negocio floreciente y a nadie le importaba un borracho más o menos.

En el barrio aquellos muertos no interesaban a nadie, no daban más que para un recuadro en los periódicos y una mención de pasada en la bodega. Un borracho ahorcado, una niña paralítica ahogada: chismes de vieja, cuentos de chavales. En el colegio la historia del ahorcado dio para unos cuantos recreos y de vez en cuando nos acercábamos hasta el sauce y mirábamos hacia lo alto como si aguardáramos que de las ramas brotara otro fruto macabro.

Me duché, me vestí y fui a recoger a Tania al colegio. En la salida, al otro lado de las verjas, los padres esperaban. Abundaban los rostros de emigrantes andinos, había incluso una mujer china, pero no vi ningún moro. A mi lado, entre el batiburrillo de acentos sudamericanos y eslavos, se alzó una voz inequívocamente castiza:

—Cago en Dios, esto parece la puta ONU.

La voz pertenecía a un tipo chaparro y feo, de piel ennegrecida, como si se hubiera estado cocinando una semana a fuego lento. Pero el moreno era natural y para colmo lucía una mancha oscura y llena de pelos en la mejilla izquierda. El mote me vino a la boca mucho antes que el nombre: el Lenteja, Guti el Lenteja. Se atrevía a despotricar sobre pureza racial, él, que parecía un cruce de kiwi con ladilla. Los niños empezaron a salir de clase y una pareja de pequeñas ecuatorianas pasó a nuestro lado.

- —¿Sabe lo que dice mi hijo? —preguntó, confiando en el color de mi piel —. Que no hay manera de tirarlos al suelo. Tiene gracia, ¿eh? Hemos tardado siglos en llegar al metro ochenta y ahora todos estos jodidos champiñones van a conseguir que volvamos a ser un país de enanos.
  - —Bueno, hablando de enanos, tú nunca hiciste mucho por subir la media. Se revolvió, mosqueado, mirándome de arriba abajo.

—¿Roberto? ¿Roberto Esteban? —dijo, y parecía sinceramente emocionado—. ¡Choca esos cinco, coño!

Le estreché la mano, confiando en que la fealdad y la gilipollez no fuesen contagiosas. Me fijé en el quinteto de lunares estampados entre el índice y el pulgar. Tampoco había peligro de que fuesen cancerígenos, la biología no tenía nada que ver. Era el cinco en un dado: un hierro de cárcel, un preso entre cuatro paredes.

- —¿Cuánto tiempo en el trullo?
- —Dos años. Uno de ellos en Alcalá-Meco, junto a Romero.

Lo decía con orgullo, el tío. Se desabotonó el puño de la camisa y me enseñó otro tatuaje en su peludo antebrazo: una caricatura del Che Guevara medio diluida en tinta verde. Al hacerlo mostró sin querer la bandera española en el cierre metálico del reloj de marca.

- —Demasiadas etiquetas —dije.
- —¿Cómo?
- —La banderita, el Che, el punto choro... Me pregunto dónde llevas el código de barras.

Se abrochó de nuevo la camisa. No hacía falta tomarle el pulso para percibir el viejo odio latiendo en sus venas.

- —Joder, había olvidado lo maricón que eres.
- —Hiciste mal.
- —Pero me alegré un huevo cuando te partieron la jeta. Lo malo es que tuvo que ser un puto champiñón.
- —No era champiñón, Guti. Era mexicano. Pero no te preocupes. Los champiñones nunca se han llevado bien con las lentejas.

La muerte bailó un instante en sus ojos. Fue a echar mano del bolsillo de atrás, seguramente en busca de la navaja, pero le agarré el brazo a tiempo. El Che se revolvió bajo mis dedos.

—Aquí hay niños, Lenteja —le susurré al oído—. No querrás que te parta la boca y se peleen por ver quién recoge más dientes.

Se separó de mí en el momento en que un chico lo abrazaba. Era casi de su mismo tamaño y estaba casi igual de moreno, pero no tan gastado ni quemado. El Lenteja le pasó una mano por la cabeza. Una vez le pegué una paliza a un hijoputa delante de su hijo pequeño. No me arrepentí lo más mínimo, pero no era una experiencia que me hubiese gustado repetir. Apenas unos instantes después, Tania apareció entre el revoltijo de críos y se abalanzó contra mis piernas.

- —Tío, tío, ¿me has traído caramelos?
- —Vaya —dije, y me di una teatral palmada en la frente—. Ya sabía yo que se me olvidaba algo.
- —Hola, Tania —dijo el Lenteja—. ¿Roberto está haciendo de papá por horas?
  - —No es mi papá. Es mi tío —respondió la niña, sacándole la lengua.
  - —Tania, haz el favor de no hablar con señores feos.
  - —Seguiremos la conversación —dijo el Lenteja, sonriendo.
  - —Vale. Cuando tú quieras.

Se echó al hombro la mochila de su hijo y se alejaron de la mano. Mientras le cogía la cartera, Tania me explicó que esa misma mañana había aprendido a dividir y me preguntó si yo sabía hacer divisiones.

- —Claro. Yo puedo dividir un pastel en trozos sin el menor problema.
- —No digo eso, tonto. ¿Tú puedes dividir dos números muy largos?
- —Depende de lo largos que sean.

De repente me encontré con Lola cara a cara. Llevaba el pelo recogido en un moño y una media sonrisa de guasa colgada de la boca.

- —Hola, mamá —dijo Tania.
- —Hola, cariño —se agachó, besó a su hija en la mejilla y le arregló el cuello de la camisa—. Se te da muy bien tratar a los niños. Deberías pensar en tener uno.
- —Lo siento —dije apartándome—. Mi madre no me avisó que hoy venías tú a recogerla.
- —Es que no lo sabía. Roberto —dijo levantándose—, quiero que me perdones por lo del otro día. Fue cosa de mi mal genio.

Supuse que el mal genio venía incluido en el precio, junto con el pelo, las caderas y todo lo demás. Echamos a andar camino de su casa. Cuando Tania entró en el chino a comprar chucherías, Lola se volvió a mí y me preguntó si me apetecía cenar el viernes en su casa.

- —Estaremos solos. Le he pedido a mi hermana que se quede con Tania.
- —¿Toda la noche?
- —Toda la noche.

No se podía pedir más. Me despedí de ellas con un casto beso en la mejilla. Quedaban dos días hasta el viernes, pero ya me sentía impaciente: al fin y al cabo me había pasado toda la adolescencia esperando aquel momento. Llegaba con algo de retraso, sí, pero sería mucho mejor que conseguir ahora un coche teledirigido o una colección de cromos. Siempre me han caído bien los Reyes Magos.

Después de comer, mi madre se puso a tejer a la luz de la ventana. En la tele, un guaperas engominado le decía algo a su secretaria. Probablemente era una serie doblada porque no lograba distinguir el ruido que se arrugaba en los labios. Pero no hacía falta entender qué decían: las historias no habían cambiado mucho desde aquellos seriales interminables que mi madre oía por la radio. Jóvenes millonarios de buen corazón, doncellas maltratadas, canallas sin escrúpulos, en fin, lo de siempre. El zumo rojo del corazón humano mezclado en distintas batidoras a diferentes velocidades para consumo del mismo público. Me levanté, medio amodorrado, y fui a mi cuarto. Recogí los viejos guantes de boxeo que mi madre había guardado con tanto cariño, algo de ropa de deporte de cuando era niño, y lo metí todo en una bolsa.

- —Si me voy un par de horas, ¿serás capaz de estarte quieta?
- —¿A dónde voy a ir? —respondió sin levantar la vista de la labor.
- —No puedo ni imaginármelo. ¿Sabes si el padre Osorio sigue en la parroquia?
  - —¿Dónde va a seguir, si no?

Cuando mi madre se ponía las gafas de cerca, le daba por la filosofía. Miraba la labor sin dejar de mover las agujas y de cuando en cuando alzaba los ojos por encima de las lentes para echar un breve vistazo a la tele. No le hacía mucho caso, prefería escuchar los diálogos. En realidad, bastaba con ver diez minutos sin prestar mucha atención para adivinar el destino de cada personaje.

—Tonta —dijo, hablándole al aparato—, no le hagas caso. Lo que quiere es llevarte al huerto.

Tenía razón. Cerré la puerta y salí a la calle. Brillaba el sol, hacía calor: un día perfecto para que los comerciantes callejeros salieran a hacer negocio. Pero es muy raro encontrarse hoy con un gitano al pie de un Doscaballos, esgrimiendo una romana y voceando las bondades de su fruta. Nadie vendía ya pollitos de colores, ningún pobre viejo se agachaba en una esquina para sacar un pequeño milagro con plumas de una caja de cartón a cambio de una moneda. Sin embargo, Tania y los demás niños de su generación también tendrían su propia variante de la Cenicienta: la carroza que se transforma en calabaza al dar las doce campanadas, los vestidos en harapos, ningún príncipe yendo por ahí, haciendo un *casting* de juanetes.

La parroquia de la Trinidad se alzaba al otro lado del parque, casi al inicio de la calle Amposta: un edificio feo como el pecado, con todo el aspecto de un almacén de hostias. Parecía que la hubieran construido de la noche a la mañana, con materiales de deshecho y planchas prefabricadas, y que la hubieran dejado caer de golpe, a traición, en un solar que aspiraba a jardín y se quedó en tierra de maceta. Hasta la cruz, excesivamente alta para aquella techumbre chata, estaba demasiado torcida y desgarbada para hacer de pararrayos celestial. Algún arquitecto, o quizá algún concejal de obras, había entendido mal las instrucciones de montaje: la bóveda triangular iba abombándose camino del altar hasta rematar en un Cristo de metal, herrumbroso y casi abstracto, que abría los brazos como para evitar que el techo se derrumbara encima de los fieles. A lo mejor, ése era el efecto que querían conseguir: el de un rescate *in extremis*, con las filas de bancos ligeramente desviadas, como arrastradas por la marea, y los ventanales bañados en un azul de naufragio.

Cuando era un niño y entraba en aquella iglesia siempre tenía la impresión de subir a un navío en alta mar, golpeado por olas y arrecifes. Osorio, el capitán del barco, era un cura grande, fuerte, con la nariz abollada y la cara cosida a cicatrices. Los demás curas hablaban con voz meliflua y mujeril, y no tenían piel sino cutis. En cambio, el padre Osorio tronaba desde el púlpito, despertando a las señoras que aprovechaban el calor de la iglesia

para quedarse dormidas, y gastaba unas manos de picapedrero que se agitaban con los presentimientos del infierno. La primera vez que me confesé con él no me preguntó si me hacía tocamientos, solo o con otros amigos, como nos decía el padre Ignacio, un cura jovencito, de piel blanca y húmeda, cuyo sudor titilaba en la penumbra del confesionario. Osorio casi ni me dejó susurrar el «Ave María Purísima».

- —Sin pecado concebida. Venga, abrevia. ¿Cuántas pajas te has hecho esta semana?
  - —¿Pajas?
- —¿No sabes lo que es una paja y vienes a confesarte? Venga, chaval, no me hagas perder el tiempo.

Rebusqué en mi mochila de pecados habituales: pereza, envidia, mentiras a mis padres, torturas de animales. Osorio me interrumpió alzando una de sus manazas hechas de piedra pómez.

- —Eso son cosas de críos. Salvo lo de martirizar criaturas del Señor. ¿Qué eran? ¿Gatos, gorriones?
  - —Ciempiés. Escarabajos. Y una lagartija.

Bajó la cabeza y bisbiseó unas oraciones. Me ordenó rezar dos padrenuestros y después aprovechó la señal de la cruz para atizarme un pescozón que todavía me escuece.

- —La confesión es un sacramento serio, el salvavidas de tu alma inmortal. No lo desperdicies con gilipolleces, anda.
  - —Pero mi madre dice que cada semana...
- —Dile a tu madre que Dios tiene mejores cosas que hacer que atender chuminadas.

Por respuestas como aquella Osorio se había ganado una merecida fama de rojo. Durante los estertores de la dictadura solía prestar la iglesia para reuniones clandestinas y una vez llegó a parar los pies a la policía, que quería desalojar de su parroquia a los enlaces sindicales. Abrió los brazos y se plantó delante de una docena de maderos, que por aquel entonces eran grises, grises de la cabeza a los pies, con abrigos que llegaban hasta las pantorrillas y porras negras en las manos. Cuentan las malas lenguas del barrio que, a uno que pretendió entrar a la fuerza, le soltó una hostia que le voló la gorra con

barboquejo y todo. Pero lo más probable es que los policías se quedaran de piedra al ver aquel cura erguido como un árbol frente a la puerta de la iglesia: «Ésta es la casa del Señor. Hagan el favor. Aquí no entra nadie con sombrero y menos con pistola».

Nadie vio aquel puñetazo que quedó como una de las leyendas áureas del barrio. Y aunque el padre Osorio tenía los modales de un camionero y podía derribar a un antidisturbios de un directo en la mandíbula, no creo que lo hiciera. En su juventud había sido boxeador, peso pesado; decían que allá, en el País Vasco, había entrenado a Urtain, pero eso también era, tal vez, otra leyenda áurea. Al padre no le gustaba presumir de sus tiempos de púgil, aunque eso no impidió que, después de que me expulsaran del colegio, decidiera encauzar mis pasos por el camino del deporte. Osorio se enteró de que me habían expulsado del colegio por romperle la cara a un cura y un buen día se plantó delante de mí, apoyando las manos en las rodillas, y me miró con aquellos ojos entrecerrados que parecían los ojales de una chaqueta.

- —Tan chiquito y tan bestia. ¿Quién lo diría? ¿Con qué mano le diste?
- —Si cree que voy a arrepentirme, va listo.
- —¿Con qué mano?
- —Ese cabrón se rió de mi madre. Así que ya puede empezar a darme.

Yo era muy chulo, sí, pero la verdad es que la camisa no me cabía en el cuerpo. Osorio, como indicaba su apellido, era un plantígrado enfundado en una sotana. Con paciencia infinita, volvió a interrogarme:

—Te he preguntado con qué mano.

Cerré los labios y permanecí quieto, callado, firme como un marino al timón cuando se acerca la tormenta. De pronto Osorio soltó su manaza como si fuese un martillo, y yo alcé instintivamente el brazo izquierdo. Detuvo los dedos a un palmo de mi jeta, marcando el golpe.

—Tranquilo, chaval, no voy a zurrarte. Hace mucho que no levanto la mano a nadie. Sólo quería saber si eres zurdo o diestro. Y ya lo sé.

Aquélla fue su presentación oficial antes de adoptarme como pupilo. Por aquel entonces tenía trece años y no creo que Osorio se acordara del mocoso aquel que ni siquiera sabía hacerse pajas. Entrené con él dos horas todas las tardes hasta que me enseñó todo lo que sabía. Entonces le habló de mí a

Venancio Fuentes, mi futuro entrenador, el hombre que me llevó hasta el campeonato de Europa de los medios. Osorio no se quitaba la sotana ni para saltar a la comba, su mole negra rebotaba sobre el piso de baldosas desiguales con el estruendo de un ogro bueno en un cuento infantil. En mi recuerdo de niño era verdaderamente un ogro, tanto que me desilusionó encontrarlo en la puerta de la parroquia, fumando un cigarrillo. Ahora apenas me sacaba un palmo y el cepillo gris que le cubría la cabeza se había ajado en una pelusa blanca: el tiempo había empleado su lima a fondo.

- —Vaya —dijo, tirando la colilla al suelo—. El hijo pródigo.
- —Más bien la oveja descarriada, padre.

Cubriendo la sotana, llevaba una gabardina vieja y raída, salpicada de motas azules. También el pelo, el rostro y los brazos tenían rastros de pintura. Nos estrechamos las manos un buen rato, mirándonos al fondo de los ojos. Yo vi lo que siempre había visto: una cara de granito tallada a golpes, la cabeza de viejo gladiador robada de algún museo romano y encontrada después en un basurero, con la nariz rota y los pómulos desgastados por la intemperie. Sus facciones destilaban una dignidad no eclesiástica sino proletaria, igual que una de esas sartenes requemadas donde la costra ya forma parte del metal; unas facciones de estibador jubilado, incoherentes con aquellos hábitos, como si su propietario, paseando por una feria, se hubiese detenido un instante para hacerse una foto de broma, asomando la jeta sobre una sotana dibujada en un decorado de cartón.

- —¿Vienes a confesar tus muchos pecados? —gruñó Osorio, que seguía forcejeando con mi mano, intentando cortarme la corriente sanguínea.
- —Me parece que no —jadeé, devolviendo el apretón con todas mis fuerzas.

Me rendí yo primero. Liberé mi mano y la agité en el aire, rasgueando unos acordes flamencos. La sangre se me dormía en los dedos y una quemazón de dolor chisporroteaba en el punto donde había golpeado el frigorífico de mi tía. A pesar de la edad, las canas y los pelos blancos que le asomaban de las orejas, el padre Osorio conservaba intacta su fuerza de mula.

- -Estás flojo, Robertín. Tendrías que volver al gimnasio.
- —¿Sigue entrenando chavales, padre? —pregunté sin dejar de tocar la

## guitarra.

- —Tengo dos o tres críos. Ecuatorianos. Muy bajitos. Con todos juntos, no hago uno como tú.
  - —¿De bueno?
  - -No. De gordo.
- —Quién sabe, padre. Quizá esté entrenando a un futuro campeón del peso mosca.
  - —Sí. O del peso champiñón.

Los kilos siempre fueron su obsesión. Una vez me dijo que Cristo podía haber sido un buen peso *welter*. Me invitó a entrar a su iglesia. Una penumbra aguamarina, filtrada desde los ventanales, bañaba el interior. Los bancos estaban apilados contra las paredes, tapando buena parte de los ventanales. Una precaria enredadera de andamios ocupaba todo, desde los escalones del altar hasta las columnas de la entrada. En lo alto, unos tablones formaban la improvisada plataforma donde Osorio arañaba los cielos: una vasta ola de azul confeccionada a brochazos que se detenía más o menos a mitad del techo. Una escalera metálica apoyada en una de las columnas contribuía a darle a todo el conjunto un aspecto de mecano infantil. Solté un silbido de admiración.

- —¿Se sube hasta ahí arriba para pintar, padre? Eso sí que es tener fe.
- —El chisme se tambalea un poco, sí —admitió Osorio—. Pero qué le vamos a hacer. No hay dinero para contratar a unos pintores.

Cogió la brocha con la que había estado pintando y la enjuagó en una lata. La pintura y el aguarrás habían adulterado el antiguo aroma, un olor que venía envuelto en domingos a las doce, en cirios y pilas bautismales. El padre Osorio se quitó la gabardina jaspeada de churretones azules, mojó la mano en la piedra seca y se santiguó mecánicamente.

- —Le echaría una mano, padre, pero los trabajos manuales nunca fueron lo mío.
- —Ya, ya sé que eres un intelectual —dijo, limpiándose las manos en un trapo—. No te preocupes, tengo ayuda.

Le seguí hasta la sacristía donde, al pasar, cerró distraídamente la puerta vencida del armario que llevaba medio siglo abriéndose a capricho,

quejándose con el chirrido lastimero de las bisagras sin engrasar y el tintineo de la llave, churrigueresca e inútil, al caerse al suelo. Había unas mondas de mandarinas en el suelo. Osorio tenía cosas mejores que hacer con su tiempo libre que barrer el suelo, colocar otra cerradura o atender las confesiones de un niño idiota.

Sin detenerse, pulsó un interruptor, se agachó, se arremangó las faldas y empezó a bajar los escalones. El fluorescente tartamudeó dos o tres veces y, antes de que lograra deletrear la luz, Osorio ya estaba abajo, palmeándose la sotana. El polvo se expandió desde el pasado, en aquel estrecho sótano donde tantos años atrás me había iniciado en los rudimentos del boxeo.

## —Mira bien. ¿No echas de menos algo?

Sobre la pared blanca y picada de viruela colgaba el mismo mapa del mundo, un despiece de países con décadas de retraso, las fronteras desfasadas y rellenas con los colores mustios del franquismo. En un rincón, sobre un pupitre de colegio, reposaba una Olivetti negra, la vieja máquina de escribir con la «efe» encasquillada donde habían aprendido mecanografía generaciones de alumnos lerdos. Yo, por ejemplo, no aprendí nada, me aburrí de golpear las teclas repitiendo hileras e hileras de letras ordenadas en cuadrillas de cuatro, formando regimientos ortográficos.

## —¿Qué? ¿Te acuerdas o no?

Miré con más atención. Al fondo, en los pupitres que ahora yacían amontonados en una pila verde desvaído, se habían sentado los hombres del sindicato a discutir papeles prohibidos, de noche, entre susurros, sin más luz que un cirio encendido. Mi padre —que carecía de inquietudes políticas, pero acudió a alguna de aquellas reuniones clandestinas llevado por algún amigo o algún colega de la fábrica— me contó que uno de ellos solía subirse a un pupitre y, agarrado a los barrotes, con el ventanuco de vidrios miopes entreabierto, vigilaba a ras del suelo la calle desierta. En las palabras de mi padre latían los recuerdos de una edad angustiosa, los años del hambre y las humillaciones, el olor a comida de las tarteras metálicas de vuelta del trabajo, el aceite de las mejillas tensas en los claroscuros del cirio que se retorcía bajo un horizonte de zapatos. ¿Qué había quedado de todas aquellas veladas heroicas? Los hombres claudicaron, mi padre se dio a la bebida, el barrio

entero se agujereó las venas. Los mismos pupitres de colegial que habían acogido a los líderes sindicales del barrio recogieron luego a jóvenes yonquis de brazos picoteados, pandilleros arrepentidos, delincuentes imberbes, chavales que coqueteaban con la muerte, expresidiarios. Únicamente Osorio siguió al pie del cañón. Contaba con la ayuda del padre Miguel, un muchacho pelirrojo e idealista que siempre iba a todas partes con una guitarra y no llevaba más señal del sacerdocio que el alzacuellos. Los rasgueos y los acordes de séptima fueron el complemento de las clases de mecanografía y los rudimentos de boxeo que Osorio impartía en el blanco útero del sótano. Pero los chavales no se conformaban con las canciones de iglesia adaptadas de los Beatles: querían que el padre Miguel, adentrándose en la armonía satánica, les sacara canciones de Led Zeppelin, de Deep Purple y de Black Sabbath, cuando no directamente rumbas de Los Chichos. Un día que la apisonadora del Smoke on the Water tronaba a toda caña desde el tocadiscos, al tiempo que dos guitarristas se cocían unos porros y yo saltaba a la comba, el padre Osorio bajó las escaleras, agarró el disco que gimió con un maullido al sacarlo del plato, y lo partió en trozos como si fuese una hostia negra.

- -Estáis en la casa de Dios -tronó, manoteando para disipar la niebla.
- —Será la casa de Dios, padre —replicó uno de los alumnos, enfundando su guitarra—, pero Roberto bien que se entrena para pegar hostias.
- —Como Cristo con los mercaderes del templo —dijo Osorio y le quitó la colilla al otro de un bofetón limpio que apenas le rozó los labios—. Y no digas «hostias», a ver si te voy a meter una.
  - —¿Pero Cristo no decía que había que poner la otra mejilla?
- —Cristo decía misa. Anda, daos el piro antes de que os parta la guitarra en la cabeza.

No fue el exceso de volumen de las baladas heavys lo que hizo que el padre Miguel se buscara una parroquia más acorde con sus gustos pacifistas: fue un motorista que irrumpió una tarde en la iglesia con una Bultaco de media cilindrada. Aterrorizó a las abuelas que estaban rezando el rosario y acosó al padre Miguel desde el altar hasta la entrada, derrapando entre los bancos al estilo de un *motocross* clerical. Subí a la carrera, desde el sótano donde estaba entrenando, y pude ver su casco negro y rojo, adornado con

ramalazos de fuego infernal que repetían las llamaradas del tubo de escape. El padre Osorio, que me había precedido en la carrera, fue a auxiliar a su compañero, arrinconado contra la pila bautismal, cuando el motorista lo vio, giró, apretó el acelerador y se dirigió hacia él a toda velocidad. Osorio fintó en una perfecta combinación de cintura y juego de piernas, como si torease una vaquilla insensata, y desmontó al jinete de una guantada. La moto fue a estrellarse contra una hilera de bancos y el enviado satánico se empotró tras ella. Los chillidos de las abuelas traspasaron la humareda mientras el olor a gasolina derramada lo iba empapando todo. Osorio levantó al jinete caído con una sola mano y lo apartó de su montura, mientras la rueda aún seguía girando tercamente en el aire. Se agachó junto a él, arrancándole el casco de un manotazo.

—¿Estás bien, chaval? Contesta.

Pálido, ceniciento, el Jeringas balbuceó algo a la tercera sacudida. Con un suspiro de alivio, Osorio le examinó las pupilas con el empaque de un médico en el cuadrilátero. Abrió la mano y le preguntó cuántos dedos veía.

- —Cinco.
- —¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que hay cinco dedos?
- El Jeringas asintió con la cabeza, como un tentetieso de ida y vuelta mientras los colores iban volviendo a su cara.
- —Pues te los voy a plantar en toda la jeta si algún día se te ocurre repetir algo así. ¿Me has oído?
- El Jeringas cabeceó otra vez y se fue irguiendo despacio. Alto y destartalado, enfundado en el mono de motorista, nunca le había visto más parecido a su propio mote: parecía el émbolo de una jeringuilla con la aguja rota. Al recoger el casco del suelo, un gesto de dolor le atravesó la cara. Osorio pescó el brazo derecho sin muchos miramientos y lo trasteó hasta que el Jeringas empezó a gritar.
- —Tienes la muñeca abierta. También, quizá, una fractura de hombro. Tendrá que verte un médico. Y no chilles, no me seas maricón.

El Jeringas me miró esforzándose en no llorar, en aparentar la hombría que se le había hecho pedazos. Intentó levantar la moto del suelo utilizando sólo el brazo sano.

- —Deja la moto ahí.
- —Pero es mía.
- —La moto se queda ahí hasta que arregles todos los desperfectos de la parroquia. ¿Queda claro?

Encogido, con el brazo en cabestrillo, el Jeringas musitó algo y se marchó cojeando de la iglesia. Antes de irse me echó una última mirada, breve y rencorosa. Osorio levantó la moto y contempló el charco de gasolina que empezaba a extenderse entre los bancos. Le pidió al padre Miguel que fuese a buscar una fregona.

- —¿Es que no vas a hacer nada?
- —Voy a arreglar la moto. Qué más quieres que haga.
- —¿Pero tú has visto a ese mal nacido? Hay que poner una denuncia, llamar a la policía.

Una de las abuelas apoyó de inmediato la propuesta del sacerdote, y el coro de ancianas la secundó. El padre Osorio pasó los dedos por los radios, ligeramente torcidos, de la rueda delantera.

—No vamos a hacer nada. Ni denuncia ni policía ni nada. Y ustedes me hacen el favor de callarse, que nadie les dio vela en este entierro.

Miguel avanzó apartando los bancos, volviéndolos a poner en su lugar con una furia sistemática que contrastaba con la calma de Osorio en su papel de mecánico con sotana.

- —Esto no puede seguir así, Gonzalo. El otro día unos chavales me sacaron una navaja a la entrada del metro. Y ahora esto.
- —Quizá deberías pedir el traslado al Cristo de Medinaceli o a San Francisco el Grande. Son iglesias más bonitas. Y los fieles de postín. Te encantará.
- —No he dicho eso. Digo simplemente que no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Osorio sacó una de las bujías y la sopló suavemente, girándola entre los dedos. Miguel estaba indignado.

- —¿De modo que no hacemos nada?
- —Ningún policía entró en esta casa con Franco, así que calcula tú ahora. El chaval arreglará los desperfectos. Tengo su palabra.

- —¿Los desperfectos? Espabila, Gonzalo. Ese animal casi nos mata a todos.
- —¿Y por eso quieres que vaya a un correccional o a la cárcel? ¿Tú has estado alguna vez en la cárcel, hijo?

Las mujeres se callaron de golpe. Miguel bajó los brazos a lo largo del cuerpo. Osorio guardó la bujía en el bolsillo de la sotana y se puso en pie.

- —¿Crees que en una cárcel le enseñarán algo a ese pobre chico, le enseñarán a ser un hombre? ¿Tú crees? —Miguel no respondió—. Yo creo que estamos aquí para salvar almas, almas de delincuentes y asesinos, almas en pecado mortal, no para mandar gente a la cárcel. Si pensara eso, me habría apuntado a la Guardia Civil.
  - —Estás dando a Dios lo que es del César.
- —No te hagas la picha un lío, anda. ¿Sabes lo que es un alma descarriada? Ahí tenías una. Cristo dijo «bienaventurados los pobres», pero bien sabía él que no hay ninguna bienaventuranza en la miseria.

Fue entonces cuando el padre Miguel me descubrió en medio de la iglesia. Observó mis zapatillas, mis pantalones cortos, los guantes que me había regalado mi padre. Luego se agachó, me puso las manos en los hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Tú lo conoces, ¿a que sí?

Se formó un silencio tan hondo como un pozo. Yo no había cumplido los catorce pero sabía de sobra lo que era un chivato.

- —Tú sabes cómo se llama. Dímelo.
- —Miguel —Osorio habló a sus espaldas—. Hazme caso, te has equivocado de parroquia. Tu misión es tocar la guitarra, nutrir de almas puras los coros celestiales.
  - —Sólo quiero ayudarle. ¿Me vas a decir cómo se llama?

Bajé la cabeza. No pude sostener más tiempo el ámbar puro de su mirada. El padre Miguel se irguió, dio media vuelta y salió de la iglesia. Las abuelas le siguieron, cuchicheando. Osorio suspiró.

—Es como si lo hubiera publicado en la hoja parroquial. Antes de la misa de once ya lo sabrá todo el barrio.

Después me pasó la mano por el pelo y me preguntó si de verdad conocía

a aquel chaval de la moto. Era la misma pregunta que acababan de hacerme un momento antes, pero en sus labios sonaba distinta.

- —Sí. Lo conozco.
- —Es amigo tuyo, ¿no?
- —No, padre. Es el Jeringas. Un hijoputa.

Osorio sonrió.

—Bueno. Entonces tu silencio tiene más mérito.

Me gustaban las homilías de Osorio porque estaban llenas de criminales, de putas y fariseos. Para él, la gran lección de Cristo era que siempre se movía entre lo peor: tenderos tramposos, ladrones, hijos desagradecidos, borrachos, leprosos y demás gentuza. Bien mirado, San Blas podía ser Galilea, un nuevo escenario evangélico con bodegas malolientes, tiendas de ultramarinos, yonquis pecadores y autobuses en lugar de cuadrigas. Osorio no iba a entregar una de sus ovejas descarriadas a los romanos para que luego la obligaran a marcar el paso.

El Jeringas arregló los desperfectos, pero Osorio no le devolvió la moto. Descubrió que era robada y se la devolvió a su dueño. El Jeringas juró vengarse, pero su venganza fue olvidada, se quedó colgada en algún canalón del tiempo, desinflada, como una de esas pelotas que los chavales colábamos cada tanto en el tejado.

Con la misma pinta de un viejo balón de cuero despellejado y veintitantos años más viejo, Osorio metió la mano en un bolsillo de la sotana y sacó un paquete de cigarrillos.

- —Toma uno.
- —No, gracias.
- —Todavía no acabas de verlo claro, ¿eh? Te pasaste dos años aquí dentro, Robertín. Yo creí que lo descubrirías al primer golpe de vista.

Le prendió fuego al cigarrillo, aspirando con ansia la primera calada. La voluta de humo buscó el cielo pero sólo encontró un gancho clavado en el techo, en el mismo lugar donde flotaba la ausencia del ceniciento saco de boxeo, aquel fantasma gordinflón, cubierto de parches y arañazos, que durante tantas tardes había sido mi único horizonte.

—¿Dónde está el saco?

—Se me murió de viejo, Robertín. ¿Podrías conseguirme otro?

Nadie, ni mi padre, ni mi madre, ni mis amigos, ni nadie, me había llamado nunca de aquel modo. Aquel diminutivo era una prerrogativa eclesiástica.

- —Claro. Hablaré con Venancio.
- —Venancio —dijo Osorio, y el nombre salió envuelto en una prédica de humo—. Claro, cómo no había pensado yo en Venancio. ¿Cómo le va?
  - —Ahí sigue, en su gimnasio. Seguro que tendrá algún saco de sobra.
  - —Muy bien. Los chavales te lo agradecerán.

Cuando subíamos otra vez la escalera, le di a Osorio la bolsa con la ropa y los viejos guantes de boxeo. No eran gran cosa, dije, pero quizá le sirvieran a alguno de los chavales que entrenaba ahora. Osorio los magreó con mano experta.

- —¿Son los mismos con los que empezaste, no?
- —Sí. Ya sabe que mi madre no tira nada.
- —Me vendrán bien. Gracias.

Osorio apagó la luz del sótano y se detuvo para tomar aliento. Rondaba los cincuenta cuando lo conocí, así que ahora ya rebasaba los setenta. Desde luego no los aparentaba, ni en su corpulencia, ni en la cualidad rocosa de su piel, ni en la destreza de sus manos. Todavía parecía capaz de detener a una brigada de policía a la entrada de su iglesia.

La puerta descabalada del armario se abrió a nuestro paso, como pidiendo atención. Osorio fumaba tanto que algún monaguillo malicioso llegó a decir que guardaba el tabaco en el sagrario, junto a las hostias, el vino consagrado y una botella de Fundador. También decían que no le bastaba con el vino de la misa y que se servía un lingotazo de coñac entre oficio y oficio. Era mentira: yo había visto muchas veces el coñac en el armario de la sacristía, junto a la ropa de calle y unos cartones de Bisonte.

- —Padre, aparte de los ecuatorianos, ¿no tendrá otro pupilo?
- —¿Cómo quién?
- —Un niño moro. Suele ir a casa de mi tía.
- —¿Ha robado algo? —negué con la cabeza—. ¿De qué lo conoces?
- —Únicamente cogió algo de comida. A mi tía le vendría bien un régimen

de alpiste, pero no le recomiendo al chaval que vaya mucho por allí.

- —Tu tía —dijo Osorio, aspirando otra calada—. Tu tía está mal de la cabeza.
  - —Y además es muy mal bicho, padre.
  - —Sí que lo es.

Osorio se quitó el cigarrillo de la boca. Una nube de humo se le enroscó en los párpados y le sacó punta a los ojos.

- —¿Y qué te hace pensar que doy refugio aquí a un infiel?
- —A usted nunca le gustó mucho la fruta, padre —le señalé las mondas de mandarina al lado del armario de la sacristía—. Además, si hay un chaval perdido en el barrio, sea de la religión que sea, tarde o temprano acabará aquí.
  - —Tú tampoco eres muy cristiano, ¿a que no?
- —Mi mano derecha no sabe lo que hace mi mano izquierda —dije, y Osorio se echó a reír. Era un viejo chiste pugilístico—. Además, yo estoy bautizado.
  - —De eso hace mucho, hijo. Hace un montón.

Osorio se agachó y recogió en su manaza las mondas de fruta. Las dejó encima de la mesa.

- —Ese chaval necesita la ayuda de Dios, Robertín. Mucho más que cualquier otro que haya pasado por mis manos.
  - —Dios suele estar muy ocupado, padre.
- —Es una putada —resopló—. No habla, no entiendo su idioma, casi no abre la boca. Un día me lo encontré en la puerta de la parroquia, acurrucado, tiritando de frío. Le invité a pasar y le dejé dormir abajo. Algunas noches ha vuelto por aquí.
  - —¿No teme que robe algo?
- —¿Y qué va a robar? —Osorio apagó el cigarrillo contra la pata de la mesa. A juzgar por las quemaduras de la madera, era una práctica habitual—. Desde que quitaron las pesetas no hay quien deje un billete en el cepillo. Los domingos pesa como un muerto. Hace falta arreglar la puerta y el tejado, pero de momento el chaval me echa una mano con los techos.

Señaló hacia arriba, donde los brochazos de azul se habían detenido en una ola imperfecta, un cielo a mitad de camino. Los tejados eran otra historia.

Las goteras de la Trinidad eran legendarias: la techumbre se estaba cayendo a cachos desde los tiempos en que en el Valle de los Caídos anidaban buitres en lugar de palomas. Pero las reformas no le importaban mucho al padre Osorio. Si por él fuera, le pondría a Cristo un paraguas.

Caminamos hasta la entrada de la iglesia. Una de las sábanas que cubría la pared de yeso se había caído. El cura cogió una grapadora roja de uno de los andamios y sujetó la sábana con dos grapas a la pared.

- —Mondas de fruta. Eres muy listo, Robertín. Siempre lo fuiste. La gente piensa que todos los boxeadores son tontos del culo sólo porque han recibido muchos golpes y hablan por la nariz. Pero no es verdad. Los golpes nos hacen fuertes.
  - —Bueno, yo nunca recibí muchos golpes. Ni tampoco hablo por la nariz.
- —Pero sigues andando como si llevaras los guantes puestos —dejó la grapadora otra vez en el andamio y me acompañó hasta la puerta—. Lástima que no siguieras boxeando.
  - —Quizá era demasiado listo, padre.

Le estreché la mano y él me devolvió un apretón breve, viril, sin intentar reducirme los huesos a gravilla. Luego arrojó la colilla al suelo, alzó una mano en señal de despedida y se metió en su parroquia.

Dejar de boxear no fue cuestión de inteligencia sino de fe. En cierto modo fue la Iglesia la que me encaminó hacia el cuadrilátero: primero aquel cura de los salesianos al que le rompí la jeta por insultar a mi madre, y después Osorio. Con Venancio aprendí la técnica, los trucos, las tácticas y estrategias, pero con Osorio cultivé la mística, el catecismo del sudor, la letanía del un-dos, un-dos, la forma de golpear cargando el cuerpo y de danzar de puntillas sobre unas playeras de goma. Durante un par de años —los años que otros chicos emplean en estudiar idiomas o en aprender a escribir a máquina — el boxeo fue mi religión. Todas las tardes acudía a aquella parroquia de barrio que ocultaba un gimnasio cutre en sus entrañas.

—Ay —se lamentaba Osorio a veces, mientras aguantaba el saco—. En la vida he hecho otra cosa más que repartir hostias.

Atravesé el parque para regresar a casa y de nuevo tuve la sensación de que las tiendas y los portales se habían desplazado de lugar. La zapatería ya no estaba en su sitio, la frutería había cambiado de nombre, las panaderías se habían transmutado en supermercados chinos. Un par de días más con mi madre y tendría que comprar fichas nuevas para el monopoly. No me di cuenta de que alguien me gritaba desde varias calles atrás.

—Macho, ¿estás sordo? Llevo chillando hace una hora.

El tipo se detuvo junto a mí. No parecía del barrio: llevaba chaqueta, corbata y unas gafas de aro. Pero la cara ancha y los dientes a la vista me hacían cosquillas desde algún lugar del pasado.

—¿No te acuerdas ya de tu viejo amigo, el Chapas?

No había manera de reconocerlo sin aquellos ganchos sujetándole los dientes. Fui a darle la mano pero él tiró de ella y me dio un abrazo.

- —Supongo que ya nadie te llama así, Richi —dije, intentando esconder mi emoción—. No hay por qué mantener el mote.
  - —No creas —me guiñó un ojo—. Ahora llevo otra clase de chapa.

Sacó la cartera y me enseñó la placa. Era un madero, quién iba a imaginarlo. Después de todo nunca se pedía policía cuando jugábamos a polis y ladrones.

- —¿Es de verdad?
- —¿Tú qué crees?
- —Richi, tú nunca has pagado nada. Hasta tu carné de la piscina era falso.

Se echó a reír con una de esas carcajadas suyas en estéreo que hacía imposible no secundarla. Me pasó otra vez la mano por el hombro y me empujó hacia unos soportales.

—Venga. Te invito a un trago.

Abrió la puerta del bar con una mano y anunció triunfalmente mi llegada, justo lo que menos deseaba que hiciera. Dos o tres parroquianos se volvieron al oír mi nombre. El camarero, un chaval joven y probablemente extranjero, se quedó esculpido en el gesto de ir a tirar una cerveza.

- —¿Que no sabes quién es? —dijo un viejo borracho, abrazándome efusivamente—. Este hijoputa fue campeón del mundo.
  - —De Europa, Pepe. De Europa.
  - —Del mundo, coño. Si lo sabré yo.

Pepe el Puñales ilustró un rato a la audiencia sobre mis hazañas: un par de

combates, uno contra un italiano y otro contra un griego, una defensa del título en Londres, incluso describió con todo lujo de detalles una pelea épica en Las Vegas. No quise corregirle y explicarle que yo jamás había boxeado en los Estados Unidos, que aquella pelea que tanto le entusiasmaba no había sucedido jamás. Para él, el combate con Chamaco fue un tongo, una injusticia. El Chapas sonreía, divertido ante mi agobio.

- —Vale, vale. Luego seguimos —dijo, llevándome hacia una de las mesas del fondo—. Ahora tenemos que hablar. Niño, ponnos dos cervezas.
  - —No —dije—. Para mí una Coca-Cola.

El Chapas se sentó frente a mí. Ricardo Sánchez, quiero decir. No me hacía a la idea de verlo con el pelo corto y gafas. La última vez que nos encontramos llevábamos melenas y pantalones de pitillo.

- —Sí. Muñoz ya me advirtió que habías dejado la bebida.
- —¿Lo conoces?

Hizo un gesto vago con la mano, sin dejar de sonreír.

- —Es amigo tuyo, ¿no?
- —Lo fue.

El comisario Muñoz me había acogido una noche en su calabozo del distrito de San Bernardo. Me habían detenido por pelea, escándalo público y no sé cuántas cosas más. En aquella época, poco después de dejar el boxeo, estaba completamente desquiciado: casi siempre andaba borracho perdido, de bronca en bronca. Trabajaba de portero en varias discotecas y, la verdad, era bastante bueno siempre que no me diera por beber: entonces no había manera de sujetarme. Fue Muñoz quien me convenció para que alquilara mis puños en los combates ilegales que se celebraban los fines de semana en un almacén de las afueras. Entre el alcohol y las pastillas no recuerdo gran cosa de aquellas reyertas callejeras donde valía todo: de cabezazos a patadas. Sólo sé que a más de uno lo sacaron con los pies por delante únicamente para que unos cuantos millonarios y sus furcias pasaran un buen rato. No aguanté mucho tiempo ahí y no porque no fuese bueno: no perdí jamás, que yo sepa. Pero aquello tenía tanto que ver con el boxeo como una discoteca con el ballet clásico. Poco después lo dejé y busqué un centro de Alcohólicos Anónimos.

- —Yo también conozco a Muñoz —dijo Richi, apartándose mientras el camarero servía las bebidas—. Digamos simplemente que no es trigo limpio.
  - —Digamos que desde entonces no me fío mucho de la poli.
- —Haces bien —dijo, y dio un largo trago a su cerveza—. Pero ahora no estoy de servicio. Sólo estoy tomando un trago con un viejo amigo.
  - —Por qué será que no te creo.

Sacó un paquete de tabaco. Me ofreció un cigarrillo y negué con la cabeza. Jugueteó un rato con el mechero antes de prenderle fuego. Era un mechero caro, de plata o quizá una buena imitación plateada. En cualquier caso, nada que ver con el encendedor de plástico que usaba el padre Osorio.

- —Pero si ya no boxeas —dijo, exhalando volutas de humo.
- —Nunca me gustó el tabaco.
- —¿Te acuerdas cuando nos encendimos nuestro primer pito, en los jardines del viejo aquel?
- —No me voy a acordar si fue justo enfrente de mi casa. Si me llega a ver mi padre, me mata.
- —Qué loco estaba el viejo, ¿eh? Y vaya putadas que le hacíamos. ¿Te acuerdas cuando nos meábamos en sus rosales y él pensaba que habían sido los perros? —asentí con la cabeza—. ¿Qué habrá sido de él?
  - —Murió, supongo. Le pasa a todo el mundo.
  - —A mí me lo vas a decir.

Cogió la botella por el cuello, desdeñando el vaso, y le pegó un buen trago. Resonó la lengua contra el paladar mientras suspiraba de satisfacción. Para hacerlo como en los viejos tiempos sólo le faltó eructar.

- —En serio, no estoy aquí de servicio. Alguien me dijo que estabas por el barrio y quería saludarte. Hace muchos años que no nos vemos, Rober. Pero ayer presentaron una denuncia contra ti.
  - —Déjame que lo adivine. Sampere Construcciones, ¿a que sí?
- —A ese tipo le sacaron un trozo de cristal del párpado. Por poco pierde el ojo.
  - —Quizá lo metió donde no debía. ¿Me vas a detener?

Richi detuvo la botella cuando iba otra vez camino de su boca.

—¿Estás tonto o te pasa algo? Sé perfectamente cómo es esa gentuza,

Rober. Acosaron a los vecinos, a muchos les obligaron a vender. Hay docenas de denuncias contra esa constructora.

Fui vaciando poco a poco la Coca-Cola en el vaso. Estaba caliente y tendría que esperar un rato a que los hielos hicieran su trabajo. Hay cosas que no cambian, por ejemplo, la puta manía de no usar la nevera. Meneé el vaso, entrechocando hielos y cristal, mientras esperaba que Richi también se fuera enfriando.

- —El tuerto dice que amenazaste de muerte a tu tía.
- —Una discusión familiar —me encogí de hombros—. Ya sabes cómo son esas cosas.
- —Leí los expedientes de Muñoz. Sé a lo que te dedicas, Rober, y francamente, como poli, me importa un carajo. Hay sitios a donde la ley no nos permite llegar. Personalmente, creo que está muy bien que existan tipos como tú para limpiar toda esa basura.
- —Sí, cumplo una importante labor social. Una especie de servicio de fumigación, un raticida de choque. Lo mismo me decía Muñoz. Me proporcionó unos cuantos trabajos.
- —Ya. Seguramente yo no llegue a tanto. Pero entiendo que eres el contrapeso exacto para la gentuza como Romero.
- —Romero —dije, y volví a hacer tintinear el vaso—. Ya que lo mencionas, no entiendo cómo fue tan caballeroso.

Le conté una versión resumida de mi encuentro con Romero y su cuadrilla de mariachis. Richi se entretuvo soltando volutas de humo y picoteando de la bandeja de aceitunas que nos habían puesto de tapa. Luego me explicó que algún pez gordo de la constructora lo había puesto al frente de la seguridad de la obra.

- —Todo perfectamente legal, incluyendo contratos de trabajo. Lo sé porque me tocó revisarle los papeles.
- —A lo mejor tienes que darle una medalla a Sampere por ponerse a reinsertar delincuentes.
- —Pues no te extrañe. Pero con sus antecedentes, Romero tiene que andarse con ojo. Se pasó toda la juventud en el trullo y no creo que le apetezca volver a visitar a sus colegas.

- —Hablando de colegas, esta mañana me encontré con el Lenteja.
- —¿Dónde?
- —A la salida del colegio, iba a recoger a su hijo. Me extrañó no verle ayer en la obra.

Richi terminó su cerveza de un trago y levantó la botella vacía para pedir otra al camarero. Se quedó un momento pensativo, jugando con una mueca donde, de niño, asomaban ganchos metálicos. Sonrió y mostró la dentadura, exacta, completa. Ya no quedaban desperfectos en su boca.

- —Tiene gracia. Fue gracias al Lenteja que nos conocimos. Me salvaste de una paliza en los lavabos. Y todavía te dedicas a lo mismo.
- —Las cosas nunca cambian —dije—. Aquí siguen sirviendo los refrescos calientes y al Lenteja todavía le dura el mote. ¿Qué fue del Jeringas?
  - —Palmó de sobredosis. En Alcalá-Meco.

El camarero trajo otra cerveza y otra remesa de aceitunas. Richi entrechocó la botella con mi vaso. Echamos un trago a su salud.

- —Por el Jeringas.
- —Por el Jeringas. ¿Sabes que el Lenteja se ha metido a taxista?
- —No jodas.
- —Sí, hombre, sí. ¿Te acuerdas cuándo su padre se cabreó aquel año que suspendió todas?
  - —Sí, le metió una paliza que te cagas.
- —Pero no fue por eso —precisó Richi—. Fue porque le preguntó qué pensaba ser de mayor. Y el Lenteja, que por aquel entonces pasaba una gripe *hippie*, contestó: «Papá, voy a ser un hombre libre».

Richi se echó a reír, una de aquellas carcajadas salvajes y estentóreas que hizo que todos los parroquianos se girasen para mirarnos. No pude evitar secundarle, incluso antes de que terminara el chiste.

—Me lo encontré un día, montado en el taxi, y se lo recordé. Le señalé el cartelito que llevaba en el parabrisas y le dije: «Lenteja, lo conseguiste. Ya eres un hombre libre».

La risa nos devolvió intactos a la orilla de una playa donde había cascos de litronas, naipes marcados, árboles grabados a navaja.

—La verdad, Richi —dije, secándome los ojos—, no me acostumbro a

verte vestido de madero.

—Bueno, no llevo uniforme y además mi padre era poli. No hago más que seguir la tradición familiar. Fue mi padre quien detuvo a Romero, ¿no lo sabías?

Me quedé de piedra. No, no lo sabía. Mientras sacaba un pañuelo y se limpiaba las gafas, Richi me contó que su padre había dejado el cuerpo hacía algún tiempo. Jubilación anticipada: una noche arrojaron una botella de gasolina ardiendo contra el parabrisas de su coche y se salvó de milagro. Pasó varios meses en el hospital, bailando entre la vida y la muerte.

- —Ahora tiene la cara desfigurada y todo el pecho lleno de quemaduras. Pero mi viejo es un tipo duro. En Fuengirola, donde va a veranear todos los años, les vacila a las extranjeras diciendo que sobrevivió al ataque de un tiburón.
  - —Coño. Lo siento, Richi.
- —Fue el hijoputa de Romero. No hubo manera de probarlo, pero no hacía ninguna falta. Yo sé que fue él. El ataque contra el coche de mi padre ocurrió poco tiempo después de que Romero saliera del trullo.
  - —Igual que cuando la tienda de Eladio —murmuré.

Richi se colocó otra vez las gafas sobre la nariz y fue como si montara el cerrojo de un arma.

- —¿Qué piensas hacer?
- —Hace años que le ando detrás, pero Romero es muy listo, bastante más que los imbéciles que suelen acompañarlo. Nunca baja la guardia.

Era verdad. Por ejemplo, jamás se había enganchado al caballo, a pesar de que prácticamente fue él quien inauguró el tráfico de droga en el barrio. Casi todos sus colegas habían acabado muertos o convertidos en espectros de sí mismos, tristes esqueletos pedigüeños de mirada perdida y brazos acribillados. Daba pena verlos revolviendo entre las basuras, reuniendo cartones, mendigando en las paradas de autobús. Richi juntó las manos, apoyó la barbilla en ellas y me susurró unas palabras que sonaron a confesión. Habló demasiado bajo para entenderlo, pero no necesitaba leer sus labios:

—Un día de éstos le haré un favor al barrio. Como hay Dios, Rober.

- —Me gustaría hacerte el favor yo —dije—. Pero sólo me dedico a las chapuzas.
- —Ya lo sé —dijo, irguiéndose de la butaca y rebuscando en su chaqueta
  —. Te lo agradezco igual.

Tras el cristal de las gafas, algo en su mirada decía que ya había pasado el tiempo en que necesitaba guardaespaldas, que ya no era el chiquillo desvalido a quien dos abusones metían la cabeza en el retrete. Miró la hora en el reloj y fue a pagar a la barra. Ni siquiera me dio tiempo a sacar la cartera: me sacó a empujones del bar mientras nos despedíamos de la parroquia. El viejo Pepe montó un amago de guardia y empezó a boxear en broma. La puerta se cerró a nuestra espalda y Richi dijo que me acompañaba un rato.

- —Y ahora que lo pienso, ¿qué coño hacías tú a la salida del colegio? preguntó—. ¿Vas a repetir curso?
  - —Iba a recoger a Tania, la hija de Lola.
  - —¿La gitana? ¿Sigue igual de buena? Hace tiempo que no la veo.
  - —Yo diría que ahora está mejor, si cabe.

Richi soltó un silbido de finales de los setenta, un sonido que, en mis oídos apagados, venía escoltado por alarmas y pintadas libertarias.

- —Ahí no cabe ni el sujetador. Menudo par de tetas que tiene Lola. Pero no te hagas ilusiones, macho. Está casada.
  - —Divorciada, según me contó.
  - —Con el tipo que se casó, no creo que el divorcio cuente mucho.

Richi se detuvo y me miró, el rostro crispado en una adivinanza infantil. Faltaban las pecas y los brillos metálicos, pero cuando guiñó el ojo izquierdo —el mismo tic involuntario de cuando imitaba a Vázquez— el nombre me golpeó desde atrás.

- —Romero —dije.
- —Romero —confirmó—. El mismo que viste y calza.

No me lo podía creer. Comprendí de inmediato por qué no había retratos de su marido en casa de Lola y por qué se había cabreado tanto cuando la llamé gitana: un expresidiario traficante y pirómano no era alguien de quien una pueda enorgullecerse. Que yo supiera, lo único bueno que había hecho Romero en su puta vida era aquella niña que había heredado sus ojos claros y

su pelo rubio.

- —Romero es gitano de pura raza, así que si vas a ponerle los cuernos, ándate con ojo.
  - —¿Crees que le tengo miedo?
- —No lo digo por ti, sino por ella. Le metía unas palizas de cojones. No era raro verla salir, cuando llovía, con un paraguas y unas gafas de sol.
  - —Qué hijo de puta.

Me rechinaron los dientes. Richi palpó los bolsillos de su chaqueta hasta dar con el móvil, que pitaba cada vez más alto.

—La hostiaba gratis con que imagínate si le das motivos. Un día hasta la niña llegó a cobrar. Creo que fue eso lo que decidió a Lola a pedir el divorcio... ¿Sí?

Mientras escuchaba le fue cambiando la cara. No fue una conversación muy larga. Al final guardó el móvil en la chaqueta y me miró. Parecía extrañado de verme allí.

- —Será mejor que me acompañes —dijo.
- —¿Pasa algo?

No respondió y fuimos andando hasta donde tenía aparcado el coche, un BMW metalizado, uno de esos coches color cromo que en la publicidad se aparean con caballos al galope, carreteras en llamas y rubias despampanantes. Bromeé sobre lo bien que le iban las cosas y que yo, en mi negocio, tenía que conformarme con un Renault de segunda mano. Tampoco respondió.

Antes de arrancar, rebuscó bajo su asiento y sacó una sirena portátil. Bajó la ventanilla, sacó el brazo y la colocó con una sola mano mientras con la otra arrancaba el coche. La sirena aulló, lanzando destellos anaranjados allá por donde íbamos pero no estuvo mucho tiempo en marcha. Fue pegando gatillazo apenas dejamos atrás el parque y traspasamos la cancela de la obra. Una humareda densa irrumpió por las ventanillas acompañada de un olor a quemado que acuchillaba los ojos. Richi aparcó por las bravas entre un camión volquete y una de las hormigoneras: las ruedas chirriaron sobre la grava. El lugar parecía una barbacoa para vehículos extravagantes, porque también había un coche de bomberos y un par de coches patrulla cuyas luces azules parpadeaban entre el humo. Bajamos del BMW, tosiendo y

lagrimeando, y uno de los policías se acercó a Richi para informarle. Le dijo a voces, tapándose la boca con un pañuelo, que el incendio ya estaba controlado y que habían tenido suerte de que la obra contara con una boca de riego. Dos o tres gatos montaban guardia detrás de las vallas. Vi a dos bomberos que intentaban pasar una manguera por encima de la cancela como si lucharan con una serpiente mitológica, mientras las pavesas caían sobre el jardín una tras otra: colillas arrojadas desde el infierno. La casa de mi tía ardía por los cuatro costados.

## **C**UATRO

Nos sentamos sobre unas tablas a mirar cómo los bomberos trabajaban. Richi fumaba despacio, sacudiendo la ceniza del cigarrillo y quitándose a papirotazos las pavesas que, arrastradas por el viento, iban cayendo sobre su chaqueta. El aire estaba impregnado de humo y mariposas ardientes. No había mucho que decir porque el fuego repetía una canción antigua: el incendio repentino de la tienda de Eladio, el ataque contra el coche del padre de Richi.

- —Espero que tu tía hubiese salido de compras —dijo Richi al fin.
- —Mi tía casi nunca salía de casa.
- —Entonces...
- —Me importa un carajo, Richi. Me importa una mierda lo que le haya ocurrido.

Era verdad. El churrasco en que probablemente se había convertido mi tía no me daba la menor lástima. Rastreaba en mi interior en busca de algún sentimiento y no encontraba nada, ni alivio ni luto, nada más que una mezcla de indiferencia, engorro por los trámites de defunción y preocupación ante cómo le daría la noticia a mi madre. Ahí sentado, veía chisporrotear las llamas, contemplando una aceptable versión del infierno con el que me habían acojonado desde que nací: un caos incandescente, lenguas rojizas y amarillentas, refinados tormentos. Si el infierno existía, mi tía ardería allí por los siglos de los siglos, pero no le envidiaba la ganancia a Satán y a sus demonios, que tendrían que aguantar hasta el fin de los tiempos su eterna mala leche y las pestilentes deflagraciones de sus gases. Mi tía ascendería pronto en el escalafón infernal, tenía cualidades. Seguramente, ni siquiera el

fuego había logrado asustarla. Se habría plantado delante de la primera llamarada y se habría liado a bastonazos con ella. No podía imaginármela huyendo, gritando ni pidiendo auxilio. Era igual que yo, incapaz de tirar la toalla, y quizá eso era lo que más me jodía.

Cuando los bomberos empezaron a recoger las mangueras y las hachas, un policía con la cara tiznada se acercó a Richi y le contó que habían encontrado a una anciana muerta en el primer piso. Todavía era muy pronto para establecer cómo o qué había provocado el incendio, pero el fuego había empezado en la planta baja y el humo que iba subiendo asfixió a la mujer en la cama. Las llamas ni siquiera habían tocado el cuerpo. Richi le dio las gracias, arrojó la colilla a un lado y se puso en pie.

- —Si estaba durmiendo quizá no se enteró de nada —dijo.
- —Sí. Como en toda su puta vida.

La fachada quemada parecía el rostro de un púgil perdedor después de una pelea a doce asaltos: hematomas por todas partes y ojos cerrados en los balcones. La ventana rota de la cocina simulaba una boca con un diente menos desde la que no dejaba de brotar una espesa humareda, como si el tipo, después de la paliza, hubiese decidido consolarse fumando. Uno de los bomberos iba juntando los pedazos de la puerta destrozada a hachazos y se detuvo para examinar una mancha negra en el muro de la derecha. Richi y yo nos adentramos en lo que quedaba de jardín: un amasijo a mitad de camino entre una fogata echada a perder y un campo de batalla. Mientras nos acercábamos, rebañando lágrimas y cenizas de los ojos, la mancha en la pared fue adquiriendo la forma inconfundible de una mano.

- —¿Alguno de ustedes se ha apoyado ahí? —preguntó Richi.
- —No es hollín —dijo el bombero, volviéndose con el dedo manchado—. Es pintura negra. Y está reciente.
  - —No toque más. Apártese, haga el favor.

El bombero le obedeció y Richi examinó la mancha. Me hizo una seña para que me aproximara.

—¿Te suena de algo?

Parecía como si alguien se hubiese apoyado un momento antes de entrar en la casa. Igual que en la puerta del retrete de chicas, el día en que murió Gema. La Mano Negra había reaparecido, treinta años después, desde los vestuarios de la piscina hasta un muro a medio quemar.

- —Me suena, sí.
- —Pediré que consigan una muestra, pero fijo que no servirá de nada. Seguro que ese hijoputa llevaba guantes. La pintura negra canta que no veas.

Richi retrocedió y empezó a husmear entre los tablones, los cascotes y ladrillos. Detrás de una de las hormigoneras, tropezó con un bote de pintura y lo pescó con ayuda de un palo. Chorreaba pintura negra.

- —Me juego lo que quieras a que no encontraremos ni una puta huella. Romero es muy listo.
- —No necesito ninguna huella —dije, mientras Richi se dirigía hacia el BMW con su captura colgada del palo.
  - —Tiene que haber una bolsa por aquí.

Abrió el maletero del coche y rebuscó en su interior. Al fin encontró una y guardó el bote dentro. Tiró el palo a un lado y se volvió hacia mí, sacudiéndose las manos.

- —Creí que lo tuyo eran las chapuzas —dijo.
- —Ahora es una cuestión personal.
- —¿Pero no dijiste que tu tía te importaba un carajo?
- —Dos carajos. Dos por lo menos. Me refiero a Gema. Siempre he pensado que lo suyo no fue un accidente.

Un montón de vecinos se había juntado para contemplar el espectáculo. Los colegas de Richi, vestidos de uniforme, los mantenían detrás de las vallas de la obra. No quedaba mucho que ver: sólo un par de tipos husmeando entre la basura, los bomberos recogiendo sus trastos y unos cuantos maderos bailando la sardana. Apoyado en el coche, Richi observó los restos del incendio. Sacó otro cigarrillo, tal vez para hacer juego con la humareda gris que aún salía a bocanadas de la puerta y de la ventana de la cocina. Pensé que si mi tía hubiese ventilado alguna vez su habitación, quizá ahora seguiría viva.

- —¿Tu tía tenía muchos familiares?
- —Sólo mi madre y yo. Y de refilón. Era hermana de mi padre.

Richi sonrió mientras encendía el cigarrillo. Aspiró una larga calada y fue

expulsando el humo entre los dientes.

- —Entonces quizá tengas que darle las gracias a Romero. Le ha ahorrado mucho trabajo a los obreros. Esa ruina de los cojones —apuntó con el pitillo hacia ella— vale más a la plancha. ¿Te llevo a casa?
  - —No. Prefiero andar. A ver cómo le doy la noticia a mi madre.
  - —Nos vemos, Rober.

Me estrechó la mano y entró en el coche. Abrió la tapa del salpicadero y me dio una tarjeta con su número de teléfono.

- —Te tendré al tanto. Pero si se te ocurre cualquier cosa, llámame.
- —Gracias, Richi.

Mientras arrancaba, eché a andar, cruzando el coro de vecinos que todavía remoloneaban por allí, a ver si veían algo que mereciese la pena. Tendrían que esperar hasta que llegara el juez, claro que lo mismo tenían suerte porque ya se oía a lo lejos la sirena de una ambulancia. Recorrí buena parte de la calle hasta que encontré un gato flaco fisgoneando entre los cubos de basura. Reconocí al inquilino famélico que mi tía trataba a bastonazos. Maulló plañidero cuando un taxi frenó a su lado, y prácticamente saltó hasta mis pies.

—Tranquilo, pequeño —dije, recogiéndolo del suelo—. Lo mismo ahora eres millonario.

El cristal ahumado de la ventanilla fue bajando y un lunar ostentoso apareció antes que la cara. El Lenteja se echó a reír cuando me vio con el gato en los brazos.

- —Coño, Roberto, sabía que eres gilipollas pero no tanto como para ponerte a hablar con animales.
  - —Sí, tengo un don. Hasta entiendo lo que dices. Podría montar un circo.

El Lenteja no me rió la gracia. Llevaba el piloto verde y el cartelito de «libre» en el parabrisas.

- —Anda, mamón, sube. Hay alguien que quiere hablar contigo.
- —Espero que no sea uno que yo me sé, porque entonces no vamos a hablar.
  - —No creo. Pero quizá te convenga oír lo que tiene que decir.
  - —¿Quién?

—Sampere. Tira el puto gato y sube al taxi.

Abrí la portezuela y subí al asiento trasero pero no solté al gato. El Lenteja protestó pero le dije que acababa de adoptarlo y no era cosa de abandonar un huérfano a la primera oportunidad.

—Además —dije—, gracias a ti, me has picado la curiosidad. ¿No sabes que la curiosidad mató al gato?

El Lenteja y yo no cambiamos una sola palabra durante todo el trayecto. De vez en cuando me observaba a través del retrovisor y en el pómulo izquierdo veía la gran mancha velluda del lunar clavada en mí: un tercer ojo que hubiera equivocado el camino de la sabiduría. Y el del culo. Como un talismán flexible y cálido, el gato ronroneaba bajo mis manos. Había que reconocer que el Lenteja era un hombre libre, al menos en lo que al tráfico se refería: el taxi atravesó Madrid a toda hostia, saltándose semáforos y pasos de cebra, hasta que llegamos a un edificio de oficinas cerca de la Plaza de España. Detuvo el coche, apoyó el brazo en el respaldo y se volvió hacia mí.

—Tercera planta. No vayas a perderte.

El portal estaba abierto y la mesa de la portería vacía. A pesar del gran espejo y del despliegue de filigranas doradas no parecía un inmueble muy lujoso. En la penumbra, el reflejo me devolvía la imagen de un tipo cansado, con la cara tiznada y la ropa salpicada de pavesas. Preferí olvidarme del ascensor y subí los tres pisos a pie, con la escalera a oscuras y el gato bajo el brazo. Una tontería porque el Lenteja ya debía de haber avisado de mi llegada. En la tercera planta, a lo largo de la moqueta amarillenta, una serie de puertas se extendía a derecha e izquierda. Una de ellas estaba entornada y a su lado había un rótulo blanco con letras azules y apaisadas que ya había visto impresas en una media docena de monos. SAMPERE CONSTRUCCIONES. Toqué con los nudillos y detrás de la puerta una voz dijo «adelante».

Un resplandor me guió a través del pasillo hasta una oficina amplia y casi despojada de adornos. La luz partía de una lámpara verde que imprimía a muebles y archivadores un barniz de acuario. Al lado de la lámpara se sentaba una señora rolliza, rubia de bote y tirando a jamona. Examinaba unos papeles y ni siquiera levantó la cabeza cuando me oyó llegar.

—¿Es usted la secretaria?

No respondió ni quitó la vista de los papeles. Sólo alzó una mano, historiada con uñas largas y rojas, y me indicó que esperase.

-Estaba citado con el señor Sampere.

Entonces levantó la cabeza y me extrañó no encontrarme con el loro que me temía en un principio. A pesar del exceso de maquillaje y de la nariz aguileña, todavía era una mujer hermosa al estilo de una película antigua, una vieja película italiana. Eso sí, todos los adornos que le faltaban a la habitación los llevaba puestos encima: anillos en los dedos, un broche dorado en el busto y unas pulseras que sonaban como un sonajero. Sacudió las pulseras para ofrecerme asiento.

- —Soy la viuda de Sampere, señor Esteban. Puede llamarme Carmen.
- —Encantado, señora —dije—. Yo soy Roberto.

Tomé asiento y acaricié lentamente al gato. La viuda Sampere lo miró y se le iluminaron los ojos. Pude entender que, no mucho tiempo atrás, el brillo de esos ojos hubiese conseguido cualquier cosa, por ejemplo, un anillo de matrimonio, una compañía constructora, un infarto.

- —¿Y su gato tiene nombre?
- —Se llama Rocky —improvisé.
- —¿Rocky no es nombre de perro? —preguntó Carmen, sacando un cigarrillo de una pitillera dorada.
- —Es que se apellida Marciano —encendió una cerilla y el humo casi disipó el arco de sus cejas—. Es nombre de boxeador.
  - —Como usted.
  - —Hace tiempo que me retiré, señora.

Escribió algo con una mano mientras con la otra sostenía el cigarrillo, jugueteando delicadamente con las uñas, como si contara con los dedos. Dejó la pluma sobre el papel y observó de nuevo al gato. No era una mirada amorosa.

- —¿Cuánto pide por Rocky?
- —No está a la venta, señora.
- —No parece muy bien alimentado. ¿Cuánto pide por él?

Pasé la mano por el lomo despeluchado, pulsando un arpa de costillas y llagas. Se suponía que yo era el sordo.

- —¿Cuántas veces hay que decirle que no? El gato no está en venta y la casa de mi tía tampoco.
- —Pero si ni siquiera ha oído mi oferta —dijo, expulsando el humo despacio, con la cadencia de una actriz de cine mudo.
  - —No, pero me basta ver a la gentuza que le hace los recados.

Sonrió, entrecerrando los ojos. Parecía divertida. Se echó atrás en el asiento y la lámpara le imprimió a la torre blanca del pelo un tinte verdoso.

- —A mí me basta echarle un vistazo —canturreó, señalando mi ropa—para saber qué tal le van las cosas. ¿Sabe que yo tenía un loro que se llamaba Roberto?
  - —Mujer, ya que habla de loros, yo cambiaría de peluquero.
- —El rubio no me favorece, ¿verdad? —enrolló un rizo en uno de sus dedos, adelantando varias décadas de historia cinematográfica—. Roberto era un loro muy maleducado. Decía tacos delante de las visitas y soltaba unos silbidos muy groseros. Un día estaba dándole de comer, me cogió el dedo con el pico y por poco me lo revienta. ¿Sabe cuánta fuerza tiene en el pico un loro?
  - —Ni idea. Explíquemelo.
- —Tuve que enseñarle disciplina. Con el dedo reventado, cogí unas tijeras y jugué a apuñalarle dentro de la jaula. Roberto revoloteó, chilló y de repente se quedó frito. Sólo quería asustarle pero luego me enteré de que los loros son animales de corazón delicado.
  - —Quién lo diría.
- —Mi marido se llevó un disgusto... Era una cacatúa blanca, de Sudamérica, y costaba una millonada.
- —Su marido era un hombre rico. Seguro que enseguida encontró un repuesto.

Carmen Sampere seguía sonriendo de medio lado cuando apagó el cigarrillo contra un cenicero de porcelana.

- —¿Me está haciendo proposiciones, Roberto?
- -No es ésa mi intención. Creo.
- —Entonces deje de joderme —dijo suavemente. El humo ascendía en rizos, a juego con su pelo—. Lo he llamado porque alguien me dijo que

usted, como familiar de la señora Esteban, quizá pudiera convencerla de que vendiera.

- —Mi tía y yo nunca nos llevamos muy bien.
- —Sí, eso me han contado. Lo vieron peleándose con ella poco antes de que atacara a uno de mis empleados.
- —Le informaron mal. Estábamos descorchando una botella de champán y entonces un imbécil se acercó demasiado.
- —Vamos a retirar la denuncia —dijo, tamborileando las uñas sobre la mesa—. Correré con todos los gastos de hospitalización. A cambio, me gustaría que hablara con su tía. Su falta de colaboración está retrasando un proyecto que podría enriquecer a todo el barrio.
  - —Sí, mi tía siempre fue una aguafiestas.
- —Tengo todos los planos aquí —dijo, señalando los papeles sobre la mesa—. Hoteles, restaurantes, gimnasio...
  - —¿Pondrá también un futbolín?
- —Sólo falta una pieza para empezar las obras —siguió hablando, sin reírme el chiste—. Y esa pieza es la finca de su tía. El complejo deportivo dará trabajo a mucha gente, señor Esteban, y no me refiero sólo a trabajo temporal.

Alzó los ojos de los papeles y me miró sonriendo. Rocky entrecerraba los ojos mientras le rascaba el cuello. No estaba acostumbrado a las caricias sin bastón.

- —Menos mal, porque no es que se me dé muy bien colocar ladrillos.
- —Bueno, no estoy hablando sólo de dinero.
- —¿Me está haciendo proposiciones, señora?
- —Le estoy ofreciendo trabajo. Tiene usted aplomo y sangre fría. Estaba pensando en un puesto de jefe de seguridad.

Me eché a reír a carcajadas. Rocky entreabrió un ojo, sobresaltado.

- —Disculpe, señora. Pero eso sí ha tenido gracia.
- —¿Por qué? Nada mejor para detener forajidos que contratar forajidos y nada mejor para hundir barcos piratas que poner otro pirata al mando. Lo aprendí en una película.

Era un buen argumento y además era cierto. En un buen porcentaje, el

negocio de la seguridad privada se nutre de antiguos delincuentes reciclados. Yo mismo conocía a unos cuantos. Suspiré. Por unos instantes me tentó el amparo de un refugio, una oficina, un teléfono, empleados a mi cargo, un contrato, una nómina. Respetabilidad, un traje, una corbata: lo que siempre había soñado mi madre. Pronto no tendría edad para ganarme la vida pateando cabezas.

La viuda Sampere podía ser muchas cosas, pero no tonta. Aprovechó que yo había bajado la guardia para lanzar un gancho.

- —¿Hablará con su tía entonces?
- —A no ser que monte una sesión de espiritismo, lo veo muy difícil.
- —¿Qué dice?
- —Lo que oye.
- —¿Su tía ha muerto? —a la señora Sampere se le escapó un suspiro de alivio—. Lo lamento de veras, pero tal vez esa muerte nos beneficie a todos.
  - —¿Usted cree?
- —Sé que usted y su madre no nadan en la abundancia precisamente. La venta de esa finca podría solucionar todos sus problemas.
- —No lo había pensado —dije, siguiendo un rastro de ceniza en el puño de mi camisa—. Tendré que darle las gracias al hijoputa que la mató.

La señora Sampere se me quedó mirando fijamente y después pestañeó una, dos veces. Parecía que la pintura se le había quedado pegada a los párpados. Tenía maquillaje de sobra, la iluminación adecuada y tal vez un buen guión, pero si la viuda Sampere era actriz, entonces aquella noche merecía el Oscar.

—No ha sido muerte natural, señora. Algún desgraciado le pegó fuego a la casa.

Volvió a pestañear y luego buscó la pitillera entre los papeles. Extrajo un cigarrillo, jugó con él entre los dedos, no lo encendió.

- —¿Usted no pensará…?
- —Yo no pienso nada, señora. Me echaron del colegio antes de que me enseñaran a pensar. Pero a clase de matemáticas sí que llegué.
- —¿Está loco? —se echó hacia adelante en el asiento—. ¿Me está acusando de asesinato?

—Tampoco fui a clase ese día, pero sé sumar dos y dos.

La señora Sampere frunció el ceño, arrugó la cara y envejeció de golpe veinte años. Todo su posible atractivo se había resquebrajado bajo la capa de maquillaje, dejando al descubierto únicamente a la terca usurera de pelo teñido dedicada a las excavadoras y a la compra y venta de inmuebles: un avatar de mi tía con unos cuantos años menos y unos cuantos millones más, pero fundamentalmente idénticas en los aspectos básicos. Ferocidad, avaricia, usura.

—Es usted un imbécil —dijo cogiendo otra vez la pluma de oro—. Vamos, lárguese. Tengo mucho trabajo.

No pensaba obedecerla pero se volvió hacia un lado para coger unos papeles, en un movimiento extraño. Pensé que se trataba de un asiento giratorio, pero entonces vi los manillares metálicos a su espalda.

—¿No me ha oído? ¿O es que es usted sordo?

La sorpresa me había paralizado, dejándome tan frío como el cenicero. La mujer pulsó un mando en uno de los reposabrazos y la silla giró hacia la izquierda. Una silla grande, negra, pesada, llena de cables y aparatos.

- —Es paralítica —dije en un alarde deductivo.
- —Y usted imbécil —repitió ella.
- —Puede. Pero debería tener más cuidado a la hora de pedir referencias a sus empleados. Romero, aparte de delincuente y traficante de drogas, también es pirómano.
  - —No conozco a ningún Romero.
  - —Eso dígaselo a la policía.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Rocky maulló mientras la viuda Sampere, maniobrando con la silla de ruedas, empezaba a insultarme y a despotricar sobre abogados. Bajaba ya las escaleras cuando el portazo sonó a mis espaldas. El taxi no me esperaba, así que empecé a pasear mientras acomodaba a Rocky bajo mi brazo.

Me tentó la idea de acercarme a Ópera, entrar al Oso Panda y pedirle a Sebas uno de sus zumos de frutas y un plato de leche para el gato. Pero seguí

adelante, dejé atrás la tarta de bodas del Palacio Real y crucé el viaducto de Segovia con sus invulnerables paneles de cristal blindado. Pegado a uno de ellos, como moscas recorriendo una ventana, un par de turistas miraban el atardecer tóxico de Madrid, un suntuoso fresco de cielos sonrosados y nubes ardientes. Gracias a un concejal previsor con algún primo cristalero, Madrid había perdido su gran balcón al más allá. Los suicidas madrugadores ya no podrían disfrutar del panorama antes de aterrizar contra el cemento o contra el capó de un coche. Antes bastaba asomarse al pretil del puente para sentir el silbido del abismo, la canción de los ángeles, el mismo vértigo irresistible que empuja a los niños cuando se tumban boca arriba en el césped.

A lo largo y lo ancho del cielo fulguraban las brasas de uno de esos crepúsculos inverosímiles que caen de vez en cuando sobre Madrid para hacer propaganda del paraíso. El viento de la sierra aventaba las pavesas de las nubes y esclarecía el aire. Pero al otro lado del puente la multitud fue espesándose: parejas abrazadas, grupos de chavales, familias con críos cogidos de la mano. Un ruido de fondo empezó a calar en mis oídos. A Rocky, que había estado tan tranquilo hasta entonces, se le erizó la piel y empezó a revolverse. Bufó, maulló, me pegó un arañazo y acabé por dejarlo marchar. Saltó de mis brazos con elástico rencor y una niña soltó el globo que llevaba en la mano para intentar atraparlo, pero apenas pudo hacer otra cosa que ver cómo se escurría entre un mar de piernas y zapatos. El globo blanco, hinchado con helio, ascendió rápidamente hacia los cielos.

Enfrente de San Francisco el Grande se levantaban las primeras casetas de la feria. La música de los tiovivos, las canciones horteras y el parloteo de los altavoces se fundían en un único estruendo, jaleando a los coches de choque que se perseguían unos a otros como gallos de pelea en una jaula eléctrica. Un chico rubio se empeñaba en impresionar a su novia, disparando a las dianas móviles con una desafinada escopeta de perdigones. Detrás de una mampara de cristal, el algodón dulce iba brotando en filamentos blancos y rosas, devanando el ectoplasma de mi tía en una peluquería de más allá. Si había nombrado herederos a sus putos gatos, yo debería encontrar a Rocky cuanto antes, adoptarlo y declararme su albacea con piojos y todo. Un tipo flaco, de mejillas chupadas, iba cantando los números de la subasta detrás de

unas estanterías tan repletas de muñecas, jamones y peluches de trapo que parecían nichos en un cementerio de regalos. Apenas entendía lo que decía: la voz, vulgar y cazallera, brotaba del micrófono como si saliera desde la trompa de un elefante. Era la misma voz, el mismo tipo, la misma subasta de todas las verbenas, el mismo número que no tocaba nunca.

Al triciclo rojo y a la muñeca con miriñaque y trenzas los conocía yo desde los tiempos en que iba con pantalón corto. Los saludé con el respeto que se debe a los mayores. Habían recorrido España de feria en feria, trabajando todas las noches ante públicos distintos, y habían sobrevivido a todas las innovaciones del sector —el auge de las pilas, los juguetes electrónicos y las consolas de videojuegos— sin que jamás, ni una sola vez, saliera su número en el oráculo de la cazalla. Hasta los jamones parecían invulnerables, resguardados del azar por la misma alquimia secreta que los preservaba de la corrupción y la muerte.

Un verano apareció una feria en el descampado de San Blas: las carpas y las atracciones brotaron de la noche a la mañana, junto a los camiones y los operarios que se afanaban en plantar los palos y desembalar las lonas. Me asomé a la ventana y la noria floreció ante mis ojos: una rueda resplandeciente que, allá a lo lejos, rompía el horizonte familiar de árboles y tejados. Cuando nos reunimos abajo, en la calle, el Chapas, Vázquez, Pedrín y yo corrimos para comprobar que no se trataba de una quimera. Nos detuvimos delante de un hombre que estaba engrasando el mecanismo del tiovivo y el Chapas le preguntó cuánto tiempo pensaban quedarse.

—El fin de semana —dijo y, como vio que nos quedábamos remoloneando por allí, añadió—. Venga, chavales, dejadme vivir.

Los caballitos galopaban inmóviles, esculpidos en círculo, y sus ojos pintados miraban con avaricia los hierbajos que crecían aquí y allá, entre las ruinas y cascotes del descampado. El coche de bomberos, rojo y reluciente, parecía impaciente por arrancar. Vázquez parpadeó con su ojo chungo, se alzó de puntillas y pasó las manos a lo largo de la carrocería de plástico. No pudo evitar tirar del cordón y el sonido de la campana se alzó, alegre y solitario, entre la rígida somnolencia de las otras monturas. El hombre dejó la aceitera sobre las planchas metálicas y amagó una carrera:

—Me cago en diez... ¿Os queréis ir a tomar por culo?

Nos pasamos toda la mañana haraganeando entre las casetas, viendo los postes clavarse en la tierra y los clavos hundiéndose a martillazos, con esa muda fascinación ante el trabajo ajeno que sólo sienten los ancianos y los niños. Lo que más nos intrigó fue un carromato pintado de verde oscuro y decorado con unos carteles donde podía leerse:

## BRUMA, LA NIÑA-ARAÑA

BRUMA, EL MAYOR MISTERIO DE NUESTRA ÉPOCA VÉALA, SÓLO CIEN PESETAS

BRUMA, LA NIÑA QUE CRECIÓ SOLA, EN LAS SELVAS DEL BRASIL,
ALIMENTÁNDOSE DE CARNE HUMANA
SÓLO ADULTOS Y NIÑOS ACOMPAÑADOS
PERSONAS SENSIBLES ABSTENERSE

Uno de los carteles mostraba la cabeza de una muchacha que no tenía brazos ni piernas ni tronco, sino únicamente un repugnante cuerpo de araña del que brotaban ocho largos filamentos peludos y viscosos. El efecto era verdaderamente terrorífico pero me llamó la atención la expresión de la cara: no parecía malvada o hambrienta, sino sólo triste, resignada. No era más que una niña de pelo rubio y ojos claros que cargaba a cuestas con un monstruo de ocho patas. Un tipo gordo con un cubo en la mano abrió la puerta del carromato y nos preguntó qué estábamos haciendo.

—Acabo de darle de comer y no creo que os gustara verlo.

Intentamos atisbar el interior pero él interpuso su corpachón, embutido en un mono azul desteñido, y nos enseñó el cubo del que rezumaba una sustancia espesa y negra. Acercando una boca que apestaba a tintorro, murmuró:

—Hace una semana, en Orense, a un niño curioso se le ocurrió entrar cuando yo no estaba y se quedó sin un brazo.

De vuelta a casa discutimos la posibilidad de que existieran arañas humanas en la selva amazónica: aquello era mucho mejor que la noria, el

tiovivo o los coches de choque. «Es una trola» sentenció Vázquez. «Y una mierda» respondió Pedrín. «¿Visteis el cubo? Era sangre, macho». En cualquier caso no queríamos perder la oportunidad de ver de cerca aquel prodigio. Lo malo es que teníamos que intentar convencer a algún adulto para que nos acompañara al carromato. Se lo pedí a mi padre durante el almuerzo. Masticaba despacio, enclaustrado en su silencio, y al final me preguntó cuánto costaba la broma.

—¿Veinte duros? No jodas y vete al patio a ver arañas.

Siguió jugando con las patatas fritas, arrinconándolas con el tenedor mientras se servía vino vaso tras vaso. Terminé de comer con la esperanza de que el Chapas, Vázquez o Pedrín tuvieran más suerte y después salí enfurruñado a la calle, al sol justiciero de las tres de la tarde. Apretaba en una mano los cinco duros que mi madre me dio en la cocina, aprovechando que mi padre no miraba. «Para los coches de choque» advirtió mientras cerraba el monedero. «Y ni se te ocurra acercarte a ese carromato».

Los cinco duros sudaban entre mis dedos como si fueran a derretirse por el calor, como si no fuesen monedas de verdad sino simulacros de chocolate. El barrio entero se tostaba a la parrilla; la luz veraniega cortaba bancos y muros a cuchillo, los afilaba, les sacaba punta y no dejaba ni la peladura de las sombras en el suelo. Una chicharra había instalado su taller en algún agujero y su serrucho —ubicuo, inaccesible— vibraba a todo lo largo de la calle. Caminaba furioso, dando patadas a las piedras, estrujando los puños dentro de los bolsillos, cuando una voz chistó mi nombre. Me volví hacia las ventanas selladas por la siesta, pero no vi a nadie. El chistido se repitió y vi a Gema sentada en su silla de ruedas, bajo el ramaje amarillento de un árbol. Estaba enmascarada en una penumbra centelleante, toda ella hecha de puñados de luz, desde el pelo rubio hasta las hebillas de los zapatos. En el patio del portal, entre los dos plátanos exhaustos, su figura solitaria brillaba como un emblema heráldico. Tenía la falda arremangada, para que los rayos de sol acariciasen sus muslos escuálidos en un vano intento de que el calor resucitara músculos y nervios. No pude evitar fijarme en las cicatrices que surcaban sus piernas delgadas y nervudas como las garras de un pájaro.

—Quería pedirte perdón por lo del otro día. Mi padre es un poco bestia.

Sólo había oído su voz cayendo desde arriba, cuando tarareaba aquellas canciones infantiles en la terraza de su casa. Ahora sonaba más madura, más adulta, como si tampoco ella encajara con el resto de su cuerpo.

- —¿Qué día?
- —En la piscina, la semana pasada. Deja de mirarme las piernas.
- —Perdona —dije avergonzado.

Me encontré con sus ojos, dulces, verdes, translúcidos. Siempre que veía a Gema, me sorprendía intentando armar un rompecabezas: los brazos y el tórax, desarrollados por la natación, no se correspondían con el estrago de las piernas, ni tampoco con el pelo rubio ni la cara de niña.

- —Estoy enferma, sí, pero pronto estaré bien. Mi padre me ha explicado que, si nado mucho, mucho, todos los días, mis piernas se pondrán fuertes y dentro de unos años caminaré yo sola.
  - —Nadas muy bien —admití.
- —Le conté a mi padre que tú no me habías puesto el mote. Aunque a mí me parece un nombre muy bonito. ¿A quién se le ocurrió?
  - —Al Chapas.
- —¿El Chapas es ese niño que lleva un aparato en los dientes? —afirmé con la cabeza—. ¿Cómo se llama?
  - -Richi

Mencionó los nombres de mis amigos y de varios chavales del barrio. Me sorprendió que conociera tantos detalles mirando sólo desde su atalaya.

—Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—. Es mucho mejor que la tele. Cuando me canso de leer, me gusta asomarme por la terraza.

Le gustaba oír retales de conversaciones, frases sueltas que recortaba y pegaba a sus observaciones para ir formando una historieta. Así, con dos o tres comentarios maliciosos de las vecinas y aprovechando que de vez en cuando le llevaba la compra a casa, había inventado un romance entre Eladio, el tendero, y una señora del segundo.

- —¿Y te has fijado en la viuda del quinto? ¿Ésa que siempre viste de negro y que vive con su madre?
- —Sí. Su madre no se levanta de la cama desde hace años. Dicen que está muy enferma.

- —¿Pero tú la has visto alguna vez?
- -No.
- —Ni tú ni nadie. Yo creo que su madre no existe. Es una excusa que ella se ha inventado para no salir de casa. Me he fijado en que sólo va a trabajar dos días a la semana, a horas fijas. Y después vuelve enseguida y se encierra otra vez en casa —Gema bajó la voz hasta el cuchicheo—. Estoy segura de que es una espía.

La verdad es que la viuda del quinto ya nos parecía sospechosa a nosotros desde hace tiempo. Ni siquiera estábamos seguros de que fuese viuda: simplemente vestía siempre de negro, era alta y jamás sonreía. Vivía con las persianas echadas, hacía la compra los lunes y los viernes, no hablaba más que para dar los buenos días y nadie conocía su nombre. Algunas señoras hablaban mal de ella porque vestía muy ceñido y calzaba siempre zapatos de tacón de aguja, pero nadie le había conocido un novio, ni la habían visto jamás del brazo de un hombre, ni subir con alguien a su piso.

La mujer tenía un perro grande y negro que sacaba a pasear raras veces, y que en ocasiones se quedaba horas enteras ladrando y aullando bajo las persianas echadas. A veces, cuando sabíamos que su dueña había salido, subíamos hasta el descansillo del quinto sólo para sacarlo de quicio. Apenas nos oía llegar, se ponía a ladrar, enloquecido, golpeaba y arañaba la puerta con el ansia de sus colmillos sin estrenar. Otras veces se quedaba en silencio, completamente inmóvil a pesar de nuestras provocaciones, y de la puerta cerrada sólo emanaba un cálido y nauseabundo olor canino. Los ladridos y la peste a perro fueron motivo de discusiones entre los vecinos y llegó a votarse su expulsión del inmueble, pero dio lo mismo porque ella nunca acudía a las reuniones de la comunidad. Todo el mundo pensaba que el chucho hacía sus necesidades en la terraza. Le conté a Gema que la teoría del Chapas es que ella estaba liada con el perro. «Fijaos como ladra ahora, es que va a transformarse en hombre» decía el Chapas mientras lo oía acometer contra la puerta. «Os aseguro que está casada con ese puto perro».

- —Es una espía —insistió Gema—. El perro lo necesita para enviar los mensajes.
  - —¿Sabes que una vez se nos ocurrió seguirla?

Gema se apoyó en sus fuertes brazos y logró erguirse un poco en la silla de ruedas. Le conté cómo habíamos esperado durante horas a que saliera de casa y cómo le dimos unos minutos de ventaja. Después nos metimos las manos en los bolsillos y cruzamos el pasadizo fingiendo que charlábamos de nuestras cosas. Ella caminaba muy erguida, con un moño en lo alto de la cabeza, pisando fuerte sobre la acera, cosiendo el asfalto a taconazos. Estaba a punto de cruzar una calle cuando, de repente, sin nada que lo hiciera prever, giró la cabeza y nos descubrió detrás.

- —¿Y qué hicisteis? —preguntó Gema.
- —Nos quedamos parados como idiotas.
- —Justo lo que no había que hacer —se lamentó—. Tenías que haber seguido andando. Pero hay que reconocer que es una buena espía.

El sol de agosto se filtraba entre las hojas exhaustas, duchando las piernas de Gema en una lluvia de escamas. Intentaba desviar la vista, pero mis ojos permanecían atrapados en la blancura de la piel, en el terso dibujo de sus rodillas inútiles. Al lado de una de las ruedas de goma, se abría el hoyo abandonado de un guá donde solíamos jugar a las bolas. Un poco más allá, se vislumbraba aún el redondel de arena de la peonza, y una chapa, aparcada en el correaje de cemento que bordeaba la acera, se aburría esperando unos dedos. Gema se había sentado a descansar justo en el centro de nuestro campo de juegos, el mismo territorio donde, según el cambio de las estaciones, se sucedían los círculos, los corros, las carreras. El pañuelo, el bote, el rescate. Con las primeras lluvias de otoño, cuando la tierra seca se empapara, Andresito el Moco cogería prestada una de las herramientas del taller de su padre y entonces alguien tendría que vigilar para que los mayores no nos sorprendieran lanzando la lima. Por la tarde las niñas saltarían a la comba o irían cifrando en sus pies el acertijo en paralelo de la goma. Pero Gema no podía correr ni danzar ni saltar: sólo estar allí sentada, mirándolo todo.

—¿Fuisteis a ver la feria?

Asentí con la cabeza. Le conté que había montones de casetas y un tiovivo y una noria y unos coches de choque. No pude detenerme y seguí hablando como un caballo desbocado de aquel extraño carromato y de su

inquilina, la niña con patas de araña. Vi cómo en sus ojos se encendían dos chispas verdes.

- —Tienes que ir a verla, Roberto. Ve a verla y luego me lo cuentas.
- —¿Por qué no vienes con nosotros?
- —No puedo. Mi padre no me dejaría.
- —Tu padre —balbuceé, agachado a su lado, con los cinco duros quemándome los dedos—. Tu padre podría llevarte. Hace falta un adulto para entrar al carromato.

Gema negó con la cabeza, sin dejar de sonreír, y entonces lamenté haberle hablado del carromato. A su manera, ella también era un monstruo, uno de esos engendros mitológicos que ilustraban en los libros del colegio las historias de griegos y romanos: un puzle hecho con cabeza de mujer, torso de león y garras de águila. Pero, al contrario que Bruma, con su cabeza encasquetada en un cuerpo de araña, Gema era hermosa y parecía más hermosa aún bajo el chorro rubio de luz, sentada en su silla de ruedas como una princesa de cuento en un trono metálico. Una sirena, como la había bautizado el Chapas.

Al atardecer, cuando el calor ya se había apaciguado, Pedrín y yo fuimos a buscar a Vázquez y al Chapas. Al cruzar el pasadizo, alcé la cabeza y la vi aferrada a los barrotes de su jaula. Su rostro estaba a la sombra pero un lingote de sol inflamaba toda la fila de macetas. Me fijé en sus labios que se movían despacio, como si cantara algo para sí misma. A Vázquez lo castigaron sin salir. Cuando regresábamos los tres, camino de la feria, miré otra vez de reojo a la terraza y vi cómo Gema me saludaba con la mano, un gesto casi imperceptible, una seña secreta en una película de espías. No respondí al saludo pero el recuerdo de su mano abriéndose y cerrándose me persiguió a lo largo de toda la noche, atormentándome con la despedida que le había negado. Monté en los coches de choque, con Pedrín a mi lado, introduje la ficha en la ranura cuando sonó la bocina y arranqué con furia suicida entre una desquiciada danza de escarabajos. No quería esquivarlos: quería embestirlos, aplastarlos, empotrarme de frente contra ellos, sacarlos a topetazos fuera de la pista. Apreté el acelerador a tope y casi hice volcar a una pareja de chicas que reían juntas en un coche cromado: el golpe zarandeó

el vehículo de arriba abajo y lo dejó clavado en una de las bandas, un blanco fácil para otros conductores. Giré el volante como un loco, buscando nuevas presas, mientras Pedrín chillaba frenético, casi puesto de pie en el asiento bajo la tempestad eléctrica de los ganchos. Al cabo de cuatro o cinco acometidas nuestro coche gris se había adueñado de la pista: un toro solitario y homicida girando en círculos entre atemorizadas reses de chatarra coloreada. Cuando la bocina sonó de nuevo, el encargado salió de la cabina, avanzó a grandes zancadas entre el embrollo de coches bloqueados y nos sacó a pescozones de nuestra montura.

- —Pero todavía nos quedan tres fichas —protestó Pedrín.
- —¡Que os larguéis, hostias!

Aferrado a un cucurucho de palomitas, el Chapas se descojonaba de risa y de sus carcajadas de metal volaban perdigones blancos. De repente dejó de comer y señaló a una pareja que caminaba de la mano. El tipo tendría unos veinte años y la chica bastantes menos, pero se balanceaba sobre los tacones como si hubiera nacido con ellos puestos. No nos hacía falta que se diera la vuelta: conocíamos de memoria aquella melena larga y negra, y aquel culo ceñido por un vaquero a punto de reventar.

- —Eso sí que es una atracción —dijo el Chapas con la boca llena.
- —Qué buena está, macho —corroboró Pedrín.

Lola se alejó mientras la mano de su acompañante empezaba a abandonar la cintura y se adentraba en el planisferio de sus vaqueros. Junto a ellos, un gigantesco girasol de naves espaciales empezaba a remontar el vuelo. Más allá, un monstruoso pulpo hecho de luces seguía agitando sus patas. Empaquetados en el extremo de los tentáculos, los críos reían de puro gozo al entregarse a una simple delicia mecánica. Pedrín propuso que ya estaba bien de dar vueltas, que teníamos que ir a ver a la niña-araña. Juntamos todas las monedas pero ni siquiera nos alcanzaba para una sola entrada. Además tampoco podríamos pasar si no íbamos acompañados de un adulto. Propuse que nos coláramos pero el Chapas dijo que no valía la pena.

—Para qué queremos pagar veinte duros por ver un monstruo si en el barrio tenemos uno gratis.

Pedrín se echó a reír pero a mí el chiste no me hizo ni puta gracia. Como

vio que me resistía, el Chapas insistió.

- —¿Qué hace Gema en un jardín a las tres de la tarde?
- —No sé —dijo Pedrín, sacándose lágrimas de los ojos—. ¿Qué hace?
- —La fotosíntesis.

Cogí al Chapas de las solapas y lo estampé contra una de las casetas. Las palomitas volaron por el aire y el Chapas se echó a reír con aquella carcajada nerviosa que le había visto por primera vez en los servicios del cole, cuando intentaban limpiar los retretes con su cara.

- —Chapas, te lo voy a decir sólo una vez. Si vuelves a hacer un chiste sobre Gema, te comes los dientes.
  - —Pero Rober...
  - —Con chapa y todo.

Pedrín se colgó de mi brazo y preguntó qué pasaba. No entendía por qué me había puesto así, si siempre habíamos hecho chistes sobre Gema. El Chapas manoteó, sin dejar de reír, hasta que logró zafarse de mi abrazo. Recogió el cartucho de palomitas del suelo, me pidió las fichas de los coches de choque y dijo que iba a descambiarlas para subir al pulpo gigante. De repente todo, toda la feria, toda aquella parafernalia de gritos y luces me pareció una imbecilidad, un despropósito. A mi alrededor sólo veía un montón de peña desafiando la ley de la gravedad, montando en cacharros ridículos y alardeando de una alegría postiza. Mis amigos se pusieron a la cola para el siguiente viaje; cuando les tocó el turno, bajaron la barra de seguridad y se agarraron al volante de rotación que hacía girar la cabina sobre sí misma. Más de un niño, en pleno éxtasis planetario, había arrojado sobre las cabezas de los visitantes hasta la hostia de la primera comunión y la primera papilla. Pedrín golpeó el forro desfondado del asiento.

- —Sube, Rober, que hay sitio.
- —Paso.

Un encargado que iba comprobando las barras de seguridad saltó cuando la atracción ya se ponía en marcha, elevando su carga de chavales hacia las amoratadas nubes de la tarde. Mis dos amigos fueron alejándose despacio, subidos a aquella especie de cafetera giratoria al extremo de un brazo incrustado de luces brillantes. En el catecismo y en los sermones de la iglesia

nos prometían que un día iríamos al cielo en cuerpo y alma, pero no decían nada de ollas espaciales ni tampoco dónde había que comprar el ticket.

Caminé entre la multitud, esquivando las casetas, sin poder arrancarme de la cabeza aquella frase que me había dicho mi madre, cuando le conté que Gema esperaba curarse algún día. «Eso no se cura, hijo». «Pero su padre dice que si nada lo suficiente, sus piernas...». «Su padre sólo intenta consolarla» cortó mi madre. «Sus piernas están muertas».

«Nunca conocí a mis padres...». La voz se alzó un instante por encima del estruendo de las risas y la música, y se apagó ahogada en el chillido de una bocina. Un montón de gente esperaba frente al carromato de Bruma: parejas de novios, padres con sus hijos, jóvenes fumando. Vi a Lola y a su novio de turno besuqueándose en el primer remolino de la cola. El tipo gordo se había peinado, había cambiado el mono por una levita mugrienta y el cubo lleno de sangre por un megáfono con el que repetía una y otra vez las mismas advertencias con las que atraía al público hacia su telaraña. Quince minutos por sesión. Podían preguntarle a Bruma lo que quisieran pero, por favor, nada de fotos. Nada de acercarse a los barrotes. No fumen dentro, por favor. Los niños tendrían que ir acompañados de sus padres. La dirección no se haría responsable si no seguían estos consejos elementales para su seguridad...

Como si el megáfono y los carteles espeluznantes no bastaran, en un altavoz situado junto a la entrada podía oírse —entrecortado por gritos de miedo y risas nerviosas— el coloquio que se desarrollaba en el interior del carromato.

«¿Llevas mucho tiempo aquí?».

«Desde que recuerdo. Me recogieron muy chiquitina en una selva del Brasil».

«¿Comías carne humana?».

«Sí».

«¿Por qué?».

«Eran más fáciles de cazar».

En aquella caverna metálica, la voz sonaba lenta, resignada, teñida de un ligero acento sudamericano, pero no había nada monstruoso en ella. Un viejo que pasaba a mi lado, llevando a su nieto de la mano, murmuró: «Menuda

patraña».

```
«¿Qué comes ahora?».
```

«Lo que me dan: conejos, corderos, pájaros».

«¿Vivos?».

«Me gusta la carne fresca, señor».

En el altavoz se espesó un intenso escalofrío seguido de un silencio donde podía rastrearse el pánico. Alguien lo rasgó para preguntarle si estaba allí por propia voluntad pero la voz no respondió. Junto al cartel donde Bruma tejía una telaraña entre helechos, había un cocodrilo disecado, la piel empedrada de parches y costurones, y los ojos atrapados en el vidrioso fulgor de dos canicas. Era un bicho enorme y polvoriento, con el lomo hecho como de docenas de monederos de los que usaba mi tía. Un par de críos jugaban a intentar levantarle las fauces, pero apenas lograban alzarlas un palmo cuando volvían a cerrarse de golpe con el terrible chasquido de un cepo. El más pequeño se reía, metiendo la mano entre las dos filas de dientes y apartándola hábilmente antes de que cayera la caduca dentellada de todo aquel peso muerto. Si fallaba, el muy idiota podría buscar trabajo en la feria. El gordo del megáfono los vio y los ahuyentó a collejas.

—Venga, venga. A tomar por culo de aquí.

Di la vuelta al carromato para comprobar si había algún hueco desde donde se pudiera atisbar el interior. Nada: sólo un par de ventanas altas, cerradas a cal y canto, clavos y tablas pintadas. El Chapas apareció detrás de un enorme helado de fresa que se prolongaba hasta las comisuras de sus labios en un vistoso bigote rosa.

—¿Quieres? —preguntó, ofreciéndome el cucurucho.

Negué con la cabeza. Se alzó de puntillas, intentando espiar entre las maderas.

- —No se ve una mierda, macho.
- —Ya lo sé.
- —Les podíamos decir a Lola y a su maromo que nos colaran.
- —Sí, claro. Y también que nos presten las trescientas calas. ¿Y Pedrín?
- —Se quedó dando otra vuelta en el pulpo —desistió al fin, apartándose del carromato y dio otro lametón al helado—. Bueno, para lo que hay que

ver...

Solemne, el gordo se abrochó la levita y abrió la puerta del carromato. Una fila de gente fue brotando del interior, aglomerándose ante los tres peldaños de la entrada. Intentamos atisbar entre los borbotones de cuerpos y cabezas, pero no vimos más que unas cortinas rojas colgando en la penumbra. Los que iban a entrar preguntaban a los que salían si merecía la pena y las respuestas iban del pasmo a la ira, parando en todas las estaciones intermedias. Un anciano con bigote que le daba el brazo a una señora intentaba dar una explicación científica al prodigio. Hacía aspavientos con los brazos y pegaba grandes voces, para que todo el mundo supiera que había descubierto el truco.

- —Nada, nada. Elemental. Es un juego de espejos.
- El Chapas sonrió, la tentación era demasiado fuerte para él. Lo vi venir: antes de que abriera la boca ya supe que iba a decirlo.
- —Señor, si quiere, puede venir a mi barrio. Por sólo cinco duros, le enseño un auténtico monstruo.
  - —¿Pero qué dices? —preguntó la mujer.
  - —Una sirena. En mi barrio vive una sirena.

No tenía la culpa, no podía evitarlo. Ni yo tampoco. No podía dejar pasar la ocasión de soltar un chiste, igual que yo no pude sujetar mis manos. Lo tiré al suelo, le machaqué el rostro hasta que me dolieron los nudillos y su sangre se mezcló con el helado de fresa. Cuando nos separaron, el Chapas se quedó un rato encogido en el suelo, más sorprendido que asustado. Se revolvió en el suelo y escupió varios trozos de barquillo que se había tragado junto con el primer puñetazo. El aparato de ortodoncia le bailaba en la boca, entre cortes que rezumaban una espuma roja. Alguien gritó que yo era un animal, que llamaran a la policía. El Chapas se incorporó y trasteó con la mano hasta que sacó un diente, un diente ensangrentado que enseñó a todo el mundo como si fuese una piedra preciosa. Dijo algo que no llegué a entender, probablemente un chiste que salió a tropezones entre los desperfectos de su boca rota, y luego empezó a reírse a carcajadas.

Ahora, cada vez que me cepillo los dientes, cada vez que me paso el hilo dental por las encías, vuelve a mi cabeza la dentadura destrozada de Richi: no

el rostro tumefacto de alguno de mis adversarios, la ceja abierta de un boxeador argelino del que no recuerdo el nombre o los ojos hinchados de Paviani, sino los labios ensangrentados de mi amigo escupiendo sangre a risotadas. Aquella risa invulnerable no sólo certificaba que la fuerza bruta no valía de nada, sino que me emparentaba con la estirpe de los matones de retrete, aquella larga, interminable lista de déspotas colegiales que abusaban de los débiles y pisoteaban juguetes. Yo era el monstruo, no Gema, la sirena de barrio, ni Bruma, la niña con patas de araña que comía carne humana en la selva, sino yo, el pequeño salvaje que resolvía todo a base de hostias.

Por la noche, cuando llegué a casa y entré en el baño, descubrí que la sangre que se iba por el lavabo no sólo era de Richi: me había rajado los dedos con los ganchos del aparato de ortodoncia. Únicamente cuando vi las heridas, aquel latido sordo que se agazapaba en mis manos empezó a transformase en dolor. Habíamos mezclado nuestras sangres, igual que cuando nos cortamos la yema del pulgar con la cuchilla del sacapuntas para hacer un juramento indio.

Oí otra vez la carcajada de Richi mezclada a las risas de los críos que paseaban entre las casetas de la feria. Cerca de la Puerta de Toledo ya sólo quedaban los deshechos de la alegría: papeles, envoltorios, helados derretidos, palomitas esparcidas por el suelo. Rocky se había perdido para siempre, como aquel globo blanco de una niña camino de los cielos.

## **CINCO**

Le pedí a mi madre que me planchara una camisa. Me preguntó por qué, si siempre iba hecho un desastre y le dije que había quedado a comer con unos amigos. Cuando me entregó la camisa con todas las arrugas domesticadas, mi madre se sentó a ver cómo me abotonaba delante del espejo del salón. Vi su cara de guasa mientras me pasaba un peine por las greñas.

- —¿Tus amigos son sastres?
- —No, pero puede que uno de ellos me consiga un trabajo.
- —¿De figurín en El Corte Inglés?

Terminé de peinarme, me puse la chaqueta y le di un beso en la mejilla. Tenía motivos para cachondearse: no me había visto acicalarme tanto desde los tiempos de la primera comunión.

El cielo transpiraba un color azul, el dulce perfume de la tarde del viernes. Hace mucho que no obedezco horarios, pero ese gajo del reloj lo llevo siempre anclado en la memoria: el instante en que se cierran los libros, se abrochan las carteras y la chiquillada sale a borbotones del colegio. Ahora apenas hay críos jugando en la calle pero el borrón de las nubes y la silueta fugaz de los pájaros sobrevolando el crucigrama de tejados garantizan que el tiempo sigue haciendo sus deberes. Los mismos árboles, las mismas nubes, los mismos pájaros. No necesitaba el oído machacado en un *ring* de México para escuchar la banda sonora de la tarde del viernes, el chillido hambriento de las golondrinas, el escándalo de los gorriones en sus nidos, en medio de los saldos del verano.

Entré en el chino donde Tania solía aprovisionarse de golosinas para comprar una botella de vino. No sé mucho de vinos, así que elegí el más caro

de todos. Sin dejar de atender una película de kung-fu apretujada en una pequeña televisión portátil, la niña gordita cogió la botella y marcó el precio en la caja registradora. Ella tampoco tenía horarios ni vacaciones ni días libres.

- —¿No vas al colegio? —le pregunté cuando me devolvía el cambio.
- —¿Еh?
- —Si no vas al colegio.
- —Sí. Colegio por la mañana, señor.

Salí a la calle con una quemazón de ira rondándome el pecho. Me pregunté dónde andarían los putos inspectores de trabajo. Aunque, pensándolo bien, mejor que los inspectores de trabajo no se pasaran por allí porque lo mismo devolvían a la niña a China junto con toda su familia. El mundo era un acertijo incomprensible igual que esas pintadas que adornaban los muros del pasadizo, plagadas de letras obesas y recubiertas de brillantes colores.

La L me recordó una de las piernas de mi tía, enfundada en unas medias de esas que en realidad eran redes de llevar naranjas y con varices como orugas. Mi madre había encajado la noticia con un estoicismo que yo no esperaba, una mezcla casi física de alivio y tristeza, como uno de esos jornaleros a los que les anticipan la jubilación y de repente no saben qué hacer con sus manos. Se sentó en su sillón y buscó mecánicamente las agujas de hacer punto, pero se quedó con ellas inmóviles bajo los brazos. Eran muchos años cuidando a mi tía y desprenderse de aquel fardo, por engorroso que fuese, suponía más un trauma que una liberación. Cuando le conté que había muerto en un incendio, que el humo probablemente la había asfixiado mientras dormía, mi madre comentó que no podía comprenderlo, por mucho que mi tía tuviera tantos enemigos en el barrio y se hubiera ganado a pulso el odio de cada uno de ellos. Lo dijo con un tono de rara calma, como si, al mismo tiempo, hablara en nombre de todos los ofendidos mientras tejía un fantasmagórico jersey moviendo las agujas en el vacío. Al rato se detuvo y se quedó mirando la labor, los ojos en blanco, como midiendo el ancho de una mortaja.

<sup>—</sup>Ya estamos solos, hijo.

- —Siempre estuvimos solos, mamá.
- —Quiero decir la sangre, la familia. Ya no quedamos más que tú y yo.

Me mordí los labios. Preferí no señalar que la sangre no tenía nada que ver, que para el caso daba lo mismo que a mi tía la hubiesen recogido en un basurero. Mi madre, como siempre, jugaba al billar a tres bandas. Con su última carambola, mencionaba de refilón a la familia que yo no había querido fundar, al nieto que no había querido darle. Pero eso tampoco era exclusivamente culpa mía: desde los quince años le había ido presentando a todas mis novias y ninguna había superado el examen. La que no era puta, era tonta, y la que no era tonta, era bruja. De manera que muy pronto decidí que, ya que tenían que cargar conmigo un trecho, al menos les ahorraría a las chicas un mal trago.

El portal estaba abierto. Desdeñé el ascensor y subí a pie las escaleras. Llamé al timbre de la casa de Lola y esperé un buen rato con la exasperante sensación de que quizá había olvidado nuestra cita y de que todos los vecinos del rellano me observaban por la mirilla. Al fin oí el sonido inequívoco de unos tacones, enderecé los hombros y me arreglé el cuello de la camisa. No sabía en qué categoría la habría colocado mi madre pero yo, desde luego, lo tenía muy claro. Sólo unos días atrás la había sorprendido sin maquillar, en la cocina, preparando el almuerzo y aun así casi me dejó sin respiración. Ahora, cuando me abrió la puerta, la metamorfosis me golpeó en plena cara y supe el tirón que siente una mosca atrapada en una telaraña.

Lola se había arreglado y maquillado, se había cepillado el pelo y resplandecía enfundada en un vestido azul muy ajustado que parecía hecho de electricidad pura. Dolía sólo mirarla. Sentí un calambre de deseo que llegó hasta las uñas de los pies, dio media vuelta y se alojó en las entrañas, a medio camino entre la erección y el gatillazo. No sé por qué pero, cuando me sonrió, invitándome a pasar, una frase del rosario que mi madre me obligaba a rezar con ella restalló en mi cabeza: «Terrible como un ejército dispuesto para la batalla». Mientras bisbiseaba la letanía y con el repiqueteo cansino de la lluvia tras los cristales, me distraía pensando que esa frase no era el piropo más adecuado para soltárselo a la Virgen María. Ahora, de pie en el umbral de su casa, lo entendí por primera vez. Las pinturas de guerra no sólo habían

restaurado su antigua belleza: la habían magnificado, envolviendo su hermosura natal en un aura sagrada.

- —Pasa, no te quedes ahí.
- —Perdona —dije, limpiándome los pies en el felpudo, como si arrastrara en los zapatos todo el agua de aquel recuerdo infantil.
  - —¿Está lloviendo?

Sólo en mi memoria, quise responder. Pero no pude, tenía la lengua pegada al paladar, igual que la primera vez que comulgué y se me quedó atascada la hostia. Lola me tomó de la mano y me hizo pasar.

- —¿Y Tania?
- —Con mi hermana. Ya te lo dije. Va a quedarse allí toda la noche.

Me besó en los labios, un roce apenas, y luego se despegó de mí. No estaba acostumbrado a perder el centro del cuadrilátero. Nunca me ha gustado bailar y Lola se deslizaba entre los muebles como una música. Se volvió y me miró de arriba abajo.

- —Estás muy guapo.
- —Pues anda que tú.

Solté la botella, la enlacé de la cintura y la besé en la boca como si buceara, como si rastreara el fondo en un lago de aguas tibias y oscuras. El miedo se había disuelto y la bola del estómago había descendido hasta su lugar natural en tales ocasiones. Lola debió de notarlo cuando la estreché contra mí, una mano en su nuca, otra en su cadera.

- —Quieto, león. Tenemos tiempo.
- —Te equivocas —jadeé—. No lo tenemos.

Alcé la falda y acaricié su culo, lo sentí palpitar bajo mis dedos: sólo los astronautas del Apolo habían soñado aterrizar alguna vez sobre dos lunas tan suaves, pálidas y frías. Mi mano derecha jugueteó con el cierre de su vestido y la espalda se fue revelando en amplias rebanadas de piel, estremeciéndose a medida que la cremallera descendía. La arrinconé contra la pared y ella se defendió mordiendo, clavándome las uñas en el cuello. Nuestras bocas se estaban empleando a fondo pero el resto de órganos y extremidades también habían iniciado conversaciones por su cuenta: lengua con lengua, diente con diente, vientre con vientre. Su pelo inundó mis ojos; uno de sus zapatos cayó

al suelo y su pie se enroscó en mi tobillo; mi pelvis se frotó contra la suya, buscando el hueco donde encajar, regresar al origen de donde nos habían separado los años, la distancia, el olvido, la deriva de los continentes. Su mano se interpuso para allanar el camino, luchando contra el cinturón y los pantalones, mientras la otra intentaba encontrar mi corazón abriéndose paso a arañazos. Di por bien empleados todos los entrenamientos y torturas con que me habían apaleado en el gimnasio, como si las interminables series de abdominales y los miles de pesas levantadas no fuesen más que ensayos para aquel torneo definitivo: el momento en que la agarré de las nalgas, la alcé en vilo y la empotré contra la pared como si todavía no se hubieran inventado el sofá, la cama o el suelo. La naturaleza no regala músculos en vano: comprendí que para eso, y no sólo para pegar hostias, me había dado Dios unos brazos.

Durante unos minutos el tiempo cesó de existir, se abrasó en una llamarada de felicidad total, animal y absoluta, donde no cabía nada más que la certeza de cumplir un sueño. Justo antes de despeñarme hacia el abismo del orgasmo, me vi a mí mismo al otro extremo de la habitación, con el pelo cortado a tazón y pantalones cortos, rodeado de amigos y compañeros de clase. Reconocí a Pedrín, al Chapas, a Vázquez, al Musgo, a Moñiguín, a Andresito el Moco: todos miraban donde señalaba mi brazo. Le di un codazo a Pedrín mientras decía: «Mira, macho, lo he conseguido, me estoy tirando a Lola, la tía más buena del barrio. Me la estoy tirando, yo solito, macho».

Cuando terminamos me quedé embelesado ante el blanco de la pared, las intricadas geografías del gotelé bailando ante mis ojos como espuma al cruzar un navío. El aliento de Lola en mi oído también tenía un ardor marino, un olor a brea, a algas muertas en la orilla. Tardé algún tiempo en comprender que formaba palabras, que estaba pidiendo que la bajase. No lo hice porque aún estaba saboreando los restos del amor, la dulce sensación de ir encogiéndome dentro de ella, recogiendo las gotas de sudor y las sobras de fatiga. Seguía con los ojos perdidos en el mar de la pared cuando ella me agarró la cabeza, me miró y se echó a reír.

- —¿Buscas a alguien? —me preguntó jadeando.
- —A los Reyes Magos —respondí entre resuello y resuello—. Les había pedido esto desde el primer día que te vi y quería darles las gracias.
- —Podías habérmelo pedido a mí y te habrías ahorrado una pasta en sellos.

La dejé en el suelo. Fue hasta el cuarto de baño bajándose el vestido, abandonando sobre la moqueta los casquillos vacíos de los zapatos. Mientras oía correr el agua, recapacité un instante en la locura que acababa de cometer: el primer polvo que echaba sin condón en décadas. El espectro del sida planeaba sobre mi generación desde que tuvimos edad de afeitarnos. Pero, al fin y al cabo, aquél era un combate en diferido, una pelea aplazada durante muchos años y debía celebrarse según las reglas de entonces. Cuando Lola dejó libre el lavabo intenté arreglar el asunto con agua y jabón. Luego me miré en el espejo: tenía el cuello y el pecho marcado a fuego, goterones de sudor y manchas cárdenas florecían en mis mejillas, pero, por lo demás, aparte de la nariz rota y las cicatrices de las peleas, era el rostro de un niño que acaba de encontrar los juguetes bajo la cama.

Volví a tiempo de ayudarla con los cubiertos y los platos. El aroma del asado anegaba ya toda la casa y pensé que si cocinaba así todos los días, lo de pasar por vicaría era para pensárselo. Lola cerró el horno y dijo que todavía faltaban diez minutos. Llené las copas y le ofrecí una.

- -Está muy bueno. ¿Qué es?
- —Ni puta idea. Lo he comprado en el chino del pasadizo —Lola dio la vuelta a la botella para estudiar la etiqueta—. Ahora que lo pienso, es la primera copa que me tomo en diez años.
  - —¿En serio?
  - —En serio. Todavía voy de vez en cuando a Alcohólicos Anónimos.
  - —Espero que no recaigas en el vicio por mi culpa.
  - —No creo, pero merecería la pena.

Lola sonrió. Removí la copa, aspiré el efluvio cálido del vino. Los antiguos, familiares demonios treparon hasta mi sangre. Tomé un trago, lo paladeé en la boca. Era un sabor recio y polvoriento que borró de un plumazo el rastro de sus labios.

La inmensa mayoría de los alcohólicos se rodean de murallas, defensas y parapetos para no tener que poner a prueba su fe. Saben que la cerveza sin alcohol es un cuento chino, que un minúsculo decimal de veneno podría llevarles de nuevo al infierno. Examinan atentamente colonias y lociones para después del afeitado en busca de algún rastro del enemigo y los más precavidos ni siquiera vuelven a cocinar con vino. Cuando sentí aquella coz de sangre en mi boca, Lola pasó a segundo plano, usurpada por el protagonismo de la copa, y supe que mis largos años de abstinencia se tambaleaban. Ignoraba si había comprado la botella de vino sólo para impresionarla con una machada o para demostrarme algo a mí mismo, un secreto escondido al fondo de las tripas. Pero supe que si bebía, aunque sólo fuese otro trago más, tendrían que recogerme con una pala. Aproveché que Lola se agachaba para vigilar el asado y arrojé el resto del vino al fregadero. Luego fui al baño, me metí los dedos en la boca y vomité. Un espectro de bilis se quedó colgando de mi boca.

Lola no dijo nada cuando acompañé el resto de la cena con agua del grifo. Me preguntó qué clase de música me apetecía oír y le dije que me daba lo mismo: con mi oído deshecho, todas me iban a sonar a papilla. Pero no podía decirle que estaba medio sordo y que mi única banda sonora, desde hacía décadas, era la Fantasía en do mayor de Schumann. Eso requeriría muchas explicaciones. En el equipo de música empezó a sonar una canción suave, melancólica y deliberadamente llorona. Estaba en español pero no me detuve a deletrearla. Mientras trinchaba la carne, Lola se dio una palmada en la frente.

- —Había olvidado lo de tu tía. Lo siento.
- —Gracias. La verdad, no nos llevábamos muy bien.
- —Tuvo que ser una muerte horrible.

El chasquido de la carne al caer sobre el plato, rebosando salsa y jugo, marcó un redoble inesperado en la ranchera. En conjunto, resultaba una marcha fúnebre bastante apropiada.

- —Estaba durmiendo, no se enteró de nada. Mi tía siempre tuvo mucha suerte.
  - —En el barrio no se habla de otra cosa. ¿Qué tal está tu madre?

- —Sorprendida y confusa. Mi madre no es capaz de entender que haya gente capaz de hacer esas cosas.
  - —¿Quieres decir que el incendio fue provocado?

El tenedor se había detenido a un palmo de su boca. Tuve que explicarle el valor de la finca de mi tía, su terca negativa a vender, las ofertas y amenazas de la constructora. No valía la pena entrar en detalles, hablarle de la viuda Sampere o de la más que probable intervención de su ex en todo aquel feo asunto. La mención al fiambre ahumado de mi tía había sido como sazonar el asado con ketchup.

- —Tal vez deberías hablar con la policía, Roberto.
- —Ya lo he hecho aunque no tengo pruebas.
- —No es que yo crea que la poli sirva de mucho. Lo digo por experiencia. Iba a la comisaría con el ojo morado, ponía la denuncia y regresaba a esperar otra paliza. Decían que no podían hacer nada, pero yo creo que ninguno tenía cojones a enfrentarse con mi difunto.

Lola fue a servirme más vino pero tapé la copa con la mano. Retiró la botella y se quedó mirando aquel líquido oscuro donde nadaban mis demonios. Ella tenía otra clase de demonios.

- —A mí me crecieron los cojones el día en que abofeteó a Tania. Ahí sí que se acabó la historia. Esa noche volvió borracho a casa, esperé a que se durmiera, y le até los brazos y los pies a la cama. Cuando se despertó por la mañana tenía un cuchillo en las pelotas.
  - —Joder.
- —Sí, eso pensaba él. Después se le quitó la resaca de golpe. Me amenazó, chilló, casi arranca el cabecero de la cama, hasta que le clavé la punta del cuchillo en los huevos.
- —Eso suele relajar bastante —dije, apretando instintivamente las piernas con esa simpatía que experimentamos los hombres cuando hablan de nuestros genitales.
- —Se meó encima, Roberto. Le tuve atado un día entero a la cama y cuando lo desaté, estaba más suave que un guante. Le dije que si volvía a ponerme la mano encima, tendría que matarme, porque la próxima vez me haría unos pendientes con sus cojones. Supongo que no le apeteció elegir

entre dormir con braguero o pasarse el resto de su vida en la cárcel. Firmó los papeles del divorcio y el juez decretó una orden de alejamiento —bebió un trago de vino para pasar los recuerdos—. Que tampoco es que sirva de mucho, pero algo es algo.

- —Tu difunto —dije, moviendo la cabeza—. Qué lástima que no me llamaras.
  - —Tiene gracia que digas eso. Estuve a punto de hacerlo.

Por aquel entonces Lola estaba tan desesperada que quedó un día con el novio de una amiga suya, un policía que le advirtió que la ley en casos de maltrato es una puta mierda. «Con esos tipos, el forense suele llegar antes que nosotros», dijo. Añadió que él conocía unos rumanos en Canillejas que, por menos de mil euros, podían coger a su marido y pegarle una paliza de muerte, pero que lo mejor era avisar a un profesional. Salía más caro, sí, pero merecía la pena.

- —Entonces mencionó tu nombre —dijo Lola, sonriendo—. Me dijo que podría localizarte en un bar en Ópera. Al principio ni siquiera caí en la cuenta, pero cuando dijo que en otros tiempos te habías dedicado al boxeo y que habías crecido en el barrio, entonces supe que eras tú. No han salido muchos boxeadores famosos de San Blas.
  - —No tan famoso —gruñí.
  - —Entonces, ¿es cierto que te dedicas a matar gente?

Lo decía falsamente asustada, con esa extraña mezcla de cinismo y fascinación que sienten ciertas mujeres ante los chicos malos. Después de todo, Lola, más que con los malos, se había juntado con los peores.

- —¿Tengo pinta de asesino?
- —No sé. No sé qué pinta tienen los asesinos.
- —Deberías saberlo. Te casaste con uno.
- —Diego puede ser muchas cosas. Un ladrón, un traficante, un maltratador y un hijoputa. Pero no es un asesino.

Era la primera vez que lo llamaba algo distinto a «difunto» y también la primera vez que oí el nombre de pila de Romero. Era como vivir muchos años con un picor de mierda en la ingle, ir un día al médico y descubrir al fin que el picor tiene nombre.

- —Mató a su hermano pequeño, Lola —fue a protestar, pero alcé la mano
  —. Es cierto que fue en mitad de un tiroteo, pero ni se sabe la cantidad de muertos que lleva encima. Entre las víctimas de sobredosis y los cadáveres encontrados en incendios accidentales, la lista se ha alargado mucho.
  - —¿Incendios?
- —Romero empezó a hacer fuegos de pequeño, cuando sólo era un renacuajo. ¿Te acuerdas de la tienda de Eladio? Pues no se chamuscó sola. Desde entonces Romero ha estado implicado en unos cuantos fuegos.
  - —¿También en el de tu tía?
- —Es muy posible. El policía aquel que te habló de mí, ¿iba bien vestido, llevaba unas gafas así, tipo John Lennon?
  - —Sí. ¿Lo conoces?
  - —Richi, Ricardo Sánchez. Lo llamábamos el Chapas.
- —Intentó tirarme los tejos —dijo Lola apartándose unos flecos de pelo de la cara—. No se cortó un pelo, aunque yo estaba muy asustada y él sabía que yo era muy amiga de su novia.
- —Entiéndelo, Lola: estás demasiado buena. Me extraña que no lo recuerdes del colegio. El Chapas fue uno de mis mejores amigos.
  - —¿En serio? A mí me pareció un gilipollas.
  - —¿Qué opina tu amiga?
- —Lo mismo o peor. Lo dejó al poco tiempo y te aseguro que yo no tuve nada que ver.

Nos levantamos para quitar los platos. Cuando se agachaba para abrir el frigorífico, su vestido azul eléctrico se expandió hasta mostrarme el esplendor redondo de los cielos. En esta versión estaba editado en dos hemisferios y en cinemascope. Me aferré a su cintura antes de que sacara la bandeja.

- —Tengo algo mejor para el postre —susurré.
- —¿Otra vez? —ronroneó, encajándose contra mí como las piezas de un puzle—. Veo que traes mucha hambre atrasada.
  - —Estás demasiado buena, Lola. Ya te lo dije.

Ella se volvió y me ofreció la boca. El beso fue profundo, largo, lleno de complicadas reminiscencias de la cena. Sorbí los vestigios del vino tinto en su lengua, oyendo aullar otra vez los demonios de la carne y todos mis otros

demonios. Después la llevé en brazos hasta la cama. Esta vez me lo tomé con tiempo: quería desenvolver los regalos.

Eran las seis de la mañana cuando dejé la casa de Lola. Me vestí sin hacer ruido y la dejé dormida en la cama. Enfrente del portal, en medio de la calle vacía, había un taxi aparcado. El conductor me miraba con cara de guasa, un brazo apoyado en la ventanilla bajada. Era canijo, feo, y tenía una loncha de pelos oscuros pegoteada en una mejilla.

—¿Es un poco pronto para llevar a la niña al colegio, no? —gritó.

Mi padre me enseñó que hay que mirar bien a derecha e izquierda antes de cruzar una calle. Lo hice y después crucé a la carrera, pero el Lenteja, con el motor del coche al ralentí, arrancó de un solo acelerón: apenas pude rozar el capó de un manotazo. El taxi se perdió en el azul friolento de la mañana, pedorreando gases como si mi tía se hubiese reencarnado en el tubo de escape. Si el Lenteja y Romero seguían siendo uña y carne, ahora ya no le faltarían motivos para visitar de nuevo a Lola.

También me advirtió mi padre que tuviera cuidado con los tipos bajitos. Los grandes confian demasiado en su tamaño y en su propia fuerza, pero con los enanos nunca se sabe. «Ahí tienes a Napoleón» decía. «O a su Excelencia, el Patas Cortas, que nos tuvo cogidos de los cojones durante cuatro décadas. Fíjate bien, hijo: a un tipo que le cuelgan los pies cuando se sienta en el coche, todo lo que le falta de altura, le sobra de mala leche». El tiempo le fue dando la razón. Los peores púgiles que me encontré en mi carrera, los más ásperos, los más rocosos, parecían tentetiesos a los que les habían injertado los guantes de boxeo a la altura del codo, pero luego no había quien los tirase a la lona. Chamaco, por ejemplo, no era más alto que yo. A Paviani le castigué tanto y durante tantos asaltos que me cansé de pegarle. Con los mismos golpes podía haber derribado un chalé y aún me sobraban hostias para partir nueces. Al fin, cuando su entrenador arrojó la toalla, Paviani giró la cabeza, ciego de sangre, buscando su pareja en el baile. Se balanceaba en pie como un dado cargado: los hematomas en los ojos cerrados, la nariz rota y los pómulos hinchados pintaban un cinco en su cara.

De regreso a casa, mientras cruzaba Valdecanillas, los gatos huérfanos de mi tía salieron en estampida de entre unos contenedores de basura y me dieron un susto de cojones. Pensé que un perro había acudido a disputarles las sobras, pero, al acercarme, vi al niño que había descubierto trasteando en el frigorífico de mi tía. Se me quedó mirando, de frente, demasiado sorprendido para echar a correr, esmaltado en una oscuridad en la que sólo brillaban el temblor de las pupilas y una lágrima de metal que colgaba de su cuello. Pensé que se trataba de un colgante de plata, pero cuando retrocedió, buscando la protección de la pared, comprendí que se trataba de una llave. En las manos tenía una bolsa de basura que debía de haber caído del camión con las prisas de la noche del viernes. El niño llegó hasta la pared y aplastó la espalda contra ella, acorralado, esgrimiendo la bolsa como si pretendiera defenderse con unas cuantas mondas de patatas. Jadeaba de puro pánico. Alcé la mano izquierda en son de paz y me llevé la derecha a la cartera.

—Tranquilo —dije—. Tranquilo.

Saqué un billete de cincuenta euros, lo arrugué y lo tiré al suelo, muy cerca de sus pies. Después di media vuelta y lo dejé en paz.

Una vez el Chapas, Pedrín y yo iniciamos una cruzada contra los perros callejeros del barrio. Íbamos armados de trabucos, un arma infantil que se fabricaba con un globo sujeto a la boca de una botella de leche. Metíamos dentro una piedra, estirábamos el globo y al soltarlo de golpe el proyectil salía disparado con fuerza y precisión matemáticas. Era mejor y más sencillo que un tirachinas: la versión para niños de una escopeta recortada. Gracias a los trabucos, en una sola noche, dejamos a oscuras una manzana entera. Pero las farolas no se podían mover, mientras que los perros salían disparados en cuanto sentían el aguijonazo mineral en el lomo. La tarde en que empezamos la cruzada, un tropel de chuchos heridos atravesó las calles del barrio. Los aullidos llegaron hasta el parque, donde la persecución era más fácil porque bastaba con agacharnos para recargar los trabucos. Tras una orgía de pedradas, corrimos tras un pequeño perro salchicha que se había quedado rezagado. El animal apenas podía correr y además cojeaba de una pata. Sin embargo, cuando comprendió que estaba rodeado, sufrió una transformación: lo animo un inaudito acceso de coraje, se encrespó, gruñó y nos enseñó los

dientes. Entonces vimos que uno de los cantazos le había saltado un ojo: un muñón sanguinolento le colgaba de la cuenca vacía y casi le tapaba la boca. Nuestro ánimo guerrero se enfrió de repente, bajamos la cabeza avergonzados y guardamos las armas. Aquella noche le pedí a mi madre las sobras de la cena para llevárselas al pobre perro cojo, pero no lo encontré aunque busqué por todas partes.

Nunca había vuelto a ver una mirada tan cargada de miedo y desesperación hasta que tropecé con aquel muchacho agazapado entre los contenedores de basura de Valdecanillas. Como el perro, no tenía la menor oportunidad, y al igual que el perro, en vez de llorar o suplicar, apretó los dientes y, en silencio, se aprestó para la lucha. Tal vez, con aquel billete arrugado, había intentado no sólo echarle una mano sino, ante todo, aplacar mi conciencia. Cincuenta euros no es mucho dinero por un ojo saltado.

Abrí la puerta de casa procurando no hacer ruido para no despertar a mi madre. Me desvestí, muerto de sueño, pero el tacto blanco de las sábanas me enardeció en lugar de acunarme. Los besos y caricias de Lola reverdecieron como las brasas cuando se aviva un fuego: después de todo, aún tenía el sabor de su saliva en la boca. Aquella noche habíamos rebasado el punto en que la lujuria se funde con el agotamiento y al fin me tumbé bocarriba en la cama mientras su melena se desparramaba sobre mi pecho. Tendida en la penumbra, viajando con los dedos desde mi ombligo a mi cuello, Lola empezó a hablarme de su hija, del trabajo de cajera que apenas le alcanzaba para llegar a fin de mes, de la pensión que nunca cobraba, de los gastos del colegio. A la vez que hablaba, iba dibujando las palabras en mi vientre, y comprendí que me estaba dando algo mucho más profundo que el sexo, el cariño, el amor: me ofrecía su miedo. Se había quitado los zapatos, la ropa, la lencería y la vergüenza, y allí, acurrucada contra mí, temblaba el núcleo esencial de lo que ella vestía de sol a sol con tacos malsonantes, uñas postizas y desplantes de chulería crónica. El rímel se había disuelto en el sudor y su voz me llegaba fatigada y soñolienta, a través de un paisaje esbozado a retazos en un futuro incierto. Una extraña ternura se abrió camino en mi pecho, entre las hebras tibias de su pelo, y por primera vez pensé en la herencia de mi tía, en si todo ese dinero podría servir para ayudarla. Barajé en la cabeza las frases que podría decirle, pero no se me ocurrió otra cosa que su nombre:

- —Lola.
- —No digas nada, anda —susurró—. No sé por qué te cuento todo esto. No es asunto tuyo, no puedes hacer nada.
  - —Quizá pueda —murmuré, acariciándole la cabeza—. Quizá sí pueda.
- —Además —se echó a reír—, tendrías que partir muchas piernas para saldar todas las deudas.
  - —Piernas nunca faltan.
- —Lo nuestro sería un desastre, fijo. La puta del barrio y el matón a sueldo, igual que una película.
  - —No digas eso ni de broma. Tú no eres puta. Nunca lo fuiste.
  - —La gente no piensa lo mismo, Roberto.
  - —La gente es gilipollas, Lola.

El blanco del techo nos cubría como un cielo a punto de nieve. No había nubes ni estrellas: sólo sombras.

- —Perdóname por lo de antes.
- —¿Por qué, cariño?
- —Cuando te llamé asesino. Sólo pretendía pincharte.

Entonces, con la vista fija en las constelaciones fantasmales del techo, le conté a Lola toda la historia. Sólo unos cuantos la conocían, a pedazos, pero ninguno tenía los suficientes como para poder armarla entera: Richi, Sebas, mi madre, el comisario Muñoz, el padre Osorio, Venancio Fuentes, una bailarina pija. Cada uno tenía un trozo del rompecabezas pero aquella noche le dije a Lola lo que jamás había dicho a nadie, todo lo que sabía sobre mí, lo bueno y lo malo, desde los encargos de mala muerte que me llegaban a través del Oso Panda hasta las palizas justicieras del colegio, desde las borracheras donde perdía la cabeza hasta la tutela de una niña inválida. Empecé por el final, explicándole mi forma de vida, mi catecismo personal, el modo en que aceptaba o rechazaba un trabajo. Yo no era un asesino, sino sólo un barrendero que iba por libre, el que recogía la basura a deshoras, el que cobraba deudas que la justicia se había hartado de reclamar, el que desinfectaba hogares impermeables al raticida y la lejía. A menudo mi labor

de limpieza era tan desagradable como la de un higienista dental: yo también sacaba dientes y muelas, pero sin anestesia. Mi etapa como esponja humana me llevó muchas menos palabras: no había mucho qué decir cuando uno se pasa el día con la boca llena, bien bebiendo o bien vomitando, y además no recordaba gran cosa.

- —¿Cómo te atreviste a beber una copa?
- —Había que celebrarlo, ya te lo dije.
- —Estás loco, Roberto —Lola suspiró—. ¿Seguro que no te has dejado nada en el tintero?
  - —No que yo sepa.
- —Mi madre me decía que yo era un imán de problemas. No supe cuánta razón tenía hasta el día en que me casé. Pero no pareces mucho mejor partido que mi difunto.
- —No creas. Puede que ahora mismo sea millonario. Siempre que mi tía no haya dejado la herencia a sus gatos.
- —Roberto —Lola alzó la cabeza y me miró de frente: en sus ojos destellaban cenizas—. Créeme: me importa una mierda el dinero.
  - —Te creo. Sólo bromeaba. Además, estoy pensando en adoptar los gatos.

Lola se echó a reír, me hizo cosquillas, nos revolvimos entre las sábanas, pero estábamos demasiado cansados para empezar de nuevo. Se sentó en la cama, despegándose de mi abrazo, y cogió un cigarrillo. Fumando allí, desnuda, con el humo enroscándose en torno a sus cabellos, parecía un anuncio de tabaco. Nunca había tenido más ganas de encender un pitillo.

- —Hay algo que no entiendo. Cómo es que siempre vuelves a lo de esa pobre chiquilla. Hace ya tantos años.
- —Me caía muy bien, era amiga mía. Recuerdo cuando cantaba desde la ventana de su terraza. Además, hay algo extraño en su muerte.
  - —¿No crees que fuera un accidente?
  - —No lo sé, Lola.

No le conté que Richi y yo habíamos visto la Mano Negra en la piscina, estampada en una puerta de los servicios de chicas, y después otro avatar de la misma Mano Negra en la pared de la casa de mi tía. Ya tenía bastantes problemas con su difunto como para añadir otro leño a la hoguera. Pero me

fastidió aquel primer subterfugio cuando hacía sólo unos minutos que acababa de abrirle mi corazón. Sebas me dijo una vez que nadie puede amar del todo a alguien, aunque entregue su vida. A mí me sonó a un poema malo. «Los sueños siempre se escapan, chico», sentenció Sebas, repasando la barra con un trapo. «No puedes contarle todos tus sueños a una mujer si ni siquiera tú sabes qué coño has soñado». A punto de dormirme, en la misma cama de adolescente donde tantas veces había soñado con Lola, caí en la cuenta de que tampoco le había contado todo sobre mí, todo lo que yo sabía. No le había dicho que estaba medio sordo y que a veces oía los ruidos del mundo como desde el interior de una piscina. Sordo, pendenciero y exalcohólico: menudo partido.

Quedé con Richi por la mañana en el mismo bar donde celebramos nuestro reencuentro. Se llamaba La Parada porque en otro tiempo, decían, hubo enfrente una parada de taxis, pero hacía mucho que los parroquianos no podían recordar otra luz verde que el piloto de la máquina de tabaco. El Lenteja no solía aparcar por allí y Richi no había llegado aún, así que me tocó cruzar guantes con el mismo vejete borracho que me había inventado un combate en Las Vegas. Pepe el Puñales ya era una figura mitológica en el barrio desde los tiempos en que yo era un crío: un torero fracasado que presumía de cornadas imaginarias e hipotéticas tardes de gloria aunque nadie del barrio le había visto jamás con una muleta en las manos. Era tan flaco que daba grima verlo, con los pantalones que se le escurrían bajo los sobacos y una camisa a cuadros tan llena de lamparones que parecía un mantel. Pasaba el tiempo apalancado en las barras de diversos bares, de San Blas a Vallecas, y vivía únicamente por y para los toros, rememorando faenas épicas de los grandes matadores y contándolas con tal lujo de detalles que me extrañaba que le quedara sitio en la memoria para reconocer a un boxeador de barrio.

- —Robertito, niño, qué alegría —saludó, mientras la dentadura postiza le bailaba en la boca—. Chaval, ponnos dos cañas.
  - —No bebo alcohol, Pepe.
  - —Me cago en tus muertos.

- —Pero te acepto una Coca-Cola.
- —Vaya mariconada.

Era su forma de hablar, no había que hacerle mucho caso. De todas formas, la invitación era meramente retórica, porque no se sabía que Pepe hubiese pagado una copa en su puta vida. Todo el mundo le convidaba a cambio del dudoso privilegio de escuchar sus crónicas taurinas, las cuales incluían, casi siempre, una relación pormenorizada de su cogida. Yo ya había oído varias versiones en las cuales cambiaba la fecha, la plaza y el toro: lo único fijo era la cornada, una puntada a lo largo del muslo que le había dejado de recuerdo una vistosa cojera.

- —¿Te he contado alguna vez cómo me dejó cojo Filibustero en Málaga?
- —No, ésa no me la sé.
- —Me cago en la leche —dijo Pepe, palmeándose la pierna.

Y empezó a describir, con la ayuda de una servilleta de papel, una larga y complicada serie de naturales entre los que podían oírse los gritos de los subalternos y los vítores unánimes de la plaza: un eco de la misma multitud fantasmal que acompaña a un viejo púgil sonado mientras rememora en voz alta el gran combate. Richi apareció cuando se llevaban al Puñales a la enfermería, intentando taponar con las manos el grifo de sangre abierto en el muslo.

- —¿Dónde te ha pillado el toro hoy, Pepe? ¿En Aranjuez?
- —No, en casa de tu puta madre.

El Puñales acabó la caña de un trago, soltó un taco, remató con un pase de pecho y se fue renegando, exagerando aquella cojera que era la cifra de su vida. Lo vimos cruzar la calle renqueando, arrastrando la pierna, insultando a los coches que pasaban.

- —Qué personaje —dijo Richi.
- —Inofensivo —puntualicé yo.
- —No creas. Al parecer, la cojera no fue cosa de un toro sino de un Doscaballos que andaba mal de frenos.

Richi me contó que, tiempo atrás, el Puñales había tomado la glorieta de Atocha como plaza improvisada donde recordar sus buenos tiempos. Toreaba de noche, a la luz de las farolas, gritando burradas a las motos y automóviles

que intentaban esquivarlo mientras unos cuantos borrachos lo jaleaban echándole monedas en mitad de la calzada.

—El Doscaballos le retiró de los ruedos durante algún tiempo. Espero que no le vuelva a dar por ahí porque entonces va a haber que encerrarlo.

Pidió una cerveza y nos sentamos en una de las mesas del fondo. Por el modo en que se apuntaló las gafas con un dedo, supe que no traía buenas noticias.

- —He estado husmeando aquí y allá, Rober. Tu tía tenía un abogado que le llevaba todo el papeleo.
  - —Espero que no sea alérgico a los gatos.
- —Palmó sin hacer testamento. Al menos en la oficina del abogado no se ha encontrado ninguno. Ni en la casa tampoco, y eso que registramos de arriba abajo. Eso os deja a tu madre y a ti como únicos herederos.

Saboreé la Coca-Cola. Las palabras sonaban a gloria pero la voz de Richi no llevaba bien el acompañamiento. Tenía una cara larga, como si fuese a darme el pésame.

- —Bueno, suéltalo ya.
- —Tu tía estaba en la ruina, macho. En la puta ruina. Tenías razón cuando decías que era un bicharraco con suerte. Debía un montón de pasta a varios bancos.

Rechiné los dientes. Me entraron ganas de partir la mesa de una hostia, pero logré contenerme. La muy hijaputa se había muerto igual que había vivido: dando un corte de mangas.

- —Vaya —dije, y me dio por echarme a reír—. Hay que joderse. No he durado ni un día de millonario.
- —Lo fue vendiendo todo, Rober, todo. Las casas de Moratalaz, las de San Blas, las de Vallecas. No le quedaba más que ese caserón de mierda plagado de gatos pero ya ni siquiera era suyo. Lo volvió a hipotecar para hacerse cargo de las deudas.
- —Por eso no quería venderlo a la constructora —murmuré—. Porque entonces no tendría ni donde caerse muerta.
  - —Eso parece. Y lo peor es que sí habéis heredado algo.
  - —¿El qué?

—La hipoteca. La puta hipoteca.

Junto a la entrada, la máquina tragaperras empezó a escupir monedas y se puso a cantar loca de alegría. Richi bebió un trago de cerveza mientras aquel sonsonete y el vómito de calderilla me crispaban los nervios. El pobre tipo que se iba llenando los bolsillos no sabría nunca lo cerca que había estado de desayunar una palanca.

- —Me cago en su puta alma —dije al fin—. Esté donde esté.
- —Hay una cosa que puedes hacer, Rober.
- —¿Qué?
- —Vender. Vender la casa de tu tía. Acepta la oferta de la constructora y hazlo cuanto antes.
  - —¿La van a comprar así, hecha un churrasco?
- —¿Crees que la quieren para alquilarla? Despierta, chaval. Sólo necesitan el suelo. En un par de días votan la próxima candidatura olímpica y, si Madrid sale elegida, todos esos terrenos subirán como la espuma.
- —No sé si Sampere querrá saber algo de mí después de la última visita que le hice.
- —¿Sampere? —preguntó Richi, terminando de un trago su cerveza—. Esa tía guarra sólo tiene una cosa en la cabeza y viene impresa en billetes. Hazme caso. Si juegas bien tus cartas, hasta puedes sacar un pico.
  - —¿Tan fácil lo ves?
  - —Créeme, Rober. Esa tía duerme con el dinero bajo la cama.

Llamó al camarero. Estaba claro que tampoco me iba a dejar pagar esta vez. El tipo afortunado ya había echado la mitad de sus ganancias a la máquina tragaperras mientras manoseaba la otra mitad que quedaba en la bandeja. La máquina, una ramera de hierro y plástico, seguía canturreando encantada con todo aquel magreo. Richi observó al hombre mientras esperaba que le trajeran el cambio.

—La gente es así, macho —dijo cuando salíamos a la calle—. Junta las monedas para ver si folian y crían billetes.

Abrió la puerta del BMW y me preguntó si me llevaba a algún sitio. No hacía falta, dije. Quería dar un paseo, pensar un poco, aclararme las ideas.

—No lo pienses mucho. No hay mucho qué pensar.

Había otro coche aparcado en doble fila, cerrándole el paso, y tocó el claxon para avisar al conductor.

- —Creía que eso era una señal de prohibido —dije.
- —Lo es, pero hace mucho que dejé de poner multas.
- —Lo que todavía no entiendo es cómo la muy cerda pudo cagarla de esa manera. Tenía ocho o nueve casas, coño. Ha debido de hacer ricos a un montón de farmacéuticos.
- —Te olvidas del bingo —dijo Richi, apoyando un brazo en la ventanilla
  —. Iba al bingo de Ciudad Lineal todas las tardes. Se dejaba una pasta en cartones.
- —¿Y cómo cojones iba hasta allí? Necesitaba una carretilla para cada pierna.
- —Supongo que en taxi —comentó Richi—. Por cierto, hay un detalle que no me has mencionado.
  - —¿Cuál?
- —Lo del moro. Leí los papeles de la denuncia, cuando operaste de cataratas a aquel hijoputa. Algunos testigos dijeron que habían visto salir a un niño moro de casa de tu tía.
- —Le sorprendí robando algo de fruta del frigorífico. Debía de estar hurgando por la obra y se coló en la casa. Sólo es un niño. No tiene importancia, Richi.
- —¿Crees que tu tía lo conocía de algo? ¿Que pudo tener algo que ver con el incendio?

Negué con la cabeza. El tipo afortunado salió del bar maldiciendo su suerte y se dirigió a su coche lanzándonos una mirada de rencor. Por su cara, la máquina debía de haberle dejado pelado.

- —Me recuerda a tu tía —dijo Richi.
- —Pobre imbécil —sentencié yo.

Había que serlo para creer que en unas simples combinaciones metálicas se ocultaba la llave del tesoro. Hasta el puñetero bingo tenía más emoción. Imaginé a mi tía con una ristra de boletos desparramados sobre la mesa, soltando tacos y tachando números. Ya no habría casa de lujo para mi madre ni un colegio de pago para Tania. Como decía Richi, en el mejor de los casos,

tal vez lograra equilibrar gastos. Todos mis sueños de poder ofrecerle algo de seguridad a Lola se esfumaron como un pedo en el aire. Eso era lo único que mi tía había dejado a su paso: gases.

El bingo era el casino de los pobres y la máquina tragaperras una ruleta sin crupier y con música incorporada. Ni siquiera requería un salón lujoso y unos cuantos empleados a su alrededor, sino sólo un enchufe. Básicamente el mundo no es más que una sucesión de trampas donde el dinero va cambiando de manos. Mi tía había atrapado a unos cuantos incautos en la telaraña de sus pisos de alquiler y luego ella a su vez fue depositando todas sus posesiones en los cartones de un bingo. Así funcionaban las cosas. Había entregado mi corazón a diversos vicios, había bebido hasta casi matarme y peleado dentro y fuera del cuadrilátero, pero nunca pude entender la pasión del juego. De pequeño, las cartas dejaron de interesarme cuando los chavales empezaban a apostar una peseta en cada envite y tampoco me gustaba coleccionar cromos. Me quedaba a un lado, dando patadas a las piedras, mientras los demás niños se juntaban durante el recreo en una versión infantil de un mercado bursátil, cambiando dos por uno, tres por uno, cantando en voz alta las cotizaciones. Era fácil saber, por las cabezas cabizbajas y los gestos de triunfo, quien manejaba el cotarro: los acaparadores llevaban en la mano el mazo de cromos y lo empuñaban con la misma experta y filatélica despreocupación que un crupier mezclando la baraja.

Cada vez que salía una nueva colección, Vázquez se abalanzaba al kiosco, relegando las gominolas y los soldaditos de plástico tras aquellas chocolatinas que venían escoltadas por un sobre del que surgían, fotografiados junto al escudo y los colores de su equipo, los rostros de los paladines del fútbol. Cada temporada se producían nuevos fichajes y algunos futbolistas eran casi imposibles de conseguir mientras que otros se repetían una y otra vez, con la insistencia de las pesadillas, las malas notas o la manzana pocha en el postre. El fútbol nunca significó gran cosa para mí: toda aquella parafernalia de camisetas listadas, los números de los dorsales y los guantes de los porteros, me importaba una mierda. Con el tiempo descubrí por qué el fútbol me repugnaba con la misma fuerza que me atraía el boxeo, cuando comprendí que es un deporte de lloricas, teatreros y cobardes. Qué

asco me daba ver a esos hombretones hechos y derechos llorando como damiselas, sujetándose el tobillo tronchado hasta que conseguían que el árbitro sacara la cartulina del bolsillo. Después, al reanudarse el juego, el supuesto cojo echa a correr que se las pela. Y lo primero que se le ocurre a uno de esos ridículos millonarios en calzón corto cuando le meten un gol a su equipo es negarlo desaforadamente con el brazo mientras va a protestar al árbitro. No sé qué haría cualquiera de ellos frente a la verdad explícita del boxeo, donde el árbitro sólo es una sombra que se desliza entre las cuerdas para evitar el asesinato. Al contrario que en el boxeo, en el fútbol el tongo no es la excepción, sino la regla: con tal de ganar, vale cualquier cosa.

En cambio Vázquez se desvivía cada vez que echaban un partido por la tele y rasgaba los sobres de las chocolatinas con la urgencia viciosa del alcohólico abriendo una botella, parpadeando cada vez más rápido. Mientras paseaba por el mismo parque donde habíamos bailado con ahorcados, recordé la cara de tristeza de mi amigo mientras la chocolatina se iba derritiendo dentro de su urna de papel de plata. En sus dedos manchados de mierda dulce se alzaba otra nueva remesa de decepción, un cuarteto de héroes dominicales y vulgares. «Éste lo tengo, éste también, éste lo tengo repe». Había futbolistas que se resistían durante semanas, durante meses enteros; otros no salían jamás y las leyendas infantiles aseguraban que el fabricante se había olvidado de incluirlos por tratarse de fichajes de última hora o bien sólo por el gusto de joder la marrana. Una vez Vázquez se quedó sin completar el álbum de la liga por culpa de Quini, un delantero del Sporting de Gijón que, en las subastas de los recreos y en el oráculo infantil de las chocolatinas, se convirtió en un fantasma. Rasgaba sobres y más sobres con la esperanza de que ocurriese el milagro, pero el cromo de Quini se quedó para siempre en el limbo de las cosas imposibles: una ausencia rectangular entre las sonrisas de sus compañeros de equipo, una mancha en blanco en las escrupulosas páginas del álbum, un hueco que va cubriéndose de polvo en una pared festoneada de retratos.

Después de la siesta volví a la casa de mi tía para echar un vistazo a las posesiones familiares. No sé por qué la seguía llamando así cuando en teoría ya había pasado a nuestras manos: cuatro muros chamuscados y un jardín

plagado de malas hierbas. El resto de la herencia consistía en una hermosa hipoteca que no tenía ni la menor idea de cómo iba a pagar. Lo más sensato era hacer caso a Richi, llamar a la viuda de Sampere y aceptar su oferta, pero yo nunca he sido muy sensato. La otra opción era sentarme a esperar y ver si de la tierra quemada empezaban a brotar lingotes de oro.

Las excavadoras y hormigoneras pastaban a sus anchas, solitarias, inmóviles, un rebaño de amarillentas vacas prehistóricas abandonadas a su suerte, sin nadie a quien molestar. Los bomberos habían sellado la cancela del jardín con una cinta que advertía que el edificio amenazaba ruina. Aparte de una inconsciencia, saltar aquella barrera probablemente también era un delito, pero no tenía tiempo ni ganas de llamar a un abogado. Aunque Richi me había comentado que en el banco las cuentas estaban criando telarañas, mi tía era una de esas urracas que guardan la pasta debajo del colchón. De hecho, fue lo primero que miré, pero no encontré nada más que roña, muelles impotentes y manchas de sudor del tamaño de Siberia. Bajo la cama había una escupidera de loza y unas cuantas cajas remozadas de polvo y llenas de ropa vieja: toneladas de vestidos apolillados que mi tía ya no se podía poner y que ni siquiera había donado a la parroquia. Registré los armarios del piso de arriba sólo para perderme en un revoltijo de quincalla y bisutería barata, pendientes huérfanos, pulseras de latón, figuritas de porcelana mutiladas, muestras de perfume pasadas de fecha y echadas a perder que salpicaban las estanterías de un podrido y dulzón hedor a manicomio. Los abrigos se balanceaban colgados de sus perchas como reses desolladas en ganchos de matadero. No había más que lomos de conejo y chaquetas horripilantes de cuero rancio, teñido de rojo chillón o de verde fosforito: si alguna vez había guardado pieles de visón, mi tía debía de haberlas empeñado para comprar los cartones de la suerte que nunca tocaron. En las repisas inferiores, los zapatos —inútiles, copiosos, desamparados— se aglomeraban en un varadero de hebillas, colores y tacones por duplicado, como barcas gemelas aguardando el desguace. Todo aquello parecía el saldo de una tienda de disfraces, no valía ni el esfuerzo de tirarlo por la ventana. Mi tía había muerto con todas sus ajadas posesiones alrededor, como un faraón arruinado en una pirámide de mierda.

En el piso de abajo persistía el olor a quemado. El fuego había tiznado las paredes y escrito jeroglíficos en los azulejos del baño, mordisqueado algunos muebles y reducido a cenizas las alfombras, pero no se había atrevido a tocar a los payasos en sus marcos, quizá por miedo a llevárselos al infierno en una llamarada. El retrato de mi padre también estaba intacto: rompí el cristal y me lo guardé en la chaqueta. En una de las vitrinas, mezclados en un desorden ancestral, había docenas de potingues y cremas antiarrugas, lotes de aspirinas, montones de analgésicos caducados como para salvar de la jaqueca a un par de países africanos. Mierda y más mierda. Husmeé en la cocina, entre tarros de mostaza caducada y arcaicas latas de Cola-Cao, el alimento de la juventud, punteadas de lunares y con sus vistosos rótulos de arroz, alubias o harina. Me quedé mirando aquella joven madre, guapa, morena, sonriente, de pelo corto, que llevaba una bandeja con la merienda mientras dos críos, niño y niña, saltaban en torno a su delantal, expectantes y hambrientos. Ha pasado casi medio siglo pero los niños aún no han saciado su hambre, la madre no acaba de llegar a la mesa. El año del hambre no terminaba nunca, la radio a la hora de comer seguía siendo el parte, las lentejas sabían a posguerra, no había que dejar ni una cucharada en el plato.

En una lata rosa, destinada a galletas, encontré una pequeña caja fuerte portátil, de acero, con un asa metálica y una pequeña cerradura. La sacudí despacio y sentí algo que golpeaba en el interior. Si quedaba algún resto de la fortuna de mi tía —un reloj de oro, un anillo de diamantes, joyas auténticas—debía de estar ahí adentro. No fue hasta que salí otra vez a la calle, cuando recordé dónde había visto la llave. Primero, en la muñeca de mi tía, atada a una pulsera de baratija, y luego en el cuello de aquel niño moro al que había acorralado junto a unos cubos de basura. El sol estaba muy bajo y las sombras se habían adueñado del solar. Inmensas, fantasmales, las siluetas de las excavadoras se extendían por el suelo, tapando palas y cubetas manchadas de cemento, lamiendo la maleza del jardín hasta tocar los muros de la casa quemada. Junto a la puerta desvencijada, en la pared, la Mano Negra se despidió de mí.

## **SEIS**

Mi madre se quedó mirando la fotografía como si la viera por primera vez, como si no acabara de reconocer a aquel hombre delgado y con cara de pocos amigos con el que había compartido su vida. Mi padre nos miraba desde el más allá, antes de las borracheras y la cirrosis, envuelto en el aura indestructible del blanco y negro, estirando mucho el cuello, incapaz de forzar una sonrisa fuera del marco estricto del retrato. Quizá le apretaba el último botón de la camisa o quizá el nudo de la corbata, un apéndice de tela que no se ponía casi nunca, más que en bodas o en funerales, y que le estorbaba más que favorecerlo. A mí me pasa igual, la corbata me sienta como una soga, y siempre salgo en las fotos rígido y circunspecto, como si acabaran de tomarme las huellas en la comisaría.

- —Está muy joven —dije.
- —Fue poco antes de casarnos, cuando todavía no se había peleado con tu tía.

Mi madre colocó el retrato en una estantería, apoyado en un plato de cerámica, y luego observó la pequeña caja fuerte portátil plantada encima de la mesa. Alargó los dedos hacia ella, pero no se atrevió a tocarla.

- —Deberías devolverla, hijo.
- —¿A quién?
- —A su dueña.
- —Está muerta, mamá. Ahora te pertenece. Todo lo que hay en esa puta casa te pertenece, incluyendo las putas deudas.
  - —No digas tacos.

Le expliqué otra vez lo que me había contado Richi, que éramos los

únicos herederos, que la tía Angustias se había arruinado jugando al bingo y que sólo teníamos una hipoteca en ciernes. Aquella caja de hierro era lo único que había podido sacar en limpio aparte de zapatos pasados de moda y medicamentos caducados. Fui a la cocina y saqué la caja de herramientas que papá guardaba debajo del fregadero. Hacía mucho tiempo que no la tocaba, desde la última vez que me tocó apretar un grifo. La abrí, trasteé entre clavos y tornillos, y saqué un martillo y un destornillador. Regresé al comedor, puse la caja fuerte en el suelo, coloqué la punta del destornillador en la ranura y me dispuse a pegarle con todas mis fuerzas.

- —No lo hagas —dijo mi madre.
- —Dame una buena razón —dije, con el brazo en alto.
- —No seas borrico, hijo. Si le das un martillazo a la caja, lo más probable es que hagas polvo lo que haya dentro.
  - —¿Crees que puede haber algo de valor?

Mi madre asintió con la cabeza. Me contó que unos años atrás había ido a llevarle algo de comida a mi tía y ella, para variar, la recibió muy amable, con extraños y ampulosos gestos de cortesía, y largas parrafadas que se transformaban en trabalenguas. Mi madre vio una botella de anís del Mono vacía sobre la mesa del salón y se imaginó que mi tía no estaba ensayando música folklórica. Estaba borracha perdida y en medio de su cogorza se había vestido como si esperase a algún flamante novio del pasado. Llevaba unos pendientes rojos que brillaban en medio de la penumbra y le colgaban hasta los hombros, y un vestido de fiesta largo y negro, adornado de lentejuelas que guiñaban a la luz como si fuesen párpados.

- —¿Un vestido de fiesta? —pregunté, incrédulo—. ¿Largo y negro?
- —Se le pegaba a los michelines como una tripa a una morcilla. Y no veas qué tajada había cogido, la pobre. Creí que me iba a vomitar encima de un momento a otro. Pero no, aguantó en pie, mientras esperaba que regresara aquel novio perdido. «Eso sí que era un hombre y no tu cuñado», dijo. Y de vez en cuando se tocaba aquellos pendientes que parecían lágrimas de sangre chorreando de sus orejas. Rubíes, dijo que eran.
  - —¿Crees que están ahí dentro?
  - —No lo sé —suspiró—. Pero también me dijo que eran el único recuerdo

que guardaba de él, un regalo carísimo que le había hecho un pretendiente indiano poco después de regresar de Cuba.

Mi tía no sabía mucho de joyería y mi madre menos, pero la historia de los rubíes, aderezada con anís del Mono, tenía tela. No era difícil imaginar la ambientación. Sentada en una mecedora, pintarrajeada como uno de sus payasos, mientras el maquillaje se escurría entre los lagrimones, mi tía fue mezclando los retales de aquel novio perdido con flecos y conjeturas extraídos de novelones rosas y culebrones de la tele. Según ella, las piedras habían sido extraídas de una mina de Brasil y talladas por un artesano octogenario que había muerto asesinado nada más concluir su obra maestra. Aquella pareja de pendientes, salpicados de sangre humana, fueron arrebatados de mano en mano durante más de un siglo hasta desembocar en un tugurio de La Habana, donde alguien las depositó sobre una mesa para cubrir una apuesta. Un joven triunfador las ganó limpiamente con un trío de damas y, cuando regresó a España, se las dio a mi tía como regalo de pedida. El joven murió poco después, en la calle del Nuncio, de un navajazo en mitad de una reverta que nunca se aclaró del todo, certificando que la maldición de los rubíes sangrientos había saltado el Atlántico.

- —¿Era anís del Mono, decías?
- —Sí, ríete —dijo mi madre—, pero ahí tienes a tu tía, de cuerpo presente, en el tanatorio de la M-30.

Por suerte, como muchas otras ancianas de su generación, mi tía se había ido pagando puntualmente el entierro durante toda su vida. Era uno de los pocos gastos del que prefirió no prescindir, más por superstición que por otra cosa, aunque me imagino la tabarra que le daría al pobre cobrador que tuviera que ir todos los meses a su casa. En cualquier caso, todas las deudas del entierro —las flores, el papeleo, la caja— estaban pagados: invitaba la compañía de seguros.

O al menos, eso dijeron por teléfono. Cuando llegamos al tanatorio, mi tía Angustias nos esperaba tras el cristal, hundida en su ataúd, en una penumbra medieval, y no le faltaba más que una estaca en el pecho. Había que convenir que muerta tenía mucho mejor aspecto que viva: el colorete y el polvo de arroz no parecían parte del atrezo de un circo. Reconocí que, para darle

apariencia humana, los maquilladores de la funeraria se lo habían currado de lo lindo, pero no le pasé ni una al encargado de la compañía cuando pretendió cobrarme un suplemento por el ataúd.

- —Verá, señor, su tía no cabía en ninguno de los modelos normales.
- —No me extraña. Lo raro es que no hayan tenido que meterla en una lancha de desembarco.

Era un tipo joven, rubio, bien peinado y bien trajeado. Me cogió suavemente por el codo y me sacó al patio, donde mi madre no pudiera oírnos.

- —Pero su tía pagaba una tarifa normal, ¿me comprende? Esa tarifa no incluye ningún extra.
  - —Y a mí qué me cuenta.
  - —Que alguien tiene que pagar la diferencia, señor.
- —Yo no les pedí que la metieran en ese cajón. Por mí como si la entierran en una huevera.
- —¿Y su madre? —dijo el joven con una inesperada sonrisa, señalando al interior del salón, donde mi madre se había sentado en uno de aquellos correosos sofás hechos a los culos compungidos—. ¿Qué opinará de esto, señor?
  - —Deje a mi madre en paz o necesitará otra huevera para sus dientes.

Lo único que mi madre opinaba es que había que tirar la caja fuerte, sin abrirla, en una alcantarilla. Estaba dispuesta a creer que la pequeña caja fuerte que había encontrado dentro de una lata de Cola-Cao guardaba aquellos pendientes de rubíes con que la había recibido una vez en su casa, que los rubíes eran auténticos y valían una millonada y que además transportaban con ellos una maldición de sangre. Mi tía había sido la última víctima de la cadena.

- —No voy a tirar la caja, mamá. Te pongas como te pongas. Los rubíes no tienen nada que ver con que a la tía Angustias intentaran asarla.
  - —Seguro que están ahí dentro —insistió.

En cualquier caso, necesitábamos la llave. Vi al empleado de la funeraria que charlaba con los deudos de otro entierro, al otro lado del patio, y se me ocurrió de golpe.

- —¿No te han dado los de la funeraria una bolsa con los efectos personales de la tía? —Mi madre asintió con la cabeza—. ¿Te fijaste si entre ellos hay una pulsera?
  - —Me parece que no.

Me entregó una especie de estuche aséptico cerrado con una cremallera, un bolso de aseo para el último viaje. Lo abrí y manoseé entre pañuelos de papel, medias usadas, bragas... Los últimos objetos que custodiaban a mi tía en el momento de morir. Me extrañó no descubrir un consolador. Tampoco había ninguna pulsera.

—No importa —dije, cerrando la cremallera y devolviéndole el estuche
—. Creo que sé dónde está la llave.

Mi madre fue a decir algo pero en ese momento llegaron un par de vecinas cogidas del brazo, vestidas de oscuro y exhibiendo una tristeza profesional. Se agarraron de su brazo, moquearon, suspiraron al unísono, y lograron incluso arrancarle un par de lágrimas. Una de ellas me miró, esgrimiendo un pañuelo bajo los párpados hinchados, cuchicheó algo al oído de la otra, y vino hacia mí.

- —Ay, hijo, qué desgracia. Ya te has quedado sin tu tía.
- —Gracias a Dios.
- —¿Cómo dices? —preguntó en un tono a mitad de camino entre la incredulidad y la sordera crónica.
  - —Que gracias a Dios que se murió durmiendo.
  - —Ay —repitió con dramatismo—. Ojalá Dios nos llevara así a todos.

«Amén» murmuré. Dejé a mi madre en compañía de aquel par de cuervos y salí de nuevo al patio de la funeraria. Después de todo, no siempre vale más estar solo que mal acompañado. Pronto aquellas dos plañideras empezarían a alabar las virtudes de la difunta y no encontrarían ninguna. Un velatorio español es como la matanza del cerdo: se aprovecha todo, desde las anécdotas más miserables hasta el número de calzado del muerto. Hace falta rellenar las horas de duelo y la careta de la tragedia no da para tanto. Al cabo de unas horas, el primer gracioso esboza un chiste, un segundo le ríe la gracia, un tercero aplaude, alguien trae una botella. Tarde o temprano todos caen en la cuenta de que la muerte no es más que un chiste malo que pone fin a una

mala película cómica.

Giré la cabeza y vi una silueta familiar abriéndose paso entre las plantas del patio, precisamente una autoridad, un especialista en entierros. El padre Osorio se bamboleaba embutido en unos pantalones de pana atrasados varias décadas. Caminaba incómodo, congestionado, a punto de estallar dentro de una camisa a cuadros que le venía estrecha: en su garganta, hinchada como un bíceps, el alzacuellos parecía únicamente la anilla de una granada de mano. Posó una de sus zarpas en mi hombro y me preguntó qué tal estaba mi madre.

- —Bien, padre. Gracias por venir.
- —Era mi obligación. No te vayas muy lejos. Luego tengo que hablar contigo.

Al entrar en la sala, las plañideras se hicieron a un lado, dos cuervos que echan a volar ante la irrupción del labrador, alejándose de un indefenso espantapájaros. El espantapájaros —derrumbado en el sillón, con un pañuelo desplegado en el regazo, sin ganas de llorar— era mi madre. Osorio le cogió la mano y la consoló al estilo de su oficio, con unas cuantas palabras aprendidas en decenios de experiencia y siglos de ceremonias. No podía oírles pero sí reconstruir aquel diálogo entre la fe y el dolor, mientras el objeto de sus desvelos esperaba el momento de zarpar en su travesía bajo tierra, tirándose pedos dentro del ataúd y guardándose alguno para el viaje. Podía adivinar las frases de consuelo de Osorio porque me las había dicho una vez, el día en que enterraron a mi padre. Mi madre, seguramente, le repetiría lo mismo que me había dicho a mí hasta que me dolió la cabeza, la misma murga cristiana de siempre: «No importa lo mala persona que fuese: es nuestra última familia, hijo, la única que nos quedaba». «La última no», pensaba yo. «Si quieres más, te compraré un cocodrilo».

Crucé los jardines del tanatorio, engalanados con su empalagoso y lírico aroma a muerte, y fui en busca del bar, donde los deudos ahogaban las penas y mataban el hambre. Era uno de los pocos locales de la ciudad abiertos de sol a sol porque a la dama de la guadaña le importan un carajo los horarios y convenios sindicales. En una de las mesas, una familia se arremolinaba en torno a unos refrescos y unos cuantos bocadillos marchitos. Más allá, cuatro

hombres mayores, uno calvo y tres de pelo cano, jugaban un mus silencioso, sin cartas y sin señas. Mano a mano fumaban, guardaban silencio y bebían sus cervezas. Predominaba el luto, las corbatas oscuras y las gafas negras. Miré mi chaqueta de ante color marrón claro y mi camisa desabrochada, y me encogí de hombros. Pedí una Coca-Cola al camarero y me acodé en la barra. A mi derecha, dos mujeres de mediana edad cotorreaban de sus cosas y, a mi izquierda, el empleado de la compañía de seguros susurraba por el móvil. Me saludó con una mano pero no le di carrete, no fuese a ser que me metiera una ración de aceitunas de clavo.

El humo de los cigarrillos sobrevolaba el local deshilachándose en nubes mustias, henchidas de pensamientos tétricos. Cuatro vasos de tubo con manchas de espuma en los bordes, abandonados y posados en los extremos de una mesa alargada, parecían cirios apagados adornando la tapa de un ataúd. Los murmullos crujían a mi alrededor como hojarasca entre las lápidas. Allí abajo hasta la Coca-Cola tenía el sabor pegajoso y dulzón de una corona fúnebre con una leyenda apaisada en una cinta roja. Mientras aguardaba que el padre Osorio viniera a buscarme, recordé algunos de mis primeros funerales.

El primer entierro al que asistí no fue el de mi padre ni el de Gema, sino el de la mascota de Pedrín, una tortuga que se llamaba Iñaki, uno de esos pequeños galápagos de agua, verdes y amarillentos, que parecen pintados a mano y que se pasan la vida chapoteando en una isleta cutre con una palmera de plástico. Pedrín se pasaba el día observando el letargo de aquel gusarapo imbécil cuyo único atractivo consistía en que, de tanto en tanto, asomaba la cabeza de la concha. Muchos años después cuidé de un pez luchador tailandés que no es que fuese la alegría de la huerta, pero al lado de Iñaki, la pecera del Señor Rodríguez era un circo de tres pistas. De vez en cuando, Pedrín lograba hacerla reaccionar restregándole un dedo por la jeta y entonces la tortuga se defendía lanzando un mordisco a una velocidad sorprendente para un animalejo cuya actividad límite lindaba con la siesta. El resto del tiempo se movía a cámara lenta por el agua sucia de la isleta, soltando cagarrutas

microscópicas y buscando las lentejuelas de colores en que consistía su comida. La verdad, no había mucha diferencia entre unas y otras.

Una mañana Pedrín apareció en la puerta de mi casa, llorando a moco tendido. Sostenía la tortuga muerta en la palma de la mano y me pidió que lo ayudara a enterrarla.

No es que hiciera falta mucho esfuerzo para cavar un agujero: más bien se trataba de ayuda psicológica. Por el camino, Pedrín me contó que *Iñaki* había amanecido flotando en la isleta, con la cabeza desmayada, incapaz de abrir los ojos. Al cogerlo, soltó una diminuta pompa de agua por la boca, una burbuja que estalló sin un quejido y que encerraba, tal vez, sus últimas palabras. Pedrín se preguntaba qué diablos habría podido pasar para que se le muriera un bicho cuyos augustos parientes de los mares del Sur podían rebasar fácilmente los doscientos años, y yo tuve el detalle de no mencionarle que el agua podrida de la isleta probablemente tenía mucho que ver en el asunto. No era cosa de estropearle otro funeral después de que años atrás se comiera sin querer a su anterior mascota, un pollo con el plumaje cambiado.

Enterramos a Iñaki en un pequeño descampado que había junto a la factoría de Vinos Savin. Fue una ceremonia discreta y rápida: Pedrín cavó un hoyo con las manos en la tierra apelmazada por el invierno y depositó dentro al galápago muerto. Luego tapó el hueco con tierra, se sorbió los mocos y los dos nos quedamos sin saber muy bien qué hacer, mirando aquella tumba en miniatura y soltando nubes de vaho a guisa de responso fúnebre. De repente Pedrín rompió a tararear una parodia de la Marcha Fúnebre, algo que no encajaba del todo con un quelonio difunto y menos aún con sus lágrimas. De regreso al barrio le pregunté por qué había hecho esa tontería que acabó de chafar la posible solemnidad del sepelio.

—No sé —respondió—. Me parecía que había que decir algo.

Ninguno de los animales que amuebló nuestra niñez tuvo demasiada suerte. Andresito el Moco adoptó un chucho vagabundo pero lo trataba tan mal que el animal decidió regresar a la calle. Apenas alzaba un palmo del suelo pero andaba de aquí para allá, chuleando con aquel parche negro que le ganó el apodo de Pirata estampado en uno de sus ojos, mientras el resto de pelo, blanco como el plumón, se iba volviendo gris turbio a fuerza de rascarse

con bordillos y tubos de escape. Pirata intentaba tirarse a todas las hembras a la vista, sin discriminar tamaño ni raza, y se sacudía contra ellas vibrando como si le sacudieran corrientes eléctricas. A veces ni siquiera distinguía la especie, y una tarde se abalanzó sobre las piernas de Lola, que había salido de cacería enfundada en unos zapatos de tacón y unos leotardos que desafiaban todas las leyes de la naturaleza, la decencia y la óptica. El perro empezó a restregarse contra sus tobillos, aferrada a ella como si fuese una Vespa, y Lola lo apartó de una patada, no sin que antes oyera el comentario de un vecino calenturiento: «Hazle un favor al perro, hombre». Lola se volvió y descubrió a un vejete acodado en una ventana, en camiseta, abanicándose con un periódico.

—Házselo tú, que ya has practicado con tu mujer, gordo de mierda.

Aquella afición de Pirata por las hembras desmesuradas le costó cara. Un mal día intentó tomar por asalto la parte trasera de una gran danés con muy malas pulgas. La perra se revolvió, furiosa, y casi parte al violador de una dentellada. El perrillo salió huyendo con tan mala suerte que acabó aplastado bajo las ruedas de un coche.

Poco después del exilio definitivo de Pirata, la madre del Chapas estaba limpiando la terraza cuando la jaula del canario se le resbaló de las manos y cayó por la escalinata del pasadizo. El animalito, que se llamaba Pichurri, sobrevivió de milagro a un aterrizaje de tres pisos, sin contar varias vueltas de campana, pero si no lo hubiera hecho quizá le habrían ido mejor las cosas. A resultas del leñazo, se le partieron las dos patas, no podía erguirse ni levantar la cabeza, y desde entonces se quedaba aplanado en el suelo de la jaula como si hubiera decidido retroceder en la escala biológica, de vuelta hacia el mundo de los reptiles. Cuando su madre bajaba a hacer la compra y nos quedábamos solos en casa, haciendo los deberes, el Chapas se divertía atormentando a aquel canario paralítico. Metía un bolígrafo entre los barrotes, le hurgaba con él en la cabeza y le animaba a que alzara el vuelo.

- —Venga, Pichurri, que lo tuyo es cuento.
- -Richi, no seas cabrón.

Pero sí lo era: un cabrón, un sádico. Si el pájaro no hubiera sido de la familia, seguro que habría cogido unas tijeras y le habría cortado las alas sólo

para divertirse un rato, igual que hacía con los gorriones y las lagartijas que cazaba en el descampado. Una vez cogió a un gato vagabundo del parque y lo ahorcó de un árbol. «Míralo, igual que el borracho» decía, mientras el pobre animal se debatía luchando contra la soga que lo estrangulaba. Tuvo suerte de que llegara yo y pudiera desatarlo antes de que palmara.

El pajarillo vivía aterrorizado y siempre que veía acercarse a alguien, agitaba las alas como si prefigurase sus gloriosos días de ángel cautivo. Con todo, lo que acabó con él no fueron los tormentos del Chapas sino el ansia higiénica de su madre, que no podía ver una pelusa en el salón sin ir a buscar el estropajo y la fregona. Como le pareció que Pichurri se rascaba mucho, hincando el pico entre las plumas, a la pobre mujer no se le ocurrió otra cosa que sacarlo de la jaula, taparle la cabeza con una mano y rociarlo de arriba abajo con una buena dosis de insecticida. En menos de un minuto, el canario se quedó frito.

## —¡Pichurri!

El Chapas me contó que el alarido desgarrador de su madre atravesó toda la casa, brotó por la ventana y le obligó a subir desde el portal, donde estaba jugando a los indios, tres pisos a la carrera. En el salón, acongojadas ante el despojo amarillento del canario con todos los poros de la piel repletos de veneno, su madre y su hermana no podían contener el llanto. El Chapas lo agarró de una pata e iba a tirarlo a la basura cuando su madre le dijo que lo dejara, que Pichurri se había ganado a pulso el honor de que lo embalsamaran. El salón de la casa del Chapas ya estaba decorado con algunas otras aves disecadas —una perdiz, un aguilucho y un mochuelo— que su padre había cazado en su juventud, pero habían perdido la dirección del taxidermista y a la madre no se le ocurrió otra cosa que guardarlo en el frigorífico, envuelto en una bolsa de plástico transparente, antes de que el bicho empezara a oler mal. Entre unas cosas y otras, la familia olvidó el encargo y fue arrinconando la bolsa de plástico tras los cubitos de hielo, entre hornadas de croquetas y gambas congeladas. No lo redescubrieron hasta un año después, cuando llegó el momento de irse de vacaciones: la madre del Chapas estaba descongelando el frigorífico y tropezó de nuevo con el canario.

## —¡Pichurri!

A aquella reedición del grito sepulcral sucedió una nueva tanda de llantos funerales a cargo de la madre y de la hermana del Chapas. El padre y él estaban a favor de tirar aquel despojo a la basura de una vez por todas, pero la madre impuso su criterio por encima de la autoridad paterna y la placa de policía.

- —Pues tú me dirás qué hacemos con este polo de limón —dijo el padre, ya más bien cabreado—. Dentro de nada empezará a chorrear.
  - —Pichurri es como de la familia. Se viene con nosotros.
- —De eso nada —bramó el padre—. En cuanto empiece a oler, lo tiro por la ventanilla del coche. No creo que llegue a Despeñaperros.

Al final la madre llamó a la puerta de una vecina y le preguntó si podía cuidarle el canario. La vecina respondió que por supuesto y entonces, en lugar de una jaula, se encontró entre las manos con una bolsa de plástico y, en su interior, una diminuta y rígida momia.

—La ventaja es que no tenía que cambiarle el agua ni darle lechuga —me dijo el Chapas muerto de risa al regresar del veraneo.

Cuando miro hacia atrás, hacia mi infancia, veo el barrio entero decorado con pájaros en jaulas y trinos cautivos. Casi todo el mundo guardaba un pequeño y ruidoso prisionero en casa, un canario amarillo, un periquito, un loro, un jilguero. Nunca pude entender dónde estaba la gracia de contemplar a un animalito hecho para el vuelo saltando de un palitroque a otro y entonando gorgoritos. Quizá los barrotes servían para recordarnos nuestra misma condición de esclavos. Hasta Gema, cuando se ponía a cantar en su jaula de la terraza, tenía un canario en el piso de abajo que se arrancaba a hacerle compañía.

También en mi casa había una pequeña jaula con un pequeño trovador amarillo. Mi madre le cambiaba el agua y rellenaba de alpiste el comedero, mientras que mi padre traía de vez en cuando de la pescadería un barquillo de jibia, un caparazón inmaculado, blanco como el esternón de un ángel. El animalito se afilaba el pico contra él, como un preso intentando limar los barrotes. No sé si tenía nombre y, si lo tenía, no lo recuerdo. Sólo sé que odiaba verlo ahí, día tras día, encendiéndose cuando le daba un rayo de sol,

balanceándose en su diminuto cautiverio y alegrando las mañanas de mi madre como si fuese una radio hecha de carne y plumas. Un día no lo aguanté más: me subí a una silla, descolgué la jaula, la llevé junto a la ventana y la abrí para soltar al canario. Se quedó titubeando junto a la puerta abierta, como si no pudiera creerse tanta suerte, luego dio un saltito y emprendió un vuelo torpe, encogido, acogotado por tantos años de prisión. Dio una lastimosa vuelta por el aire, intentando alzarse hacia lo alto, apenas una parábola que lo enfrentó de golpe con la inmensidad del cielo, la anchura de la acera, la velocidad insólita de las golondrinas y la selva de los árboles. Giró con torpeza, buscando desesperadamente la ventana desde donde había echado a volar, el tajo abierto en medio de aquella pared encalada, descubrió los barrotes brillando entre las macetas y volvió a colarse por la puerta abierta en la seguridad de su jaula.

El padre Osorio atisbo por la puerta del bar y ya iba a marcharse cuando le hice una seña con la mano. Vino hacia mí pasándose un pañuelo por la frente. Cuando llegó a la barra, se sacó el alzacuellos y se abrió un par de botones de la camisa.

- —¿Le pido algo, padre?
- —Sí. La misma mierda que estás tomando. Con mucho hielo, gracias.

Cuando el camarero le sirvió la Coca-Cola, hurgó en el bolsillo trasero del pantalón, para guardar el alzacuellos, y extrajo una petaca. Aprovechó que el camarero se daba la vuelta para verter un generoso chorro en el refresco que burbujeaba. Fue a servirme otro chorro a mí, pero tapé mi vaso con la mano.

- —Olvidaba que eres un chico bueno —ironizó.
- —¿Qué es? ¿Whisky?
- —Coñac.
- —Siempre sospechamos que guardaba coñac en la sacristía.
- —Cristo prefería vino. Pero los tiempos cambian.

Dio un trago largo a la bebida y, del mismo bolsillo del pantalón donde había guardado la petaca, sacó un paquete de Bisontes y un mechero. Extrajo

un cigarrillo e intentó prenderle fuego sin éxito. Mientras forcejeaba con aquel vulgar encendedor de plástico, recordé de golpe el viejo mechero de yesca que usaba en otros tiempos y que había que prender a manotazos, como si amartillara un revólver. Golpeaba la ruedecilla con la palma de la mano, a la manera de los cazadores prehistóricos frotando piedras, y las chispas centelleaban en medio del gimnasio. A veces le daba con tanto empeño que el mechero saltaba despedazado, la gruesa cuerda anaranjada por un lado, y el cilindro con la rosca por el otro. Después Osorio se pasaba la tarde reconstruyendo las piezas con una delicadeza y una paciencia que parecían incompatibles con sus manazas.

—Peste de cacharros —dijo, apartando el mechero de la cara.

Tuvo que ir a pedir fuego a la mesa del mus espectral. Uno de los jugadores se inclinó y raspó una cerilla. Cuando volvió, Osorio me apuntó con el cigarrillo humeando en los dedos.

- -Esta mañana vino a verme tu amigo, el policía.
- —¿Ricardo?
- —Ese mismo. ¿Le contaste tú algo de Raschid?
- —¿Quién?
- -Raschid. El niño moro, el de las mandarinas.

Conque era eso. La cara de funeral perduraba después de darle el pésame a mi madre porque pensaba que yo me había chivado a la policía sobre su escondite de la sacristía.

- —Nunca me gustaron los chivatos, padre.
- —Entonces explícamelo —dijo, frotando una de sus manos descomunales por el pelo cortado a cepillo—, porque no entiendo un carajo.
- —Es fácil. Richi, Ricardo, sabía que había un chaval moro husmeando cerca de la casa de mi tía el día anterior al incendio. Lo leyó en el informe de la denuncia.

Le conté por encima la pelea que había tenido lugar con uno de los esbirros de Romero, cómo casi le saco un ojo con la esquirla de un vaso roto y cómo algunos de los operarios vieron al crío merodeando por las inmediaciones.

—El resto es más sencillo todavía. Richi no tuvo más que sumar dos y

dos. Sabía, igual que yo, que si hay un huerfanito vagabundeando por el barrio tarde o temprano acabará en su parroquia. Como en los viejos tiempos.

- —Lo negué todo —masculló Osorio, apretando el vaso con una de sus zarpas. Aparté la cara, por si reventaba y me salpicaban los cristales—. Ahora tendré que confesarme por decir mentiras.
  - —Ventajas del cristianismo, padre. Además, son mentiras piadosas.
- —Nunca me gustó la policía. Ni antes, ni ahora. Ese amigo tuyo cree que Raschid es sospechoso del incendio y quiere interrogarlo.
- —Ahora que lo dice, yo también —Osorio levantó sus cejas en dos arcos de medio punto—. Me lo encontré la otra noche, husmeando en unos cubos de basura. Le di cincuenta euros y entonces me fijé en la llavecita que colgaba de su cuello.
- —Cincuenta euros. Ahora entiendo cómo es que no ha vuelto por la parroquia.
  - —Si lo llego a saber entonces, le compro la puta llave.

Osorio sonrió y los dos arcos de medio punto se deshicieron en una techumbre de pelos. Su cara pasó otra vez de catedral gótica a iglesia de pueblo. Aprovechó que el camarero estaba rellenando el lavavajillas para sacar otra vez la petaca y bautizar el vaso. Lo liquidó de un trago. Luego me preguntó para qué quería la llave y le conté la historia de la herencia, la hipoteca y la pequeña caja fuerte portátil que quizá podía sacarnos del apuro.

- —Olvídalo. La de Raschid no es la llave que estás buscando.
- —¿Está seguro?

Osorio afirmó con la cabeza una, dos veces, solemne y eclesiástico como una campana de bronce. Apuró la colilla y, antes de tirarla, encendió otro cigarrillo con la punta de fuego que quedaba.

- —Como de que me voy a morir —dijo bajo un palio de humo—. Es la llave del paraíso y no tiene precio. Para quitársela, primero tendrías que matarlo y luego arrancársela del cuello.
  - —¿La llave del paraíso? Ahora soy yo quien no entiende un carajo.

Llamó al camarero y pagó la cuenta. Regresamos a los jardines del tanatorio y posó una mano sobre mi hombro.

—¿Tienes un momento?

- —Sólo un momento, padre. Quiero acompañar a mi madre.
- —Tiene compañía para rato. No tardaremos nada, ven. Es justo ahí al lado.

Salimos del tanatorio. Madrid se difuminaba en la pecera malva del atardecer, bajo un toldo de árboles que se llevó el aroma meloso de las coronas fúnebres. Al otro lado de un parquecillo anestesiado por la luz veraniega, se alzaba la mezquita de la M-30. Una doble cascada de coches inundaba los carriles pero en mis oídos no salpicaba más que el fragor de un riachuelo lejano. Había unos cuantos chavales jugando al fútbol bajo los árboles y un par de muchachas, cubiertas con chador, charlaban sentadas en un banco. Cuando pasamos a su lado, una de ellas clavó en mí sus hermosos ojos negros.

- —Creía que mirar así lo tenían prohibido por su religión.
- —No seas imbécil —dijo Osorio.

Caminaba tirándose a cada paso del fondillo de sus pantalones de pana, incómodo dentro de aquella vestimenta civil que, con toda seguridad, era ropa de segunda mano prestada de la parroquia. En tiempos del franquismo solía ir de paisano y ni siquiera se ponía el intermitente del alzacuellos, pero cuando cambiaron las tornas le gustaba lucir la sotana. Cuando le preguntaban por qué, decía: «Por llevar la contraria. Al poder siempre hay que llevarle la contraria». A Osorio siempre le había gustado pelear a la contra, viéndolas venir. Lo sabía desde una vez que subió conmigo al *ring*, en el gimnasio de Venancio. Rondaba los cincuenta, y se movía despacio, apoyándose en las cuerdas como si estuviera descansando en la barra de un bar, o bien fijando los pies en el centro y girando con la cadencia de un chotis bailado por un oso pardo. Pero su guardia era impecable y aún guardaba nitroglicerina en la pegada. En su juventud debía de haber sido un adversario de cuidado, de ésos que te tiran a la lona con una sola mano. Me lo demostró en un breve intercambio, al final de un asalto, al cazarme con un puñetazo que apenas le brotó del codo pero que estalló en mi cabeza como una carga de profundidad. Me temblaron las rodillas y eso que sólo se trataba de un entrenamiento.

<sup>—¿</sup>Intenta convertirme al islam, padre?

—No, ya te di por perdido.

Osorio se agachó y cogió un puñado de tierra. Por un momento pensé que iba a ponerse a jugar a las chapas. Fue soltando la tierra despacio mientras uno de los críos dejaba de perseguir la pelota y se lo quedaba mirando.

- —He dedicado toda mi vida a sacar críos de las cloacas —dijo—. Críos como ésos, vinieran de donde vinieran. Las drogas, la pobreza, la violencia, la calle, la cárcel. Unas veces lo he conseguido y otras...
  - —Y otras se tropezó conmigo.

Osorio sonrió. Se puso en pie, el cigarrillo en la boca, sacudiéndose la tierra de las manos. Enfundado en aquella camisa, con sus hechuras de rinoceronte y su cara amasada a puñetazos, no parecía un clérigo sino un expresidiario, un avatar de todos los púgiles salvados por el boxeo a lo largo de los años —criminales ilustres, asesinos rebotados de la cárcel, chorizos de navaja, rateros de tres al cuarto—, todos aquellos ángeles sonados, con narices desfiguradas a golpes, cejas cortadas y pómulos cosidos a costurones, como estigmas de una fe salvaje.

—Contigo o con algo peor. Hace mucho tiempo que conozco a Nidhal, un imán de esta mezquita que se dedica a lo mismo, a intentar guiar a las almas descarriadas por el buen camino. Fue él quien me habló de Raschid.

Antes de entrar a la mezquita, Osorio sorbió el último trago de tabaco. El humo se le enmarañó en la cara y lo apartó a manotazos, como si esparciera el aroma de un botafumeiro. Luego arrojó la colilla más allá de la escalinata, posó una manaza en mi hombro y entramos.

El interior de la mezquita tenía algo de catedral y algo de colegio. Un vigilante custodiaba la puerta, un par de chavales uniformados salían apretando una carpeta contra su pecho, una mujer con chador aguardaba tras la ventanilla de información. Osorio la saludó con la cabeza y seguimos avanzando hasta desembocar en unas escaleras tan blancas como el resto del edificio.

- —Desde fuera no parece tan grande —comenté.
- —La musalla, la sala de oración, queda arriba —murmuró Osorio.

Mientras bajábamos, me explicó que la mezquita también albergaba un colegio, un museo, una biblioteca y varias salas dedicadas a diversos estudios

coránicos. No entendí el resto porque me precedía en el descenso y aún no he aprendido a leer los labios por la espalda. Encontramos a Nidhal cerrando con llave una de las puertas. Era un anciano frágil, muy flaco, de pelo cano y una barba en forma de candado cerrándole la boca. Iba vestido al estilo occidental, con camisa y chaqueta, y llevaba un grueso libro bajo el brazo. Saludó a Osorio con una inclinación de cabeza y luego me estrechó la mano, reteniéndola un momento al tiempo que me examinaba con sus mansos ojos verdes.

- —Gonzalo me ha dicho que estás buscando a Raschid.
- —Bueno, yo...
- —Roberto es un poco tímido, Nidhal —me cortó Osorio, y detecté cierto recochineo en su voz—. La otra noche le dio cincuenta euros.

El anciano volvió a posar en mí sus ojos circundados de arrugas. Enmarcada en una ancha sonrisa, una gran paz se fue extendiendo por toda su cara.

—La limosna es uno de los cimientos sagrados del islam —dijo, mientras me cogía del brazo—. Claro que hará falta más que un poco de dinero para salvar a ese niño.

Arrastraba los pies y se apoyó en mí para caminar hasta la cafetería de la planta baja. Una vez allí, depositó el libro en la mesa y se dejó caer con un suspiro en una de las sillas. Estaba vacía, salvo por el joven camarero que se acercó a atendernos con una bandeja en la mano. Nidhal pidió té, yo dije que no quería nada. El anciano sonreía aliviado mientras se frotaba las rodillas.

- —Tendrías que agenciarte un bastón —dijo Osorio.
- —A estas viejas piernas todavía les queda mucho trabajo —Nidhal se volvió hacia mí y me preguntó—: ¿Dónde viste a Raschid por última vez?
  - —En la calle Valdecanillas, rebuscando en unos cubos de basura.
  - —Llevaba la llave colgada al cuello —intervino Osorio.

Nidhal asintió con la cabeza, mientras el camarero distribuía los vasitos de té. Guardamos silencio mientras aquel líquido caliente donde flotaban hojas verdes iba y volvía de las tazas a la tetera y de la tetera a las tazas. El camarero se alejó y Nidhal rodeó delicadamente con sus manos el vaso de donde brotaban hilachas de humo. Cuando empezó a hablar, más que de su

boca, sus palabras parecían brotar de aquel círculo de vapor.

—Durante la guerra entre Irán e Irak, yo serví en el frente, en las trincheras, como enfermero de la media luna roja. Allí vi cómo los iraníes lanzaban oleadas de niños contra nuestros campos de minas, niños indefensos que no llevaban más que una llavecita colgada al cuello y un pañuelo negro atado en la frente. Mártires chiíes: cientos de niños, miles de ellos que caminaban rezando hasta que una mina estallaba bajo sus pies. Entonces otro niño tomaba el lugar del anterior para avanzar unos pasos más hasta que pisaba otra mina y reventaba hecho pedazos.

Nidhal se detuvo y sopló el vaso de té. El humo se dispersó, entretejiendo sus recuerdos en una telaraña de arrugas. Un solo pliegue vertical asomaba entre sus peludas cejas, apuntalando todo el dolor de la cara.

—El sol caía a plomo sobre la llanura, kilómetros y kilómetros de campos minados, pero nuestros soldados eran incapaces de disparar sobre aquella marea humana que marchaba en oleadas, cantando hacia la muerte. Los veíamos morir uno a uno, a docenas, a puñados. Oíamos las explosiones, veíamos la columna de humo y sabíamos que otra pequeña alma había subido al paraíso —bebió un sorbo de té, el calor se le pegó a los labios—. Porque de eso se trataba, del paraíso. Les habían prometido el paraíso, les habían colgado a cada uno una llave del cuello y les habían asegurado que aquélla era la llave que abría las puertas del cielo.

Osorio embuchó su té de un solo trago, lo mantuvo en la boca unos segundos, al estilo de un flemón, y luego lo pasó por el gaznate sin el menor gesto de placer, como si intentara pasar por la garganta, cuanto antes, aquel recuerdo horrible.

- —Un día uno de los niños llegó a nuestras filas. Se llamaba Ahmed, apenas tendría diez años y nos lo encontramos enganchado en las alambradas. No dejaba de rezar, llevaba la ropa salpicada de polvo y sangre, los ojos abiertos de par en par, deslumbrados, alucinados. Me fijé en la llave que llevaba al cuello: era de plástico y decía *made in Taiwan*.
  - —Un paraíso muy barato —masculló Osorio.
- —Lo primero que hizo cuando comprendió que estaba vivo, que había sobrevivido a la masacre que seguía diezmando a sus compañeros, fue

soltarse de mis brazos y correr otra vez hacia las minas. Tuvimos que atarlo a la cama, estaba enloquecido. Intenté explicarle que lo habían engañado, que no había atajos para el paraíso, que el islam no podía tolerar aquella atrocidad. Curé lo mejor que supe sus heridas, y por las tardes, mientras temblaba de fiebre, le leía suras del Corán pero nunca logré arrancar las raíces del odio de su alma. Algún tiempo después, en la enfermería, Ahmed me contó que lo que había visto mientras cruzaba los campos de batalla no eran niños destrozados por las minas sino ángeles que cruzaban el cielo en todas direcciones.

Intenté imaginar aquel horror, pero no pude. Una extensión de cráteres humeantes, cuerpos volando por los aires, brazos y piernas sembrados en el suelo mientras unos niños marchaban cantando, como si fueran de excursión al más allá. Sólo soy un tío de barrio y la imaginación no me da para tanto. Uno de los curas de los salesianos nos dijo que éramos afortunados, porque nuestra generación iba a vivir el fin del mundo, el apocalipsis encarnado. Puede que el hombre tuviera razón, pero se había equivocado de país. Había que ser capullo.

—Con el tiempo, Ahmed regresó a Irán, a su casa. No pude hacer nada por retenerlo, aún hervía dentro de él la sangre de todos aquellos niños muertos. Siempre llevaba colgando al cuello la llave del paraíso, aquella llave de plástico que ni siquiera servía para abrir un cofre de juguete. Sus padres habían muerto y entonces Ahmed tuvo que cuidar de su hermano pequeño, Raschid. Yo le escribí muchas veces para que volviera conmigo y me ayudara en la tarea de salvar otros niños, pero él nunca respondió. Un amigo mío, un médico iraní, me contó que murió en un atentado suicida, en Jerusalén, antes de cumplir veinte años.

Nidhal seguía calentándose las manos en el círculo de vapor. Levantó el vaso, soplando levemente, y bebió el té a pequeños sorbos.

—Ese mismo amigo localizó a Raschid en un suburbio de Teherán y logró traerlo hasta aquí. Llegó hace sólo unos meses y me encontré con un muchacho obediente y callado, al que le gustaba sentarse solo, leyendo el Corán. Apenas salía a la calle y no jugaba con otros niños. Comprendí de inmediato que carecía de cualquier vínculo con el mundo salvo el fanatismo

que le había inculcado su hermano. Que Raschid había quedado huérfano casi desde el momento de nacer y que en lugar de cuentos y fábulas había crecido oyendo una y otra vez la historia de los campos de minas iraquíes y los pequeños ángeles que subían al paraíso hechos pedazos. No tenía ni un solo juguete, salvo una pequeña llave metálica que su hermano le había regalado el día en que cumplió siete años.

—La llave del paraíso —murmuré.

Nidhal asintió y dejó la taza de té sobre la mesa. Acarició despacio la cubierta del libro. Las letras impresas en el lomo parecían escritas con fideos.

- —Escapó corriendo el día en que le pregunté para qué necesitaba un candado, si aquí nadie iba a robar sus cosas. Fui un estúpido.
- —No es culpa tuya —terció Osorio—. Al fin y al cabo, las llaves del paraíso son de plástico y se fabrican en Taiwán.
- —Raschid no tiene amigos ni parientes, no tiene a nadie, excepto a mí. No hay nada que lo ate a este mundo salvo esa llavecita de metal. Eso y los recuerdos de guerra de Ahmed, la leyenda de un hermano mártir que se inmoló en un autobús, en Israel. Gonzalo, Roberto —dijo, apretando mi mano —: Es muy importante que lo encontréis. Os lo agradeceré siempre.

La sonrisa de Nidhal resplandecía todavía en mis ojos cuando salimos otra vez a la calle. El crepúsculo había teñido las blancas piedras de la mezquita con un aura de sangre. No sabía qué decir para expresar la rabia que me bullía por dentro. Osorio se detuvo para sacar un cigarrillo. Hablé mientras miraba sin ver el parque solitario, los bancos vacíos, el césped donde hace un instante jugaban los niños.

- —¿Cómo cojones...? —empecé sin saber muy bien cómo seguir—. ¿Quién coño puede hacer algo así? Coger un puñado de críos, engañarlos con una patraña y usarlos de cebo humano para explotar minas. ¿Cómo es posible que llamen religión a eso?
- —No te confundas, Robertín —dijo Osorio en el mejor estilo de sus charlas de gimnasio—. El islam no tiene nada que ver con eso. En todas las religiones hay santos y hay canallas.
- —No es que yo haya ido mucho a misa, padre. Pero nunca me dijeron que me cargara una mochila con bombas y que estallara un autobús de infieles

para subir más pronto al cielo.

- —Claro, pero sólo porque el cristianismo es varios siglos más viejo que el islam. Hace siglos que pasó por todas las enfermedades religiosas juveniles.
  - —Lo dice como si se tratara del acné.
- —Es un poco más serio que el acné —Osorio se sentó en un banco y estiró las piernas—. Mira, a principios del siglo XIII, miles de niños cruzaron media Europa con la esperanza de llegar hasta el Mediterráneo. Esperaban que se abrieran las aguas con un milagro y así ellos podrían pasar y liberar los Santos Lugares. No se sabe muy bien quién les metió aquella idea en la cabeza pero los frailes hicieron un buen negocio con los críos. Unos se hundieron en los barcos, otros murieron de hambre o de agotamiento, unos pocos lograron regresar a sus casas. Pero muchos de ellos fueron vendidos como esclavos en Túnez.
  - —Muy bien, padre. Y los musulmanes nos acaban de empatar el partido.
- —La maldad pasta en el corazón humano. No sabe de colores ni religiones. Lo único seguro es que tenemos que salvar a ese niño.
- —Nadie puede salvar a ese niño, padre. ¿No ha oído lo que ha contado su amigo ahí dentro? Su hermano se explotó en diferido, con un montón de gente alrededor. ¿No hubiera sido mejor que estallara la primera vez, cuando caminaba sobre las minas, o dejarle que se pudriera en esa alambrada?

Osorio movió la cabeza a derecha e izquierda, con el cigarrillo en la boca y los ojos entrecerrados. Se lo quitó de la boca para replicarme.

- —Ahmed era un fanático, es cierto. Pero aun así había que darle una oportunidad. No sé mucho de teología islámica, pero seguro que ellos tienen algo semejante al arrepentimiento y al perdón.
  - —Según ustedes, los curas, todo puede ser perdonado.
  - —Todo. Así es.
  - —Incluso el asesinato.
- —Incluso el asesinato. Incluso la crucifixión de Cristo, la muerte de esos niños, la muerte de esos pobres inocentes que viajaban en el autobús y que tampoco tenían culpa alguna.
  - —Usted cree en los milagros, padre.
  - —Claro que creo —dijo expulsando el humo en una nube eclesiástica—.

Pero los milagros no tienen nada que ver. Es un asunto de la libertad humana, de la humana posibilidad de elegir.

- —¿Usted cree que ese niño, Raschid, tiene posibilidad de elegir? Ese crío suelto por el barrio es una puta bomba de relojería. Con toda la mierda que su hermano le estuvo metiendo por las orejas desde que nació, con toda la sangre que ha mamado, ¿de verdad cree que puede elegir?
  - —Si no lo creyera, no llevaría esta sotana, hijo.
  - —Yo no llevo sotana. Ésa es la diferencia entre usted y yo.

Osorio negó otra vez con la cabeza. Le faltaba una para montar un dúo con San Pedro.

- —No, Robertín. No es que no lo creas: es que no quieres creerlo. Si lo hicieras, tendrías que reconsiderar toda tu vida. No podrías echarle la culpa a tu pasado, al barrio o a las malas compañías.
- —Vaya, padre —sonreí—. Hacía mucho tiempo que no me soltaba un buen sermón. ¿Tal vez debería confesarme para que rematara la faena?
- —¿Para qué? —dijo Osorio, poniéndose en pie. Tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato—. La confesión se basa en la creencia íntima de que uno puede cambiar. Tú no crees que se pueda. Por eso sigues siendo un matón.
  - —Amén —dije.
  - —Sí, ríete. Pero deberías pensar qué vas a ser cuando seas mayor.

«Aún no lo sé» susurré mientras veía a Osorio alejarse, la enorme espalda bamboleándose como un bloque de hormigón enfundado en una camisa a cuadros. «Cualquier cosa menos niño». Di media vuelta y regresé al tanatorio. Pero Osorio tenía razón. Un día de éstos tendría que ponerme a pensarlo.

## SIETE

El sermón de Osorio me estuvo escociendo toda la puta noche. Algunas frases dolían como puñetazos una vez se quedan fríos, hinchándose sobre la cara, hurgando en el hígado y las tripas. En la penumbra del tanatorio, mientras mi madre iba pasando las cuentas del rosario, sus palabras volvían una y otra vez a mi cabeza, pegoteadas con el aroma rancio del tabaco. Ave María, llena eres de gracia. Nunca deseé fumar tanto desde que era adolescente. Allí poca cosa más podía hacerse, aparte de dar cabezadas contra el sofá, que inocularse un poco de veneno en los pulmones. Resulta que sí se podía cambiar, que todavía estaba a tiempo de aceptar el trabajo que me ofrecía la viuda de Sampere, casarme con Lola, llevar una vida que no consistiese únicamente en dar tumbos y pegar hostias. Siempre estaba a tiempo de buscar un trabajo de verdad, empezar a fumar, sentar la cabeza, echar tripa. Imaginé que cada mañana despertaba a Tania con un beso y la acompañaba luego a la escuela. Que cada noche me dormía al lado de Lola, una mano apoyada en su cadera y mi respiración escarbando en su pelo.

La monótona llovizna de la letanía fue calándome hasta que desperté desnucado contra el sofá. Me froté el cuello, masqué la pasta blanquecina de la modorra en la boca y miré el reloj donde las manecillas metían mano a las horas más castas de la mañana. Me volví hacia mi madre, que había resistido toda la noche aferrada únicamente a su rosario, y me pareció que las varices le habían trepado hasta la cara. Le dije que se durmiera un rato, pero no quiso, así que aguantamos juntos el despliegue del amanecer, esa navaja automática necia y fría en la que se palpan los tumores, se planean los crímenes, se cumplen las ejecuciones y se fraguan los divorcios, incluido el

del sol y la luna. Me levanté para estirar las piernas y eché una última ojeada a mi tía. En aquella penumbra fantasmal, con su cara empolvada y sus carnes tumefactas, tenía toda la pinta de un buque desahuciado a punto de zarpar, un galeón engalanado con cintas, pulseras y un collar de perlas falsas. Sólo faltaba el confeti.

—Adiós, tiita —susurré—. Espero que en el infierno haya un bingo.

Salí al jardín para tomar un poco el fresco, y casi me tropecé con el empleado de la funeraria cuando entraba en la sala de espera. Daba asco verlo todo trajeado y perfumado, el pelo rubio domesticado en ondas, con la misma corbata jaspeada de la víspera y la misma sonrisa profesional pegada a la jeta.

- —¿Todo bien? —preguntó, y parecía que lo decía en serio.
- —Cojonudo. El suelo ha resistido sin agrietarse. Sólo espero que no se rompa el camión cuando la lleven al cementerio.

Vadeó mi comentario con un perfecto giro de cintura y me enseñó donde tenía que firmar los papeles. No hizo falta camión, bastó una de esas limusinas negras donde los muertos toman el último bronceado antes de regresar a su quehacer de muertos. La ceremonia fue breve, sencilla y aséptica: mientras mi madre se apoyaba en mi hombro, un par de vecinas se acercaron para cerciorarse de que mi tía no intentaba salir del hoyo. El albañil colocó los ladrillos a conciencia, con doble ración de cemento fresco, como si supiera que aquel cadáver gordo bien le podía pegar una patada al cajón y amargarle el día. A mi madre se le iban los ojos hacia la fila de abajo, donde mi padre dormía el sueño eterno detrás de una foto en blanco y negro poco favorecedora y una jardinera de metal con unas cuantas flores mustias. Arranqué un buen puñado de la corona de mi tía, las dejé dentro y las regué con un cazo. Un rayo de sol doraba el agua sucia del bidón y, al dejar reposar de nuevo el cazo, el alma de mi padre tembló de rabia. El padre Osorio estuvo menos inspirado en su responso fúnebre que en el sermón que me había echado por la noche. Tampoco tenía mucho donde agarrarse fuera de un par de fechas y un montón de materia biodegradable. Cuando mi tía Angustias dejó de respirar, muchos vecinos respiraron, pero mejor no darle pistas al fiscal divino. Lo único bueno que podía decirse de ella cabía en un telegrama.

Fue difícil convencer a mi madre de que tomáramos un taxi para regresar a casa. Decía que para qué malgastar dinero cuando había una parada de autobús a dos manzanas de distancia. Era el mismo tipo de mentalidad medieval que le había dejado las piernas rellenas de orugas verdes. Después de una noche de guardia en el tanatorio, un paseo matinal por el cementerio y media hora de plantón delante del nicho familiar no iba a ponerme a discutir, así que la embutí a empujones en el primer taxi libre que pasaba, la llevé hasta casa y la metí en la cama a la fuerza.

- —¿Quieres que te ponga el pijama?
- —Hijo, qué bruto eres.
- —Tengo a quien parecerme —dije, apagando la luz—. Anda, hazme el favor de descansar.

Aproveché el taxi que esperaba en la puerta y le dije al conductor que pusiera rumbo a la Plaza de España. A pesar de la rapidez con que se había desarrollado el entierro, los pensamientos fúnebres habían tenido tiempo de germinar en mi cabeza. Bajé la ventanilla a tope para que el aire tóxico de Madrid me limpiase el sabor a ultratumba de la boca. Polvo éramos y al polvo regresábamos, más temprano o más tarde. Siempre me había preguntado si la expresión «echar un polvo» se le había ocurrido a alguien después de asistir a un funeral. Pensaba en Lola, sí, pero no tanto en sus curvas como en las cosas que sabía de mí, los secretos que nunca había contado a nadie. Sentía cosquillas en el corazón al pensar en ella. Hubo una vez una bailarina, una mujer preciosa, pero no era más que una niña pija ansiosa por triunfar, y emparejarme con ella habría sido como uncir una yegua purasangre a la carreta de un buey sordo.

—¿Aquí mismo, amigo?

Era la tercera vez que me preguntaba. Había tenido que girarse en el asiento. Estábamos parados en un semáforo que acababa de cambiar al verde y detrás de nosotros una fila de coches ofrecía un recital de claxon.

- —¿Usted no sabrá por casualidad dónde están las oficinas de Sampere Construcciones, verdad?
  - —Mi cultura no llega a tanto.
  - —Lo suponía.

Para saber aquello habría tenido que estudiar en una tienda de tatuajes. Pagué la carrera y me bajé del taxi. Media hora, dos bares, dos cafés y un volumen de Páginas Amarillas después, me encontré delante del portal al que me había llevado el Lenteja, duplicado en aquel gran espejo adornado con filigranas de oro barato. El portero me preguntó dónde coño iba y torció la cara cuando le dije que a la tercera planta. Con la ropa planchada en un sofá del tanatorio, no tenía mucha pinta de comprador de inmuebles.

- —No juzgue por las apariencias —dije, apretando el botón del ascensor
  —. En realidad, nado en la abundancia.
  - —La señora Sampere no me dijo que esperase visita.
  - —Afile el oído, traigo buenas noticias. Créame, se alegrará de verme.

El ascensor me quedaba estrecho y traqueteaba con hechuras de ataúd en su último viaje, pero subía en vez de bajar, lo cual era un consuelo. Seguí la lengua amarillenta de la moqueta hasta que encontré el cartel blanco con letras azules. La puerta, de nuevo, estaba entreabierta y asomé la cabeza sólo para descubrir a la viuda de Sampere en su silla de ruedas, intentando izarse hasta el cajón más alto de un archivador.

- —Buenos días, Carmen.
- —Hombre, el boxeador —dijo, sin mostrar la menor sorpresa por mi visita—. ¿Puede echarme una mano?

Agarré la carpeta que sostenía en sus rodillas, abrí el cajón del archivador y pregunté dónde la dejaba.

- —Mientras sea ahí dentro, donde quiera. Es la M de «mierda».
- -Está bastante lleno por lo que veo.
- —La mierda abunda —dijo, encogiéndose de hombros. Luego giró las ruedas y dirigió la silla hacia su despacho—. Mi secretaria ha salido a desayunar y debe de ir ya por el tercer donut, pero puede servirse un café si lo desea.

Señaló una cafetera portátil en una repisa, junto a una torre de vasos de plástico y una caja de galletas.

- —Ya he desayunado, gracias.
- —Sírvame uno a mí entonces, ¿quiere?

Hizo un mohín que en otros tiempos, quizá, le habría valido aplausos.

Pero no buscaba una cita ni una portada de revista, sino guardar el centro del cuadrilátero y dejar claro quién sostenía las riendas. Primero me había vestido la chaqueta de secretaria y luego la minifalda de camarera. En condiciones normales la hubiese archivado en el cajón más alto del fichero, pero eché un vistazo a su montura de metal y me dio lástima. Además necesitaba hablar con ella, de modo que así la cafetera y rellené uno de los vasos.

—Con dos terrones, por favor.

Los eché dentro, cogí una cucharilla de plástico y le acerqué el vaso hasta la mesa.

- —Remuévalo fuerte. Me gusta bien agitado.
- —A sus brazos no les pasa nada. Un poco de ejercicio les vendrá bien, venga.
  - —Me preguntaba hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Sonrió y sacó un cigarrillo de la pitillera. Tomé asiento en el sillón que había frente a su mesa mientras encendía el cigarrillo con un ademán de vampiresa pasado de fecha.

- —Eso depende —dije, manoteando el humo que llegaba hasta mi cara—. Aprendí algo de urbanidad en el colegio, lo justo para comer con cubiertos y no eructar en la mesa. Pero puedo ser bastante bruto si me lo propongo.
  - —Veo que esta vez no ha traído el gato.
  - —No. Me abandonó por una gatita persa.
- —Cuánta deslealtad. Si me lo hubiera vendido a mí, habría salido ganando.
- —Sí, pero él hubiera acabado capado —empezaba a hartarme de todos aquellos preliminares. Fui directo al centro del cuadrilátero—. De todas formas, si no recuerdo mal, a usted le interesaba comprar otra cosa.

La viuda echó un trago al vaso de café y después le hizo la manicura al cigarrillo.

- —¿Qué le hace suponer que sigo interesada en la casa? Por lo que me han contado, ahora es sólo un montón de escombros.
- —No crea, sólo necesita unos pocos arreglos y una buena mano de pintura. Además, lo que es la casa se la trae floja. Los terrenos siguen estando donde estaban.

- —¿Sabe qué? —terminó el café y arrojó el vaso a la papelera—. Le faltan cojones. Mañana se sabrá cuál es la ciudad elegida como sede olímpica. Si sale Madrid, usted podría pedirme lo que quisiera por ese montón de estiércol.
- —Ya —me rasqué la mejilla en el mejor estilo paleto—. Lo que pasa es que no creo mucho en los juegos de azar. Con la suerte que tengo, en vez de Madrid saldría Navalcarnero.
- —Y entonces usted se quedaría únicamente con cuatro muros chamuscados y una bonita hipoteca.

Me había cazado contra las cuerdas y lo sabía de sobra. Seguí rascándome la mejilla. No veía qué otra cosa podía hacer.

- —No me mire así. En un negocio como el mío hay que estar bien informada.
- —No lo dudo —dije al fin—. Lo que ignoraba es que las deudas de mi tía apareciesen en la sección de famosos del *Hola*.

Carmen apagó el cigarrillo contra el cenicero de porcelana, barajó los papeles que tenía sobre la mesa y sacó un portafolio. Me lo acercó para que echara un vistazo. Lo examiné un buen rato pero no entendí gran cosa.

- —Disculpe, pero he dejado a mi equipo de abogados aparcando el coche. ¿Qué se supone que es esto?
- —Me cae usted bien, Roberto. Tiene gracia y eso ya es mucho en estos tiempos. Le ofrezco comprarle la casa de su tía por el montante de la hipoteca más todos los gastos de papeleo, notaría y bancos incluidos. Sólo tiene que firmar abajo, a la derecha.

Pasé una a una las hojas del contrato. Hacía muchos años que no firmaba nada, desde los tiempos en que Venancio preparaba mis combates. Los papeles siempre me habían apabullado: por las cloacas donde me movía bastaba con un apretón de manos. En mi actual negocio convenía no dejar más rastros que unas gotas de sangre y unos huesos rotos.

- —Me imagino que estoy haciendo el canelo, ¿no? —dije mientras cogía un bolígrafo del elegante cubilete que flanqueaba su mesa.
- —Se lo diré mañana. Quizá entonces tenga que archivar ese portafolio en la M. Firme a un lado en todas las hojas y al final en la última.

—Como comprenderá, me da un poco igual. Nunca me gustó el boxeo olímpico.

Terminé de firmar y le devolví el portafolio. Carmen comprobó las hojas una a una, concienzudamente. Como tenía para rato, rebusqué en los bolsillos y saqué un caramelo. Ella levantó los ojos del contrato, enarcando unas cejas que parecían gaviotas dibujadas por un crío.

- —¿Quiere uno? No llevan azúcar.
- —Demasiado dulce para mí —ordenó los papeles contra la mesa, como si fueran un mazo de cartas—. Vuelva por aquí pronto. No soy rencorosa y haya villa olímpica o no, habrá que empezar las obras. Quizá le interese todavía ese puesto de jefe de seguridad.

Me levanté del asiento rascándome de nuevo la mejilla, aunque esta vez no fingía.

- —Me sorprende usted, señora. Puede que acepte, gracias.
- —A lo mejor le acaba gustando el boxeo olímpico.

Maniobró con la silla de ruedas para esquivar el escollo de la mesa y así poder estrechar mi mano. En su frente las gaviotas alzaron el vuelo pero la curva de la sonrisa seguía siendo mercantil. No pude evitar fijar los ojos en sus pies.

- —¿Le gusta mi forma de bailar?
- —No. Me gustan sus zapatos.

Era verdad. Un par de zapatos rojos de tacón alto, como sólo se ven en ciertos sueños no aptos para menores. Tersos, brillantes, sin usar. Encima de la plataforma negra de la silla de ruedas, con aquel par de tobillos muertos alojados dentro, parecían expuestos en un muestrario. La viuda se encogió de hombros.

- —Italianos —dijo—. Como no siento nada en los pies, puedo calzarme lo que me dé la gana. Éstos son dos tallas más pequeños, creo.
- —Se nota. Pero sentada en esa silla me recuerda usted a alguien. Una amiga de la infancia. Se llamaba Gema.
  - —¿Nació paralítica?
- —No, los médicos la cagaron al poco de nacer ella. Ahora tendría más o menos mi edad.

- —Lo mío también fue un accidente. Mi marido se salió de la carretera en una autopista.
  - —Lo siento.
  - —Él no sintió nada. Se mató en el acto.

Me despedí con un gesto y giré para salir. El caramelo se había disuelto en una burbuja de amargura y no me apetecía seguir hablando. Pero la viuda de Sampere se asomó por la puerta de la oficina cuando ya agarraba el tirador de la puerta.

—Ha dicho que su amiga tendría más o menos su edad. ¿De qué murió?

Me volví un instante hacia ella. Sentada en su jaula a ruedas, con su pelo rubio ángel y su maquillaje carísimo, nunca podría ser Gema. Nunca podría haberlo sido, jamás las habrían confundido en las listas de la contabilidad celestial, allí donde acabábamos todos, pobres y ricos: los millonarios que se rompen el cuello en una carretera y los niños que suben a los cielos a trozos, acariciando una llave de plástico.

- —La encontraron flotando en una piscina.
- —¿Se ahogó?
- —No, señora —negué con la cabeza—. No se ahogó. Le encantaba nadar. A pesar de sus piernas inútiles nadaba como una sirena.

Abrí la puerta y las palabras me vinieron a la boca como una bilis, como una veta ácida del caramelo.

—La mataron.

Cuando salí de nuevo a la calle, todo me parecía falso. El portero que me miró de reojo al salir, la señora que paseaba su perrito por la acera, el sol brillando en lo alto como un clavo de latón. Todo excepto las palabras que acababa de pronunciar. Era la primera vez que las decía en voz alta y me habría gustado oír cómo sonaban fuera del salón destartalado de mi cráneo. Me había costado veintitantos años expresarlas, sacarlas fuera de mí, de ese montón de prejuicios, compromisos y frases hechas con que se va haciendo la vida. Lo sabía desde el primer día, desde que Pedrín, sentado a mi lado en el pupitre, me tiró de la manga de la chaqueta y me susurró al oído que habían

encontrado a Gema flotando en la piscina. Desde entonces, desde que se estableció casi de inmediato la versión oficial, yo sabía que no podía ser cierto, que Gema nadaba demasiado bien para haberse ahogado, que nunca habría cometido la tontería de ir a nadar sola a la piscina, a las ocho de la mañana, y menos aún con la ropa puesta. Lo sabía cuando fui a su entierro, donde su madre ocultaba su dolor detrás de unas gafas negras mientras que su padre, el pescadero, lloraba a lágrima viva sin que le importara una mierda que todos los presentes viéramos aquellos goterones resbalando por su cara de ogro como si alguien se hubiera dejado un grifo abierto.

No fue como mis otros entierros: la tortuga de Pedrín cubierta bajo un montón de tierra, el canario congelado del Chapas. Ni siquiera como la misa por el alma de mi padre, cuando estrené corbata y pantalones largos. Al fin y al cabo, mi padre se había trabajado el hígado a fondo antes de entregarlo a los médicos, pero la muerte de un niño tiene un sabor a injusticia absoluta, a error garrafal en el gran plan divino. Volví a sentir esa hiel en la boca la mañana en que salí del metro de San Blas y vi los jardines de la piscina frente al parque de bomberos. Lo estaba paladeando desde que había visto a Carmen deslizándose en su silla de ruedas elegante y bien engrasada.

Me senté en un banco frente al templo de Debod. Aquel trozo del antiguo Egipto encajonado en Madrid también tenía olor a cementerio, como si albergara los restos de un faraón arruinado que se hubiera jugado los cuartos a los escarabajos y que, a la hora de morir, fuese incapaz de pagarse una pirámide. Una chica preciosa corría por el sendero de tierra, aislada del mundo por la sordera prefabricada de unos cascos, unos cables que le brotaban de las orejas, le contorneaban el cuerpo como abalorios de la quinta dinastía y se perdían en algún lugar de la cintura. El jeroglífico de su ombligo al descubierto y el vaivén de su culo enfundado en unos pantaloncitos cortos desmentían la solemnidad de aquellas piedras trasladadas desde otro continente y de aquella agua endomingada que reflejaba un cielo vacío. Recién regado, brillante por las gotas, el césped cortado a cepillo festoneaba su carrera. A pesar del mamotreto egipcio, todo el parque rebosaba una impresión de salud, como si Dios acabara de pegarse una ducha.

Me metí otro caramelo en la boca. El sabor llegaba repatriado desde

viejas tardes de infancia gastadas en chupachups, tiras de regaliz y polos caseros. En verano nuestras madres rellenaban un molde de plástico con naranjada o Coca-Cola, lo metían al frigorífico y un par de horas después, cuando el frío iba formando una costra, introducían unos palitroques de ésos que te regalaba el médico después de inspeccionarte la garganta. El resultado era un trozo de hielo coloreado que se quedaba sin sangre al segundo lametón. Había que comerse el polo en dos bocados y guardarse el palitroque en el bolsillo para la próxima tanda. Pasaba por el portal con uno de limonada en la mano —mi favorito— cuando vi a Gema sentada en su silla de ruedas, bajo la sombra de los plátanos.

—¿Me das un poco? —dijo.

Sabía que le encantaban los dulces, así que me encogí de hombros y se lo di entero.

—Nos lo comeremos juntos. ¿O ibas a algún sitio?

Estuve a punto de decirle que sí, que iba a ver una acera que estaban arreglando en el barrio, enfrente de Azulejos Gascón. Pedrín me había avisado porque los obreros acababan de marcharse y el cemento todavía estaba fresco. En cambio, ella no tenía nada que hacer excepto ver pasar las moscas.

—No. Sólo estaba paseando.

Mientras lamía despacio el polo, Gema me contó que había vuelto a ver salir la vecina del quinto con su perro. Dijo que se había fijado muy bien, que el perro llevaba un collar nuevo y que seguramente iba a entregar un mensaje secreto.

- —Lástima que no estuvieras aquí para seguirla.
- —No —dije sentándome en cuclillas a su lado—. Estuve en la feria.
- —¿Viste a la niña-araña?

Los ojos casi se le desencajaban de las órbitas por la expectación. Me agaché más aún, pensando de antemano en la trola que iba a inventarme.

—Sí. La vi por una rendija del carromato.

El polo se quedó en su mano, goteando, mientras improvisaba una serie de mentiras, a cual más gorda. Le dije que había encontrado una rendija en el carromato y que pude asomarme por ella y ver el espectáculo. Que la niña

estaba metida en una urna de cristal y que podía verla de vez en cuando entre las piernas de los espectadores. Le conté que la habían encontrado en la selva amazónica y modelé su aspecto a partir del dibujo del cartel: la cabeza de una niña rubia de la que brotaban ocho largas patas.

- —¿Hablaba?
- —Sí. Respondía a todas las preguntas que le hacían. Tenía un micrófono para amplificar la voz, para que a la gente no se le ocurriera acercarse.
  - —¿La gente no podía acercarse?
  - —No. Decía que se alimentaba de carne humana.

Gema se echó a reír. Luego miró el polo, que casi se había derretido entre sus dedos, y lo tiró a la tierra.

- —Sería para que la dejaran en paz, seguro. ¿A ti te pareció peligrosa? ¿Te pareció que podía atacar a alguien?
  - —No —me rasqué la cabeza—. La verdad es que no.
  - —¿Era guapa?

Recordé el cartel donde se veía a una niña rubia cargando con aquel reguero de patas y, como si fuera a calcar el dibujo, lo coloqué mentalmente encima de la silla de ruedas, ese otro monstruo de metal en el que Gema iba a todas partes.

—Sí. Era muy guapa.

Me pidió que la describiera exactamente, pero yo no recordaba tantos detalles del cartel, así que tuve que pedirle prestado a Gema el color de sus ojos, la forma del pelo, su sonrisa y sus dientes, esperando que no se diera cuenta de donde había sacado el retrato.

- —¿Y parecía triste?
- —Sí, parecía triste. Aunque le gustaba reírse, se reía del miedo de la gente. Yo creo que prefería que la temieran a que la compadecieran.

Gema se quedó un momento pensativa. El sol de la tarde, cayendo a través de la hoja del plátano, se derramaba en calderilla tibia sobre las flores de su vestido y la piel de sus brazos.

- —¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó al fin.
- —Bruma.
- -Bruma. Qué nombre tan bonito. Me habría gustado conocerla. Si mi

padre me hubiera llevado, quizá habríamos podido hacernos amigas.

Durante unos instantes vacilé, no supe qué decirle. Podía decirle que no, que era imposible que la viera porque los niños tenían prohibida la entrada, que incluso yo había tenido que espiarla a través de una rendija, que la mantenían prisionera dentro de aquel carromato para que no aterrorizara a la gente con sus patas de araña. Pero también podía arrinconar las mentiras, decirle que no había ninguna araña, que todo consistía en un truco de espejos, que Bruma probablemente ni siquiera se llamaba Bruma, que después de la función se transformaba en una niña normal y corriente que podía caminar sobre dos pies como todas las niñas. Todas excepto ella. Decirle que únicamente había un monstruo, no una araña, sino una sirena enjaulada en una silla de ruedas, una niña a la que mostraban gratis en una terraza, cantando canciones infantiles, y a la que llevaban a nadar todos los días con la esperanza de que no supiera nunca que estaba condenada.

- —Quizá podría curarse con alguna operación —murmuró, y su murmullo tenía la misma cadencia de un sueño en voz alta, esa voz pastosa que emerge de los labios cuando estamos dormidos—. No sé, injertar su cabeza en el cuerpo de una niña que hubiera muerto en un accidente.
  - —Quizá —repetí, dibujando con el dedo en la arena.

Antes de que empezáramos a urdir un plan de rescate para salvar a Bruma, apareció Pedrín gritando que dónde me había metido. Por lo visto, todos los chavales del barrio habían dejado su huella en el cemento fresco y sólo faltaba yo. Pero me vio agachado junto a Gema y sus explicaciones se cortaron en seco.

- —Ven —le dije, poniéndome en pie—. Voy a presentarte a alguien. Gema, mi amigo Pedrín. Pedrín, ésta es Gema.
  - Encantado dijo Pedrín, enrojeciendo hasta las orejas.

Me divertí observando cómo tartamudeaba. Se inclinó al estilo de un galán de película para besarle la mano. Mientras extendía desmayadamente el brazo, Gema también disfrutó de su turbación. Al final, Pedrín balbuceó una disculpa, se despidió y salió corriendo.

—Parece que tus amigos te esperan —comentó Gema.

De repente tuve una idea. Normalmente no tengo muchas ideas, al menos

no muchas que no tengan que ver con romperle la cara a alguien, y por eso mismo me sorprendió lo fácil y brillante que era. ¿Cómo no se me habría ocurrido antes?

- —Bien, vamos a verlos —dije, cogiendo el manillar de la silla de ruedas. La saqué de la sombra del patio y la empujé hasta la acera.
  - —¿Dónde me llevas? Mi padre tiene que recogerme aquí a las siete.
  - -Estarás de vuelta aquí a las siete, créeme.

Al vernos, las señoras que habían salido a tomar al fresco dejaron de abanicarse y se irguieron en sus sillas. Alguna se volvió por la rendija de las puertas entreabiertas y llamó para avisar al hijo o a la hija. Era la primera vez que veían a Gema custodiada por alguien que no fuera su padre, pero me importaba un bledo lo que dijeran. La paseé orgullosamente entre aquella guardia de cotillas, como si condujera el carro de una princesa en medio de la plebe. Un rastro de murmullos cerraba nuestra marcha. Unas calles más allá, nos cruzamos con el Chapas, al que no había visto desde la pelea de la feria, y no tuve el valor de decirle nada. Todavía tenía la cara contusionada por los golpes, el protector dental torcido y un ojo hinchado. Cuando pasaba a mi lado, hizo un gesto de burla y se estiró el labio para enseñarme el hueco donde le había saltado un diente. Gema volvió la cabeza para mirarme, entre asustada y confundida, y yo le guiñé un ojo.

- —¿Es amigo tuyo?
- —Sí.
- —¿Qué le pasó?
- —Le pillaron mirando a Bruma.

Me detuve frente a la tienda de Gascón, junto a la pila de baldosas que escoltaba la obra. Ya no quedaba nadie. Los chavales habían apartado las vallas amarillas y no se habían molestado en volver a colocarlas. Unos goterones grises salpicaban el asfalto, testimoniando el paso de la manada. Había casi una docena de marcas sobre el cemento fresco. Estampados allí, reconocí de inmediato los zapatos de Pedrín, las zapatillas de deporte del Chapas y las botas de pies planos de Vázquez: las demás pisadas podían ser de cualquiera. Me volví hacia Gema y le dije que se descalzara.

—¿Por qué?

#### —Ahora lo verás.

Aparté la manta que cubría su regazo, le quité los zapatos ortopédicos y la alcé en vilo. Soltó un pequeño chillido ahogado, algo a medio camino entre el placer y la alarma, cuando se vio planeando sobre aquella corteza gris que parecía un parche de la luna pegoteado en una juerga de astronautas. Mientras se aferraba a mi cuello, sus piernas esqueléticas colgaban de mis brazos como trapos mojados, raídos esquejes sin voluntad ni tuerza. La fui bajando suavemente hasta que sus pies desangelados tocaron el cemento, balanceándose de un lado a otro sin apenas rozarlo. Así que volví a sentarla en la silla, cogí sus pies marchitos y los posé uno tras otro en aquel fango espeso, presionando para dejar las huellas de sus plantas y sus pequeños dedos muertos sobre la superfície.

Gema miraba las marcas trazadas en aquella argamasa esponjosa como si no pudiera creer que fueran suyas. Se apoyó en los brazos de la silla de ruedas para asomarse al borde de ese mar petrificado donde acababa de dar dos pasos.

- —Se quedarán ahí para siempre —dije—. Cuando puedas caminar, volverás aquí para verlo.
- —Cuando pueda caminar —repitió, con un nudo en la garganta—. Gracias, Roberto.

Estampé mi marca al lado de la suya: una vulgar suela de zapato junto a una zancada de ángel. Una sonrisa le cruzaba la cara, enmarcada por dos lágrimas tibias. Las limpió con el dorso de la mano y la sonrisa resplandeció por sí sola. Pensé que a su padre no le haría mucha gracia que se la devolviera con restos de cemento en los pies, así que empujé la silla de ruedas hasta el parque de San Blas en busca de una fuente donde limpiarla. De camino, Gema iba canturreando una de esas canciones infantiles que a veces derramaba desde la terraza. Quisiera ser tan alta como la luna. Ay, ay. Como la luna. Como la luna. El chorro de agua helada caía sobre sus pies acomodándose a la cadencia de los versos. Estaba tan fría que los dedos se me empezaron a dormir, pero ella no se quejó, no sentía nada bajo la caricatura de esos pies mal dibujados entre cuyos dedos iba arrancando sucias esquirlas grises.

La dejé en el mismo lugar donde la había encontrado, en el patio, a la sombra, la manta en el regazo, los torpes zapatones cobijando su esbozo de sirena. Fue la última vez que la vi. Unos días después apareció flotando boca abajo en la piscina del polideportivo. Una espátula con cemento afirmó los ladrillos del nicho, como si el enterrador lo hubiera recogido días atrás del mismo fango primordial donde yo había falsificado sus primeros pasos. Dentro, en la oscuridad del ataúd, yacía la envoltura mortal de Gema, su pobre y lisiado cuerpo, aquel experimento anfibio que había resultado fallido.

Mientras su padre lloraba y su madre se escudaba tras sus gafas negras, el cura de turno soltó un rollo chino sobre la resurrección y la vida eterna. Yo tenía grabada una frase en la cabeza, una de las promesas del catecismo. Al terminar el oficio, mientras mis padres hacían cola para dar el pésame, alcancé al cura y le tiré de los faldones para que me explicara algo, sólo para que me espantara aquel moscardón teológico que no dejaba de picotearme los sesos. ¿Resucitaría Gema? ¿En cuerpo y alma? Por supuesto que sí, muchacho. Ella estaría con todos nosotros cantando en el Día del Juicio. ¿Resucitaría con su cuerpo, padre? ¿Con su mismo cuerpo? Eso es lo que decía el catecismo, no me venga ahora con monsergas. ¿Ni siquiera en el cielo iban a darle unas piernas de verdad a Gema?

Me levanté del banco sin haberme quitado el gusto a hiel de la boca. El templo de Debod tendría tres mil años o más, pero parecía más falso que un decorado de ópera. Los antiguos egipcios utilizaban piedra, nosotros cemento: por lo demás las cosas no habían cambiado mucho. Gema estaba tan muerta como un faraón de la quinta dinastía y aún no entendía por qué me empeñaba en abrir su sarcófago. El pobre cura al que interrogué por el almacén de miembros de repuesto en el paraíso se me quedó mirando un instante con cara de palo antes de seguir su camino. Por un momento pensé que iba a echarme una bendición, como si se acabara de tropezar con un vampiro de pantalones cortos.

Cuando llegué a casa, mi madre me dijo que había llamado Lola. Me lo dijo sin ninguna entonación especial, pero sin poder ocultar ese remoquete de

disgusto que saltaba en su boca cuando, de niño, me llamaban al timbre las malas compañías.

- —¿Quería algo?
- —No sé lo que quería. Sólo ha preguntado por ti. Y me ha despertado además.

Estaba sentada frente a la tele, las piernas en alto, los pies reposando sobre un almohadón en una silla, viendo uno de esos consultorios públicos donde la gente le cuenta sus dolencias a un supuesto médico para encontrar formas originales de seguir enfermos. No tenía ganas de discutir, de modo que me duché, me cambié de ropa y fui a buscar a Lola.

La encontré en casa, llorando. No quiso abrirme así que al principio no pude sacar mucho en claro de los gimoteos que me llegaban a través de la puerta. No lo hice hasta que no la amenacé con montar una escena en el descansillo para que disfrutaran los vecinos. Entonces corrió el cerrojo, me dejó pasar y se ocultó detrás de la hoja. Tuve que apartarle las manos de la cara para comprender al fin la razón de su llanto.

- —¡Dios!
- —Roberto, no —sollozó—. Por favor.

Bajo el manojo de dedos hervía un rosario de hematomas. La mandíbula desencajada le daba un aspecto de pintura abstracta, como si la hubiese dibujado Picasso. El labio superior estaba rajado y parecía que fuese a saltar de la boca. Lo que más me preocupaba era el ojo izquierdo: un burujón púrpura le hinchaba el párpado y un anillo de sangre bordeaba la pupila.

### —¿Te has puesto hielo?

Respondió algo que no entendí, unas palabras envueltas en sangre y mocos. La acompañé hasta el lavabo, descorrí las cortinas de la ducha y le puse la cabeza bajo el chorro del agua fría. Un diente ensangrentado se desprendió y rodó por la loza hasta quedar atrapado en el sumidero. Luego la senté en la taza del retrete y le fui limpiando las heridas con lo que tenía a mano en el botiquín. Se quedó inmóvil, sin quejarse, como si estuviera trabajando en una mascarilla de maquillaje. Después de empapar varios algodones, le dije que no se moviese y fui a la cocina en busca de hielo. Cuando regresé con una cubitera, vi con alivio que me había hecho caso:

seguía sentada muy quieta, como una niña a la que han castigado. Prefería que no se mirase aún en el espejo porque la cara que le habían dejado, limpia de sangre, era peor que antes. Era una cara como para asustar a cualquiera. A lo largo de mi carrera había visto muchas palizas, pero no muchas con las que pudiera comparar. Quizá una vez, en las fotos de un informe forense, y otra, en unos vestuarios de México D. F., en un espejo que reflejaba el obituario de mi carrera de boxeador. Debajo de la bolsa de hielo que se sujetaba contra el ojo, el rostro de Lola era una obscenidad.

- —No hay mucho más que yo pueda hacer, Lola. Tendremos que ir a ver a un médico.
  - —No quiero ver a nadie.

Asentí con la cabeza. No quería que nadie la viera, incluido yo. Una cólera sorda empezó a desfilar por mi cabeza, un coágulo espeso que me atoraba la garganta. No fuego, sino hielo: un aguardiente gélido que me empapó de arriba abajo cuando la levanté para ayudarla a llegar hasta el salón. Me pidió que apagara las luces, todas las luces. La oí sollozar en la penumbra mientras yo rebuscaba entre los armarios de la casa, abriendo y cerrando puertas hasta que encontré una botella de coñac. Llené una copa hasta el borde y se la di. Los viejos demonios treparon por mi sangre antes de encontrar su boca. Frunció el labio magullado antes de que el alivio del alcohol le diese fuerzas para hablar.

- —Vete, por favor.
- —Ha sido Romero, ¿no?
- —No quiero hablar de eso, Roberto. No quiero hacer nada. Sólo déjame en paz.

Bebí un trago, a gollete, sin pensarlo. El primer sorbo de coñac desatascó la bola de odio que tenía atrancada en el cuello. Ahora la sentía en el estómago, caliente, erizada de pequeños colmillos. El segundo sorbo me afinó los sentidos y pude ver el vestido blanco de Lola resplandeciendo en la penumbra, estampado de manchas de sangre seca que lo convertían en la parodia de un traje de lunares. Había una lámpara de pie caída sobre el sofá, unos cristales rotos esparcidos por el suelo, una mancha de líquido en una de las paredes de la habitación. Puse en pie la lámpara, pasé una servilleta por la

mancha, recogí los cristales uno a uno, dejando las astillas de vidrio sobre el cenicero de la mesa con una tranquilidad que daba miedo.

- —Lola —me agaché junto a ella—. Voy a llevarte a un hospital. ¿Dónde está Tania?
  - —En casa de mi hermana.

Telefoneé para llamar a un taxi. Fui al dormitorio y busqué en el armario una chaqueta y algo de ropa limpia. Cuando le pasé la chaqueta por los hombros, antes de que la ayudara a levantarse, Lola se encogió, rechazándome instintivamente. Podía sentir el asco floreciendo en cada uno de los poros de su piel.

El taxi nos llevó hasta el ambulatorio de San Blas en apenas cinco minutos. De vez en cuando, al conductor se le escapaban los ojos por el retrovisor para echar un vistazo a Lola. No podía reprochárselo: bajo la cascada de pelo negro corrida como una cortina, su cara era de las que no se olvidan. Aparcó frente a la entrada de urgencias y le dije que esperase. Acompañé a Lola hasta la entrada de una de las consultas, donde me la arrebató de las manos una enfermera cincuentona. La llamé cuando ya se iba pasillo adelante.

—Lola —se detuvo un momento, sin volverse—. ¿Dónde puedo encontrar a Romero?

Negó con la cabeza y luego se apoyó en el hombro de la enfermera. La mujer me miró de arriba abajo como si clasificara un bote relleno de excrementos. Sólo entonces me di cuenta de que todavía llevaba la botella de coñac en la mano izquierda.

Regresé al taxi y le pregunté al conductor si conocía a un compañero suyo, un tipo bajito con un lunar en la cara.

- —¿Un lunar grande lleno de pelos?
- —Como una sartén donde se estuviera friendo un kiwi.
- —El Lenteja —dijo riéndose—. Lo ha sacado usted clavadito.
- —Veo que los buenos motes perduran. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?
- —A estas horas estará comiendo en el bar del Manolo. Suele parar por allí. Si no está en medio de algún chanchullo, claro.

Di otro trago a la botella y le dije que arrancara. El tipo tenía ganas de

seguir la conversación y me preguntó si conocía al Lenteja y de qué lo conocía, pero yo estaba muy ocupado con el coñac como para hacerle caso. A fuerza de tragos, había logrado disolver la bola de pinchos que tenía en el estómago y ahora sentía las espinas circulando por mis pies y mis brazos como si me estuviera transformado en cactus.

El Manolo estaba cerca de Las Musas, en la esquina de una de esas avenidas impersonales y flamantes, todo farolas y ladrillos rojos, que parecen recién bautizadas y donde hasta un chicle en la acera resulta un sacrilegio. Le pagué al taxista veinte euros por la carrera, más del doble de lo que indicaba el taxímetro. Cuando me iba a devolver el cambio, lo rechacé con una sonrisa.

—Por su grata conversación —dije.

Entré al Manolo y busqué al Lenteja entre los comensales. Había unos cuantos albañiles almorzando, sentados en sus mesas, y los saludé alegremente con mi botella de coñac. Detrás de ellos estaba el Lenteja, enfrascado en un plato de macarrones. Me pareció raro: tenía que haber estado comiendo lentejas, para hacer juego con su cara.

—Te invito —le dije, tirando otros veinte euros al lado del plato—. Ahora vámonos.

El Lenteja cogió el billete, me miró y lo dejó otra vez sobre el mantel de papel blanco. Habló con la boca llena. Nunca he soportado la mala educación en la mesa.

- —Estoy comiendo, ¿vale?
- —Ya has terminado de comer. No te lo voy a repetir.
- —Vete a tomar por culo.

No terminó la frase. Le estampé la jeta contra los macarrones y luego se la fregué de arriba abajo para que no dejara ni uno en el plato, como los chicos buenos. Cuando la alcé para que me escuchara, tenía salsa de tomate por toda la cara y macarrones adornando la nariz y las cejas. Le agarré de una oreja que, en aquel momento, podía haber ganado un concurso de gastronomía.

—¿Qué? ¿Nos vamos o sigues con la mesa?

El Lenteja, se levantó como pudo mientras yo lo llevaba de la oreja como

a un colegial díscolo. El congreso de albañiles se había quedado petrificado en su asiento, pero yo les aseguré que, aunque no lo pareciera, Guti y yo éramos amigos. Amigos del colegio, nada menos. Cuando ya estábamos en la calle, el Lenteja forcejeó para intentar soltarse.

- —Suelta, cabrón, me vas a arrancar la oreja.
- —Es una idea, mira.

Había visto hacerlo a un cura en el colegio, zarandear a un crío y levantarlo en vilo hasta que se quedó con el apéndice en la mano como un torero en una tarde de gloria. Nunca se es demasiado viejo para aprender. Pero no era tan sencillo: Guti pesaba lo suyo. Tiré con fuerza y sólo conseguí desprenderle el lóbulo. El Lenteja aulló mientras unas gotas de sangre salpicaban la acera impoluta.

- —¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Mariconazo!
- —Tranquilo, que ahora te pongo pegamento.

Mientras se sujetaba la oreja con una mano, echó la otra al bolsillo trasero del pantalón, para intentar sacar la navaja. Pero no fue lo bastante rápido, ni siquiera para abrir la hoja. Le atrapé el brazo y se lo retorcí a la espalda. Me sentía lleno de pinchos por todos lados, invencible, invulnerable, como si levara puesta una puta armadura japonesa. Cuando el arma cayó al suelo, arrojé al Lenteja de boca contra la pared. Luego la recogí y accioné el seguro: mi brazo se extendió en otro pincho más, diez centímetros de acero. Hacía algún tiempo que no manejaba una navaja. La sentí temblar en mi mano izquierda mientras en la derecha sopesaba la botella. Apenas quedaba un culo de coñac, pero me daba lástima desperdiciarlo sobre su coronilla.

- —¿Qué te he hecho, Roberto? ¿Qué te he hecho?
- —Escucha bien, garrapata. Sólo voy a hacerte una pregunta cada vez. Por cada respuesta que no me guste, tú eliges: botella o navaja.
  - —Coño, tío...
- —Le contaste a Romero que me habías visto saliendo de casa de Lola. ¿Sí o no?

El Lenteja reculó contra la pared. La sangre de la oreja se escurría entre sus dedos pero también podía ser salsa de tomate. Cuando respondió parecía que aún estuviera masticando macarrones.

- —Sí. Se lo dije.
- —¿Dónde puedo encontrar a Romero?
- —¿Romero? No sé.
- —Mala contestación.

Fui a pegarle un botellazo en la cabeza pero el Lenteja levantó el brazo y lo paró con el codo. Me sorprendió ver lo bien que envasan los botelleros el coñac: el cristal rebotó contra el hueso y casi se soltó de mi mano pero no se rompió. La sensación fue la misma que al fallar un raquetazo de tenis, cuando la bola golpea contra la madera. O eso o yo estaba perdiendo facultades.

El Lenteja cayó de rodillas, gritando de dolor. A lo mejor le había roto el codo, pero eso me importaba un bledo. Total, todavía le quedaba otra mano.

- —Me cago en tus muertos —farfulló.
- —Sí, vale. Ponte a la cola. Te lo voy a preguntar de otra forma y será mejor que prestes atención, porque ahora toca navaja. ¿Me vas a ayudar a encontrar a Romero?

Acuclillado en el suelo, tragando aire a bocanadas, el Lenteja afirmó con la cabeza. Se puso en pie trabajosamente, frotándose el codo donde seguramente empezaba a crecerle otro codo por generación espontánea. Unos cuantos curiosos se habían agolpado para presenciar el espectáculo, entre ellos, un par de camareros y unos cuantos albañiles, todavía masticando el primer plato y con la servilleta colgada del pecho. Antes de que empezaran a aplaudir, cogí al Lenteja del brazo sano y nos alejamos de allí para buscar su coche. Lo tenía aparcado en batería, apenas a una docena de metros de la esquina. Al llegar junto al taxi, rebuscó con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón hasta dar con las llaves. El brazo derecho lo mantenía en alto, en avanzado estado de gestación. Las gotas de sudor jugaban al petaco con su cara, sorteando las manchas de tomate y la verruga peluda que era como una bola extra. Las llaves se le escaparon y cayeron al suelo, entre el bordillo y la rueda.

- —No puedo conducir —gimió.
- -Guti, no me seas maricón.

Recogí las llaves, abrí la portezuela y lo empujé al asiento del conductor. Soltó una maldición cuando su brazo preñado rozó el volante. La idea se me ocurrió de pronto, mientras me sentaba en el asiento de atrás y le pasaba las llaves del coche.

- —Una pregunta más, y recuerda que toca navaja —le apoyé el filo junto a la oreja rasgada, que aún goteaba sangre—. ¿Llevabas tú a mi tía a jugar al bingo los fines de semana?
  - —Sí, algunas veces.
  - —¿Te llamaba ella?

El Lenteja tragó saliva, mientras el miedo le electrificaba la yugular. La de cosas que pueden aprenderse mirando atentamente un cogote.

- —No hacía falta. Yo sabía más o menos a qué hora tenía que aparecer.
- —¿Te lo decía la viuda de Sampere, verdad?

Cabeceó un par de veces. En el lóbulo, un hilo de sangre se estiraba imitando sutilmente a un pendiente.

- —Muy bien, Guti. Una última pregunta, facilita. ¿Te dio propina alguna vez?
  - —¿Tu tía? En la puta vida.

Le palmeé el hombro y le dije que arrancase el coche. Giró la llave de mala manera, con el brazo encasquillado, pegado al cuerpo, encogiéndose para meter las marchas al estilo de una cucaracha pisoteada a medias. Gracias a mi experiencia en apartamentos de alquiler, conocía bastante bien a las cucarachas y sabía que no puedes fiarte ni un pelo de ellas. Una cucaracha a la que has dejado medio muerta en el baño puede aparecer a la mañana siguiente en la cocina, zampándose el desayuno, haciéndose una transfusión de café con una simple mancha que haya tirada en el suelo. Pero también son bichos inquietos y curiosos, que se aventuran por todos los rincones. Por eso, aun forcejeando con su pata estropeada, el Lenteja localizó los peores garitos de la zona. Creía que hacía años que la cárcel, la sobredosis y la selección natural habían limpiado el barrio de tugurios, pero aún quedaban algunos donde podían rastrearse polvos blancos, como una escuela sucia con restos de tiza en la pizarra.

Estaban entre las rendijas de las calles: un bar cutre; una bodega lóbrega; un portal en un edificio medio abandonado, con pintadas en las paredes; unas escaleras que descendían hasta la oscuridad de un pasadizo que parecía la

entrada al infierno, donde un par de chavales fumaban sentados en los peldaños. Era demasiado temprano, algunos locales no habían empezado a funcionar y en los otros no había ni rastro de Romero. Pegué otro lingotazo al coñac y le dije al Lenteja que ampliara el radio de búsqueda. En una rotonda cerca de Canillejas, un gordo peludo, ataviado únicamente con chaleco y pantalones de cuero, se acercó al taxi y me preguntó si buscaba farlopa. En su cabezota afeitada sólo asomaba el sol pero peinaba un bigote como el manillar de una moto.

- —¿Conoces a Romero?
- —¿El gitano?
- —Sí.
- —Depende —dijo, y posó en la ventanilla un antebrazo del tamaño de un jamón. Los tatuajes testificaban que había pasado todos los controles sanitarios—. ¿Buscas a un tío guapo? ¿No te basta conmigo?
- —No te gustaría —dije, enseñándole la botella de coñac—. Le busco para meterle esto por el culo.
- —No estés tan seguro —dijo, rascándose el bigote—. Ni de una cosa ni de la otra. No te ofendas, pero me he tragado pollas mayores y tampoco me pareces lo bastante hombre como para encular a Romero.
  - —¿Tú crees?
  - —Sé lo que digo. Estuve con él en el trullo.
  - —Qué bonito. ¿Todavía lo echas de menos?

El gordo suspiró y se apartó el chaleco de cuero para mostrarme, en medio de la selva negra que le alfombraba la tripa, una cicatriz de medio metro, rosada y llena de arrugas, que cruzaba desde el ombligo hasta los riñones. Parecía un mapa de la selva amazónica con el navajazo de una autopista inconclusa.

- —Esas cosas no se olvidan —comenté.
- —Te aseguro que no. Me pasé unos cuantos meses en el hospital de Alcalá-Meco. Cuando me dieron el alta, él ya había salido a la calle. Todavía ando buscando a ese mal nacido.
  - —No te preocupes. Le daré recuerdos tuyos si lo veo.
  - —Un consejo, tío —dijo, antes de que el Lenteja arrancara, esgrimiendo

un dedo gordo como un pepino—. No le des nunca la espalda a Romero. Ni siquiera para ir a coger la vaselina.

El Lenteja arrancó y tiró calle Alcalá hacia adelante, rumbo a la Cruz de los Caídos. De la Cruz no quedaban ni los cimientos: la habían extirpado para borrar malos recuerdos, pero el nombre persistía en la memoria del barrio y en la guía mental de los taxistas. Me preguntaba durante cuántas generaciones más seguiríamos usando aquella denominación sacada de una guerra civil que, por suerte, no conocimos. El Lenteja se detuvo delante de un semáforo. Me clavó los ojos por el retrovisor: hacía tiempo que se había limpiado el tomate de la jeta y ensayaba lo que quería que fuese una mirada irónica. Pero en su cara lo más interesante seguía siendo aquella excrecencia velluda.

- —¿Qué pasa? ¿Lo conocías?
- —Julito el Oso —dijo, golpeando el volante—. Se encaprichó de Romero y le hizo una visita en las duchas, junto a unos amigos.
  - —No iba a encapricharse contigo, hombre.
- —Adivina quién le pasó el pincho —dijo, soltando una risita—. Romero estuvo una semana afilándolo contra los ladrillos.
  - —¿Intentas asustarme? Anda, tira.

Gastamos lo que quedaba de tarde recalando en varios tugurios desde Ciudad Lineal hasta Las Ventas. Yo acariciaba el culo de coñac entre mis manos, como si fuese pólvora embotellada, mientras sentía los demonios rascando en mi barriga, pidiendo más alcohol y más sangre. Nadie parecía conocer a Romero. ¿Romero? No, señor, no me suena. ¿Quiere unas pastillas? A cada nuevo fracaso, el Lenteja parecía más y más desalentado, temiendo que le cayera encima una nueva remesa de hostias. Cuando salí de la enésima taberna hedionda y lo vi apalancado en el coche ronroneando una expresión de confidente inútil, casi me dio lástima. De repente recordé aquella tontería de que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen y me pareció que iba siendo hora de cambiar de tercio. Entré en el taxi, le devolví las llaves al Lenteja y le dije que me llevara a casa de Lola.

- —¿Lola?
- -Sabes dónde es, estabas la otra noche haciendo guardia. No me

obligues a recordártelo a pescozones.

Un tiovivo de calles desfiló a través de la ventanilla. Llevaba horas buscándolo, necesitaba dar con él antes de que al cactus que llevaba dentro se le secaran las espinas. Me bebí de un trago lo que quedaba de coñac para regarlo antes de la definitiva sequía. Hice bien: cuando el Lenteja giró en el callejón allí estaba, caminando de un lado a otro de la acera y agitando su melena de oro viejo como un león enjaulado examinando los límites de su reino. Gritaba, con los brazos en alto, hacia la lluvia de ropa —camisas, pantalones, zapatos— que caía desde una de las terrazas del tercer piso. Algunos vecinos estaban asomados a las ventanas, viendo el espectáculo, y Romero les amenazaba con el puño, alternando maldiciones con súplicas de perdón a Lola. Parecía borracho o dolido, tal vez las dos cosas, pero no tanto que no tuviera cuidado de ir esquivando los montones de ropa tirados por la acera con sus botas camperas, no fuese a tropezar y a perder el control de la escena.

Eso es lo que parecía, el muy hijo de puta: un actor, un actor malo procurando no tropezar con los muebles al tiempo que recitaba su monólogo, un soliloquio de baratillo que mezclaba todos los trillados lugares comunes de la culpa y el arrepentimiento. Perdóname, no puedo vivir sin ti, es que me tienes loco. Estaba tan metido en el papel que ni siquiera me vio hasta que ya me tenía encima: la botella agazapada en una mano, la navaja abierta en la otra.

## —¿Qué coño haces aquí, payo?

No tenía muchas ganas de hablar: el coñac lo hizo por mí cuando se estrelló contra su cara, como si todos los genios y demonios almacenados en el interior de la botella sólo estuvieran esperando salir para abalanzarse contra él con uñas y dientes. Se tambaleó, aturdido por el impacto, y retrocedió unos pasos mientras los vidrios rotos empezaban a hacer su trabajo. La sangre brotó de unos cuantos cortes sembrados por las mejillas, la nariz y la frente, y Romero parpadeó con sus canicas azules para quitarse aquel velo rojo de los ojos. Tal vez también pensaba hacerme un llavero con sus cojones porque, sin pensarlo, lancé una puñalada larga que le buscaba la entrepierna, pero aún tuvo instinto suficiente para girar el cuerpo y recibir el

navajazo en la cadera. La hoja se clavó a fondo, golpeó contra algún hueso y se rompió con un chasquido. Romero gritó y se derrumbó como una marioneta a la que cortan de golpe las cuerdas, apoyándose en el capó de un coche para intentar frenar la caída. Aproveché que lo tenía al alcance de mis puños para hacerle una demostración de lo fácil que era golpear a alguien indefenso. Le machaqué la cara una y otra vez, soltando toda la rabia y el alcohol en cada puñetazo, hasta que me dolieron los nudillos, hasta que sentí que el jaleo que coreaba nuestra pelea desde las ventanas daba paso a un silencio turbio, un espejismo donde sólo se oía el sonido de mis puños rompiéndose contra su cara como la cuchilla del carnicero contra la tabla de picar carne.

### —¡Déjalo, déjalo! ¡Lo vas a matar!

Sentí una mano que me agarraba del pelo y tiraba hacia atrás de mi cabeza, pero sólo solté a Romero cuando descubrí a Lola a mi espalda, con un mechón de mis cabellos entre sus dedos. Un vendaje le cubría el ojo izquierdo, un armazón de hierro le apuntalaba el cuello y unos ganchos de metal le punteaban los dientes obligándola a hablar de mala manera, tropezando con todas las letras. Una mujer gorda, con gafas, la sujetó de los brazos e intentó calmarla. Debía de ser su hermana. No entendía cómo habían podido darle el alta tan pronto. Mientras Romero, libre de mis puños, se escurría hacia la inconsciencia, Lola siguió escupiendo palabras desde aquel mecano que le habían incrustado en la boca.

#### —¡Animal! ¡Eres un animal! ¡Mira lo que has hecho!

Me hice a un lado, herido de estupor, sin comprender siquiera cómo podía agacharse junto a aquel hijo de puta y alzarle la cabeza de la acera, lloriqueando. Yo se la hubiera pisoteado: de hecho, es lo que iba a hacer cuando ella bajó a interrumpir antes de que igualara el combate a los puntos. A los puntos de sutura, claro. Le limpió la sangre con el borde del vestido y al menos, cuando surgió la cara entre la conmoción de facciones trituradas, supe que Romero no volvería a ser guapo.

Entre murmullos, los vecinos se fueron acercando. La hermana de Lola se agachó para consolarla y en la mirada que me lanzó de refilón vi reflejado el asco. En los ojos de los vecinos había también miedo y rabia, pero fue el

gesto de dolor de Lola, su forma de abrazar al gitano lo que me dio la certeza de que no tenía nada que hacer allí.

Di media vuelta y me largué. Tenía sed, una sed horrible.

# Осно

—Coñac —dije, palmeando la barra con entusiasmo.

El ámbar fue creciendo en la copa. ¿Era el quinto o el sexto? Daba igual, hacía mucho rato que había perdido la cuenta. Con los primeros tragos los demonios atrincherados en mi interior se levantaron en armas, arañando las paredes del estómago, gritando y silbando como forofos en una final de fútbol. Con los siguientes, se aplacaron, cantaron y bailaron en corro, cogidos de la mano, hasta que los oí ronronear al fondo de las tripas, ahítos y felices. Con el coñac las cosas mejoraban, parecía mentira que hubiera tardado tanto en darme cuenta. El sufrimiento físico se disolvía en un agradable bienestar, un zumbido que tensaba nervios y músculos como el clavijero de una guitarra. Casi me había descoyuntado los nudillos de la mano derecha a base de dar hostias, pero el alcohol había reducido el dolor a cinco hormigueros repletos de hormigas y a una hinchazón casi cómica. Mi oído se había afinado hasta el punto de que oía el gorgoteo del líquido cayendo en la copa.

En cuanto a los demás problemas, el coñac también los había aparcado lejos, en la periferia de mi cerebro. Era como darle las llaves del coche al mozo de un hotel de lujo que, al mismo tiempo, fuese mecánico. Un mecánico cojonudo. No me quedaba la menor duda de que, cuando hubiese acabado con las copas, me devolvería el coche como nuevo, el motor a punto, sin el menor fallo. Tenga, señor. No se preocupe por la hipoteca, todos los gastos van incluidos en el seguro. No acelere en las curvas y, sobre todo, no se le ocurra casarse: este modelo no admite bodas ni relaciones serias.

El coñac también llevaba incluido servicio de limpieza. El mozo había lavado y abrillantado los cristales del coche hasta el punto de que el mundo

exterior parecía recién estrenado, blanco y resplandeciente, sin tantas molestas manchas de grasa y tantos restos de insectos estrellados en el parabrisas. Después del medio litro que me había bebido a morro, acunado en el taxi, y de las seis o siete copas que llevaba trasegadas, mi situación se había simplificado mucho. Todavía veía las camisas y los pantalones de Romero bajando hacia la calle en una lluvia de confeti. La tipa se había divorciado de él, se había extirpado el anillo de casada y, según ella, casi le rebana los cojones, pero seguía guardando su ropa en casa. ¿Para qué? ¿Por si volvía? Mi madre siempre decía que un extraño nunca conocerá todos los secretos de un matrimonio, ni siquiera si el marido los escribe a puñetazos en la cara. A fuerza de colirios, detergente y bayeta, el mozo estaba dejando mis pupilas como el escaparate de una óptica. Tendría que darle una buena propina.

Parpadeé y me giré, apoyando los codos en la barra, para obtener otra perspectiva del local. Hasta entonces apenas había visto otra cosa que un cementerio de botellas, un espejo empañado del año catapún y una chica fea, cansada y servicial que deambulaba entre ellas como si buscase un lugar donde caerse muerta. Aparte de espantar las moscas y rellenarme de cuando en cuando la copa de coñac, no tenía mucho trabajo, así que las ojeras que le colgaban de los ojos debían de venir de fábrica. El resto de la decoración consistía en unos taburetes de plástico, unas cuantas mesas para enanos y unos sillones mugrientos, de un color a mitad de camino entre el amarillo y el gris. Un tipo con peluquín y un par de putas viejas se sentaban en ellos, pero, por la suciedad y los zurcidos de la cara, también podían formar parte de la tapicería. Una de las mujeres me vio acodado en la barra, se despegó del bajorrelieve, se colocó la peluca y vino trastabillando sobre unos tacones que también podía haber usado de zancos. Entre la escarola rubia de la cabeza, la salsa al pesto de los párpados y los labios untados con sobrasada, lo mismo podía anunciar sexo que publicidad de un restaurante italiano.

- —Hola, guapo.
- —Hola.
- —¿Me invitas a una copa?
- -No.

—Anda, no seas tacaño.

Echó la melena hacia atrás en una pose que quería ser erótica y que sólo daba pena, perdió el equilibrio y por poco se desnuca. Pero se recobró enseguida, forzando una sonrisa de muñeca hinchable que me hizo pensar que la conocía de algún sitio.

- —¿Quieres que te acompañe a casa?
- —Gracias. Ya tengo perro.

De pronto comprendí de qué me sonaba aquella sonrisa. Del circo, de uno de los retratos de payasos de mi tía. Aquel recuerdo me dio ganas de mear: la aparté amablemente mientras buscaba los servicios. Los encontré en el suelo, en una de esas letrinas resbaladizas que debían de haber inspirado a los astrónomos la idea de los agujeros negros. Cuando regresaba a la barra, un tipo entró en el local, miró a derecha e izquierda, y se dirigió directamente hacia mí, como si lo conociera. Enfoqué los faros antiniebla (cortesía del mecánico) y vi que, efectivamente, lo conocía.

- —Joder, Richi. ¿Qué haces por aquí?
- —Eso mismo iba a preguntarte. Deja que te abrace.

Ignoraba a qué venía esa repentina muestra de afecto, pero estaba seguro de que pronto iba a saberlo. El coñac también incluía dones adivinatorios.

- —Me llamaron para recoger a Romero y al otro. Hizo falta una lechera y una ambulancia. Tuvieron el detalle de no delatarte.
  - -¿No?
- —Dijeron que se habían caído por las escaleras —Richi se retorcía de risa
  —. Qué bueno, tú. Fue Lola quien te acusó. Por cierto, tenía la cara como un mapa.
  - —Sí. De Vietnam. ¿También dijo que yo la había zurrado?
  - —No. De eso no dijo palabra.

Me volví hacia la barra y bebí otro sorbo de coñac. Me supo a lejía. El espejo empañado continuaba en su lugar, las botellas seguían enterradas en sus estantes, la camarera seguía buscando una fosa abierta.

- —Creí que sólo bebías Coca-Cola —dijo Richi.
- —Ya ves.
- —Coño, me tenías preocupado. ¿Qué es? ¿Coñac? —asentí con la cabeza

—. Niña, ponme otro de lo mismo.

Me preguntó cuántas le llevaba de ventaja. Le dije que no estaba seguro, cuatro, cinco, siete. Fulminó la primera de un trago, chasqueó la lengua y plantó la copa en la barra para que la regaran.

- —Los encerramos por separado. Romero no abrió la boca, quizá por si se le caían los dientes, pero el Lenteja cantó por bulerías.
  - —A mí que me registren. Yo sólo tocaba la guitarra.

La carcajada le atrapó cuando empinaba el segundo copazo. Unas cuantas gotas me salpicaron la camisa haciendo juego con la sangre seca.

- —Muy buena, Rober. Me la apunto.
- —Gracias, pero no creo que hayas venido aquí sólo a recopilar chistes.
- —No —Richi se limpió la boca con el dorso de la mano—. He venido a avisarte. Tendrán que soltar a Romero por la mañana. Su mujer no quiso presentar cargos.
  - —Se cayeron juntos por las escaleras.
- —Eso parece. El caso es que a Romero nadie le ha puesto la mano encima de esa forma. Y no es un tipo que olvide.
  - —No creo que pueda. Sobre todo si usa un espejo para afeitarse.
- —Durante unos cuantos meses no habrá mucho donde afeitarse —Richi apuró la segunda y pidió la tercera. Tenía prisa por empatar la partida—. Sé que no lo hiciste por mí. Ni por tu tía. Lo hiciste por Lola, pero te lo agradezco igual.

Me encontré su mano sobre mi hombro. Detrás de las gafas, la dentadura impecable y la cháchara de poli malo descubrí al Chapas, al mismo crío cabrón que quemaba lagartijas y ahorcaba gatos de los árboles, el mismo niño al que pegaban palizas en los retretes mientras se descojonaba de risa. Mi amigo el Chapas.

- —¿Cómo cojones me has encontrado?
- —Te dije que el Lenteja cantó por bulerías. Empezó por un plato de macarrones, siguió con una oreja arrancada y luego me hizo una lista detallada de todos los garitos del barrio donde te llevó de excursión. No hay muchos abiertos a las tres de la mañana, pero éste es el peor de todos.
  - —Brindemos por eso.

Rematamos las copas de un solo trago. Iba a pedir otra pero él se adelantó y preguntó cuánto debíamos. No admitió mis protestas, metió mano a la cartera y sacó un billete de cincuenta. Mientras la zombi de la barra luchaba con la máquina registradora, vi de nuevo el brazo de Richi posado sobre mi hombro. Lo vi en el espejo y me desorientó un poco porque parecía que se hubieran intercambiado los reflejos.

- —Me cago en la leche. ¿Eres zurdo?
- —¿Después de tantos años y te das cuenta ahora? Anda, vámonos.

Recogió las monedas y nos largamos de aquel tugurio. Al echar a andar, las paredes se tambalearon un poco, pero los tres tentetiesos ni se movieron de los sillones. Quizá el mecánico del coñac no fuese tan bueno después de todo. El Chapas, ¿jugaba a las cartas con la derecha o con la izquierda? ¿Con qué mano ahorcaba a los gatos?

El BMW estaba aparcado en doble fila, en dirección prohibida, bajo una señal de carga y descarga. Al encender el motor con tres copazos de coñac encima, Richi infringió medio manual de tráfico. También, quizá, unas cuantas leyes del manual del buen madero. Pero acabó de infringirlas todas cuando arrancó y soltó una frase que tuvo la virtud de sentarme las tripas en la boca.

- —Tendrías que haberlo matado, coño.
- —Joder, Richi, que había vecinos delante. Se supone que eres policía.
- —Por eso mismo te lo digo. Romero no parará hasta encontrarte. Ahora está completamente desquiciado y ya conoces sus métodos.
  - —¿Gasolina y cerillas?
  - —Eso mismo. Y me parece que sabe dónde vives.

Conducía al mismo estilo que hablaba, adelantándose a mis pensamientos, saltándose semáforos. Entre dientes, Richi iba explicando lo fácil que sería incendiar una casa baja que hacía esquina, sin que el fuego se extendiera a las demás casas. Quizá fue el vaivén de las curvas lo que hizo que mi estómago se rebelara. O quizá fue la premonición de los muros ardiendo, con mi madre asomada a una ventana en llamas. Le dije que parara el coche, abrí la portezuela y solté todo el coñac de una bocanada.

El aire caliente de la noche me daba sartenazos en la cara. Doblado en el

asiento del coche descubrí todas mis ilusiones tiradas en el suelo, revueltas en un charco de vómito. Richi me palmeó la espalda, dándome ánimos. Cuando pude incorporarme, lo encontré empolvándose la nariz. Con ayuda de una tarjeta de crédito, esculpió una raya de coca en el dorso de la mano y la esnifó tranquilamente, como si se peinase.

—¿No quieres? Es mucho mejor que una aspirina.

Negué con la cabeza. Richi se frotó la nariz y guardó la bolsita en la chaqueta. Después se colgó un cigarrillo de la boca, lo encendió y expulsó una bocanada de humo. Antes de que abriera la boca para hablar, vi otra vez los ganchos en sus dientes, la misma sonrisa metálica del colegio de los salesianos, la misma mueca inconfundible que animaba su cara antes de planear una barrabasada.

—Vamos a tener que matarlo, Rober.

Había visto esa misma sonrisa muchas veces, muchos años atrás, mientras el Chapas se afanaba en introducir un petardo en una mierda de perro y encenderlo antes de que pasara una señora, o cuando se agachaba en la tienda de Eladio para meter una cucaracha dentro de una botella de leche y luego enroscaba otra vez la chapa, como si el bicho muerto viniese de fábrica. No se cortaba un pelo y era esa audacia lo que le había llevado a liderar algunas de las mayores fechorías cometidas en el barrio. Una noche, armados de trabucos, salimos de cacería contra las farolas y dejamos sin luz dos manzanas. Los chavales lo seguían siempre, ya fuese para vislumbrar bragas de mujeres con ayuda de un trozo de espejo o para perseguir perros callejeros a cantazos. Pero matar a Romero era otra historia. Se lo dije mientras empezábamos la segunda ronda en una discoteca cerca de Manuel Becerra.

- —Venga ya, Rober. He visto tu expediente y no es precisamente el de una hermanita de la caridad.
  - —Puede que no, pero todavía puedo dormir por las noches.
- —No creo que vuelvas a dormir tranquilo hasta que acabemos con Romero.

El ser duro de oído, en una discoteca, ayuda bastante. Richi casi tenía que

gritar para hacerse oír entre aquel estruendo que nos sacudía las costillas, pero a mí me bastaba con fijarme en sus labios para ir leyendo lo que decía. Probablemente, hasta la gogó morenaza que bailaba subida en una columna, a tres metros de nosotros, toda piernas y botas de cuero, se había enterado ya de que planeábamos un crimen.

—Todo lo que tú quieras, Richi. Pero no soy un asesino.

Una rubia impresionante con cara de asco se acercó a preguntarnos qué queríamos. Como tantas otras camareras de la noche parecía que nos estaba haciendo un favor sólo por no echarnos a patadas de allí. «Otra vida» iba a decirle, pero la chica no tenía mucha pinta de trabarse en una conversación metafísica. Sin dejar de asomarse a su escote, Richi le pidió un gin-tonic.

- —¿Cómo te llamas? —añadió.
- —Gin-tonic —dijo la rubia—. ¿Y tú?
- —Coñac. Solo, sin hielo, en una copa de balón.
- —Aquí no jugamos al fútbol.
- —Me vale cualquier cosa que no sea un vaso de tubo.
- —Échatelo en las tetas —dijo Richi, pero la rubia ya había dado media vuelta.

Richi se asomó a la barra para obtener una perspectiva de su culo enguantado en unos leotardos de licra. Esperaba que se diera prisa porque los demonios del alcohol habían vuelto a la carga y necesitaba acallarlos cuanto antes. También notaba la cabeza pesada y la lengua me empezaba a hacer eses: tendría que decirle al mecánico que le echase un vistazo a la dirección.

- —Me la follaría viva —comentó Richi—. Aquí mismo.
- —Yo no. Ni de coña.
- —Claro. Tú ya vas bien servido con Lola, ¿a que sí?

Dejé pasar el comentario mientras Gin-tonic servía las bebidas con la pericia y la renuencia de una enfermera clasificando unos análisis de orina. Me bebí el copazo de un trago antes de que la tónica se hubiera despeñado del todo y luego examiné aquel sospechoso líquido incoloro. Parecía electricidad pura: un tubo de ensayo donde Dios experimentaba el comienzo del mundo con hielos, rodajas de limón y burbujas gorgoteando hacia arriba. También me pareció que Richi tenía ganas de tocarme los cojones. Di un

toquecito con el índice sobre el borde del vaso antes de que la rubia se llevara el coñac a las estanterías.

—Veinte —dijo Gin-tonic, enroscando el tapón de la botella.

Richi fue a tirar la cartera pero esta vez fui más rápido. Cuando saqué la mía, comprobé que mis dedos tartamudeaban, como si me hubiesen dado el cambiazo en alguna residencia de ancianos.

—Mira, mujer —dijo Richi—. Lo has puesto nervioso.

Gin-tonic recogió el billete sin que su mano, pequeña y enjoyada, titubeara lo más mínimo. De repente se hizo de noche en mi corazón, la percusión se convirtió en el redoble de una marcha fúnebre y todas las luces de la discoteca se concentraron en aquella probeta fluorescente plantada encima del mostrador. Ni siquiera presté atención al piropo tabernario que soltó Richi cuando la chica se fue al otro extremo de la barra. Tenía ganas de llorar.

- —Voy al baño a tomarme otra aspirina —soltó Richi de pronto—. Ahora vuelvo.
  - —Vale.
  - —¿Seguro que no te apetece una? Alivian la cabeza y despejan la nariz.

Nunca me había hecho gracia la cocaína y tampoco me hizo gracia el chiste. Lo mío aquella noche, después de casi una década de sequía, era el coñac. Richi se alejó observando filosóficamente los muslos de las gogós, como un turista en Grecia paseando entre estatuas de diosas pendonas. Hundí los ojos en mi vaso y de repente perdí pie. La barra entera cabeceaba al ritmo de mis bascas, las paredes se combaban bajo la presión del mar. Una mano se posó sobre mi hombro cuando sentí que ya iba a ceder.

—Tranquilo, hijo.

Me volví: a mi lado había una cara afilada, serena, unos ojos hundidos, una sombra de bigote bajo la nariz ganchuda. Era un rostro familiar, pero no lograba ubicarlo en el naufragio de la borrachera.

—Hay que aprender a beber.

Reconocí la voz. Era la misma voz de esos sueños que fingen la voz y los gestos de un difunto. Junté todas las facciones de fotos de salón, de álbumes antiguos, de un retrato del que había roto el marco. Era mi padre, mi pobre

padre muerto. Hablaba por experiencia, sabía lo que decía. Treinta y tantos años bajo tierra dan mucho tiempo para reflexionar. Saqué las palabras de donde no las había, de algo que llevaba guardando mucho tiempo, que habría querido decirle de haber seguido vivo.

- —Papá, llegué a campeón de Europa de los medios.
- —Lo sé, hijo. Lo sé.

Me pareció que sonreía, que estaba orgulloso de mí. Su cara se evaporó antes que la voz, se diluyó en medio de las náuseas. Tomé aire y me aferré al vaso de coñac. Bebí un largo trago, mientras paredes y objetos iban volviendo a su lugar. Había sido una visita muy corta: hasta en la cárcel dejan más tiempo, aunque sea tras un micrófono y una mampara.

Richi regresó frotándose el hocico, recalando entre los pedestales de las Venus centelleantes. Tenía la nariz como un pimiento morrón y cuando se asomó a su bebida, daba la sensación de que podría sorberla sin ayuda de la pajita.

- —No te veo muy animado, compañero.
- —Yo la quería, Richi.
- —¿A Lola? Tú y cualquiera con pantalones.
- —Iba a casarme con ella.

Richi se subió las gafas con un dedo y me miró como si le costara enfocarme. Las pupilas casi se le salían de los ojos.

- —¿Casarte con Lola? Chico, reacciona. Es ropa usada. Y además gitana.
- —No —balbucí—. No lo es.
- —Seguro que cuando se casó, le metieron hasta el fondo el pañuelo.

Fui a agarrarlo de las solapas pero Richi se zafó entre carcajadas. Tal vez calculé mal y simplemente las manos se me escurrieron.

- —Es mi novia, cabrón —chapurreé. Luego corregí—. Era mi novia. Retira eso o te parto la cara.
- —Bueno, hombre, bueno. Ya veo. Te quiere tanto que por eso mismo protegió a su marido en vez de a ti.
  - —No es su marido. Además estaba muerta de miedo.
- —Vale, tío, lo que tú digas. Ibais a casaros, ¿no? —afirmé con la cabeza—. Y pensabas adoptar a Tania.

—Tania es estupenda.

La lengua se me atrancaba en la t, no entendía por qué. Era como una puñetera palanca de cambios, rascando cada vez que metía la segunda. Debería avisar al mecánico para que echara un vistazo a las marchas.

- —Me imagino que, ya puestos, también pensabais adoptar al moro.
- —¿A quién?
- —Al puto moro de los cojones.

Raschid. Se llamaba Raschid. ¿O era Ahmed? No; Ahmed era el hermano mayor, el superviviente del video-juego. Me eché a reír como un imbécil. El taburete no se estaba quieto. Dentro de poco tendría que bajarme y ponerme a empujar el coche.

—¿Te acuerdas del escondite inglés? —Richi asintió, sonriente—. Pues los moros lo hacían con minas, tío. Todos los críos moros a la vez, venga. Un, dos, tres. Bum. Y a tomar por culo.

—¿De qué coño hablas?

Entre sorbo y sorbo de coñac, le conté a Richi todo aquel rollo de la iglesia y la mezquita, los botes de pintura, las llaves del paraíso. Probablemente necesitaba un confesor, pero el padre Osorio estaba muy ocupado con sus funerales y sus brochas. Ya había enterrado a mi tía, a mi padre, a Gema, y le había pasado una mano de pintura a todos los ataúdes. También rezaba responsos para canarios y tortugas. Me llevé las manos a la cara: un pájaro se había espachurrado contra el parabrisas.

- —¿Te pasa algo?
- —Gema —murmuré—. No me la quito de la cabeza.
- —¿Gema? ¿Qué Gema?
- —La niña paralítica. La que murió ahogada en la piscina —Richi asintió con la cabeza—. Pensé que podía salvarla. Pensé que podía devolverle las piernas, Richi.
  - —Tranqui, hombre.
- —La ayudé a caminar. Dio dos pasos, como Cristo sobre las putas aguas. Luego se hundió en el cemento. Se le había agotado el cupo de milagros.

Richi se echó el flequillo hacia atrás y sacó el paquete de tabaco. Me ofreció uno. No fumaba desde los trece, desde que nos sentábamos a

escondidas en los jardines y nos pasábamos de boca en boca un cigarrillo. No me gustaba, pero qué coño, había que hacerlo. Había que fumar si uno quería ser hombre. Nunca me convenció el sabor del tabaco. La primera vez que besé en la boca a una tía fue a una rubia que nos ligamos Vázquez y yo en un MacDonald's. La compartimos como buenos colegas. A ella le daba igual, con tal de que le metieran mano. Era fea, gorda y fumaba a dos carrillos. Tampoco es que nos gustara mucho, pero había que hacerlo, macho. Meter la lengua ahí dentro fue como lamer un cenicero, pero ahora necesitaba el humo, necesitaba calentar el tubo de escape. Richi me dio fuego mientras yo cobijaba la llama, esbozando una oración con las manos.

- —A lo mejor puedo salvar a ese niño, Richi. A lo mejor vale uno por otro.
  - —Deberías pasarte al gin-tonic.
  - —¿Vale? ¿Tú crees que para Dios vale?
  - —Ni siquiera sé de qué coño estás hablando. Deja el coñac, en serio.

Apartó mi vaso a un lado. Tosí, el humo me atoró los pulmones, trepó hasta arriba, me arañó los ojos. Un par de lágrimas resbalaron por mi cara y tiré el cigarrillo al suelo. Nunca aprendí a fumar, dije. Richi hizo como que no había visto nada. Dejó el cigarrillo en el cenicero, se metió los dedos en la boca, cogió el gin-tonic y jugueteó un rato con los hielos entre las encías, haciendo el payaso, como en los viejos tiempos. Escupió un par de buches de líquido al suelo, devolvió los hielos al vaso y nos echamos a reír a carcajadas. Pero cuando volví a mirarlo, algo había cambiado en su cara: las mejillas le colgaban fláccidas y el mentón parecía haberse desmoronado. Debía de estar más borracho de lo que pensaba, porque me pareció descubrir, dibujado bajo el flequillo y las gafas, un ectoplasma del rostro de mi tía. Señaló su gin-tonic donde, por arte de magia, una hilera de dientes reposaba al fondo, entre hielos y burbujas.

- —Te veía muy triste —dijo con una extraña voz empanada.
- —¿Qué coño…?

Richi cogió otra vez su probeta, empinó un trago y rebuscó un rato hasta que enganchó sus dientes con la lengua. Montó un buen número metiendo y sacando la dentadura postiza de la boca. Mientras la gogó morenaza se daba

una ducha bajo un chorro de luces, Richi fue cambiando de color, igual que un camaleón con gafas y corbata atrapando una presa. Cuando la rubia pasó otra vez a nuestro lado, apenas incrementó un poco su mueca de asco. Richi cogió una servilleta de papel del mazo y limpió la dentadura meticulosamente.

- —No te preocupes, guapa. La desinfecto todas las noches.
- —Ésta no, Richi.
- —¿Cómo que no? La ginebra mata todos los gérmenes.

Se calzó los dientes superiores de un bocado y agitó el gin-tonic en señal de tregua. Me dolía el costado de tanto reírme. Cuando habló de nuevo, su voz tenía el mismo tono jovial de siempre.

- —Estoy pensando en hacerme una de oro, pero todavía no he ganado suficiente pasta.
  - —¿Cómo los perdiste?
- —Empezaste tú —dijo, señalándome—. ¿Recuerdas aquella paliza que me diste en la feria? Allí perdí el primero. Los demás fueron cayendo en fila, como putas fichas de dominó.
  - —Lo siento —dije.
- —Yo no. Me hiciste un favor, mi boca no tenía remedio. Me pasé toda la infancia con esos jodidos ganchos de metal que no arreglaban nada. Ojalá hubiera empezado la cosecha antes.

Plantó los codos en la barra y se abismó en la contemplación del tubo de ensayo. No sé, quizá nos habría ido mejor a todos si Dios no se hubiera empeñado en mezclar con tónica.

Me desperté hecho un cuatro en el BMW de Richi. No recuerdo muy bien cuántos antros más visitamos antes de acabar como una par de anchoas en lata. Lo primero que vi fue a Richi en el asiento del conductor, la cabeza apoyada contra el respaldo y roncando a pierna suelta. Tenía las gafas descolocadas sobre la frente: una rebanada de sol le pringaba la cara, encendiendo reflejos y chisporroteos sueltos de algún sueño idiota.

Absurdamente, pensé en colocarle bien las gafas, para que pudiera ver

bien en sueños, pero una arcada me subió desde el estómago y apenas tuve tiempo de bajar del coche. Vomité en la cuneta, junto a un motel de carretera que, al sol del mediodía y sin sus anuncios luminosos, había perdido todo su encanto nocturno, como una carroza de cuento de hadas convertida en calabaza. No sé por qué, comprobé si llevaba la bragueta abierta. Un chucho sin collar que husmeaba entre los hierbajos se acercó a olisquear la vomitona, meneó la cabeza y luego me miró con la expresión de un comensal profundamente disgustado con el cocinero. Estábamos en las afueras, en mitad de ningún sitio, en una de esas carreteras agrietadas y difíciles en cuyos márgenes Madrid enjuaga sus bragas.

Un camión de tres ejes pasó haciendo temblar el asfalto. Richi se desperezó en el asiento, bajó del coche y orinó contra unas tablas. El chucho lo vio y se alejó en busca de un mejor restaurante.

- —Te invito a comer —dijo Richi mientras se subía la cremallera.
- —Gracias. No me apetece.
- —¿No tienes hambre? No jodas. Yo me comería a ese perro con patatas.
- —Todo para ti, colega.

En mis tripas los demonios habían vuelto a despertarse, ejecutando una danza guerrera con tambores que repercutían hasta la sien. Los huesos me crujían como castañuelas. Cuando subimos al coche, Richi habló de una fonda casera que no estaba muy lejos y donde se comía de puta madre. Enumeró el menú del día con una fruición de experto que quizá habría hecho salivar al perro, pero a mí la sola mención de la comida me daba náuseas. De inmediato comprendí que tenía que meter algo al buche si quería seguir bebiendo. Llevaba más de un día entero sin darle nada sólido al cuerpo. La sola idea de beber me acojonaba como si me arrimara a un abismo, pero ahora ya rodaba cuesta abajo y poco podía hacer más que pensar en el próximo trago.

Aparcamos el coche a la sombra, bajo un tejadillo de uralita. La estela blanca de un avión cruzaba el cielo como la parábola de tiza de un alumno lerdo en una clase de matemáticas. Guiñando los ojos bajo la luz del sol, calculé que no estábamos muy lejos de Barajas, quizá a mitad de camino entre el aeropuerto y Canillejas.

La fonda, en realidad, era un abrevadero de carretera plagado de comensales de voz ronca y estrepitosos ruidos de vajilla. Al pasar entre las mesas, sentí el vacío aterrador de los platos dispuestos en las mesas como si cruzara un campo de minas. Los tenedores arañaban mi cráneo y las cucharas hurgaban en mis sesos. Apenas tuve tiempo de llegar al servicio para vaciar otra vez mis entrañas. Cuando regresé, Richi había encontrado sitio y estudiaba el menú en una carta plastificada tan rígida como las cortinas. Me senté e intenté leerlo pero no entendí nada de lo que decían aquellas mayúsculas apretadas, con faltas de ortografía que bailaban ante mis ojos junto a los efectos secundarios de la resaca. Dolían como garrotazos; hasta mi madre lo habría escrito mejor.

- —¿Hígado no es con hache?
- —Aquí hacen el hígado que te cagas —dijo Richi sin levantar la mirada de la carta.
  - —Cojonudo porque necesito uno nuevo.

Pedí cualquier cosa, carne, hígado, no recuerdo qué. Algo blando y sangriento que mastiqué sin ganas para ir empapando aquel vino malo que mezclamos con gaseosa. Las burbujas me hacían cosquillas en la garganta y luego bajaban para juntarse y dar palmas en la juerga flamenca que había montado en mi estómago la peña de amigos del coñac. Richi comía despacio, al estilo de un comedor de colegio: cortaba primero cuidadosamente el filete en pedacitos, luego dejaba el cuchillo en el plato e iba pinchando los trozos uno a uno. Miraba la tele, que tronaba unas mesas detrás de mí, instalada en una especie de altar desmontable, un oráculo de andar por casa.

De repente todo el mundo dejó de comer y giró la cabeza hacia el oráculo: hasta Richi detuvo el tenedor cargado a un palmo de la boca. Yo también me volví pero sólo para ver, jibarizados en la pantalla, a unos cuantos tipos trajeados que parecían esperar un parto en la antesala de un hospital. Una voz dijo algo en voz alta, un clamor de decepción sacudió la sala, un comensal hizo un corte de mangas. A Richi le cambió la cara, soltó el tenedor en el plato, se limpió con la servilleta, murmuró una excusa, se levantó y se largó. Estaba tan aturdido que cuando se fue todavía llevaba la servilleta en la mano. Tardé un buen rato en darme cuenta de que no iba a regresar. Le

pregunté qué coño pasaba a uno de los camareros, un jovencito con el rostro picoteado por el acné.

- —Hombre, qué va a pasar. Que nos han mangado las Olimpiadas.
- —Mejor —gritó el del corte de mangas—. Quien quiera ver yonquis, que se vaya a Las Rosillas.
  - —Tú calla —dijo otro—, que eres maricón.
  - —Maricón tú, que te pone ver tíos cachas en calzoncillos, no te jode.

Se armó un tumulto tabernario, con insultos de ida y vuelta y bromas prefabricadas. Me puse en pie como pude y abandoné el local. Busqué torpemente el BMW bajo el tejadillo de uralita pero no lo encontré, así que volví a revisar los coches uno por uno para que no se me escapara bajo el disfraz de alguna otra carrocería. Estaba en ello cuando apareció el camarero de rostro volcánico esgrimiendo un papel con la cuenta. Saqué un billete de cincuenta —el último que me quedaba, lo demás eran azules y rojos desteñidos— y se lo di.

- —Espere un momento. Le traeré el cambio.
- —Mejor tráeme una botella de coñac, anda.

Me quedé esperando en la sombra, viendo pasar un lento avión de tiza por el cielo. Cuando el chaval regresó con una bolsa de plástico con la botella dentro, le dejé el cambio y me eché a andar carretera adelante. Con la pinta que llevaba, no creía que ningún coche me acercara hasta Madrid, pero me equivoqué. Un camionero se detuvo en el arcén y me dijo que subiera. No hablamos mucho durante el trayecto porque el hombre llevaba la radio a tope. Manejaba el volante con suavidad y desidia, como un buscador de oro cribando arena en el cedazo, sin esperanzas ya de encontrar una sola pepita pero fiel a su rutina. En un atasco, cerca ya de Avenida de América, saqué la botella de coñac y le invité a un trago. Declinó amablemente con la cabeza.

- —Vaya tajada lleva, amigo.
- —Sí. Es que anoche canté línea en el bingo.
- —Y lo está celebrando.
- —Eso mismo.

Abrí la botella y bebí a morro. La mitad se me cayó sobre la camisa en mitad de un frenazo. Creí que iba a echarme la típica charla sobre las malas

costumbres, pero se limitó a seguir mirando fijo hacia delante. Le di las gracias cuando me bajé, aprovechando un semáforo.

- —Buena suerte —dijo.
- —Lo mismo para usted, colega.

Antes de que la fila de coches se pusiera en marcha, vislumbré un piloto verde en el horizonte. El taxista frenó a mi lado pero se lo pensó mejor cuando vio la botella de coñac en mi mano. Lo malo es que ya había bajado la bandera y además yo ya estaba abriendo la puerta.

- —Bájese, haga el favor.
- —Todavía no hemos llegado, hombre.
- —Le he dicho que se baje.

Me acomodé dentro, desenrosqué el tapón de la botella y eché otro trago a morro. Eché un vistazo a la pegatina con las tarifas del vehículo, deberes y derechos del viajero.

—Aquí no dice nada de que no se pueda beber. Fumar no, vale. Pero yo no fumo.

El tipo se bajó del taxi. Era un cincuentón fornido y calvorota, con una tripa que luchaba por asomar entre los botones. Rodeó el vehículo, arremangándose los puños de la camisa y abrió mi portezuela. El vozarrón le hacía hervir las venas del cuello.

- —¿Te bajas o te bajo yo a hostias?
- —Mira, majete. Me ha costado mucho encontrar esta botella. Ayer le partí a un tío la boca con una como ésta y no me gustaría desperdiciar otra en tu jeta. Acabo de empezarla, así que tengamos la fiesta en paz. Sube y conduce.

Le clavé la mirada mientras hablaba. Cuando terminé, el hombre desvió la suya y roció con ella sus zapatos y el suelo. Algunos peatones se habían acercado atraídos por su rugido, pero estrecharon más el círculo cuando oyeron mi respuesta, tan comedida. Es muy probable que aquel numerito de mala leche pudiera acojonar a un macarra de tres al cuarto, pero no a un tipo de mi calaña. Fue mi calma lo que le hizo pensárselo dos veces. Esperó unos segundos antes de cerrar de un portazo. Luego se instaló en su asiento meneando mucho la cabeza, doblando los rollos de grasa que le sostenían el

cuello.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo, golpeando nervioso el volante. Y lo repitió, como si le hubiera gustado mi frase—. Tengamos la fiesta en paz.

Le dije que me llevara al parque de San Blas. El hombre fue gruñendo todo el camino, fijándose mucho en el tráfico y sembrando de cuando en cuando los ojos en el retrovisor. Intentaba ocultar su nerviosismo, pero le delataban sus dedos, que seguían pulsando telegramas sobre el volante. Cuando llegamos le di una buena propina y un consejo de experto:

- —Si de verdad quiere empezar una pelea, la próxima vez no grite tanto ni haga tantos aspavientos. Se nota a la legua que sólo quería acojonar.
  - —Ya. Perro ladrador, poco mordedor.
  - —Eso mismo.

Arrancó al tiempo que soltaba un taco. Me encogí de hombros y busqué un buen banco donde ponerme a beber. No era fácil porque la mitad estaban rotos y la otra mitad salpicados de cagadas recientes de pájaro. No tenía ganas de caminar, pero atravesé todo el parque, desde Amposta hasta Arcentales, donde me instalé en una atalaya de césped para contemplar la doble riada de la carretera y, al fondo, un horizonte de grúas inmóviles. Después de tanto empeño y tanta cabezonería, al final todo el mundo se había pasado de listo. Creían que los terrenos subirían como la espuma y ahora, después del fiasco de las Olimpiadas, se encontraban con gaseosa en vez de champán. En cualquier caso, con o sin estadio olímpico, el barrio nunca volvería a ser igual. Casi me alegraba por ello. Quizá fuera otro efecto secundario del coñac, pero me alegraba de no volver a ver jamás el descampado con sus fauces de cemento desdentadas, sus ventanales rotos a cantazos y sus hierbajos inmortales. Quizá no fuese tan mala inversión después de todo. Ahora estaba de moda vivir en el extrarradio. Sampere u otra constructora cualquiera levantaría unos cuantos pisos de lujo, con garaje, portero y piscina comunitaria, y no quedaría ni sombra de los borrachos ahorcados, las cacerías de lagartijas, las guerras con tirachinas que habíamos librado en los setenta. Con un poco de suerte, la viuda mantendría su palabra y acabaría de portero, detrás de una mesa, junto a unas macetas. O podando rosales.

A la mierda. Me daba igual. La vida que me había fabricado en la cabeza —una vida de pequeños placeres, de pequeñas expectativas, con Lola y una niña— se había ido por el retrete y no me quedaba otra salida que volver al tajo a repartir justicia callejera a base de hostias. Mientras seguía bebiendo, la baraja de la memoria me trajo a la cabeza unas cuantas novias perdidas, chicas con flores en el pelo con las que me había tumbado en aquel mismo césped, ligues de una tarde de los que ni siquiera recordaba el nombre. Cada buche de alcohol me traía postales de tardes de verano, de partidas de cartas, de historias contadas de noche, al rescoldo de una lumbre. Las fui tragando una a una, sorbo a sorbo, sin pena ni nostalgia. Tenía mucha sed.

La sed no terminó después de rematar la botella, qué va. Había abierto unas compuertas cerradas a cal y canto, y me sorprendió la fuerza con que la marea lo arrasó todo. En cuanto me puse en pie, tambaleándome, y encesté la botella en una papelera, ya estaba pensando únicamente en donde repostar. Nueve o diez años atrás había sufrido la última recaída. Fue en la misma clínica de rehabilitación donde me habían ingresado, cuando entré en las habitaciones de uno de los médicos y me bebí un irasco entero de loción para después del afeitado. No lo hice por gusto: lo hice para intentar ahogar a los demonios, abrasarlos con una ración de su propia medicina. El dolor era la única manera de acallar la danza. Bailaron, ardieron, se achicharraron, pero, como demonios que eran, salieron renacidos de entre sus propias cenizas. Cuando abrí los ojos, el médico me dijo que mi sistema digestivo parecía un campo arado después de quemar los rastrojos. No pude responder porque tenía la sonda del lavado de estómago metida en la boca. Pero los demonios seguían al fondo de mis tripas, inmunes al tratamiento, y no paraban de reírse.

Oí las risas durante mucho tiempo, todo el que tardé en desengancharme el puto anzuelo del alcohol. Acudí a reuniones de Alcohólicos Anónimos donde cambiaba cromos e historias de terror con otros desgraciados, y los demonios siempre estaban allí, descojonándose por lo bajo. Aunque más y más tenues, sus cuchicheos me advertían que más tarde o más temprano

volvería a caer: siempre regresaban al más mínimo contacto con el monstruo. Me bastaba cruzar delante de una licorería, oler un guiso aderezado con unas gotas de vino, besar a una mujer que hubiera estado bebiendo. Les había lanzado un órdago a la grande con aquel tinto que llevé a casa de Lola y me habían pelado hasta los huesos.

Descendí la ladera a trompicones y crucé la calle sorteando los sanfermines del tráfico. Unos cuantos litros de alcohol, una noche sin dormir, y varias horas de desidia habían bastado para transformarme en el prototipo de vagabundo tambaleante, maloliente, ropa arrugada y una sombra de barba sobre el rostro. Caminaba deletreando el alfabeto, sin encontrar ninguna de las cosas que se suponía debían de estar allí: la fábrica de *Pikolín*, los lienzos de los muros rotos, los vertederos. En su lugar se levantaban edificios deshabitados, oficinas vacías, ventanas precintadas con esparadrapo, chaflanes sin rematar, docenas de cartelones colgando de la fachada con el mismo número de teléfono impreso en azul. Deambulaba perdido, bordeando los límites de aquel coto vedado, yendo de un lado a otro como dando tumbos del pasado al presente.

Necesitaba echar otro trago y no había ni un bar abierto. En aquella jodida ciudad fantasma todavía no habían construido bares ni bodegas. Cuando rodeaba la alambrada que protegía aquel edén inmobiliario, un lanzazo de dolor me atravesó el abdomen. Me doblé en dos para no arrojar la comida del mediodía encima de mis zapatos. Es posible que hubiera comido hígado después de todo, o que aquel vómito sanguinolento fuese mi propio hígado. Mientras hincaba los dedos en las trenzas de alambre, cerré los ojos y vi banderas y estandartes donde flameaba una media luna roja. Volví la vista atrás, hacia un desierto deslumbrante, un océano de arena amarilla sembrado de agujeros y cadáveres de niños muertos.

Había también estelas de humo, gritos, trincheras, soldados corriendo de un lado a otro. La borrachera no se privaba de nada. Tironeado por ella, di unos cuantos pasos a la pata coja, al estilo de viejos juegos infantiles (la Piedra, el Escondite Inglés), esquivando las minas enterradas, procurando no pisar la sangre. Era como cuando caminaba de niño, de camino al colegio, y diseñaba en la cabeza un itinerario para no pisar ninguna raya, ningún ajuste

entre las baldosas. Venga, venga. Si pisas una mina, te castigan una hora después de clase. Si pisas una raya, estás muerto.

Aproveché un talud para intentar saltar la valla pero no estaba en mi mejor momento. Afortunadamente no habíamos conseguido las Olimpiadas de modo que me quedaba mucho tiempo para ponerme en forma. Cuando estaba pasando la pierna al otro lado, la alambrada empezó a combarse. Perdí pie y un trozo de alambre suelto se enganchó en los pantalones. Al intentar soltarlo, se revolvió y se clavó en la rodilla. Caí de mala manera sobre el cemento.

El pantalón estaba desgarrado y la herida empezaba a rezumar. Toqué la sangre con la mano y luego me la llevé a la boca, a ver si conseguía extraer un poco de alcohol. Cuando éramos críos nos pasábamos media vida con las rodillas cubiertas de costras que nuestras madres desinfectaban con agua oxigenada. Daba gusto sentir primero el cosquilleo de la espuma que hervía sobre los rasponazos, luego el agua oxigenada que secaba la herida y por último el toque púrpura de la mercromina escapando pantorrilla abajo, prestándonos con esos riachuelos de un rojizo aguado la prestancia de un herido de guerra. Competíamos por ver quién se había hecho la pupa más gorda, pero antes de que la costra se cayese del todo ya teníamos otra encima.

Me levanté, maldiciendo, y examiné la herida. Era un corte profundo y limpio: debajo de la sangre podía vislumbrar una jugosa loncha blanca. A lo mejor habría ganado un premio con ella, pero había llegado demasiado tarde para la competición y demasiado pronto para que algún vecino pudiera prestarme un botiquín. Me acerqué hasta la fuente que había bajo el primer grupo de casas, en el esbozo de unos jardines, pero tampoco nadie había pagado aún el primer recibo del agua. Todo en aquellos muros blancos y aquellos ventanales precintados era como un decorado, una expectativa virgen, un anuncio de felicidad hogareña.

Fui cojeando hasta la explanada donde se alzaba el revés de la tramoya. Camiones, excavadoras, pilas de ladrillos. Cerca de una de ellas encontré un bidón con agua y me lavé la rodilla. No dejaba de sangrar y tampoco tenía muy buen aspecto, pero yo tampoco era ningún experto en medicina. En el boxeo no está permitido golpear por debajo de la cintura y en mis tiempos de

gladiador a sueldo casi nunca empleaba los pies. El agua del bidón se curvaba en ondas lívidas, dibujando sobre la superficie un autorretrato de petróleo. Vi mis propios ojos nadando entre mosquitos ahogados y briznas de hierba, buscando la cubeta para regar las flores de la tumba de mi padre. El mensaje de muerte estaba claro pero no lo descifré de inmediato. No lo hice hasta que intenté entrar en una de las casamatas amarillas que emplean los obreros para cambiarse de ropa. Buscaba algo —un mono, un trapo, lo que fuera— con lo que secarme las manos y atarme el muslo para detener la hemorragia, pero la puerta parecía atrancada. Tiré con fuerza pero estaba enganchada con una especie de tirador negro. Cuando la abrí del todo, comprobé que era un manillar, el manillar de una silla de ruedas eléctrica, grande, pesada como un tanque.

Encontré a la viuda Sampere boca abajo, embutida en el interior de una hormigonera. Uno de sus zapatos rojos todavía colgaba de sus pies; el otro pie yacía airosa y absurdamente en alto, como en un salto de bailarina, enfundado en una media dorada. Unas gotas de cemento le manchaban los tobillos. Había más cemento resbalando del borde de la hormigonera, goteando como baba gris en la boca de una bestia prehistórica. No hacía falta haber estudiado arquitectura para comprender que la mezcla estaba recién hecha y que pensaban incluirla en los cimientos junto con el cadáver. Pero todavía no había entrenado bastante para las próximas Olimpiadas y el coñac no mejoraba mucho mis reflejos. Cuando me giré, no tuve tiempo más que para ver la pala que se aproximaba a mi cabeza a la velocidad de la luz.

## NUEVE

Al despertar tenía nueve años. Estaba tirado en los servicios del colegio, en medio de un hedor a orina y mierda, a váteres atascados, a terror. No quería abrir los ojos. Sabía que, cuando los abriera, me iba a encontrar con un par de matones pegándole una paliza a un niño. Uno bajito y otro alto. Uno feo, otro guapo. Igual que un dúo cómico, o una pareja de malos del tebeo. Sentí algo metálico hurgándome los dientes y tardé algún tiempo en reconocer mi propia lengua. Aquel sabor a sal en la boca quizá era sangre o quizá el borde de la pala que me había arrancado media cara de cuajo. Poco a poco empecé a recordar.

Parpadeé, vi muebles chamuscados, crespones de humo, manchas de colores apelotonadas en la pared. Si aquello era el infierno, necesitaba una mano de pintura. Los borrones perduraron pero las manchas se fueron agrupando hasta formar una macabra baraja: media docena de demonios pálidos con círculos de colorete en las mejillas. Algunos sonreían con sus labios de silicona como si guardaran un cuchillo a la espalda; otros abrían tontamente un paraguas, como si en el infierno pudiera llover. El último, colgado junto a la puerta, parecía llorar por mí, pero la lágrima permanecía eternamente suspendida del párpado, bajo la cruceta de un maquillaje idiota, sin decidirse a caer. Los saludé a todos, uno por uno, antes de que regresaran a su lugar, cualquiera que fuese (al circo, al fondo de la botella, a mis tripas) para terminar la función.

—Arriba, hijo de puta.

Reconocí la voz como si la hubieran escupido en mi oído. Tal vez, igual que el puñetazo de Chamaco me había rajado el tímpano, aquel palazo en la

cabeza había cosido los desperfectos al estilo de una casamentera remendando un himen. La verdad, lo dudaba mucho. Seguramente era otro síntoma de la resaca, aunque parecía mentira lo fácil que me parecía pintarle un rostro a esa voz. Es de las pocas cosas que no perdemos, ni siquiera en la aduana de la pubertad, ni siquiera en la ronquera del tabaco, el cáncer, la vejez, los enfísemas. La voz venía envuelta en los mismos matices de antaño, en sus costuras de cobardía y desdén, unida a una pelambrera negra, una piel morena y un lunar con pelos del tamaño de una lenteja. Con los años, los pelos y la lenteja habían crecido. La voz no.

—Te vamos a joder vivo, chaval.

Abrí los ojos del todo y los vi. Uno bajito y otro alto. Uno feo, otro guapo. La pareja de malos de tebeo había sufrido unos cuantos desperfectos en la penúltima viñeta. El feo llevaba un esparadrapo en la oreja y el guapo ya no era tan guapo. Estaba apoyado en un bastón y tenía el rostro amoratado, desfigurado a hostias, la boca hinchada, las mejillas y la frente cosidas de puntos y tiritas, igual que uno de esos dibujos animados a los que la bomba les estalla bajo la nariz. Secundado por los payasos de la pared, no pude evitar soltar una carcajada.

- —¿Qué le hará tanta gracia? —preguntó el más bajito.
- —Ni puta idea. Olvídate de este payo de mierda. Como si ya estuviera muerto.
  - —Dijo que no le tocáramos un pelo, Diego.
  - —Ya sé lo que dijo. Tú tráeme el taladro, joder.

El del bastón no dejaba de mirarme. Cuando el otro salió, siguió clavándome al suelo con sus chinchetas azules. Fue entonces cuando lo reconocí. El dúo cómico había sufrido una sustitución, uno de los humoristas había tirado la toalla. El Jeringas había hecho mutis en la cárcel y Romero había ocupado su lugar. Cualquiera lo reconocía, con aquella cara. Intenté reaccionar, librarme de la maraña del alcohol, arrancarme la resaca de la cabeza. No estaba en medio de una pesadilla ni haciendo de conejillo de indias en un número cómico ni viendo una serie de dibujos animados. Necesitaba una exposición simple y sumaria de los hechos, al estilo de una de esas reuniones de Alcohólicos Anónimos donde uno se presenta, dice su

nombre y lo borracho que es. A ver. Estaba en la casa de mi tía. Tirado en el suelo, las manos esposadas a la espalda. En la casa quemada de mi tía muerta, para ser más exactos. Delante de su asesino. No había muchos motivos para descojonarse de risa.

—¿Por qué matasteis a la vieja?

Romero ni siquiera pestañeó. Se sentó en una silla, despacio, doblando una pierna y dejando la otra rígida, estirada del todo. Recordé que le había apuñalado a la altura de la cadera. Pude ver la suela de la bota campera manchada de cemento.

- —¿Pensáis echarla a los cimientos? ¿Con la silla de ruedas?
- —Sigue hablando, payo. Hablando no te vas a librar de ésta.

La silla crujió. Por un instante pensé en lo gracioso que sería si la silla, cuarteada por el fuego, cediera y él se cayera de culo al suelo. Pero se me habían pasado las ganas de reír. Un dolor sordo se había instalado en mi cabeza, latiendo de un ojo a otro ojo como un metrónomo, un minutero encallado. Tenía una dentellada de metal en las muñecas, un charco de humedad en el cráneo y la boca en otra habitación. Al menos la hemorragia de la rodilla se había detenido. No todo iban a ser malas noticias.

El Lenteja regresó con el taladro. Romero ni lo miró. Recogió el taladro y lo sostuvo despreocupadamente en una mano, sin dejar de clavarme ni un solo instante aquellas chinchetas azules que le sujetaban las pupilas, los ojos, el resto de la cara. Como si todo él fuese un póster fijado por un par de chinchetas. El taladro tenía una broca gorda, retorcida, manchada de polvo de ladrillo. Estaba a unos tres metros de ella pero podía fijarme en todos esos detalles y en algunos más. El Lenteja empezó a desenrollar el cable, una vuelta tras otra, una vuelta tras otra. Ridículo. Parecía que no fuese a acabar nunca, igual que en uno de esos trucos de dibujos animados donde las mechas son infinitas y los artefactos nunca funcionan. De niño te partías de risa con la angustia del cerdo, del conejo, del pato, mientras se acercaba la sierra que iba a cortarles en dos. Ahora comprendía al fin que la cosa no tenía ni puta gracia. No si tú eras el cerdo, el conejo o el pato, las manos esposadas, indefenso, listo para la matanza.

Aparté los ojos de la escena. Tal vez si no miraba, cambiasen de película.

Sintonicé desesperadamente unos cuantos canales: un desfile de payasos, una exposición de muebles. Me detuve al fin en una de las manchas que el humo había dibujado en el techo, intentando descifrarla, dotarla de algún significado. El ramillete de líneas que salía del centro imponía un orden, una dirección a la mirada, formando algo así como una explosión a cámara lenta, un juego de cuchillos, la cola de un pavo real abierta. También allí, en el oráculo tiznado del techo, había animales preparados para el sacrificio, miembros despedazados, instrumentos punzantes.

Volví a mirar la película. El Lenteja había terminado de desenrollar el cable y ahora buscaba un enchufe. Romero seguía perforándome con sus ojos azules, preparando los agujeros para el taladro. En mitad de su cara desbaratada, aquellos dos cristales dañinos eran lo único indemne. Jadeé, luchando contra el mordisco de las esposas, pero no conseguí más que despellejarme las muñecas. Un olor ácido subió hasta mi nariz, importado desde los servicios del colegio. Esperaba oír en cualquier momento el ruido insoportable, el torbellino en miniatura del taladro. No entendía por qué la muerte se retrasaba tanto.

- —¿Lo has enchufado ya, Guti?
- —Hace rato.
- —Pues no va.

Romero accionó el botón de arranque pero el taladro no arrancaba. Igual que en los dibujos animados.

- —No lo entiendo. Antes iba de puta madre.
- —Debe de ser la luz —explicó Romero, volviéndose hacia él—. Después del incendio la compañía habrá cortado el suministro.

Estaba tan histérico que casi me dio por reírme. La herida de la rodilla había vuelto a abrirse: sentía la humedad resbalando por las piernas.

—Mira, Diego. Se ha meado encima.

El Lenteja señalaba el reguero de orina que bajaba por el pantalón y se iba extendiendo en un charco a mi alrededor. Ni siquiera me había dado cuenta.

- —¿Voy por un alargador? —preguntó el Lenteja con el cable todavía en la mano—. Hay uno en el camión. Creo que alcanza desde aquí.
  - —No. Se me han pasado las ganas. Tráeme la caja de herramientas.

El Lenteja salió de la casa dejando la puerta entreabierta. Romero se levantó y se acercó hacia mí, cojeando, ayudándose con el bastón de mi tía. Miró el charco amarillento con disgusto, como si tuviera que pasar luego la fregona. Arrimó la silla y luego se fue sentando despacio, ahogando un gesto de dolor.

- —¿Te trae también el desayuno a la cama?
- —¿Guti? Es gilipollas, pero me hace compañía.
- —No es como en los viejos tiempos del barrio, ¿eh?
- —¿Qué estás? ¿Escribiendo tus memorias? Será mejor que te des prisa, payo. No te queda mucho tiempo, te lo juro.
  - —¿Por qué la habéis matado?

Seguía lanzando pregunta tras pregunta, intentando apartar de mi cabeza el miedo, la vergüenza, la humillación, el olor a pis.

—¿A quién?

Parecía distraído, como si la pregunta no fuese con él. Miraba hacia la puerta entreabierta, donde un tardío rayo de sol reptaba a través del polvo y las virutas en suspensión.

- —A Sampere. A la viuda.
- —No te preocupes por eso, payo. Preocúpate por tu polla, porque te la voy a cortar.

Apenas la mencionó, la sentí encogerse, replegarse dentro de mis calzoncillos, jugando al escondite. La verdad, no había muchos sitios donde pudiera ir. Romero parpadeó y fue como un instantáneo corte de corriente, otro fallo del suministro eléctrico. Los muebles vacilaron; las tiritas y los puntos que le recorrían la cara se erizaron por la tensión.

- —Tendrías que haberla dejado dentro de los pantalones cuando fuiste a visitar a mi mujer.
  - —¿Tu mujer? Ahora que lo mencionas, no vi que llevara anillo de casada.
  - —Debiste fijarte mejor, payo.
  - —Te aseguró que la examiné a fondo.
- —¿Sí? Eres muy chulito cuando atacas a traición, pero después te meas en los pantalones. Estoy oliendo tu chulería desde aquí.

El rictus de la sonrisa logró recomponer los restos de la cara, moldearlos

fugazmente en un remedo de su antigua belleza. No sé por qué pensé en papel de calcar, en los ejercicios de dibujo que nos mandaban en clase. Había que ser cuidadoso para que el cura no reconociera luego el modelo, el cuadernillo de donde lo habíamos sacado, pasando apenas el lápiz sobre las líneas. Después de mi cirugía a puñetazo limpio, a Romero no lo habría reconocido ni la madre que lo parió.

—Méate todo lo que quieras, payo. Aprovecha. Va a ser la última vez que la uses.

El Lenteja entró por la puerta cargando con una caja grande de metal. Tambaleándose por el peso, se acercó y la depositó a los pies de su colega. Se agachó, la abrió y empezó a sacar las herramientas una a una. A medida que caían al suelo, a golpetazos secos y sordos, fui anticipando el dolor que me iba a proporcionar cada una de ellas. El martillo. El punzón. Los alicates. La cizalla. Guti torció la cara cuando Romero se inclinó para recoger un destornillador. Era un instrumento enorme, con un mango de color amarillo que brillaba en sus manos como un rayo de ámbar.

- —Dijo que no le tocáramos ni un pelo.
- —Tranquilo, Guti, que no lo voy a tocar. Sólo voy a arreglar los desperfectos.

Señaló mi pantalón desgarrado, manchado de sangre seca. Luego rozó con la punta metálica en los bordes de la herida —la caricia de un cirujano arrogante antes de emprender la carnicería— y me encogí de puro pánico. Romero alzó el destornillador, lo giró en su mano y le hizo un gesto a su ayudante para que le acercara otra herramienta.

—Ya que vas a escribir tus memorias, payo, ¿te acuerdas de esto?

Me mostró unas tenazas enormes, unas mandíbulas de metal negras y cortantes. Sostenía el destornillador en una mano y las tenazas en la otra. Desde la puerta entreabierta, la luz de la tarde le bañaba en una especie de solemnidad solar, lo mismo que en uno de esos cuadros pintados con purpurina donde un faraón hortera está agarrando los bastones de mando.

—¿Pinchazo o pellizco? Con Guti utilizaste una variante, con botella y navaja, ¿no, Guti? Yo te ofrezco el clásico, chavalote. ¿Qué me dices?

Recordé frenéticamente, pasando a través de todos mis recuerdos de

juventud como si corriera una baraja entre los dedos. Era una leyenda urbana, una atrocidad atribuida a algunos navajeros de los setenta. Se decía que, después de atracar a una víctima, le daban a elegir entre un pinchazo o un pellizco. Casi todo el mundo elegía el pellizco, porque el cabrón ya te estaba apuntando con una navaja. Entonces el navajero, muerto de risa, sacaba unas tenazas. Se decía que una chica había ingresado en el hospital con los pezones arrancados. Se decían muchas otras cosas y puede que algunas fueran ciertas, pero no tanto como el destello de las dos herramientas bajo el rostro desbaratado de Romero.

—Dame un cigarrillo —pidió.

Estaba mirándome tan fijo —soltando chispas azules de los ojos— que por un momento creí que se dirigía a mí y rebusqué en el bolsillo trasero del pantalón con las manos esposadas para buscar un paquete de tabaco que nunca hubo. El Lenteja, servicial, le acercó un cigarrillo y luego le prendió fuego. Romero dio una calada y unas volutas de humo nublaron por un instante el resplandor voltaico de los ojos.

—Bueno —dijo, el cigarrillo humeando a un lado de la boca—. ¿Pinchazo o pellizco? ¿Qué eliges?

Desesperado, buceé con los dedos en el bolsillo de los pantalones. Sentía el acero de las esposas lamiendo el hueso, pero no encontré nada. Tela, mierda, pelusas, nada.

—Procura que no se mueva, anda. Que si no, me va a salir la foto movida. El Lenteja se agachó y me sujetó las piernas al suelo. Tenía una expresión a medio camino entre la preocupación y la euforia, pero dejó escapar una risita cuando comprobó los temblores que me agitaban.

—Lo mismo se mea otra vez, Diego.

Romero se sentó en el borde de la silla, sopesando las tenazas en la izquierda y el destornillador en la derecha. No sé por qué me fijé muy bien en sus manos, como si fuese a ejecutar un truco de magia. De repente dejó caer el destornillador sobre mi rodilla herida. Sentí un árbol de fuego hincando sus raíces en la rótula y grité hasta que se me taponaron los oídos.

Cuando volví a abrir los ojos, vi que Romero se había quitado el cigarrillo de la boca y lo sujetaba con la mano derecha, entre los dedos corazón e

índice. En aquel momento me parecía fundamental fijarme bien en todos esos detalles, como si luego alguien fuese a preguntarme dónde estaba el truco. Con destreza de trilero, Romero se pasó el cigarrillo a la izquierda y con la derecha cogió las tenazas.

- —Eso ha sido pinchazo —dijo—. Si muevo el destornillador ahora, lo más probable es que te quedes cojo para toda la vida.
  - —Qué bien —gemí.
  - —Tranquilo, payo. No creo que dures mucho. Guti, acércame el martillo.

Cuando el Lenteja se levantó, vi el destornillador hundido en la pierna. La visión de aquel gallardete clavado en mi carne multiplicó la quemazón de dolor hasta límites que desconocía. Si juntaba todos los golpes que me habían dado en la vida —desde la palmada en las nalgas del paritorio hasta el último palazo en la cara— y los concentraba en un solo punto ardiente bajo la rótula quizá pudiera hacerme una idea aproximada. Comprendí que hasta aquel momento, en el duro calvario del sufrimiento, sólo había estado cascándome pajas, pero Romero acababa de hacerme el favor de desvirgarme. Para proseguir la lección, cogió el martillo con la zurda y lo tanteó, calculando su peso.

- —Aparta —le dijo al Lenteja—, no vaya a abrirte la cabeza.
- —Diego, vamos a dejarlo.
- —¿Dejarlo ahora? ¿Por qué? ¿Me has visto tocarle un pelo? ¿A que no?

El sudor y las lágrimas me bajaban a chorros por la cara. Romero se encaró otra vez conmigo y me preguntó qué prefería. Apenas oí la pregunta, me pareció que hablaba a través de un túnel muy pequeño, quizá desde un embudo.

—¿No irás a dormirte ahora, verdad, payo? Ahora toca pellizco.

Con el cigarrillo colgando de la boca, le dijo al Lenteja que me abriera la bragueta, que iba a arrancarme la polla. Las tenazas se abrieron y cerraron en su mano. Vi las quijadas de metal aproximándose a mi entrepierna, brillando con la autoridad de una excavadora, pero luché por no desmayarme, por fijarme bien en todos los detalles. Puede que fuera la última vez que veía a mi vieja compañera y no quería perdérmelo. Con una mueca de asco, el Lenteja bajó la cremallera y hurgó en mis pantalones. Ni siquiera me moví, por miedo

a despertar al monstruo hincado en mi rodilla.

—Qué asco. Está todo mojado.

Al terminar de hablar, ladeó bruscamente la cabeza, como si fuese a rematar un balón. Algo húmedo y viscoso me roció la cara a la vez que un dardo se me clavaba en la mejilla. Cayó al suelo, tintineando, y vi que era una de sus muelas. Sólo entonces retumbó en mis oídos el disparo que le había arrancado la mandíbula y que fue a estrellarse contra una alacena. El balazo atravesó la puerta del armario e hizo añicos la vajilla que mi tía guardaba para las grandes ocasiones. Mientras tanto, el Lenteja iba cayendo hacia atrás, lentamente, con la boca despedazada y el lunar extirpado de su cara, al fin. Los segundos se estiraban como chicle, acciones, ecos, maniobras: todo sucedía muy despacio, dándome facilidades para descubrir el truco. Todavía oía la bala hurgando furiosa entre los platos como si estuviera buscando una taza de té. Entonces, dentro de la casa resonó otra detonación, un ruido seco y breve, casi un petardo. Una mancha oscura apareció en la camisa de Romero, a la altura del corazón, y el cigarrillo se le descolgó de los labios. Soltó las tenazas y levantó las manos para ir a limpiarse la sangre que se extendía por su pechera, como si simplemente se hubiera salpicado comiendo. El cigarrillo rodó por el parqué hasta chocar con las tenazas. Romero abrió mucho los ojos, buscando en su camisa el interruptor que le devolviera a la vida. Se ladeó a derecha y a izquierda con la inercia de un tentetieso al que han dado demasiado impulso, pero en sus pupilas ya no había electricidad sino sólo agua azul. Cuando se inclinó, por encima del respaldo de la silla, pude ver a Richi empuñando una automática. El contraluz de la puerta abierta dibujaba la carta marcada que nadie esperaba ver.

—Podías haber gritado antes, macho —dijo, enfundando la pistola en la sobaquera—. Por poco no llego a tiempo.

No pude responder. Desde el borde de la silla, Romero se tambaleó por última vez antes despeñarse sobre mí. Cayó de bruces sobre el destornillador, como si finalmente hubiese encontrado la palanca que había estado buscando con tanto ahínco. Un camión se puso en marcha y me arrancó la pierna de cuajo. En ese instante, misericordiosamente, se apagó la luz.

El suelo, la lona, la tierra. El boxeador derribado dispone de diez

segundos para ponerse en pie por sus propios medios y reanudar la pelea. Cuando yace caído sobre la lona todo desaparece en un túnel lóbrego: el resplandor de los focos, los fogonazos de las cámaras, los aullidos del público, los gritos de su entrenador. Hasta la silueta del adversario, dispuesta en vertical sobre el cuadrilátero, se funde en una sombra que acabará siendo engullida por más sombras. Su misma sombra permanece pegada a él, aspirando tinieblas, instalada en un limbo sin tiempo ni memoria. Durante esos instantes, la lona es todo lo que le queda, todo su reino: una extensión de la tierra que le aguarda con una tumba abierta y una lápida por escribir. Todo preparado para una cuenta mucho más larga que diez.

Conocía ya la anchura de mi tumba, el sabor de la tierra donde se secaban los huesos de mi padre. Me había puesto la mano muerta sobre el hombro, me había dicho que dejara de beber. Tenías razón, papá, qué quieres que te diga. Era muy fácil echarle la culpa a la bebida. En otro tiempo, en otra vida, alguien había grabado las tres iniciales de mi lápida: R, R, P. Sobraba una R y faltaba una I para que aquello fuese un epitafio como Dios manda, pero las mayúsculas se habían ido abriendo paso a través del mármol, solapándose sobre la madera, juntándose y separándose con los años. Las habían escrito tres chavales en la corteza de un árbol con ayuda de un destornillador. Eso ocurrió muchos años atrás. Ahora el árbol había echado raíces desde el fémur, hasta tocar con las ramas el techo ennegrecido del salón.

Lo primero que encontré al abrir los ojos fue el sello del humo estampado en el techo, con su cola de pavo real abierta. Después vi a Richi inclinado sobre mis piernas, apartando unos vendajes sanguinolentos en los que reconocí parte de mis pantalones.

—Fue una suerte que te desmayaras —dijo—. Si no, no sé cómo coño iba a haberte quitado esto.

Me mostró la punta ensangrentada del destornillador. Logré incorporarme y descubrí una especie de monstruosidad rosada adherida a mi rodilla, semejante al nudo cortado de un árbol.

- —No mires, tío —me advirtió Richi—. Será mejor que no mires.
- —Apenas me duele —balbucí.
- -Normal. Te he espolvoreado tres papelinas ahí encima, después de

desinfectar la herida. Tu abuela guardaba algo de alcohol en el baño.

- -Mi tía -corregí.
- —Tu puta tía, sí. Eres el primer pavo que conozco capaz de esnifarse mil euros por la rodilla.

La cocaína me había acolchado toda la pierna izquierda, envolviéndola en un hormigueo fofo y blando donde, muy al fondo, podía oír ladrar los perros. Cuando Richi empezó a vendar la herida, sentí la rótula chillando bajo un trozo de corcho. Tiró el destornillador a un lado y recogió algo del suelo. Luego me ayudó a ponerme en pie.

—Fue una suerte que Romero se trajera el bastón.

Le dije que era de mi tía. Una herencia, teóricamente. El sudor volvía a bajarme a chorros por la frente. Mantuve la pierna izquierda en alto, al estilo de una cigüeña novata.

- —No soy doctor en medicina, pero esa rodilla tiene muy mal aspecto, tío. Me parece que no volverás a saltar a la comba.
- —No lo tenía pensado. Pero una vez vi a un bailaor cojo en un tablao y no lo hacía mal del todo. Será cuestión de práctica.

Eché un vistazo alrededor. El Lenteja yacía echado a un lado, la cabeza desviada en un ángulo inverosímil, el rostro reventado. Romero estaba tendido a su lado, bocabajo, sobre un charco de sangre oscura. Las piernas de ambos cadáveres se cruzaban, como si uno le hubiera hecho al otro la zancadilla en el más allá. Juntos, daban algo así como las doce y veinte.

- —Vaya puntería, amigo.
- —No era difícil: seis metros y además estaban de espaldas. Pero no sabía qué cojones tenían en las manos. El problema era no darte a ti.
  - —Ignoraba que disparases tan bien.
  - —Aprendí con farolas. Y con perros.

Esbozó la sonrisa de los viejos tiempos. Me sequé el sudor de la frente, haciendo equilibrios con el bastón. Sí, mejor que empezase a practicar.

- —Te has metido en una buena por mi culpa, Richi.
- —No importa. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de librar al barrio de esta escoria.

Se quitó las gafas para limpiarlas con el faldón de la chaqueta. Luego se

agachó y examinó el cuerpo caído de Romero. En la espalda, en medio de la camisa impoluta, el orificio de entrada de la bala parecía simplemente un agujero de alcayata. Richi lo cogió de las botas y empezó a arrastrar el cuerpo hacia la puerta, dejando un rastro de sangre negra sobre el suelo. Tuvo que apartar leños y maderos carbonizados. Antes de sacarlo del todo, una de las manos del cadáver se enganchó en una astilla.

Tardó un buen rato en deshacerse de los dos cuerpos. Lo esperé sentado en la misma silla que había ocupado Romero, la única que se había librado de las llamas. Cuando regresó, limpiándose las manos con un trapo, traía su impecable traje claro salpicado de manchas rojas. Parecía que viniera de atender el mostrador de una carnicería.

- —Los he dejado en la hormigonera, haciendo un trío con la viuda —dijo, sacando una bolsita de polvitos blancos—. Tenemos que pensar algo. Y rápido.
  - —¿No te vale la verdad?
- —No. No me vale. He matado a dos hombres desarmados por la espalda. Ésa es la jodida verdad.
- —Pero me estaban torturando. Iban a matarme, Richi. Tú no podías saber si estaban armados.

Se encogió de hombros. Colocó una línea de coca sobre su mano derecha y la aspiró a toda velocidad. Era otro truco de prestidigitación.

—Conozco a mi gente —dijo, ahogando un estornudo—. Lo mínimo que podría pasarme es que perdiera la placa. Déjame pensar.

Casi podía oír el ronroneo de los polvos blancos en el interior de su cráneo. Junto con las gafas, aquel tenue bigote blanco le daba un solemne aspecto de profesor. Se pasó un dedo bajo la nariz para borrarlo y luego sonrió.

- —¿Por dónde anda el chaval moro, ése que ronda por todas partes?
- —No lo sé, Richi. ¿Para qué lo quieres?
- —¿Sabes lo que es un chivo expiatorio? —negué con la cabeza—. ¿Y un comodín? Bueno, tenemos un trío de cadáveres sin resolver. Ese puto moro de los cojones será nuestro comodín.
  - —¿Vas a ponerte a jugar al póquer? ¿Ahora?

—Póquer —repitió, dando una palmada en mi hombro—. Eso es. Cuatro figuras. Levanta, tenemos que hacer.

En San Blas el póquer parecía fuera de lugar. Allí jugábamos más bien al mus. Pero Richi iba demasiado deprisa para mí. Espoleado por la cocaína, había salido ya de la casa sin dejar de perorar sobre pruebas y escenarios plausibles. Dejé de oírlo en cuanto cruzó el umbral. Estrené el bastón mientras tropezaba con los restos del incendio, saltando a la pata coja lo mismo que había hecho unas horas antes, bajo el dictado del coñac. Puede que perdiera la pierna, pero también es verdad que la sesión de desguace me había ahorrado un montón de sesiones en Alcohólicos Anónimos. No sentía la menor gana de beber y los efectos de la resaca habían quedado reducidos a una migraña que era más bien fruto del palazo en la cabeza. Un clavo saca otro clavo, pensé. Un destornillador, dos.

Anochecía cuando Richi aparcó el BMW frente a la parroquia de Amposta. Esperamos quince minutos apostados en los asientos del coche, dejando gotear el tiempo, sin hablar. Richi tamborileaba los dedos sobre el volante, marcando un ritmo frenético pero apenas perceptible, un eco machacón de las corrientes que lo agitaban bajo su máscara imperturbable. Había cambiado la verborrea por el silencio en cuanto comprendió que yo no podía seguirle entre aquellos meandros plagados de tecnicismos legales y argucias policiales, como si mi cojera se acompañase también de algún signo de retraso cerebral.

En aquel cuarto de hora no ocurrió nada memorable, nada aparte de las dos rayas que Richi se metió por la nariz para amenizar la espera. Tampoco pasó nada dentro de la iglesia, nada se movió. Richi aguardó hasta convencerse de que no había nadie a la vista. Entonces bajó del coche y me ayudó a salir. Golpeó el portón dos veces, antes de sacar un manojo de llaves de un bolsillo de la chaqueta. Fue a probar la primera pero el candado estaba abierto y el portón entornado.

—Creí que la policía no hacía estas cosas —dije cuando me invitó a pasar al interior.

- —Ves demasiadas películas.
- —Sí. Y en las que he visto la policía suele dar el alto antes de abrir fuego.

Caminaba despacio, cojeando, pero poco a poco iba encajando las piezas del rompecabezas, descubriendo las cartas que quedaban sobre la mesa. Richi guardó las llaves en la chaqueta y entornó el portón. No hizo el menor caso del comentario. Tanteó en la pared hasta dar con el interruptor de la luz. Despertada en mitad de su sueño, una bombilla desnuda mostró ásperamente el entramado de andamios, tablones y cubos de pintura que ocupaba el centro de la iglesia y, más allá, grabada en las paredes y en el suelo, una tétrica réplica de sombras. El cable subía retorcido, amarrado en uno de los hierros, iluminando los techos donde la ola de azul seguía detenida más o menos en el mismo punto donde la había visto días atrás. Al parecer, el padre Osorio no tenía mucho tiempo ni muchas ganas de pintar.

- —El pastor abandona a su rebaño —murmuré.
- —Quizá sólo haya ido a buscar una oveja descarriada —dijo Richi—. O quizá la oveja aún siga por aquí.

No podía permanecer mucho tiempo de pie, ni aunque fuese saltando a la pata coja. Mi pierna herida irradiaba un flujo calenturiento que bombeaba hasta mi cabeza. Me senté con cuidado en uno de los bancos arrinconados contra la pared, mientras Richi avanzaba entre la jungla de metal de los andamios. Golpeó sin querer contra uno de los hierros y toda la estructura se tambaleó: unas gotas de pintura cayeron desde lo alto, donde un cubo temblaba encima de un tablón en equilibrio. Las gotas salpicaron de azul la manga de su traje.

- —Me cago en la puta —murmuró.
- —Ahora pareces la bandera francesa.
- —Calla, coño.

Me hizo un gesto con la mano para que guardara silencio, pero no sabía qué diablos estaba oyendo. Tampoco sabía qué especie botánica estaba criando en mi rodilla y prefería no mirar para averiguarlo. En cualquier caso, la savia iba subiendo desde la pierna adormecida, acompañada probablemente de una infección y del primer repunte de la fiebre. Richi entró sigilosamente en la sacristía y desapareció de mi vista. Después, como en una escena de

dibujos animados fuera de cuadro, hubo un largo silencio, un breve forcejeo, y Richi reapareció con Raschid del brazo.

—Era una oveja negra.

Fui a decir algo pero no supe qué. Raschid se debatía para intentar escapar pero Richi lo tenía bien cogido gracias a una nutrida experiencia en detenciones y redadas. Lo llevó hacia el altar, sacó las esposas de la chaqueta, le colocó una en la muñeca y encadenó la otra al brazo metálico del Cristo abstracto. El chaval se quedó prácticamente colgando de un brazo, casi bailando de puntillas, como si estuviera llamando perpetuamente a un taxi.

- —Estaba metido en el armario. Saliendo del armario, mejor dicho. Qué te parece.
  - —Un chiste malo. Suéltalo.

Richi se giró y me vio sentado en el banco, con las manos apoyadas en el bastón al estilo de un patriarca bíblico. Se pasó el dorso de la mano por la nariz, quizá para aspirar todos los polvos mágicos, pero yo ya había visto la carta escondida en la manga.

- —Quítale las esposas, Richi.
- —¿Qué coño dices?
- —Son las mismas esposas que me quitaste a mí. Las mismas que me puso Romero.

Se volvió del todo, juntó las manos y empezó a aplaudir. Primero despacio y luego cada vez con mayor entusiasmo.

- —Bravo —dijo—. Lástima que hayas tardado un poco en darte cuenta.
- —Sí, soy un poco lento de reflejos. Ten en cuenta que soy boxeador. Casi todo el mundo cree que los boxeadores somos idiotas. Que lo somos antes de calzarnos los guantes, porque hay que ser gilipollas para dedicarse a esto, o que nos hemos quedado así después, de la cantidad de hostias que nos hemos llevado en la cabeza.

Richi se echó a reír. Sacó otra vez la bolsita de plástico y se esparció unos polvos sobre el dorso de la mano.

- —Yo que tú no tomaría más, Richi. Te está afectando al cerebro.
- —¿Tú crees?

Esnifó toda la raya de una vez, en un solo golpe de fosas nasales. Luego

removió la cabeza de un lado a otro, estornudó un par de veces, y se alisó la corbata, como si fuese una corbata y no un guiñapo salpimentado de sangre amarrado al cuello.

- —¿Crees que lo mismo puedo acabar sonado?
- —No todos los boxeadores acaban sonados, Richi. Eso es un tópico, igual que lo del poli malo. Mira Max Schmelling, por ejemplo. Un gran tipo. Venció a Joe Louis y en su vejez llegó a ser director de la Coca-Cola.
  - —Impresionante. ¿Y tú?
  - —Lamento decepcionarte pero yo sólo sé dar hostias.

Richi echó un vistazo al prisionero encadenado a la cruz y luego se sentó en los escalones del altar. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Me miró entre el laberinto de humo que salía de su boca, jugueteando con su mechero.

—Me fijé en ese mechero la primera vez que nos vimos. No soy muy listo ni muy rápido, pero ya ves, tengo esa manía. Me fijo mucho en los detalles. Era un mechero demasiado caro para un poli de barrio. Tu mechero, tu ropa, tu coche, tu dentadura nueva, Richi. Nada encajaba contigo. O al menos, con el chaval que yo conocía.

Richi alzó las gafas con una mano y se frotó los ojos. De repente, parecía muy cansado, como si las rayas de cocaína que se había metido hasta el momento no fuesen suficientes ni siquiera para mantenerlo despierto.

- —El chaval que tú conocías —repitió—. Sigue siendo amigo tuyo, ¿no? Te salvó la vida.
  - —Eso puedes jurarlo.
- —¿Quieres que te lo cuente todo? No hay mucho que contar. Aparte de la constructora, la viuda también se dedicaba al juego. Era dueña de varios casinos y timbas ilegales, y también era suyo el bingo donde se arruinó tu tía. Cuando mi deuda con el póquer ya parecía un agujero negro, se entrevistó conmigo y me ofreció un trato. Nada mejor que un representante de la ley para llevar ciertos negocios sucios.

Cuanto más hablaba, más tranquilo parecía. Tenía gracia, pero la iglesia parecía el lugar más adecuado para una confesión, aunque fuese infestada de andamios precarios y latas de pintura. Aunque fuese con un niño musulmán

esposado a un Cristo abstracto.

- —Estaba obsesionada con conseguir esos terrenos y tu tía era la última pieza que le faltaba. No sé cómo organizó lo de las salidas al bingo con el Guti, pero seguro que algo tuvo que ver. La fecha del sorteo se acercaba y entonces apareciste tú, mi antiguo amigo del barrio, la solución a todos mis problemas. Si la vieja moría en un accidente, entonces tu madre y tú heredaríais la casa. Yo te convencería para que aceptaras la oferta de Sampere.
  - —Todo arreglado.
- Todo el mundo saldría ganando, sí —Richi le dio otra calada al pitillo
  Pero lo de la hipoteca me pilló a contrapelo. Te juro que no lo sabía.
  Como tampoco sabía que te acabarías follando a la mujer de Romero.
  - —Te recuerdo que Lola estaba divorciada.
- —Eso a Romero le daba igual —apartó mis palabras de un manotazo—. Estaba loco de celos, créeme. Le dije que lo dejara correr cuando el gilipollas de Guti le fue con el cuento de que te había visto saliendo de su casa en plena noche. Pero no me hizo ni puto caso, igual que cuando les dije que no te pusieran la mano encima.
- —Sí. El Lenteja se lo advirtió un par de veces, justo antes de que empezara a hacerme la acupuntura.
  - —Eran un par de gilipollas, y bien muertos están.

A guisa de epitafio, arrojó la colilla de un papirotazo. Rebotó contra uno de los andamios, soltando un responso de chispas, y rodó hasta apagarse en una de las gotas de pintura.

- —Lo que tenemos ahora es un problema matemático, una de esas ecuaciones enormes con las que don Fernando llenaba la pizarra. ¿Recuerdas? —hizo la pantomima de escribir con tiza—. De pronto el tío se ponía a tachar quebrados de un lado y de otro, y aparecía la solución.
- —Nunca se me dieron bien las matemáticas —dije, estirando la pierna para que el dolor dejara de trepar hacia arriba—. Y si no recuerdo mal, a ti no se te daban mucho mejor.
- —Aprendí algo en la academia. Escucha —esgrimió tres dedos y fue sacando más a medida que proseguía el razonamiento—. Tenemos tres

cadáveres. Cuatro, si contamos el de tu tía. Romero es la equis de la ecuación. Quemó la casa de tu tía, por orden de la viuda, y luego la mató a ella. Una discusión, avaricia probablemente, ya se me ocurrirá algo. Con Romero inventar motivos no es muy difícil. La solución lógica sería que Guti y Romero se hubiesen matado a tiros por el botín.

- —Es difícil explicar un tiroteo con tan sólo dos balas y dos muertos por la espalda. Y no veo muy bien dónde está el botín.
  - —Ahora lo verás. Para eso necesitamos al chaval.

Lo señaló con el dedo pulgar, sin mirar atrás, como si hiciera autoestop en la limpia autopista de las matemáticas.

- —¿El chaval?
- —¿Se te ocurre otra manera de despejar la ecuación?

Afirmé con la cabeza. Después moví el bastón, contagiado por la inercia, borrando todos los quebrados imaginarios que Richi había dibujado en la parroquia. Lo alcé en vilo y lo señalé con la contera.

—Tú.

Richi se echó a reír. A su espalda, Raschid se sacudió, intentando desengancharse del Cristo de metal. Pero la cruz estaba bien atornillada a la pared, los clavos llevaban dos mil años haciendo su trabajo.

- —Romero no mató a la viuda. No sólo no tenía motivos para hacerlo, como dices. Es que ni se le habría pasado por la cabeza. En cambio, tú perdiste los papeles en cuanto te enteraste de que el negocio se había ido a la mierda.
  - —¿De qué hablas?
- —Las Olimpiadas, Richi. Estábamos comiendo en aquel bar de carretera y te cambió la cara en cuanto te enteraste de la noticia. Saliste disparado en tu cochazo último modelo. Tú discutiste con ella, Richi. Fuiste tú quien la mató, fuiste tú quien la trajo en el maletero del coche hasta la obra y tú quien ordenaste a ese par de inútiles que se deshicieran del cadáver.

No me prestaba mucha atención. Se estiró para coger una bolsa de plástico colgada de uno de los hierros. De ella sacó el almuerzo de Osorio: un bocadillo mediado, envuelto en papel aluminio. Apartó el envoltorio y pegó un mordisco al bocadillo.

- —Con la coca siempre me entra hambre —explicó con la boca llena—. Tienes razón, fue culpa mía. Todo por confiar en el gilipollas de Romero.
  - —Nunca incendió el coche de tu padre, ¿a que no?
- —Una pequeña patraña —dijo, sin dejar de masticar—. Para aderezar el anzuelo. Mi padre tuvo un accidente de coche poco después de jubilarse.
  - —Ya. Muchas mentiras juntas no hacen una verdad.
- —Era un plan perfecto —comentó entre bocado y bocado—. De verdad. Si hubieses dejado en paz a Lola y si Romero se hubiese estado quietecito...
- —Seguiría siendo una mierda de plan —concluí—. Os jugasteis todo a una carta, a que Madrid ganaría el concurso para las próximas Olimpiadas. Madrid, no me jodas. Ni siquiera era una partida de póquer, Richi, sino un juego de azar.

Se echó a reír, una carcajada limpia y salvaje, extraída de los viejos tiempos, y casi se atragantó. Entre las risas se escuchaba, como en un disco de baquelita, toses y crujidos que daban fe del tiempo transcurrido desde la grabación. Sin embargo, como en un antiguo disco de baquelita, faltaba oír la cara B.

- —El jamón no está muy tierno, que digamos. Se ve que al cura no le va bien con el cepillo. ¿Qué me dices de la solución?
- —Sigues dándome la razón como a los tontos, Richi. Tu solución es una mierda. La viuda podía ser todo lo zorra que quieras, pero era concienzuda. Lo archivaba todo. Seguro que ella guardaba papeles con tus deudas de juego. Discutisteis por eso, ¿a que sí?
- —Ten cuidado —advirtió, esgrimiendo lo que quedaba del bocadillo— o acabarás de director de la Coca-Cola.
- —Has cometido demasiados errores, Richi. Uno detrás de otro. Sé que Romero tampoco mató a mi tía. Él no incendió la casa: eso también fue cosa tuya.

Se quedó con un bocado a medio masticar y por un momento dudó entre tragarlo o escupirlo. Decidió masticar.

—Te pasaste de listo con el anagrama de la Mano Negra, ése que dejaste junto a la puerta de la casa. Ya te dije que me fijo mucho en los detalles. Cuando Romero estaba jugando a los médicos, utilizó siempre la mano

derecha. Romero no era zurdo, tú sí.

Señalé su mano izquierda, la que sostenía lo que le quedaba de bocata. Richi lo engulló de un bocado, borrando las pruebas de lo que acababa de decir. Estrujó la bola de papel aluminio y la arrojó al suelo.

- —La pintada en la casa de mi tía era de una mano izquierda. Con las prisas, no te diste cuenta. Cuando alguien se pone unos guantes de fregar y pringa una mano en un bote de pintura para manchar una pared, elige la mano que más fácil le va. Es igual que escribir.
- —Impresionante —dijo, farfullando migas de pan—. Deberías hacerte poli tú también.
- —Mira, Richi, me importa un huevo que mataras a mi tía, a la viuda y a ese par de cabrones. Es verdad que te portaste como un cerdo conmigo, que me engañaste y me manipulaste. Pero me has salvado la vida y para mí eso cuadra todas las cuentas.
  - —Me alegra oírlo.
- —Para mí —remaché, señalando a Raschid—. Lo malo es que no sé qué pinta ese niño en todo esto. Y además hay unos decimales sueltos, una cuenta pendiente del pasado.

Apoyé con fuerza el bastón en el suelo y me levanté. Necesitaba estar de pie para lo que iba a decir. Richi enarcó las cejas en espera de más sorpresas. Sí, la vieja iglesia en obras parecía el lugar hecho a propósito para esa clase de revelaciones. Allí habíamos confesado nuestros primeros pecados: peleas, masturbaciones, animales torturados, deseos impuros. Pero lo que iba a decir no tenía nada que ver con la religión, los sacramentos o el vino de misa, ni siquiera con el coñac barato, la resaca, el dolor que mordisqueaba mi pierna.

- —Desde niño siempre te ha gustado joder, hacer daño. Atormentabas a Pichurri, aquel pobre canario, quemabas mariposas, ahorcabas gatos, arrancabas las patas a las arañas. Cualquier cosa que fuese más pequeña o más débil que tú. Porque si no, tenía que ir yo a defenderte.
  - —Mira quién habla.
- —La Mano Negra, Richi. Nunca me hubiera dado cuenta si no fuese por ese detalle. La mano que había pintada en el vestuario de chicas, en la piscina de San Blas, también era una mano izquierda.

- —¿Piscina, chicas? Ahora sí que no tengo ni puta idea de lo que estás hablando.
- —Gema, la sirena, la niña paralítica. No pudo matarse sola. Alguien empujaba la silla de ruedas, alguien la llevó hasta allí, alguien la tiró al agua.

Esperaba algo más de solemnidad en su confesión, un suspiro de alivio, un desahogo. No hubo nada de eso. Richi siguió sentado, hurgándose con la lengua entre los dientes, buscando una hebra de comida.

—Fue un accidente —dijo, sacando el trozo de comida, examinándolo un instante antes de arrojarlo al suelo—. Aproveché que su padre la había dejado un momento a la entrada del mercado y entonces se me ocurrió la idea de golpe. Le dije que la esperabas en la piscina y los ojos se le abrieron como platos. Sabía que tú y yo éramos amigos.

¿Cuántos años llevaba esperando oír aquello? En medio del ajetreo del mercado, nadie reparó en aquel niño que empujaba la silla de ruedas de Gema. El tipo de la entrada se había ausentado de la taquilla un momento y ni siquiera tropezaron con un solo jardinero. Gracias a una increíble serie de casualidades que sólo podían funcionar porque no se habían calculado de antemano —pasillos vacíos, ningún empleado en su puesto, la señora de la limpieza a la que se le había olvidado algo en el sótano— todo el camino hacia la piscina estaba limpio, expedito, como si la Mano Negra que acabaría presidiendo el homicidio hubiese ido abriendo previamente todas las puertas.

—Te juro que no quería hacerle daño, Rober, sólo darle un susto. Mi intención era arrojarla a la piscina con la ropa puesta. Pero pesaba un huevo, se giró, asustada, y volcó la silla de ruedas. Al caer se pegó con la nuca en el borde de la piscina y se quedó flotando boca abajo. Fui a sacarla pero me asusté cuando vi la sangre que le salía de la cabeza y empezaba a teñir el agua.

- —¿Por qué, Richi? ¿Por qué?
- —¿Qué quieres que te diga? —preguntó, enseñándome las manos—. Envidia, rabia. Cosas de críos. Supongo que me jodía que me hubieras metido una paliza sólo por defender el honor de esa retrasada.
  - —¿Sólo por una pelea? ¿Por eso la mataste? ¿Por un diente roto, Richi? El bocadillo rancio le había dado fuerzas. Se puso en pie, sacudiéndose

las manos de migas.

—Ya te he dicho que no lo hice adrede. No querrías que fuera a avisar a su padre para que luego me matase a hostias. Ya sabes cómo las gastaba el pescadero. Eché a correr y tuve suerte de que no me viera nadie.

El padre Osorio habría respondido: «Dios te vio». Un embajador divino —un esqueleto metálico atornillado a la pared— también lo estaba contemplando ahora. Vio cómo Richi se agachaba para recoger la grapadora grande y roja con la que Osorio sujetaba los trozos de sábana a la pared para que la pintura no salpicase. Aquel Cristo medio oxidado adivinó lo que iba a ocurrir mucho antes de que yo lograra hacerme siquiera una idea, pero no movió un dedo para detenerlo. Igual que en el Monte de los Olivos.

- —Bueno, Rober. De verdad que no sé de qué vas. ¿Vas a acusarme de todos esos asesinatos? ¿Tú, un matón de tres al cuarto? ¿Y quién va a creerte?
- —Aunque yo no hablara, están las balas por la espalda, salidas de tu arma reglamentaria, Richi. Están los libros de cuentas de la señora Sampere.
- —Nada que no pueda explicar con una buena historia. Escucha a ver cómo suena ésta. Empieza igual que un chiste, con un moro, un gitano y un... ni se sabe —Richi jugueteó con la máquina, abriéndola y examinando la carga de grapas—. Ese par de imbéciles regresó a la casa de tu tía para buscar un botín. Una caja de seguridad donde se guardaban unas joyas de familia.

El estupor debía de hervir en mi rostro, porque Richi se echó a reír a carcajadas. La grapadora giraba en su mano zurda, imitando un revólver.

—Me lo contaste tú mismo, anoche. Estabas demasiado borracho y ese coñac —guiñó un ojo— no era muy bueno. Una pequeña caja fuerte y una llave. Según tú, la llave la tenía este chavalito.

Con otro de sus trucos de prestidigitador, Richi se giró y liberó al muchacho. Lo cogió del cuello y luego le retorció una mano a la espalda. Inicié una danza con el bastón pero apenas pude esbozar un par de pasos. Un trallazo de dolor me frenó en seco y tuve que agarrarme a uno de los andamios. Toda la estructura se tambaleó. Comprendí que nunca podría atravesar a tiempo toda la maldita selva de hierros y tablones. No antes de que Richi lo matara.

—Necesito la caja y la llave para montar mi nueva ecuación. ¿Me las vas

a dar?

- —Estás loco, Richi —jadeé—. Te has metido tanta mierda por la nariz que el cerebro se te ha atascado.
  - —Mira, ya me harté de pedirte favores.

Esgrimió la grapadora, cogió un pellizco de carne del brazo de Raschid y apretó con todas sus fuerzas. De la garganta del chico brotó un aullido inteligible en todas las religiones e idiomas. Sin soltar la presa del brazo, con la mano que sostenía la grapadora, Richi se subió las gafas que se le habían descabalgado.

—Torturándote a ti no conseguiría nada. Eres demasiado duro. Pero está visto que los niños son tu punto flaco. Dime dónde están las llaves o voy a terminar de encuadernarlo.

Agarró con la grapadora un trozo de carne del cuello y apretó la máquina. Raschid aulló otra vez, la sangre salpicó la cara y las gafas de Richi, pero al abrirle el cuello de la camisa vislumbré el brillo de la llave. La llave del paraíso. El ritmo de una cancioncilla infantil, entonada con la voz de Gema, se entrometió en mi cabeza al tiempo que Raschid movía los labios como en un doblaje mal sincronizado. No paraba de murmurar, aterrorizado, los ojos en blanco, el sudor bajándole a chorros por la cara.

- —¿Qué pollas dice?
- -Está rezando, rezándole a su Dios -expliqué.
- —Puto moro de los cojones. Alá no le va a ayudar en esto.
- —Por favor, Richi, déjalo en paz.
- —Habla o la próxima vez le graparé los ojos.

Me fijé en sus pupilas desorbitadas por la cocaína. Lo decía en serio: llevaba entrenándose desde niño, martirizando pájaros, quemando lagartijas vivas, ahorcando gatos. Un niño musulmán no lo iba a detener ahora, igual que no lo había detenido una niña inválida en una piscina. El Cristo de metal observaba la escena con la misma indiferencia milenaria con la que había asistido a su crucifixión, la misma mueca incomprensible, románica, con la que había contemplado guerras, ejecuciones, injusticias, masacres. Raschid tampoco era de los suyos, ni siquiera estaba bautizado. Pensé que, ya que Cristo se retiraba del asunto, quizá Alá echara una mano.

—Está en su cuello —dije—. La llave que buscas, la lleva colgada al cuello.

Palpó el pecho del muchacho y, al encontrar la llave al cabo de la cuerda, sonrió. Pero cuando sintió aquella mano extraña toqueteando el regalo de su hermano muerto, a Raschid pareció sacudirle una corriente eléctrica. Desesperado, echó la cabeza hacia atrás y golpeó a Richi con la fuerza de una coz. Las gafas, al romperse, se le clavaron en la cara.

—Me cago en la hostia puta —gritó.

Raschid se revolvió y logró zafarse de su abrazo. Cruzó a la carrera entre los andamios mientras Richi aún se sacaba cristales de las cejas. Parecía Cristo con la corona de espinas: un retrato mucho más convincente que aquel avatar herrumbroso que hacía de árbitro de la pelea. Le indiqué al muchacho el portón entreabierto pero estaba muy asustado y buscó refugio en mi espalda, jadeando. Richi dio uno o dos pasos, ciego de sangre, al tiempo que echaba mano a la sobaquera para desenfundar el arma.

## —¡Apártate, coño!

No tuvo tiempo de sacar la automática: me lancé con todas mis fuerzas contra los andamios. Bastó el primer empujón para que toda la estructura se viniera abajo con el estrépito de un firmamento inconcluso. Uno de los tablones me golpeó en el hombro y caí al suelo, entre una granizada de brochas y cubos de pintura. Vi a Richi retrocediendo, alzando los brazos, intentando detener lo que se le venía encima, pero la avalancha de metal lo atrapó al pie de los escalones que llevaban al altar.

Me erguí como pude. Dios o Alá o quien fuese había decidido intervenir. Richi boqueaba en el suelo, igual que un bicho apuntillado en una cacería infantil. Uno de los hierros se le había clavado en la espalda: uno de los raspones de tiza de don Fernando tachando números y quebrados, la ecuación resuelta, al fin. Yacía boca abajo, nadando en una pesadilla de tablas y andamios destrozados, con una barra hincada a la altura de los pulmones. Levantó la cabeza y me miró.

—Rober —gimió.

Me acerqué hasta él, arrastrándome entre los restos de la bóveda celestial. A pesar de los cortes y las magulladuras, de los dientes postizos y las pupilas desmesuradas, vi la misma mirada alegre y límpida que escoltó mi niñez, el mismo gesto de complicidad con el que planeaba una travesura.

—Yo no quería matarla. A Gema. Te lo juro.

Habló en tres espasmos, tres golpes de sangre negra que le brotaron de la boca. Me volví un instante para mirar a Raschid que estaba a salvo, encogido en uno de los bancos, asustado y atónito, oyendo aquel diálogo en un idioma extraño como si fuera una complicada ceremonia de una religión feroz.

- —Lo sé, Richi —le dije, apretándole la mano—. Lo sé.
- —Amigos, ¿no?

La pregunta se le quedó colgada de los ojos abiertos. Su mano me devolvió el apretón en una convulsión final, mientras la otra mano tanteaba agónicamente por el suelo hasta encontrar una lata de pintura volcada. «Amigos», murmuré. Richi arañó con los dedos en un charco celeste, un trozo de cielo azul.

## DIEZ

Toqué fondo.

Bajo el agua, el tiempo viene y va, avanza, retrocede. Las ondas llegan hasta el bidón del cementerio donde enterramos a mi padre, las teselas azules del fondo repiten el vértigo del cielo, el paraíso que nos han prometido a todos. Es un edén vacío, hueco, limpio de peces y pájaros. Nos gustaba tumbarnos en el césped y dejarnos caer hacia lo alto, sentir la succión de las nubes, el paladar azul del dios al que nunca llegaríamos. El cielo está hecho de cristal, Cristo camina sobre las aguas con la prestancia de un patinador sobre hielo mientras racimos de burbujas suben hacia la superficie como uvas en tiempo de cosecha. La piscina de San Blas era un mar para pobres y el mar nada más que un reflejo del cielo, un cielo boca abajo en una tienda de saldo, empaquetado en un bidón de petróleo. Abrí los ojos y vi las nubes cruzar ante mí como quillas, como suelas de zapatos sobre mi tumba.

Unos brazos me sacaron del fondo (mejor sería decir que me pescaron), depositándome luego al borde de la piscina, bocarriba. Algo me golpeó en el centro del pecho, haciéndome vomitar una mezcla de bilis y agua. Sentí un líquido espeso brotar de mis pulmones con la furia inútil del parto. Tosí, tragué agua, me eché a llorar. La voz del pescadero me llegaba como a través de una campana.

—Respira, chaval. Respira.

No llegué a verlo porque tenía que abrirme paso a través de una neblina de cloro. Cuando emergí del todo, ya se había ido. Estaba solo en la piscina, el bañador mojado, tiritando de frío después del nacimiento. Encajonada de nuevo en su rectángulo azul, el agua regresaba a sus conductos habituales:

lágrimas, mocos. En el cielo, en la geométrica techumbre de polideportivo, un fluorescente fundido guiñaba el ojo. Pero Dios tenía un único párpado y no solía permitirse esa clase de bromas. Me puse en pie, escupiendo agua, y fui tambaleándome hasta los vestuarios. Mientras me secaba con la toalla, admiré en el espejo la palidez cadavérica de mi piel, las telarañas rojas que habían crecido alrededor de mis pupilas. Me vestí despacio, castañeteando los dientes, como si estuviese cubriendo mi propio cadáver. Oí el ruido de las luces que se iban apagando sala a sala, pasillo a pasillo. Abandoné el vestuario cuando la oscuridad ya se había adueñado de las instalaciones.

## —¡Eh, tú!

Un encargado me descubrió al extremo de un corredor y me preguntó qué coño estaba haciendo. Eché a correr con la cartera al hombro y pude escapar del edificio antes de que se decidiera a perseguirme. Llegué jadeando hasta el portalón de la entrada, después de cruzar los jardines entre el abanico húmedo de los aspersores. Una vez fuera de la piscina, acomodé la cartera en la espalda y enderecé mi paso con la cadencia de un resucitado.

Ya había anochecido cuando empecé a cruzar el parque de San Blas, su tenebrosa leyenda de jeringuillas y ahorcados, de yonquis y navajeros emboscados en las siluetas de los bancos. Los árboles tendían sus ramas hacia el hematoma de las nubes. Plantadas al borde del césped, las farolas apenas lograban irradiar una rodaja de luz hasta el siguiente tramo de oscuridad, pero yo sólo pensaba en la bronca que me iba a caer cuando llegara a casa. Entonces, al ir a cruzar la avenida de dos carriles que corta en dos el parque, los vi. Dos perros escuálidos unidos por el culo, aullando, tirando en direcciones opuestas. Dos chuchos callejeros que se habían quedado pegados follando y que no podían separarse. De cuando en cuando, un coche pasaba a toda velocidad e iluminaba unos instantes el engendro. El puto cancerbero de barrio luchaba por escapar, arañando inútilmente el asfalto. Me quedé en la acera, ante el brillo fantasmagórico de los faros, contemplando aquella grotesca pesadilla como si fuese uno de mis trabajos manuales en arcilla que hubiese echado a andar, dotado de vida propia.

Me agaché, cogí una piedra y la tiré, para ver si así conseguía separarlos, pero los perros siguieron bailando su enloquecido tango sobre la cuerda floja del paso de cebra. Flacos, sarnosos, exhaustos, gimoteaban, gruñían, intentaban revolverse, lanzaban dentelladas contra el nudo de entrañas que los tenía atrapados, soldados en un lazo de amor. Un coche frenó de golpe, a punto de aplastarlos, y el doble resplandor de los faros alumbró, en un contraluz de polvo y de mosquitos, a un perro de dos cabezas, una bestia mitológica y ridícula, un monstruo de feria que al fin se apartó de la carretera y se alejó a trompicones, perdiéndose en las tinieblas del parque, danzando torpemente sobre sus ocho patas.

Pasé unas tres semanas en el hospital, la pierna en alto, escayolada, perforada con tornillos y máquinas, rodeado de accidentes y traumatismos varios con los que iba pasando el rato. Mi madre venía todas las tardes, a veces me traía revistas y bombones que yo regalaba a mis compañeros de habitación o a las enfermeras que me cuidaban.

- —Mi novio no me dejaría comer bombones, señor Esteban.
- —Tiene razón. Sería una redundancia.

La chica se sonrojó. Era simpática, rellenita y más bien feúcha, pero qué más daba, los piropos son gratis. Además, es mejor llevarse bien con la gente que te cambia las sábanas. Después de la operación, un médico gordo, pálido y con el rostro erizado de granos, me dijo que tardaría más de un año en recobrar el uso de la rodilla. Volvería a andar, sí, pero lo más probable es que me quedara de recuerdo una leve cojera y un dolorcillo en la rótula que haría de despertador por las mañanas. ¿Podría predecir cambios meteorológicos, doctor? ¿Podría trabajar de hombre del tiempo? Me escrutó con sus dos hemisferios arrasados de cráteres lunares, y me pidió que no dijera tonterías. Tendría que usar muletas y acudir a rehabilitación durante varios meses pero yo me preguntaba quién carajo iba a cubrir los gastos. No cotizaba a la Seguridad Social desde mis tiempos de boxeador y en el oficio al que me dedicaba era jodido que alguien te firmase un seguro. Tampoco creía que el dinero por la venta de la casa, una vez cubierta la hipoteca, alcanzara siquiera para pagar la escayola. No me atrevía a preguntar a mi madre, pero la respuesta me la trajo el padre Osorio el mismo día en que vino a visitarme,

vestido de civil con su traje viejo de la parroquia y una caja de bombones en la mano.

- —Por lo menos no han sido flores.
- —Se les acabaron los cactus —dijo, torciendo la boca—. ¿Qué tal estás, hijo?
- —Aburrido de mirar el techo. Podría pintarlo de memoria, incluidos desconchones y manchas.
  - —Cuando termines con éste, podrías seguir con el de la iglesia.
- —Creo que me han prohibido el alpinismo por una temporada. ¿Raschid sigue echándole una mano?

Asintió con la cabeza. «Gracias a ti», murmuró. Intentaba esconder la emoción detrás de los diez kilos de patatas que tenía por cara, pero no lo consiguió. Fue entonces cuando me dijo que la mezquita corría con todos los gastos de hospitalización.

- —Nidhal no sabía cómo darte las gracias por haberles devuelto al chiquillo sano y salvo. Yo le sugerí que ésta sería una buena manera.
  - —Puede jurarlo, padre.
  - —¿Tienes algo que contarme?

Lo preguntó con voz profesional. En la habitación de seis camas, plegado en un rincón, había un biombo blanco, un bastidor de cortinillas con la que los médicos aislaban una cama antes de administrar una de sus sangrías. Osorio no quería auscultarme el corazón ni sacarme sangre, sino que me ofrecía el mismo sacramento que yo desperdicié una vez contándole burdos martirios de insectos. Pero la confesión ya había tenido lugar, en una discoteca de mala muerte y en una iglesia en obras, aderezada con coñac barato en vez de vino de misa. Su depositario, mi amigo de la infancia, yacía bajo tierra. También él había confesado, poco antes de morir, poco después de comulgar con unas rebanadas de pan rancio.

No había nada que añadir a eso. Ni siquiera lo había hecho con la pareja de policías que me visitaron justo después de la operación, y que me amenazaban no con las inciertas penas del infierno sino con férreos años entre rejas por una serie de delitos que iban desde agresión a homicidio no premeditado. Ocuparon una sala contigua a la de postoperatorio y durante

tres días no dejaron que se me acercara nadie, ni siquiera mi madre, salvo los médicos que evaluaban mi recuperación y las enfermeras que me atendían. Después me llevaron a una sala de traumatología ocupada con otros cinco enfermos, rodearon mi cama de biombos y cortinas, y pusieron un vigilante a mi puerta, como si pudiera levantarme y echar a correr con aquella especie de fresadora atornillada a mi rodilla. Incluso limitaron el acceso de las visitas a las otras camas, cuyos ocupantes miraban la mía primero con recelo y luego con entusiasmo, como un nuevo serial de televisión al que todavía no habían cogido el gusto. Seguramente era más divertido escuchar los interrogatorios tras las cortinillas que echar monedas a la ranura del aparato.

Más que un serial de televisión, los interrogatorios parecían los ensayos de una obra de teatro medio improvisada, con dos protagonistas disfrazados de poli de paisano y un comparsa horizontal que respondía con monosílabos. El madero que llevaba la voz cantante era una cincuentona flaca y huesuda, vestida con traje chaqueta, y su compañero apenas servía para darle la réplica. Repetían una y otra vez las mismas preguntas, intentando hallar alguna discordancia en mis declaraciones, pero habíamos ensayado el texto tantas veces, en la soledad de los primeros días, que conocía las respuestas como si fueran los prospectos de la medicación.

- —Tenemos los testimonios de una docena de vecinos. Usted le pegó una paliza a Romero. Delante de su mujer.
  - —Es posible —admití—. Estaba borracho.
  - —Posible no —recalcó la mujer—. No nos toque los cojones.

No hablaba por hablar. Probablemente los tenía. Llevaba el pelo corto, los ojos cargados de adrenalina y nada de maquillaje encima. Me interrogaba con aquella cara de huesos duros y de labios finos, una cara nada femenina. Su compañero, en cambio, necesitaba un bigote para darle algo de firmeza a la suya.

—Esa actitud no va a ayudarle nada, amigo —dijo.

Su compañera lo miró de refilón como si estudiase un bolígrafo estropeado que acabara de soltar un chorro de tinta. Después, amparada en la intimidad que nos prestaba el biombo, volvió a la carga. Me preguntó si conocía a la exmujer de Romero. Algo, sí. Si sabía que él le había dado una

paliza. Intentaban sacar algo en limpio, esclarecer unos hechos que abarcaban apenas tres manzanas del barrio, una casa quemada, cinco cadáveres. Sospechaba que ya tenían toda una hipótesis montada, bastante aproximada a los hechos, y que sólo necesitaban que yo la corroborase.

- —Sabemos que Ricardo Sánchez era amigo suyo.
- —Lo conocía un poco, sí. Fuimos al colegio juntos.
- —¿Le prestó alguna vez su coche?
- —No, que yo recuerde.
- —Hemos encontrado huellas suyas por todas partes.
- —Sí. Mis dedos tienen esa puñetera manía de ir manchando todo por ahí con huellas dactilares.
- —Señor Esteban —la mujer cogió de nuevo el rumbo de la conversación y su camarada pareció encogerse en la silla—. Había tres cadáveres en la hormigonera, Carmen Sampere, Diego Romero y Alejandro Gutiérrez. Usted los conocía. A los tres. El día anterior al asesinato, usted había propinado sendas palizas a Romero y a Gutiérrez. Tenemos docenas de testigos. Usted afirma que encontró el cadáver de la señora Sampere metido en una hormigonera, muy cerca de la casa de su difunta tía. Allí dentro, según usted, Romero y Gutiérrez lo redujeron y lo torturaron. ¿Todo bien hasta ahí?
  - —Me parece que sí.
- —Según usted —dijo la mujer, revisando sus notas—, Ricardo apareció justo cuando iban a emascularlo y los mató de sendos balazos por la espalda. ¿No dio el alto, no ordenó manos arriba ni nada parecido?
  - —No había tiempo.
  - —Limítese a contestar sí o no.
  - -No. No hizo nada de eso.

La mujer se detuvo y tomó aire. Podía escuchar a mis vecinos de habitación, cada uno con sus dolencias y fracturas, conteniendo el aliento, esperando el siguiente serial del capítulo. Lo habían oído a lo largo de varias tardes desde que me subieron del quirófano y me desperté de la anestesia. Siempre se interrumpía en el mismo punto, como si al guionista se le hubiese agotado la inspiración.

—¿Qué ocurrió después?

—Le repito que no lo sé. Me desmayé por el dolor, supongo.

Ése era el punto donde terminaba el texto original de la obra y empezaban los titubeos, las improvisaciones. Doña Hueso y Don Bigote necesitaban que les contara qué había sucedido en el interior de la parroquia: cómo Richi había torturado a Raschid, cómo yo había protegido al chiquillo arrojándole encima una torre de andamios. Pero antes de morir, Richi me había enseñado algo sobre interrogatorios. La verdad no valía una mierda. De ninguna manera debía confesar que había matado a un madero, aunque fuese accidentalmente, aunque fuese para salvar una vida.

- —Hemos hablado con los médicos —dijo Don Bigote, alisándose la corbata, mientras Doña Hueso lo observaba amartillando los ojos—. Nos han dicho que, dado el alcance de su lesión, es muy posible que perdiera la consciencia debido al dolor. Pero no creen que fuese más allá de unos minutos. ¿Qué pasó en el interior de la iglesia?
- —Le repito que no sé cómo llegué hasta allí. Sólo recuerdo que, al despertar, allí estaba, tirado en el suelo. Había un niño sentado en uno de los bancos y el cadáver de Richi atrapado entre un montón de andamios.
  - —También había rastros de cocaína en su rodilla.
  - —Sí. Qué raro, ¿verdad?

De un manotazo, la mujer apartó unos papeles. Ya habían sacado a relucir varios episodios poco filantrópicos de mi pasado. Me habían amenazado con sumar un montón de delitos insignificantes —escándalo público, intimidación, peleas callejeras— sólo para redondear una pena de cárcel no del todo desdeñable. Me habían ofrecido canjearla por la verdad de lo ocurrido en la parroquia, pero yo me obstinaba en la amnesia y el desmayo. Al fin, a Doña Hueso se le ocurrió una forma de hacer avanzar el careo en una dirección que pudiera sacarnos del atasco.

—Mire, vamos a descubrir las cartas. Sabemos que Ricardo no era trigo limpio. Estaba en vigilancia desde hace mucho tiempo. Su nombre está implicado en varios tejemanejes turbios de la constructora, incluyendo deudas de juego. Nuestro problema, nuestro único problema es explicar cómo se le cayeron todos esos andamios encima. Gonzalo Osorio, el sacerdote de la parroquia, dice que la construcción la hizo él mismo y era bastante precaria.

Que podían derrumbarse en cualquier momento. Una chapuza, vaya. Y usted señala que, al despertarse, se encontró con que Ricardo estaba agonizando debajo del montón de andamios.

- —Así es —admití.
- —De acuerdo. Explíqueme cómo puedo escribir en el informe que los andamios se cayeron solos.

No respondí. Me picaba la barba: no me afeitaba desde antes de la borrachera. Ninguna enfermera había tenido el detalle de acercarme un espejo y ya debía de mostrar una respetable jeta de presidiario. Sólo quería acostumbrarme a ella y que me dejaran en paz, pero no pensaban darme facilidades. Doña Hueso insistió:

- —En esa iglesia sólo estaban él, usted y ese niño.
- —Se equivoca —puntualicé, pidiendo una carta—. También estaba Dios. Dios suele estar en las iglesias, al menos en las consagradas.

La mujer sonrió, estirando sus labios óseos hasta el punto de borrarlos en una simple raya de vesania.

- —¿Cree usted en Dios? —negué con la cabeza—. Le vendría bien creer, porque puede pasarse mucho tiempo en la cárcel.
  - —¿Qué dice el niño? —pregunté, pidiendo otra carta.
- —Que usted lo mató —respondió la mujer sin titubear—. Que usted derribó los andamios.

Era un órdago a grande, pero no llevaba muy buen juego. Lo descubrí no gracias a ella (que no movió ni uno solo de los huesos que armaban su cara), sino a su compañero, que dejó de mirarme durante el lapso de un parpadeo para lanzarle a ella un fugaz y temeroso vistazo. Aquel tipo no valía para el mus y su bigote menos. Descubrí el miedo ronroneando bajo la pelambrera que le alfombraba la boca. En cualquier caso, no podía echarme atrás: ya era hora de mirar las cartas.

Dios tenía algo más que decir en el asunto. Raschid confesó que aquel hombre lo había torturado y que, en justo castigo, Alá le había echado encima los andamios. Osorio había asistido al interrogatorio en el despacho de

Nidhal, en la mezquita, la misma pareja de policías secundada por un traductor de árabe, y me contó que el crío no había querido añadir ni una coma a su testimonio. No quiso o no pudo especificar dónde me encontraba yo cuando los hierros se vinieron abajo y a Doña Hueso no le quedó más remedio que incluir una hipótesis teológica en su informe. En apoyo de esa tesis, guardó dos grapas ensangrentadas que los médicos habían extraído de la carne del chiquillo y unos cuantos puntos en un brazo y en el cuello.

—No es un chivato —dijo Osorio—. Me recuerda a alguien.

En el último interrogatorio, la mujer me ofreció retirar todos los cargos a cambio de una declaración que salvara el buen nombre de la policía. Ya habían hecho un trato parecido con Nidhal y con el crío: Romero (el gitano, el pirómano, el maltratador de mujeres) cargaría con todas las culpas, desde el incendio de la casa hasta el martirio de Raschid, pasando por el asesinato de la viuda Sampere. De ese modo, la memoria de Richi se vería libre de cargos y hasta podría aspirar a una medalla por salvar mi vida y la de un niño moro. «Iraní», corregí. La mujer se mordió los labios casi inexistentes y añadió que, así, su padre, un viejo comisario jubilado, no tendría que asistir a la vergüenza de una investigación póstuma. Cómo taparían toda aquella basura, cómo amañarían las incongruencias de móviles, escenarios y balazos por la espalda, no era asunto mío.

—No veo por qué no —admití—. Es verdad que me salvó la vida.

Los dos polis cerraron sus carpetas y se levantaron de sus sillas. Por primera vez, la mujer me miró con algo parecido a la lástima.

- Ésa es sólo una parte de la verdad —dijo, inclinándose hacia mi lecho
  Y usted lo sabe.
  - —Tiene razón. La verdad completa es que Richi era mi amigo.

Había otras verdades, sí, pero la Mano Negra era un asunto privado entre Richi y yo, entre Dios y Gema. Una partida de mus sin señas. Supongo que el informe de la autopsia tampoco especificaría nada acerca de la coca, todo aquel polvo blanco que le habrían encontrado dentro, suficiente como para pintarle una raya continua en las venas.

Me había librado por un pelo. Don Bigote, siempre oportuno, tuvo el detalle de recordármelo cuando ya salía. Mis compañeros de habitación se

habían quedado sin su serial policíaco y tuvieron que dar de comer a la tele. Mi madre, Sebas y el padre Osorio se turnaban a la hora de las visitas. Una mañana, tirando de mí como si arrastrasen un ahogado, un par de enfermeros me ayudaron a ponerme en pie y a utilizar las muletas. Poco a poco, volví al mundo vertical, empecé a recuperar la intimidad, las visitas al baño, la maquinilla de afeitar. Debajo de mi barba apareció el rostro demacrado de un convaleciente, un presidiario al que habían concedido una amnistía. El dolor en la rodilla subía y bajaba como el dial del volumen del televisor, a capricho de un público de nervios y tendones. Los primeros días me habían atiborrado de calmantes pero gradualmente fueron reduciendo la dosis. Aunque el traumatólogo se sorprendió de mi resistencia al dolor, me advirtió que mejor me fuese buscando un amigo farmacéutico.

- —Prefiero buscar amigos en los bares, doctor.
- —Si conoce alguno donde sirvan ibuprofeno, avíseme.
- —Conozco una farmacéutica muy guapa.

Me habían advertido de que la recuperación sería larga y ardua, pero no esperaba que me costara tanto dar los primeros pasos. En mi inmersión nostálgica hacia el pasado había retrocedido más allá de la infancia, hasta el absurdo espacio en blanco del tacatá y el caballito. Me tambaleaba sobre las barras del gimnasio, sudando, avanzando centímetro a centímetro, escoltado por un fisioterapeuta, rodeado de jubilados que contemplaban mis esfuerzos y me daban ánimos, como si me entrenara para la vejez, a punto de cruzar la línea de meta. Los primeros días no creí que llegase siquiera a cojear. «Tendré que cambiar de empleo» pensé durante la primera sesión, después de recorrer una docena de metros y acabar completamente agotado. Era más difícil que un entrenamiento por el título mundial y la única recompensa consistía en que te llevaran de regreso a la cama. Una enfermera intentó consolarme diciendo que no me preocupara, que una cojera podía resultar tan sexy como una cicatriz, pero luego no quiso demostrarlo con hechos.

Cuando me dieron el alta, todavía necesitaba las muletas y las seguiría necesitando durante mucho tiempo. Bajar las escaleras del hospital se convirtió en un problema de geometría. Mi madre vino a buscarme en un taxi y por primera vez pensé en la ironía de que hubiese acabado cuidándome

cuando era yo quien había ido a ayudarla mientras se recuperaba de su operación de varices. En el trayecto hasta casa repitió la misma cara de zozobra y vinagre con que me había obsequiado durante las visitas al hospital: el ceño fruncido, los ojos ausentes, los labios atornillados en un silencio hermético. No aflojó los tornillos en todo el día, hasta la hora de la cena, cuando, para hacer tiempo mientras esperaba que se disipase el humo de la sopa, le pregunté qué le pasaba.

- —Mira, hijo, no sé si será bueno hablar de eso.
- —De acuerdo. Entonces no hablaremos.

Hundió la cuchara en la sopa y empezó a removerla. Sorbió dos o tres cucharadas. El caldo hirviendo debió de despertar algún músculo dormido en su lengua.

- —Tienes que dejarlo, hijo.
- —¿El qué, mamá?
- —Tu trabajo.

Esbocé un gesto de incomprensión mientras ella dejaba otra vez la cuchara sobre la mesa, tapando una de las flores medio borradas del mantel. Mi madre nunca tiraba nada pero aquel mantel estaba para el arrastre.

- —Sé a lo que te dedicas —continuó hablando sin mirarme, observando la sopa, como si aguardase que cuajara un oráculo entre los fideos—. A pegar palizas, a asustar a la gente. Nunca me gustó que te dedicaras al boxeo, pero esto... Esto es mucho peor.
  - —Mamá, yo...
- —No intentes engañarme. Sé que piensas que soy tonta pero también soy tu madre. Y no tan tonta como te piensas.

De modo que lo sabía. La vergüenza me inundó de arriba abajo, un malestar nítido y repentino, calcado de los días de colegio.

- —¿Quién te lo dijo?
- —¿Qué importa quién me lo dijera? —repuso, mirándome a los ojos—. Hubo mucha gente, una vecina, un tendero, tu tía, que en paz descanse. Yo no quería creerles. Les creía y al día siguiente pensaba que no era más que envidia, habladurías de la gente, que no se puede estar con la lengua quieta. Lo sabía pero no quería enterarme. Hasta el día en que le pegaste una paliza a

ese gitano. Mira que te advertí que no te arrimaras a Lola, que esa mujer no iba a traerte más que problemas.

No me quedó otro remedio que humillar la cabeza y comer en silencio. La sopa me quemaba, pero no tanto como sus palabras, aquel cansino tono de reproche, aquel anzuelo seco y afilado con que las iba pescando.

—Dios santo, es igual que cuando eras crío y salías a la calle. ¿Volverías entero o a trozos? ¿Con la cabeza escalabrada, la nariz sangrando, un brazo roto? ¿Es que no has aprendido nada en todos estos años? —fui a contestar pero lo hizo ella misma—. Al parecer no. Sólo has ampliado el radio de acción. Mira Ricardo, mira Guti, mira el gitano: muertos. Todos muertos. Tú podías haber acabado igual, hijo. ¿Es que no te das cuenta?

Me daba cuenta, sí, pero ¿qué podía responder? No podía contarle toda la historia, la traición de Richi, el asesinato de Gema, el niño que había salvado de las fauces del barrio. Las madres siempre se quedan sin saber, tienen que conformarse con los rasponazos en la rodilla, los tirones de oreja, el algodón empapado en agua oxigenada.

—Cuando el padre Osorio me avisó de lo que había ocurrido, no pude dormir en toda la noche. Ni siquiera me dejaron entrar a verte al hospital. Estabas fuera de peligro, sí, era sólo una pierna, pero ¿y la próxima vez? ¿Qué será la próxima vez, hijo?

La miré a la cara. Los ojos le brillaban con ese velo tenue que precede a las lágrimas. No veía llorar a mi madre desde el entierro de papá y no sabía qué podría hacer al respecto.

- —Prométemelo, hijo.
- —¿Qué, mamá?
- —Prométeme que dejarás la calle, que buscarás un trabajo decente. No podría soportar que te pasara algo.

La voz se le había roto. Antes de que la desbordara el llanto, me levanté y la abracé contra mi pecho, acariciando su cabeza espolvoreada de canas. Te lo prometo, mamá. Te lo prometo. No llores, por favor. No llores.

Por suerte, mi madre suele hacer las cosas muy rápido. Cose muy rápido, cocina deprisa, come a toda hostia. El llanto tampoco le llevó mucho tiempo. Me apartó suavemente, se enjugó los ojos con el borde del delantal, intentó

sonreír. Después me pidió que le acercara la pequeña caja de seguridad de mi tía que estaba en una repisa de la estantería. La recogió con una especie de respeto reverencial, mientras la sonrisa perduraba a través de las lágrimas.

—Fui a un cerrajero, mientras tú estabas en el hospital. Le dije que la abriera con cuidado porque podía haber algo muy valioso y muy frágil dentro. El hombre dijo que no le llevaría más de cinco minutos. La abrió en tres.

Empujó la caja metálica a lo largo del mantel y luego se sonó la nariz con una servilleta de papel. Me quedé mirando su brillo esmaltado, pensando en la hipótesis descabellada que Richi quería montar con ella, en el futuro que iba a resolvernos a todos: a mi madre, a mí, a Lola, a Tania.

—Ábrela, anda.

Lo hice. Casi me eché a reír. No había rubíes ni diamantes, pero sí unas gotas de oro retorcido y unas cuantas piezas de marfil amarillento. Lo de no tirar nada a la basura debía de ser una costumbre de familia. Mi tía tampoco tiraba nada, ni siquiera una puta dentadura postiza.

Como siempre en Madrid, el mal tiempo se había instalado de golpe. El gran circo del mundo pasaba a través del televisor mientras yo me aburría tumbado en el sofá. A mi lado, mi madre hacía punto levantando de vez en cuando la vista hacia la pantalla, empinando los ojos sobre las gafas. En la otra ventana, tras el cristal, las últimas hojas se suicidaban lentamente, los gorriones se lanzaban en picado, se acumulaban roncos nubarrones y tardes grises. Los días eran cada vez más fríos y mi madre se tapaba los pies con una manta. No quería encender la estufa porque decía que todavía era demasiado pronto: qué íbamos a dejar entonces para el invierno. Pertenecía a una generación para la cual el clima no es un concepto meteorológico sino una división del calendario. Había vivido encerrada todos aquellos años entre los cuatro muros de la casa, y entre los muros más espesos aun de la dictadura de Franco, y ni siquiera se había dado cuenta de que hacía mucho tiempo que cayeron los barrotes. Necesitaba la consoladora rutina de la cárcel, como aquel canario que un día echó a volar desde la ventana y regresó

de inmediato a la jaula. Desde mi atalaya del sofá, la veía hacer lo que llevaba haciendo toda la vida: ir y venir de la cocina al salón y del salón a la cocina, igual que el canario saltando del comedero al palo, del palo al comedero, un día y otro día, un año y otro año.

Una mañana en que el otoño echó los restos, me decidí a abandonar la jaula. Me puse una cazadora, encajé las muletas en los brazos y salí a cojear. El sol bañaba las calles y los árboles desnudos con una pantomima dorada que imitaba el buen tiempo, pero que no era más que un sucedáneo del frío. Tenía los músculos anquilosados y me costó arrancar, dar los primeros pasos. Pepe el Puñales me vio desde la puerta del bar y alzó el botellín de cerveza en un brindis a mi salud.

—Roberto, macho, que lo tuyo no es esquiar.

Emprendí la cuesta del parque como si fuese una escalada, manejando las muletas cada vez con mayor confianza. El dolor empezó a llamar a la rodilla pero no le prestaba atención. Podía vivir con él, igual que podía vivir con el recuerdo de un futuro abortado, un amor fallido, un amigo muerto. De vez en cuando, los demonios aullaban al fondo de mis tripas pero tendrían que contentarse con zumo de naranja, refrescos, café. A cada paso, las conteras de goma iban hundiéndose en la hojarasca.

Cuando al fin llegué hasta las puertas del mercado, no me atreví a entrar. Quería ver el puesto del padre de Gema, comprobar si todavía seguía trabajando en la pescadería, quizá acercarme y charlar un rato. No tuve cojones. Me quedé remoloneando en la zona de carga y descarga, entre mandiles blancos salpicados de sangre, de pie sobre las muletas, estorbando a los operarios que pasaban cargados con media vaca a las espaldas.

Una furgoneta verde, aliñada con una rúbrica de letras de colegio en los costados, se detuvo frente a la entrada. El conductor, un joven bajito, feo y andino, salió a la carrera y abrió la puerta de atrás, de la que brotó el vaho de una cámara frigorífica. Cogió un par de cajas de plástico del interior, las montó una encima de otra y las llevó a pulso hasta el interior del mercado. Iba tambaleándose por el peso, tan agobiado por las prisas que ni siquiera cerró la puerta trasera del vehículo. El aliento helado del interior se escapaba a bocanadas y, junto con el frío, un pequeño cangrejo asomó las pinzas. Fue

trabajosamente caminando por el borde, tanteando los límites de la libertad, hasta que decidió descolgarse de la furgoneta y se estrelló contra el asfalto. Quedó momentáneamente atontado por el golpe —un revoltijo de patas rojizas— pero se recobró antes de la cuenta de diez, se enderezó la corbata y echó a andar entre el reguero de suciedad que corría por la acera, apartando papeles y trozos de porquería con las pinzas. Tal vez, de haberse colado en una alcantarilla, habría tenido alguna oportunidad, pero escogió el camino difícil: cruzó las lóbregas rejas del sumidero y siguió adelante. Sobrevivió intacto a la arboleda de zapatos de los repartidores y luego se las ingenió para atravesar la calle al paso de un camión de tres ejes. Había canarios que regresaban a la jaula, sí, pero también había cangrejos que se lo jugaban todo a una carta, avanzando por el descampado en busca de su última aventura.

Lo imité sutilmente con las muletas. Cojeé de regreso hasta el parque y luego me senté a descansar en uno de los bancos. Fue allí, escarbando con las muletas en la arena, observando las calvas en el césped, cuando me cayó encima la revelación. Comprendí algo que me había estado rondando por la cabeza desde que había vuelto a cuidar de mi madre, una oquedad que ocupaba el corazón del barrio con tanta fuerza que era casi imposible percibirla. La ausencia. La ausencia de niños. Los columpios vacíos. El silencio.

No había críos jugando por las calles. Ya no había carreras ni peleas ni lloriqueos ni chillidos. A diario el parque estaba muerto, petrificado, custodiado por ancianos meditabundos, por señoras que regresaban a casa tirando del carrito de la compra, por jóvenes que hacían *footing*, por viejos prematuros como yo.

Me puse en pie y me calcé otra vez las muletas. Eché a andar en busca de los niños perdidos, las risas y los llantos perdidos, los juegos extinguidos. En mi infancia, si no había clase, nos pasábamos el día entero en la calle, de sol a sol, jugando a la peonza, el churro, el bote, el rescate, la lima, las chapas, el guá. ¿A qué coño jugaban los críos ahora? ¿Dónde se escondían?

Cojeé por las calles, esquivando zanjas abiertas, vallas amarillas, mierdas de perro. No tendríamos olimpiada pero no por eso el alcalde iba a guardarse el cubo y la pala. Era, tal vez, el último juego que nos quedaba: los castillos

de arena. La viuda Sampere había jugado a eso y había acabado metida en una hormigonera. Richi también, debajo de un puzle de construcción. Un obrero delgaducho, con un pitillo colgando de la boca, esgrimió la taladradora con aire de macho, como si con ella fuese a sodomizar el cemento. La puso en marcha y todo el suelo se echó a temblar, las baldosas se agrietaron en un orgasmo bestial mientras el tipo esculpía su firma a trancas y barrancas. El estruendo era tan enorme que se coló a través de mi oreja descarriada. Me alejé de allí.

Encontré a los críos a la hora del recreo, jugando detrás de las rejas del colegio. Los niños jugaban al fútbol en un campo de balonmano y las niñas saltaban a la comba. Uno, dos; uno, dos, tres. Me acerqué hasta la reja a ver si podía reconocer qué canción estaban cantando, pero no pude hacerlo. Nada de barqueros ni barcas ni lunas ni llaves en el fondo del mar. Una niña con trenzas, que esperaba en la cola para saltar, giró la cabeza y me vio. Era Tania. Le hice una seña y se acercó con un trote a medias decidido, a medias desconfiado, como si no estuviera muy segura de querer acudir. Llevaba la cabeza baja, estudiando las puntas de sus zapatos, pasando revista al uniforme, pero al alzarla, reparó en mis muletas y me miró con la boca abierta.

- —¿Qué te ha pasado, tío?
- —Un accidente —respondí.
- —¿Por cruzar la calle sin mirar?
- —Algo parecido —admití, echándome a reír—. Sí. Fue algo parecido.
- —Lo mismo que mamá.
- —¿Ella también tuvo un accidente? —Tania afirmó con la cabeza—. ¿Y cómo está?
  - —Bueno.

Se encogió de hombros, con esa repentina seriedad de los niños. No fue más que un momento, pero a mí me recordó la brusca chulería de su madre, el orgulloso gesto del cuello al despreciar un piropo, igual que me recordó a ella cuando se apartó un mechón de pelo de la frente.

—Se le hinchó toda la cara y luego le pusieron unos ganchos en la boca. Así.

Hurgó con los dedos en las comisuras de los labios, los estiró y me mostró una boca enorme, repleta de dientes resplandecientes y brillantes encías.

- —Pero ahora está mejor, ¿no?
- —Bueno. Hace unos días le quitaron los ganchos pero sigue sin querer salir a la calle.
  - —¿No sale a la calle?
- —No —resopló—. Y soy yo quien tiene que ir a por todos los recados. Bueno, yo y mi tía.

Agachó otra vez la cabeza, se agarró con las dos manos a la reja y arrastró los zapatos por la tierra. Una niña voceó su nombre, reclamando su turno en la comba. Tania se giró un instante y esbozó un gesto con las manos para que otra saltara en su lugar.

—Tienes que irte ya —dije.

Meneó la cabeza, sin dejar de observar sus zapatos cubiertos de polvo. Apartó las manos de la reja y, cuando ya se iba a marchar, me miró por última vez con sus ojos límpidos y azules. Los ojos de su padre.

- —Tío.
- —Sí.
- —¿Cuándo te pongas bueno, volverás por casa?

Entonces me tocó a mí encogerme de hombros. Tania se mordió los labios, dio media vuelta y regresó con sus amigas. Una de las niñas le cedió el turno y ella se puso a saltar —uno, dos; uno, dos, tres—, las trenzas golpeando a su espalda. Me marché cojeando, crucé despacio el pasadizo en cuyas paredes las caligrafías de colores y las letras obesas habían desahuciado a la A anarquista, las pintadas políticas y la Mano Negra. Subí las escaleras paso a paso, apoyando las muletas en cada escalón, en cada verso de la niña que cantaba aferrada a los barrotes de la terraza, las piernas lacias de muñeca de trapo colgando al sol de la mañana. Las niñas bonitas no pagan dinero. Un poco más allá, en la esquina de Gascón, se oía el estruendo discontinuo de las taladradoras como una juerga de chicharras. Me acerqué poco a poco sólo para descubrir que toda la acera estaba levantada, incluyendo el parche lunar donde tantos años atrás habíamos dejado nuestras

huellas. La huella del Chapas, de Pedrín, de Vázquez, del Musgo, de Andresito el Moco, la mía, los dedos de ángel de Gema. Ahora sólo eran trozos de cascotes, ruinas egipcias, migas de cemento que un obrero iba apartando con una pala.

El tipo flacucho seguía a cargo de la taladradora. Su compañero de la pala se detuvo para frotarse los riñones y entonces el flacucho le ofreció un cigarrillo. El hombre lo fumó con los ojos entrecerrados, un pie en la carretilla cargada hasta los topes, mirando a lo lejos. Apoyados en la valla, un par de ancianos contemplaban la obra como si se tratara de un partido de fútbol, comentando las mejores jugadas. La cuadrilla seguía trabajando, despedazando la acera, levantando la costra de un pasado muerto. El obrero dio un par de caladas más, arrojó el cigarrillo a un lado y cogió otra vez la pala.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Vanessa Montfort, que me regaló la sirena.

Al doctor Nidhal Kubba, que ejerció de médico en el frente, durante la guerra entre Irán e Irak, y que un día me contó cómo los niños iraníes avanzaban sobre campos de minas con la llave del paraíso colgando al cuello.

A todos los viejos amigos de Simancas, San Blas y La Elipa que me prestaron parte de sus recuerdos de infancia.



DAVID TORRES, (Madrid, 9 de diciembre de 1966), es un escritor, guionista y columnista español. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid, imparte clases en el Centro de Estudios Literarios Hotel Kafka.

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Niños de tiza*, con el que obtuvo el premio Tigre Juan de Novela 2007; *El gran silencio*, finalista del premio Nadal 2003; *El mar en ruinas*, una ambiciosa continuación de la odisea homérica; *Nanga Parbat*, premio Desnivel 1999.

Desde 2001 es guionista del programa de TVE Al filo de lo imposible, y desde 2004 colaborador habitual del periódico *El mundo*.